

TELAR N° 2-3

PRÓLOGO

TELAR no es, por casualidad, una revista universitaria. El punto de partida de cualquier elaboración crítica implica siempre un primer movimiento relacionado con tomar conciencia de lo que uno realmente es y desde dónde está hablando. Se trata de una reflexión incesante sobre procesos que han dejado infinidad de huellas desde nuestro espacio de trabajo cotidiano en el que se cruzan los saberes y las pasiones. El tema de este volumen son las memorias de la violencia política y sus distintas narrativas. Consideramos fundamental abrir un debate en este campo e iluminar un conjunto de discursos que exigen nuevas interpretaciones.

El proyecto está situado en Tucumán, como punto importante en la constitución de un imaginario revolucionario. Una geografía que actúa en los '70 como centro de la cultura, de la militancia política y de la represión. Una provincia del interior de nuestro país, marcada por una compleja historia de ejércitos guerrilleros armados y la conformación de estrategias represivas extremas. Como autora de esta compilación considero un imperativo comenzar por recopilar ese inventario y hacerlo desde un aquí donde los trabajos de las memorias son aún incipientes. No se trata de una reiteración ritualista de los relatos sobre el terrorismo de estado y sus dramáticas consecuencias sino de una invitación al debate.

Los recuerdos no se mueven a un mismo ritmo. Son cada vez más grupos e individuos que toman la palabra y hacen valer sus derecho a hacer memoria. Esta pluralidad vuelve utópica la posibilidad del proyecto de una memoria unificada explicitada en el *Nunca Más*. Las experiencias del pasado evidencian una fragmentación provocada por la dinámica misma de la vida. El conflicto puede estar dentro de un mismo sujeto, habitado por recuerdos plurales o en lucha con su propia representación. Frente a los documentos y las verdades de la historiografía, los estudios de la memoria exponen la parte de atrás de un tapiz mirado y olvidado, se detienen en la textura de los nudos y en la rugosidad de la tela.

Me gustaría cerrar esta inauguración con una “coda” escrita por Luisa Futoransky a propósito del pasado: “escribo en relación a nuestros secretos/a la porción de lo indecible y a la fragilidad de la memoria”. Violencia, memorias, identidades son palabras que se siguen presentando como un enigma insondable; la operación crítica se enfrenta entonces con la necesidad de abandonar algunas zonas oscurecidas y con la voluntad de que otras sean comprendidas de manera diferente. Es aquí donde se fundan los desafíos más grandes de la revista: el intento de escuchar lo no dicho y la voluntad de desmontar los silencios de lo escrito.

Rossana Nofal

1. Lugar de autor

De dónde son las palabras

LUISA FUTORANSKY

Las lenguas de hablar, de escribir o de pensar a veces reflejan simplemente, como en los últimos descubrimientos astronómicos de las “enanas morenas” (estrellas opacas que constituirían gran parte del universo), la fuerza poderosa de la lengua ausente. Es decir la que permite u obstaculiza la adquisición de lo más difícil para un expatriado: la residencia interna.

El 11 de junio de 1938, Freud escribía al psicoanalista suizo Raymond de Saussure: “Tal vez, en lo que respecta a lo que siente el emigrado en forma tan dolorosa, a Ud. le falte comprender un punto. Se trata de la pérdida de la lengua en la que se ha vivido y pensado, que no podrá reemplazarse por ninguna otra, pese a todos los esfuerzos que se realicen por hacerla propia. Para mí es doloroso comprobar que en inglés, los medios de expresión sin embargo bien conocidos, se encuentran frustrados y como *ello* intenta resistirse al abandono de la escritura gótica que me es familiar”.

Es el mismo Freud que con la clarividencia que también le es dolorosamente familiar, cuando ese mismo año se produce el Anschluss,* no escribe en alemán o inglés, acude a una lengua muerta –el latín–, para definir lo irreversible: *Finis Austriae*, y poco más tarde, dos palabras que resumen el drama de los pocos que pudieron irse del infierno, hacia otro círculo del mismo: “¿dentro de 14 días, emigración?”

Trasterrado, sin tierra, expatriado, asilado, exiliado, alejado, ausente, colonizado, huido, porque casi siempre, en el comienzo... la emigración es golondrina y se acrecienta sin orillas, sin respuesta a las carencias que van más allá de un palmo de la superficie. Carencias que se erizan ante el primer no dicho evocador. Eclipses que se desquitan en los sueños que borramos de prisa con el codo. Con rabia y enajenaciones a granel.

Porque atrás queda desterrada, la imagen fija, anclada, de un hatillo como una caja fuerte en el fondo de la memoria cuyos cerrojos saltaron o se perdieron en el reino del dolor fundacional. Son esas llaves herrumbradas de casas inexistentes que los emigrantes guardan de generación en generación, de casas que sólo existen en el hoyo negro de los astrónomos, con el mapa de la isla del tesoro de la infancia. A veces como única joya en ese cofre de Pandora, un solitario juego de abalorios para musitar encantamientos en lenguas desarticuladas, poderosas para construir o destruir los muros de todas las vallas y alambradas, de Jericó a Berlín. Una maratón, una arena donde las banderillas clavadas en carne viva de cada uno, dan cuenta de los *finis austriae*, personales, inapelables, de cada emigrante de ayer o inmigrantes de mañana.

Y llegó partir / a exilios lejanos y tierras desiertas fuimos obligados por los augurios de los dioses, pregona La Eneida.

No se sabe ni supo nunca bien porqué los augurios de los dioses se disfrazan de plagas y corporizan en guerras, hambrunas o tiranías.

Periódicas diásporas o éxodos que producen tembladerales similares pues lo más enfermo y frágil en un emigrado son las raíces. Tal vez por eso las primeras publicaciones de las prensas comunitarias en el nuevo asentamiento, con harta persistencia se llamen "*Raíces*". Y son en la lengua que persiste, la de los pactos y transacciones familiares, la de los secretos, las pasiones y los duelos.

Ya Rabí Ben Luria, el gran cabalista judío medieval ve en Dios, el primer exiliado, el primer traducido. El que no se nombra porque no tiene nombre y al mismo tiempo tiene tantos que no los puede ni podemos enumerar, debe retirarse, autoexpulsarse de su propia creación: para que ella exista tiene que condenarse a quedar fuera de ella, esto es, fuera de sí.

Anidar pues, entre el vacío y el caos. Peligroso malabarismo. Exigencia extrema la del cabalista de recomponer el damero inmemorial de las lenguas astilladas como vasos que perdieron su significado primero de ofrenda y comunicación.

Después del diluvio, el exilio, a partir de Babel es un castigo, como la traducción.

Una memoria transgeneracional de remotas errancias y nomadismos arquetípicos y primordiales.

Cuánto camino el emprendido desde entonces hasta los viajes nuestros sin mayores desplazamientos espaciales sino hacia el propio pasado, estas exploraciones internas y no geográficas, revés de la trama y del viajero que vislumbra el lenguaje detrás del lenguaje apresado raramente en algún sueño, en cierta pesadilla, en el interlineado o el silencio cómplice de un verso fugaz, en el marco de un poema.

Enmarañada tela de araña en la que a veces espacio interno y exterior son tangenciales y evidencian en el haz de la iluminación de que fue ésa, la primer frontera, la que produjo y provocó los exilios ulteriores y, por ende los asilos. Todos. Por eso me resisto hasta la enfermedad a las fronteras con sus papeles y papeleos imposibles. Y ni qué decir de sus uniformes y sus varas de medir.

Los verdaderos viajeros son aquellos que viajan por viajar, dicen algunos, no por huir, pero el que esté exento de huidas que arroje el primer ancla.

Pero unos y otros emprenden a sabiendas o no, la dolorosa operación de traducir, trasvasar, traspasar el paisaje al hombre. Para ello ante todo hay que construir un puente. Y cada uno lo establecerá según sus medios, de peligrosas cuerdas o sofisticada ingeniería, para llevar a buen puerto las palabras apropiadas que viertan el paisaje interno, ese que fue delineándose desde la infancia con sus sabores y acrimonia singulares al común denominador del otro margen, transacción aún más dura si cabe ya que por lo general se la realiza cuando la memoria ha hecho de las suyas, falseando datos y balances. Pues casi siempre la transmutación se efectúa cuando hay que padecer los estragos del invierno, tanto los de dentro como los de fuera. A cual peores.

En realidad son muy pocos los turistas que se interesan en el paisaje como fin en sí. Para nuestros exiliados e inmigrantes la naturaleza como calidad estética no es un rasgo a valorar, como no lo son las huellas históricas ni el pasado arqueológico del lugar donde se vive. Su energía viene de otro pozo, se confunde con emociones y sentimientos secretos y psicológicos.

El desfallecimiento, la impotencia acuden cuando se quiere trasladar la vasta gama de respiraciones indispensables para vivir en una lengua, porque las herramientas no responden, quiero decir la voz es ajena y la palabra oral y escrita no están a la altura ni de uno mismo ni del ostracismo a que nos condenan los otros porque la lengua del meteco tiene algo de “no serio” algo que desestabiliza y rinde irónico o produce un dejo de menosprecio en el otro, el temido gentil, bárbaro o *goi* según el ángulo del que se lo fotografíe. El propietario del juicio y las instituciones del juicio, desde la Santa Inquisición a la comisaría de barrio. Los que juzgan las mímicas y muecas del otro desde fuera del acuario y gozan con ello, porque nadie es en la mirada del otro tal y como querría ser mirado, nadie, sobre todo nosotros mismos nos vemos como queremos que nos miren. El amor mejor ni mencionarlo; *manar y maná* son harina de otros costales que fluyen y refluyen de antiguos surtidores.

Retornemos mejor el índice del discurso al deje, el acento y la gestualidad porque traicionan más que la indumentaria y la educación, la extranjería.

¡Cuántos años de heridas y ofensas sin vengar para responder a un impropio! ¡Cuánta pericia para retener una cifra elemental! ¡Cuán imborrable la nana que adormece todos los pesares!

La del expatriado tiene algo de la lengua del límite, la de los niños, la de los locos, también la de los poetas.

Yo vengo de ahí, de aquellas palabras están hechas y rehechas mis frágiles ciudadelas contra la peste. Están elaboradas de puro *patchwork*: frases, retazos, cosechas vitales, palpitaciones a lo largo y ancho de mis días y mis vías; mis lecturas, en suma, esta vida desordenada, esta poesía que es la mía.

En algún momento hay que admitir y lo estoy haciendo, que se viene de la cantidad de la palabra y se va hacia la calidad y exactitud de la palabra.

Hoy aspiro, ferviente, ardientemente, porque la sinceridad la doy por descontada, a ir camino de ello sin olvidar las coordinadas tramas secretas de la música interna. Las que se conjugan con las texturas más remotas y arquetípicas de la imagen, esas melodías y armonías sagradas y tan profanas, que nacen del resplandor que abandona el rayo.

La poesía en suma, como una alquimia precisa que va más allá del misterio y reside donde florece el primer asombro.

La melancolía de las panteras negras

Imaginemos una piedra de deshielo. Se desliza por la fuerza de gravedad –de la que los seres animados e inanimados somos tributarios hasta hoy–, los vientos y los accidentes del terreno; con su corazón, su centro cordial duro de antiguos minerales y una periferia que crece con hierbas, obstáculos, pequeños objetos que se le lían como ayuda memoria u anécdotas del terreno, hasta que confluye en un río violento, que como todos los ríos van hacia el mar, pero como pregona la Biblia, el mar no se henche. Tal presiento, recojo y observo la voz de las minorías diaspóricas en el canal grande de la literatura hispanoamericana.

Dentro de ese conglomerado palpitante y singular que son las palabras escritas de decir, contar y soñar en este siglo de nuestra vasta cartografía literaria, me detengo, intrigada, con grandísimo respeto en un período particular –el de entre dos guerras–, y un sector preciso de personas que di en llamar “las mudas”. Quisiera referirme a nuestras abuelas y bisabuelas. Las que fueron empujadas de sus pueblitos incendiados a la “*goldene medine*”, inocente traducción de Eldorado al idish. No quiero señalar una imposibilidad real de la palabra, porque a veces gritaban como fieras, sino porque el testimonio escrito,

sobre todo producido por ellas mismas es casi nulo. De esas mujeres quedan escasas –cuando no traficadas– partidas de nacimiento e intactas las de defunción, que obviamente ellas no escribieron.

Sus nombres y apellidos, castellanizados por los hijos o los nietos aparecen, en impías luchas por repartijas de herencias en el registro de propiedad inmobiliaria.

Quiero hablar de ellas porque el gran delito de nuestra época, porque no está codificado o sancionado por las leyes teológicas o seculares es la omisión. Mentir es pecado, a veces delito, pero omitir, callar, dejar de lado, culpablemente, no.

Pertenezco a la generación de los hijos de judíos que vinieron a la Argentina porque entre guerra y guerra y *pogrom* y *pogrom* se caían del mapa en barcos, como de alguna manera lo hacen ahora los albaneses, malayos, cubanos o haitianos y antes lo hicieron los vietnamitas; en suma, los náufragos de siempre. Los de una mano atrás y otra adelante, y gracias que hay manos.

Para quienes estén familiarizados con la pintura del Viejo Mundo que contó los desgarrones con que el Nuevo construyó su modernidad para devolvérselos al Viejo en elipsis y espirales de esfuerzo y sangre, les recuerdo la obra pictórica de Lazar Segall, centroamericano de Brasil, cuyos escenarios transcurren mayormente en sentinas abarrotadas de gente casi tan amarrada como las aguas de los deltas y el maderamen hinchado de esos barcos. El clima que se respira en sus telas es la fragilidad y lo precario porque en el abandono no hay amarras sino acechanzas. Con todo ello la picaresca de la nostalgia fue erigiendo hogueras, haciendo señales de humo para entenderse o simplemente calentarse un poco las articulaciones del alma.

Avidos, los emigrantes querían apropiarse del país y rápido; ese país del que todo lo ignoraban y al que tanto le exigían, al que los había conducido la furia combativa de húsares ajenos y hambruna bien propia. Es fácil comprenderlos, porque cuán humano es el deseo de entenderse al vuelo o caminar una calle de la que se conocen todas las trampas y repliegues. Se necesita un país para leer detrás de los muros, para conocer las gradaciones de los celos, las arrugas del bien y del mal en los rostros de los otros, quiero decir, los nuestros.

Los míos, no fueron judíos capitalinos, urbanos, porque tampoco lo habían sido en los lugares donde nacieron ni tampoco lo habían sido los padres de sus padres en los sitios de penuria de donde ellos a su vez también habían escapado. Luego de arduos, periódicos interrogatorios y rastreos casi siempre negativos o esquivos a mis parientes, encontré un vago punto en el mapa que antes como ahora, cambia de nombre y de bandera con cierta frecuencia, pero que siempre queda cerca de un río, tal vez lo único domesticado y leal del paisaje geográfico.

De las orillas del Dniester, parece que algunos de nosotros llegamos al idioma castellano como mis primos dicen que llegaron al portugués de Brasil o al inglés de Brooklyn. Lo de ver el mar, para ninguna de esta gente –mi gente–, estaba previsto, como lo de perderse para siempre, tampoco.

A la Argentina, por entonces llamada “*la Reina del Plata*” vinieron a lo mismo, a la periferia, –¿los de la periferia, no son acaso los únicos que evidencian el centro?– y buscando vaya saber qué secreto sueño de redención y tierra prometida, se me metieron en un lugar llamado Santos Lugares y acabaron vendiendo en la feria del pueblo cordones de zapatos, ristras de ajo y de cebolla, a coser entretelas de

corbatas y vivos de pijamas. A reproducir en suma, el *shtetl*, centro del imaginario, la calle principal de ricos y de pobres, de leídos y tontos, de locos y de santos. De los sueños de Eldorado fueron sensiblemente bajando a los de la plata, el cobre y los minerales de menor nobleza y aleación. Terminando por reducirlos a dos: la casita propia de “material” y el hijo “doctor”. Y fueron abandonando palabras de una lengua agonizante, el idish, en las costas ávidas del Atlántico para consolidar su paso, a veces pagando en carne viva, de la utopía a la cultura. Como la generación que vino con Moisés a la tierra prometida y sin embargo para penetrar en ella hubo de vagar cuarenta años en el desierto. Es por ello que recién la segunda generación de inmigrantes, es decir la de nuestros padres, pero sobre todo la nuestra, empieza a producir la saga de su devenir después que los suyos hubieron atravesado sin voz y sin resuello décadas de penurias y pruebas a las que sobrevivieron por mero empecinamiento. Quizá también porque la Europa que habían abandonado era una hoguera donde prosperaban sólo el hambre y todas las pestes conocidas más otras nuevas de crueldad aún ignorada.

Entre tantas cosas que aún no escribí pero quisiera tanto está dar al menos una pálida vislumbre de la vida de esas jóvenes que venían de aldeas rudas en costumbres patriarcales, cosificadas en lenguas dialectales, a la pampa, las distancias inauditas, la locura. Transformaron, evolucionando sus *shtetls* como pudieron, a riesgo de poblar los asilos de melancolía o de violencia y los cementerios de suicidas; esos, los anatematizados que miran desde el costado, con sus lápidas al bies, las muertes “naturales” de los otros.

Cuando digo melancolía pienso en esos duelos exagerados y obligatorios de mi infancia, donde durante años las mujeres de mi familia y las vecinas, teñían en grandes tinas de zinc con anilina negra la ropa de temporada, para respetar sus lutos rigurosos. Crónicas de barriadas enteras, inscritas en la memoria de la gente, por el respeto o violaciones de los duelos. Tres largos años de compostura monocroma para pasar luego a las gamas grises del medio luto. A veces la deficiente calidad de la operación recordaba por lamparones el antiguo estampado, que reaparecía tenaz en extraños diseños sobreimpresos haciendo comparecer, la memoria de antiguas excitaciones que afloraban a contrapelo de las circunstancias. Sensación análoga a la que alguna vez me sorprendí en el zoo observando el lomo de las panteras oscuras. De cerca traslucían sus manchas de leopardos, la memoria familiar de su pertenecer. De allí este título, porque tal vez mis mujeres, en su fuerza aparente destilaban una densa, nostálgica *Melancolía de panteras negras*. Incapaces de aceptar las pérdidas. Demasiadas, tal vez, para una sola vida.

Hoy día los hachazos y puñaladas traperas que deparan en algún momento los fragmentos y esquirlas de nuestras propias existencias me hacen ampliar, tender hacia ellas la óptica de mi *compatriote* por atravesar como mis viejas madre, tías, abuelas y vecinas, similares estancias del catálogo de la pasión: ostracismo y exilio.

Las mujeres de quienes hablo no correspondían –pero debieron ajustarse como mejor supieron o supusieron que lo hacían– a los presupuestos de un imaginario urbano. Como sobrevivientes que eran debieron agudizar su ingenio en la percepción de lo inmediato. Sin llaves para traducir el nuevo mundo, debieron forzarlo con gonzúas u, a falta de otra cosa, horquillas para el pelo cambiadas, como ellas de destino. Repoblar la vida de nuevos gestos y palabras. Pero qué palabras. Cómo defender el cuerpo y las

tradiciones orales que traían puestas, aferrándolas desde el medioevo al Nuevo Mundo, cómo y cuándo transar con las nuevas realidades que imponían inéditas relaciones entre el hombre y el trabajo.

Las fisuras comenzaron a hacerse ostensibles cuando todos los miedos de adentro y los de afuera no pudieron pasar por las mismas coordenadas de pensamiento y de palabra.

Estas escisiones suelen ser fecundas para abrir caudales preciosos en el ámbito de lo fantástico en la literatura y el arte en general, pero no en la lucha por la vida. Las ensoñaciones de los hombres, pueden dar origen a un infierno con parrillas o a los sublimes arbotantes de Notre Dame. *Helás!*, Notre Dame hay una sola, pero infiernos públicos y privados tantísimos. Así, los placares empezaron a poblarse de muertos y muertas en vida que no podían con la nueva realidad. La mayor parte eran melancólicos profundos, aunque algunos violentos también los hubo, los que terminaban en los loqueros con la más terrible de las condenas: el chaleco de fuerza; el que una vez calzado, no admitía retorno alguno. Menos dramática, más graciosa y modestamente, la mayor parte de nuestras damas soñaba con el *golem*, un doméstico zombi que las aliviara de las agobiantes tareas en el hogar y la defendiera con eficacia en el mundo azaroso de las negociaciones con los *goim*. Para calmar a los niños de turbulenta escolaridad, inventaron de sus propias tripas el miedo a lo oscuro, a lo innombrable mediante *el hombre de la bolsa*; completado a veces con el paso oportuno de los gitanos pronunciados con *tz*, los abstractos *tziganer* que nos robarían, condenándonos a deambular con ellos. Como lo de vivir en absoluta libertad no ejercía pavor suficiente sobre los díscolos, se agregaba el que nos venderían para ser... la palabra esclavos no se pronunciaba. Lo de la trata de blancas, junto con una panoplia de terrores y tabúes sexuales, nos lo inculcaron a las niñas, apenas un poco más tarde.

Cada familia conocía, en lo privado, nuevas alianzas y sordas guerras por el mercado, siempre escaso de maridos y de novios. Combate desigual ante la fascinación ejercida por el *goi*, el gentil, el otro. Esas guerras sutiles o feroces transcurrían en el idioma íntimo, secreto, *el idish*.

Bashevas Singer nos recuerda que esta lengua, es la única en el mundo que nunca fue hablada por el poder. Rudo destino de aquel idioma que llegó por oleadas de desesperanza y de furor a las costas del Atlántico, se metamorfoseó como mejor pudo y supo desde Nueva York pasando por Río hasta Buenos Aires, para expirar, casi de manera irremediable, a la intemperie de sus playas.

Si observamos de cerca el bagaje de esta gente vemos que en el principio trajeron el rencor, la enajenación por la expulsión a la que habían sido sometidos. Bajo tales condiciones veían a los otros que a su vez los veían como hostiles. Hostiles por sus respectivas apariencias, por no tener costumbre de vivir juntos, por las diferentes devociones y sacrificios a la divinidad: el exilio, tantísimo antes de Babel –para no salir de la referencia primera en el Génesis– qué duda cabe, ha sido y es una condena, lo dije al principio, como la traducción. Tal vez para rizar el rizo o para morderme la cola. Como se interroga Buber sin llegar a una respuesta: ¿en o hacia el comienzo?

Pues el exiliado-asilado está despojado de sus características y lo único que le queda –a veces–, como arma, es ir construyéndose una coraza, una costra ante la otredad con torpe o dolorosa ironía y zaherir a su vez con ella los que considera bárbaros. Es decir, empieza a traducir.

Porque qué es traducir y exiliarse sino tomar un bloque arbitrario de palabras, un sistema planetario de ideas, fonemas y fantasías otras y trasladarlo a otro sistema planetario desconocido. Con frecuencia las órbitas de desajustan y muchas palabras y leyes, generalmente las mayores, las más profundas y secretas quedan saltando como resortes inertes, fuera de sus órbitas; sin orden ni concierto, por eso, traducción y exilio siempre son sinónimos de pérdida.

Llegar de una lengua, escribir en otra, a veces pensar en una tercera y vivir en la que se puede, constituye buena parte de la experiencia literaria de la novela contemporánea.

Las respuestas han sido varias, y los pactos, a veces fueron llevados hasta el límite porque, ya se sabe, desde lejos se tienen relaciones excesivas y en las filigranas de la nostalgia se manifiestan trasfondos de odio y resentimiento. *Finnegans wake*, sería en ese sentido, el gran texto de la lengua exilada, pero también hay otros pactos y negociaciones más o menos dramáticas con la lengua: son los de Primo Levi, Kundera, Conrad, Singer, Nabokov, Kosinski, Becket, Gombrowicz, Kafka o Cortázar. Y más cercanos Dujovne o Bianciotti. La relación al país de origen donde **no** se vive brinda, sólo con la mera enunciación de estos nombres, lo denso de esta jungla donde se han producido todos los exilios.

Cada autor de alguna manera y a su manera no es más que una biblioteca ambulante, un atlas, que a su vez refiere y nos reenvía a otras bibliotecas donde prolifera finalmente todo lo no escrito ni cartografiado.

Para el gran traslado de la comunicación realizan, realizamos negociaciones a veces extremas con la lengua, porque la única arma inalienable en manos del exilio es el sarcasmo. La ironía es capaz de absorber odio y piedad, sin envenenarnos demasiado. De producirse tal desposesión el mundo sería sólo un caos habitado por todos los bárbaros.

A medida que les traduzco cómo transcurre y crece mi tema del exilio, casi como un triángulo de Bermudas, porque traducción también es sinónimo de minoración y resta, una imagen persiste en el escenario: se trata de un cuadro de Bacon. De un círculo caótico de verdes, surge un árbol macizo, inerme, arrancado casi de cuajo. Sin anestesia. Como una muela del juicio. Las raíces a flor de tierra, desmesuradas para el tronco desguarnecido. Presiento que de ellas fructificarán algunos injertos, otros brotes perecerán sin remedio. Sobre esa línea fulgura, a modo de sendero un punto amarillo, evidente. Se diría la cabeza de un hombre. Un caballete acaso. El título de la obra de Bacon es contundente: *Retrato de Van Gogh*.

Nadie mejor que uno y otro para colocarnos frente al espejo de las ciudades que palmo a palmo nos van reduciendo la esperanza. Hay que observar siempre, para no presumir de nada, el surco del cual provenimos; baste mirar aunque sólo sea superficialmente el trato que las metrópolis brindan a cada nueva ola de inmigrantes: en un momento u otro de sus vidas, además de la serie vejaciones a cual más humillante o dolorosa, todos pasan por eso, servir las mesas y limpiar las veredas de los otros o trajeados de uniformes fluorescentes, construir las carreteras para muy luego vaciarles sus tachos de basura, sus desechos. Corresponde al recién llegado mantener adecentado en suma, el inconciente de la ciudad. *On est toujours le juif de quelqu' un*.

Si bien estoy de acuerdo que para un escritor "patria" es donde uno escribe, no sobre qué o quién se escribe es imprescindible hurgar en el exilio de los nuestros para entender también nuestras propias expatriaciones. Los temores y temblores de aquellas panteras de nuestra sangre, sus susurros y lamentos

por donde cuelan sus glorias y pesares infiltran sin cesar el imaginario del canal grande de ésta, nuestra escritura hispanoamericana a la que también en su honor pertenecemos.

* En 1938 Austria es anexada a la Alemania de Hitler y pasa a formar parte del Reich hasta 1945.

2. Espacio Teórico

Las luchas por las memorias¹

ELIZABETH JELIN
CONICET-UBA-IDES
Buenos Aires

Los analistas culturales reconocen una “explosión de la memoria” en el mundo occidental contemporáneo, que coexiste y se refuerza con la valoración de lo efímero, el ritmo rápido, la fragilidad y transitoriedad de los hechos de la vida. Las personas, los grupos familiares, las comunidades y las naciones, narran sus pasados, para sí mismos y para otros y otras, que parecen estar dispuestas a visitar esos pasados, a escuchar y mirar sus iconos y rastros, a preguntar e indagar. Esta “cultura de la memoria” (Huysen: 2000, 16) es en parte una respuesta o reacción al cambio rápido y a una vida sin anclajes o raíces. La memoria tiene entonces un papel altamente significativo como mecanismo cultural para fortalecer el sentido de pertenencia y a menudo para construir mayor confianza en uno/a mismo/a (especialmente cuando se trata de grupos oprimidos, silenciados y discriminados).

Más allá del “clima de época” y la expansión de una “cultura de la memoria”, en términos más generales, familiares o comunitarios, la memoria y el olvido, la conmemoración y el recuerdo se tornan cruciales cuando están anclados en acontecimientos traumáticos de carácter político y a situaciones de represión y aniquilación, cuando se trata de profundas catástrofes sociales¹ y situaciones de sufrimiento colectivo.

El abordaje del tema presentado aquí se ubica en el punto de convergencia de tres niveles o planos. En primer lugar, está el plano de la subjetividad, donde lo traumático interviene de manera central en lo que el sujeto puede y no puede recordar, silenciar, olvidar o elaborar. En el nivel institucional y político, las “cuentas con el pasado” –en términos de responsabilidades, reconocimientos y justicia institucional– se ligan normalmente a urgencias éticas y demandas morales, pero también a urgencias prácticas y consideraciones estratégicas. Está también el plano simbólico, las representaciones y narraciones que se construyen sobre el pasado (así como los huecos y dificultades de representar lo “irrepresentable”), tratando de darle sentido en su relación con los dilemas del presente y los horizontes de expectativas futuras.

A menudo, los actores que luchan por definir y nombrar lo que tuvo lugar durante períodos de guerra, violencia política o terrorismo de Estado, así como quienes intentan honrar y homenajear a las víctimas e identificar a los responsables, visualizan su accionar como si fueran pasos necesarios para ayudar a que los horrores del pasado no se vuelvan a repetir *–nunca más–*. El Cono Sur de América Latina es un escenario donde esta vinculación se establece con mucha fuerza. Algo parecido sucedió con algunos actores ligados a la memoria de la Shoah y de las purgas estalinistas en la Unión Soviética, y también en otros lugares del mundo, desde Japón y Camboya a África del Sur y Guatemala.

En todos los casos, pasado un cierto tiempo –que permite establecer un mínimo de distancia entre el pasado y el presente– interpretaciones alternativas (inclusive rivales) de ese pasado y de su memoria

comienzan a ocupar un lugar central en los debates culturales y políticos. Constituyen un tema público ineludible en la difícil tarea de forjar sociedades democráticas. Esas memorias y esas interpretaciones son también elementos clave en los procesos de (re)construcción de identidades individuales y colectivas en sociedades que emergen de períodos de violencia y trauma.

En verdad, los procesos de transición política que suceden a los regímenes dictatoriales militares no son sencillos ni fáciles. Una vez instalados los mecanismos democráticos en el nivel de los procedimientos formales, el desafío se traslada a su desarrollo y profundización. Las confrontaciones comienzan a darse entonces con relación al contenido de la democracia. Los países de la región enfrentan enormes dificultades en todos los campos: la vigencia de los derechos económicos y sociales es crecientemente restringida por el apego al mercado y a programas políticos de corte neoliberal; la violencia policial es permanente, sistemática y reiterativa; los derechos civiles más elementales están amenazados cotidianamente; las minorías enfrentan discriminaciones institucionales sistemáticas. Obstáculos de todo tipo para la real vigencia de un “estado de derecho” están a la vista. Esto plantea la pregunta sobre cuáles son las continuidades y las rupturas que han ocurrido entre los regímenes dictatoriales y los frágiles, incipientes e incompletos regímenes constitucionales que los sucedieron en términos de la vida cotidiana de distintos grupos sociales y en términos de las luchas sociales y políticas que se desenvuelven en el presente.

En los períodos post-dictatoriales, algunos actores ubican la represión y los abusos como fenómenos del pasado dictatorial. Otros centran su atención en las formas en que la desigualdad y los mecanismos de la dominación en el presente reproducen y recuerdan ese pasado. Sea cual fuere la interpretación, el pasado dictatorial es una parte central del presente. El conflicto social y político sobre cómo procesar el pasado represivo permanece, y a menudo se agudiza. En el Cono Sur, pasadas ya décadas desde la instauración de las dictaduras, quienes se esfuerzan por obtener justicia para las víctimas de violaciones a los derechos humanos han visto logros muy limitados o nulos. A pesar de las protestas de las víctimas y sus defensores, en casi toda la región se promulgaron leyes que convalidaron amnistías a los violadores. Para los defensores de los derechos humanos, el *Nunca más* involucra tanto un esclarecimiento completo de lo acontecido bajo las dictaduras como el correspondiente castigo a los responsables de las violaciones de derechos. Otros observadores y actores, preocupados más que nada por la estabilidad de las instituciones democráticas, están menos dispuestos a reabrir las experiencias dolorosas de la represión autoritaria, y ponen el énfasis en la necesidad de abocarse a la construcción de un futuro antes que volver a visitar el pasado. Desde esta postura, se promueven políticas de olvido o de “reconciliación”. Finalmente, hay quienes están dispuestos a visitar el pasado para aplaudir y glorificar el “orden y progreso” que, en su visión, produjeron las dictaduras.² En todos los casos, se trata de luchas ancladas en el presente y ligadas a escenarios políticos del momento. Algunos actores pueden plantearlas como continuación de las mismas luchas políticas del pasado, pero en verdad en escenarios cambiados y con otros actores, la transformación del sentido de ese pasado es inevitable. Aun mantener las mismas banderas implica dar nuevos sentidos a ese pasado que se quiere “conservar”.

Cabe establecer un hecho básico. En cualquier momento y lugar, es imposible encontrar *una* memoria, una visión y una interpretación únicas del pasado, compartidas por toda una sociedad. Pueden encontrarse momentos o períodos históricos en los que el consenso es mayor, en los que un “libreto único” del pasado es más aceptado o aun hegemónico. Normalmente, ese libretto es lo que cuentan los vencedores de conflictos y batallas históricas. Siempre habrá otras historias, otras memorias e interpretaciones alternativas, en la resistencia, en el mundo privado, en las “catacumbas”.³ Hay una lucha política activa acerca del sentido de lo ocurrido, pero también acerca del sentido de la memoria

misma. El espacio de la memoria es entonces un espacio de lucha política, y no pocas veces esta lucha es concebida en términos de la lucha “contra el olvido”: *recordar para no repetir*. Las consignas pueden en este punto ser algo tramposas. La “memoria contra el olvido” o “contra el silencio” esconde lo que en realidad es una oposición entre distintas memorias rivales (cada una de ellas con sus propios olvidos). Es en verdad “memoria contra memoria”.

Las luchas políticas por la memoria

Hay un hecho básico: el pasado ya pasó, es algo determinado, no puede ser cambiado. El futuro, por el contrario, es abierto, incierto, indeterminado. Lo que puede cambiar es el *sentido* de ese pasado, sujeto a reinterpretaciones ancladas en la intencionalidad y en las expectativas hacia ese futuro.⁴ Ese sentido del pasado es un sentido activo, dado por agentes sociales que se ubican en escenarios de confrontación y lucha frente a otras interpretaciones, otros sentidos, o contra olvidos y silencios. Actores y militantes “usan” el pasado, colocando en la esfera pública de debate interpretaciones y sentidos del mismo. La intención es establecer/convencer/transmitir una narrativa, que pueda llegar a ser aceptada.

La investigación del tema, entonces, no consiste en “tratar con los hechos sociales como cosas, sino en analizar cómo los hechos sociales se tornan cosas, cómo y por qué son solidificados y dotados de duración y estabilidad” (Pollak: 1989, 4). Se trata de estudiar los procesos y actores que intervienen en el trabajo de construcción y formalización de las memorias. ¿Quiénes son esos actores? ¿Con quiénes se enfrentan o dialogan en ese proceso? Actores sociales diversos, con diferentes vinculaciones con la experiencia pasada –quienes la vivieron y quienes la heredaron, quienes la estudiaron y quienes la expresaron de diversas maneras– pugnan por afirmar la legitimidad de “su” verdad. Se trata de luchas por el poder que legitiman su posición en vínculos privilegiados con el pasado, afirmando su continuidad o su ruptura. En estos intentos, sin duda los agentes estatales tienen un papel y un peso central para establecer y elaborar la “historia/memoria oficial”. Se torna necesario centrar la mirada sobre conflictos y disputas en la interpretación y sentido del pasado, y en el proceso por el cual algunos relatos logran desplazar a otros y convertirse en hegemónicos.

La conformación de una historia nacional y una memoria oficial

En los procesos de formación del Estado –en América Latina a lo largo del siglo XIX, por ejemplo– una de las operaciones simbólicas centrales fue la elaboración del “gran relato” de la nación. Una versión de la historia que, junto con los símbolos patrios, monumentos y panteones de héroes nacionales, pudiera servir como nodo central de identificación y de anclaje de la identidad nacional.

¿Para qué sirven estas memorias oficiales? Son intentos más o menos conscientes de definir y reforzar sentimientos de pertenencia, que apuntan a mantener la cohesión social y a defender fronteras simbólicas (Pollak: 1989, 9). Al mismo tiempo, proporcionan los puntos de referencia para “encuadrar” las memorias de grupos y sectores dentro de cada contexto nacional.

Como toda narrativa, estos relatos nacionales son selectivos. Construir un conjunto de héroes implica opacar la acción de otros. Resaltar ciertos rasgos como señales de heroísmo implica silenciar otros rasgos, especialmente los errores y malos pasos de los que son definidos como héroes y deben aparecer “inmaculados” en esa historia. Una vez establecidas estas narrativas canónicas oficiales, ligadas históricamente al proceso de centralización política de la etapa de conformación de estados nacionales,

se expresan y cristalizan en los textos de historia que se transmiten en la educación formal. Al mismo tiempo, se constituyen en los blancos para intentos de reformas, revisionismos y relatos alternativos. Porque la narrativa nacional tiende a ser la de los vencedores, y habrá otros que, sea en la forma de relatos privados de transmisión oral o como prácticas de resistencia frente al poder, ofrecerán narrativas y sentidos diferentes del pasado, amenazando el consenso nacional que se pretende imponer.⁵

Si el Estado es fuerte, y el policiamiento incluye las ideas y la libertad de expresión en el espacio público, las narrativas alternativas se refugian en el mundo de las “memorias privadas”, a veces silenciadas aun en el ámbito de la intimidad (por vergüenza o por debilidad), o se integran en prácticas de resistencia más o menos clandestinas (Scott: 1992).

En este punto, el trabajo de los historiadores profesionales ocupa un lugar central, porque en el mundo moderno, las narrativas oficiales son escritas por historiadores profesionales. El vínculo con el poder es central en la intencionalidad de la construcción de la narrativa de la nación. Las interpretaciones contrapuestas y las revisiones de las narrativas históricas se producen a lo largo del tiempo, como producto de la historia de las luchas políticas, de los cambios de sensibilidad de época y del propio avance de la investigación histórica.

Con relación a la historia de acontecimientos contemporáneos o cercanos en el tiempo, especialmente cuando estuvieron signados por fuerte conflictividad social y política, la instalación de una historia oficial se torna difícil y problemática. Durante los períodos dictatoriales de este siglo –el stalinismo, el nazismo, las dictaduras militares en Brasil, Chile, Argentina o Uruguay, el stronismo en Paraguay– el espacio público está monopolizado por un relato político dominante, donde “buenos “ y “malos” están claramente identificados. La censura es explícita, las memorias alternativas son subterráneas, prohibidas y clandestinas, y se agregan a los estragos del terror, el miedo y los huecos traumáticos que generan parálisis y silencio. En estas circunstancias, los relatos oficiales ofrecidos por los voceros del régimen tienen pocos desafíos en la esfera pública.

Por lo general, los relatos de las dictaduras dan a los militares un papel “salvador” frente a la amenaza (en el Cono Sur en los setenta, se trataba de la amenaza del “comunismo”) y al caos creado por quienes intentaban subvertir a la nación. En este contexto, los relatos militares ponen el énfasis sobre los logros pacificadores (especialmente notorios en la Argentina) o sobre el progreso económico. Por ejemplo, las conmemoraciones del décimo aniversario del golpe de Estado en Brasil en 1974 fueron una ocasión para poner en la esfera pública y en el sistema escolar una versión donde el éxito económico del régimen –el “milagro económico” brasileño– fue el relato excluyente. No hubo menciones sobre el sistema político o sobre libertades públicas (Carvalho y da Silva Catela: 2002). El papel político y ético de los historiadores e intelectuales críticos es, en esos períodos, de una importancia especial.⁶

Las aperturas políticas, por otra parte, no implican necesaria y centralmente una contraposición binaria, entre una historia oficial o una memoria dominante, expresada por el Estado, y otra narrativa de la sociedad. Son momentos, por el contrario, como en el del simple relato, como un caso de acción retroactiva de la intencionalidad del futuro sobre la aprehensión del pasado” (Ricoeur: 1999, 49).

El escenario político es de cambio institucional en el Estado y en la relación Estado-sociedad. La lucha se da, entonces, entre actores que reclaman el reconocimiento y la legitimidad de su palabra y de sus demandas. Las memorias de quienes fueron oprimidos y marginalizados –en el extremo, quienes fueron directamente afectados en su integridad física por muertes, desapariciones forzadas, torturas, exilios y encierros– surgen con una doble pretensión, la de dar la versión “verdadera” de la historia a partir de su memoria, y la de reclamar justicia. En esos momentos, memoria, verdad y justicia parecen

confundirse y fusionarse, porque el sentido del pasado sobre el que se está luchando es, en realidad, parte de la demanda de justicia en el presente.

Son momentos en los que emergen públicamente relatos y narrativas que estuvieron ocultos y silenciados por mucho tiempo. Provoca gran sorpresa pública la supervivencia, a veces durante décadas, de memorias silenciadas en el mundo público pero conservadas y transmitidas en el ámbito privado (familiar o de sociabilidad clandestina), guardadas en la intimidad personal, “olvidadas” en un olvido “evasivo” –porque pueden ser memorias prohibidas, indecibles o vergonzantes, como señala Pollak (1989, 8), o enterradas en huecos y síntomas traumáticos–. Estas coyunturas de apertura muestran con toda claridad e intensidad que los procesos de olvido y recuerdo no responden simple y lineal o directamente al paso del tiempo cronológico.⁷

Las aperturas políticas, los deshielos, liberalizaciones y transiciones habilitan una esfera pública y en ella se pueden incorporar narrativas y relatos hasta entonces contenidos y censurados, y se pueden generar nuevos. Esta apertura implica un escenario de luchas por el sentido del pasado, con una pluralidad de actores y agentes, con demandas y reivindicaciones múltiples, donde se enfrentan múltiples actores sociales y políticos que van estructurando relatos del pasado y en el proceso de hacerlo, expresan también sus proyectos y expectativas políticas hacia el futuro. En estas coyunturas, el Estado tampoco se presenta de manera unitaria. La transición implica un cambio en el Estado, un nuevo intento fundacional, con nuevas lecturas del pasado. Dentro mismo del Estado hay lecturas múltiples en pugna, que se articulan con la multiplicidad de sentidos del pasado presentes en el escenario social.

La conflictiva historia de las memorias

Las controversias sobre los sentidos del pasado se inician con el acontecimiento conflictivo mismo. En el momento de un golpe militar o en la invasión a un país extranjero, los vencedores interpretan su accionar y el acontecimiento producido en términos de su inserción en un proceso histórico de duración más larga. Ya las proclamas iniciales y la manera como el acontecimiento es presentado a la población expresan un sentido del acontecimiento, una visión generalmente salvadora de sí mismos. Como señala Rousso, “Si queremos comprender la configuración de un discurso sobre el pasado, hay que tomar en cuenta el hecho de que ese discurso se construye desde el comienzo del acontecimiento, que se enraíza allí” (Rousso, en Feld: 2000, 32). Este discurso se irá revisando y resignificando en períodos siguientes, dependiendo de la configuración de fuerzas políticas en los espacios de disputa que se generan en distintas coyunturas económicas y políticas.

Rousso estudia la memoria de Vichy en Francia. Ya en los primeros discursos de De Gaulle, en 1940, el planteo es que Francia (la “verdadera”) no fue vencida, y que el régimen de Vichy es un “paréntesis”. A partir de 1944, se construye una memoria mitificada de la guerra: los franceses son presentados como los héroes de la resistencia, visión acompañada por los juicios a colaboradores y la “depuración” después de la guerra. La primera ola de juicios en la posguerra se centró en el crimen de la colaboración, definida como “traición a la patria”. Recién a comienzos de los años setenta se produce la primera inculpación de un francés por crímenes “contra la humanidad”. La definición de la norma que se transgrede y el marco interpretativo cambian: pueden reconocerse crímenes cometidos por franceses en el marco de organizaciones fascistas francesas, crímenes no ligados a la noción de “traición a la patria”.

En lugar de poner por delante la traición a Francia y la relación con Alemania, o sea una visión nacional del crimen (...) se va a tratar de saber hasta qué punto ellos eran “fascistas” y “antisemitas”, partiendo de la idea, en gran parte exacta, de que el fascismo y el antisemitismo pertenecían a la tradición francesa, independientemente de la ocupación alemana. En el extremo, en estas representaciones recientes, el alemán, el ocupante nazi va a pasar a un segundo plano, particularmente en el marco de los juicios (Rousso, en Feld: 2000, 34).

Otro punto que marca Rousso es que si al comienzo la acusación provino del Estado, que necesitó marcar un quiebre con el régimen de Vichy anterior, décadas después quienes promovieron las acciones judiciales y los reconocimientos simbólicos oficiales fueron actores sociales, ex deportados y ex resistentes, que lo hicieron como “militantes de la memoria”, “en nombre de un *‘deber de memoria’* cuyo objetivo era la perpetuación del recuerdo contra toda forma de olvido, que en esta perspectiva se considera como un nuevo crimen” (Rousso, en Feld: 2000, 36). Estas gestiones públicas de la memoria deben ser entendidas, sin duda, en el contexto del escenario político francés, el surgimiento y popularidad de discursos y prácticas de la derecha y sus expresiones antisemitas, y del contexto europeo más amplio, temas que obviamente escapan a este trabajo.

Los momentos de cambio de régimen político, los períodos de transición, crean un escenario de confrontación entre actores con experiencias y expectativas políticas diferentes, generalmente contrapuestas. Y cada una de esas posturas involucra una visión del pasado y un programa (implícito en muchos casos) de tratamiento de ese pasado en la nueva etapa que es definida como quiebre y cambio en relación con la anterior. En el caso de la transición en España, la memoria dolorosa de distintos actores políticos, más que avivar las diferencias y las confrontaciones, dieron lugar a la posibilidad de convergencia y negociación. Aguilar Fernández sostiene que “la existencia de una memoria traumática de la Guerra Civil española jugó un papel crucial en el diseño institucional de la transición al favorecer la negociación e inspirar la actitud conciliadora y tolerante de los principales actores” (Aguilar Fernández: 1996, 56). La memoria de la guerra –esta es la hipótesis central de su trabajo– jugó un papel pacificador en la transición.

¿Qué memoria? ¿Cómo se construyó? “En primer lugar, la existencia de una memoria colectiva traumática de la Guerra Civil, la cual empujaba a la mayor parte de los actores a tratar de evitar su repetición a cualquier precio[...].” (Aguilar Fernández: 1996, 57-58). En la transición, los españoles vieron la brutalidad de la Guerra Civil acontecida casi cuarenta años antes como “locura colectiva”, y la principal lección que sacaron de esta visión fue el “nunca más”. “Jamás debe repetirse en la historia de España un drama semejante, y a esto deben contribuir todas las fuerzas políticas, sociales y económicas” (Aguilar Fernández: 1996, 359). Hubo una activación muy fuerte de la memoria de la Guerra Civil en el momento de la muerte de Franco y la transición. La asociación entre el momento que se estaba viviendo y el período previo a la guerra (la Segunda República) fue importante, como parámetro para no repetir los errores cometidos.⁸ Al mismo tiempo, se intentó olvidar los rencores del pasado, en un olvido intencional, que permitiera “retener el aprendizaje de la historia sin hurgar en la misma”. Era un olvido político, o más bien un silencio estratégico, que pudo ocurrir porque en el plano cultural la guerra civil se convirtió en el foco de atención de cineastas y músicos, de escritores y académicos.⁹

Las transiciones en el Cono Sur fueron distintas y singulares, y las memorias de los conflictos sociales previos a la instauración dictatorial, así como la crudeza e inmediatez de las violaciones a los derechos humanos durante las mismas, crearon escenarios para la manifestación de confrontaciones y un difícil intento de generar consensos entre los diversos actores políticos. Las voces censuradas y

prohibidas aparecen, pero las voces autoritarias no necesariamente desaparecen del debate público. No se trata –como pudo haber sido representado en Francia en 1945– de un ejército de ocupación que se retira, de una comunidad política que se libera de yugos extraños. Son actores y fuerzas políticas internas (como también lo eran en gran medida en Francia pero llevó décadas poder reconocerlo y actuar en consecuencia), que tienen que convivir en el marco de nuevas reglas de funcionamiento democrático. La cuestión de cómo encarar las cuentas con el pasado reciente se convirtió entonces en el eje de disputas y de estrategias políticas diversas. En términos de las cuestiones de la memoria, en las transiciones en el Cono Sur la diversidad de actores incluyó una presencia fuerte y visible del movimiento de derechos humanos como actor político y como gestor de memoria,¹⁰ un papel protagónico de los actores autoritarios –los militares y la derecha (especialmente fuerte en Chile)–, y un papel a menudo ambiguo de los partidos políticos tradicionales (notorio en Uruguay) (para el análisis de las relaciones cívico-militares en las transiciones de Argentina, Brasil y Chile, (Acuña y Smulovitz: 1996).

Los agentes de la memoria y sus emprendimientos

En un libro ya clásico de la sociología norteamericana, Howard Becker propone una perspectiva que en su momento revolucionó la manera de pensar el tema de la desviación social, y que, a mi entender, ofrece algunos puntos para pensar analógicamente los campos de disputa sobre memorias y los actores que intervienen en ellos (Becker: 1971 [1963]). Becker sostiene que en el proceso de generar y “enmarcar” ciertas conductas como desviadas, “alguien debe llamar la atención del público hacia estos asuntos, proveer el impulso necesario para que las cosas se hagan, y dirigir estas energías, a medida que van surgiendo, en la dirección adecuada para que se cree una regla...” (Becker: 1971, 151) Llama a ese grupo “*moral entrepreneurs*”, empresarios o emprendedores morales, agentes sociales que –muy a menudo sobre la base de sentimientos humanitarios– movilizan sus energías en función de una causa.

Tomo prestada esta noción de *moral entrepreneur* para aplicarla al campo de las luchas por las memorias, donde quienes se expresan e intentan definir el campo pueden ser vistos, a menudo, como “emprendedores de la memoria”.¹¹

La pregunta acerca de cómo y por qué cierto tema se convierte en un momento y lugar dados en una cuestión pública atrae la atención de analistas, desde quienes trabajan sobre políticas públicas hasta quienes intentan explicar el éxito de una película o el fracaso de alguna iniciativa que se creía “debía” provocar debate y atención. Lo que es claro es que la gestación de una cuestión pública es un proceso que se desarrolla a lo largo del tiempo, y que requiere energías y perseverancia. Tiene que haber alguien que lo promueve, que empuja y dirige sus energías al fin deseado. Estos son los *moral entrepreneurs* de los que habla Becker, extendiendo su acepción a la esfera pública en diversos temas.

En el campo que nos ocupa, el de las memorias de un pasado político reciente en un escenario conflictivo, hay una lucha entre “emprendedores de la memoria” que pretenden el reconocimiento social y de legitimidad política de **una** (su) versión o narrativa del pasado. Y que también se ocupan y preocupan por mantener visible y activa la atención social y política sobre su emprendimiento.

¿Quiénes son? ¿Qué buscan? ¿Qué los mueve? En distintas coyunturas y momentos, los actores en la escena son diversos, así como sus intereses y sus estrategias. Podría decirse que en relación a las dictaduras del Cono Sur, el movimiento de derechos humanos ha sido y sigue siendo un actor privilegiado. Su presencia y accionar han sido sistemáticos y permanentes en Argentina, y con una menor fuerza se ha manifestado en Chile y Uruguay. La movilización social alrededor de los derechos humanos ha sido significativamente menor en Brasil, especialmente a partir de la movilización por la

amnistía en 1979. Se trata de un actor heterogéneo, donde conviven –no sin tensiones y conflictos– experiencias diversas y horizontes de expectativas múltiples. Hay también intereses empresariales que se mueven por una mezcla de criterios, donde lo lucrativo y lo moral pueden combinarse de maneras diversas.¹² Las fuerzas de la derecha política (la Fundación Pinochet en Chile es posiblemente el caso más emblemático), y grupos políticos diversos también pueden jugar un papel. El debate académico y el mundo artístico ofrecen también canales de expresión a partir de marcos interpretativos y oportunidades performáticas novedosas.

No cabe duda del protagonismo privilegiado de un grupo especial, el de las víctimas o afectados directos. En Francia podrán ser ex deportados o ex resistentes; podrán ser grupos de veteranos de guerras (de Vietnam o de Malvinas) o sobrevivientes de masacres. Sus frentes de demandas y de luchas varían. Pueden intentar influir y cambiar el sentido y el contenido de la “historia oficial” o dominante sobre un período con el fin de eliminar distorsiones históricas o hacer públicos y legítimos los relatos que habían estado en las “catacumbas”, ocultos, censurados y silenciados. Pueden buscar reivindicaciones y reparaciones materiales, centrados en su lugar de víctimas de daños que el estado debe reconocer y frente a las cuales debe asumir su responsabilidad. Pueden buscar comunidades de pertenencia y contención personal en grupos de pares a sus heridas y sufrimientos. Pueden elaborar rituales, participar en conmemoraciones, reclamar marcas simbólicas de reconocimiento en memoriales, monumentos, o museos.

En realidad, en el planteo de la acción de los “emprendedores de la memoria” está implícito el uso político y público que se hace de la memoria. Y aquí cabe distinguir, siguiendo a Todorov, entre usos “buenos” y “malos” de la memoria. Un grupo humano puede recordar un acontecimiento de manera *literal* o de manera *ejemplar*. En el primer caso, se preserva un caso único, intransferible, que no conduce a nada más allá de sí mismo. O, sin negar la singularidad, se puede traducir la experiencia en demandas más generalizadas. A partir de la analogía y la generalización, el recuerdo se convierte en un ejemplo que permite aprendizajes y el pasado se convierte en un principio de acción para el presente.

El uso literal, que torna al acontecimiento pasado en indispensable, supone someter el pasado al presente. El uso ejemplar, en cambio, permite usar el pasado en vistas del presente, usar las lecciones de las injusticias vividas para combatir las presentes(...) El uso común tiende a designar con dos términos distintos que son, para la memoria literal, la palabra memoria, y para la memoria ejemplar, justicia. La justicia nace de la generalización de la ofensa particular, y es por ello que se encarna en la ley impersonal, aplicada por un juez anónimo y puesta en acto por personas que ignoran a la persona del ofensor así como la ofensa(...) (Todorov: 1998, 31-32).

Sobre la base del análisis de la rememoración de las situaciones de guerra en el siglo XX (principalmente en Europa), Winter y Sivan (1999) plantean que la rememoración es una negociación multifacética en que el Estado está siempre presente, pero no necesariamente es el único actor o es omnipotente. Grupos sociales diversos pueden estar participando, con estrategias convergentes o contrarias a las políticas de Estado. Son voces diversas, algunas más altas que otras –por estar más lejos del micrófono, por autocensura, o por falta de legitimidad moral frente a otros–. Muestran también que los propósitos manifiestos de un grupo que rememora no necesariamente coinciden con las consecuencias de sus acciones. Puede haber actores con propósitos personales (recordar la muerte en acción de un hijo, por ejemplo) que terminan teniendo consecuencias inesperadas sobre el proceso de recuerdo público y social. También, agrego yo, puede haber momentos en que lo que se produce en el

mundo público es una “saturación de memoria” con un efecto de congelamiento o rechazo, contrarios a lo esperado.¹³

Algunas marcas de la memoria: conmemoraciones y lugares

El papel de los “emprendedores de la memoria” es central en la dinámica de los conflictos alrededor de la memoria pública. Una primera ruta para explorar los conflictos de la memoria consiste en analizar la dinámica social en las fechas, los aniversarios y las conmemoraciones. Algunas fechas tienen significados muy amplios y generalizados en una sociedad, como el 11 de setiembre en Chile o el 24 de marzo en Argentina. Otras pueden ser significativas en un nivel regional o local. Finalmente, otras pueden tener sentido en el plano más personal o privado: el aniversario de una desaparición, la fecha de cumpleaños de alguien que ya no está.

En la medida en que hay diferentes interpretaciones sociales del pasado, las fechas de conmemoración pública están sujetas a conflictos y debates. ¿Qué fecha conmemorar? O mejor dicho, ¿quién quiere conmemorar qué? Pocas veces hay consenso social sobre esto. El 11 de setiembre en Chile es claramente una fecha conflictiva. El mismo acontecimiento –el golpe militar– es recordado y conmemorado de diferentes maneras por izquierda y derecha, por el bando militar y por el movimiento de derechos humanos. Además, el sentido de las fechas cambia a lo largo del tiempo, a medida que las diferentes visiones cristalizan y se institucionalizan, y a medida que nuevas generaciones y nuevos actores les confieren nuevos sentidos (Jelin (comp.): 2002).

Las fechas y los aniversarios son coyunturas de activación de la memoria. La esfera pública es ocupada por la conmemoración, con manifestaciones explícitas compartidas y con confrontaciones. En términos personales y de la subjetividad, son momentos en que el trabajo de la memoria es arduo para todos, para los distintos bandos, para viejos y jóvenes, con experiencias vividas muy diversas. Los hechos se reordenan, se desordenan esquemas existentes, aparecen las voces de nuevas y viejas generaciones que preguntan, relatan, crean espacios intersubjetivos, comparten claves de lo vivido, lo escuchado, o lo omitido. Son hitos o marcas, ocasiones cuando las claves de lo que está ocurriendo en la subjetividad y en el plano simbólico se tornan más visibles, cuando las memorias de diferentes actores sociales se actualizan y se vuelven “presente”.

Aun en esos momentos, sin embargo, no todos comparten las mismas memorias. Además de las diferencias ideológicas entre los oponentes en el momento del conflicto político y entre sus sucesores, las diferencias entre cohortes –entre quienes vivieron la represión o la guerra en diferentes etapas de sus vidas personales, entre ellos y los muy jóvenes que no tienen memorias personales de la represión– producen una dinámica particular en la circulación social de las memorias. Por ejemplo, a lo largo de los años, los 24 de marzo han sido conmemorados de distintas maneras en Argentina (Lorenz: 2002). Durante la dictadura, lo único que aparecía en esa fecha en el espacio público era un “Mensaje al pueblo argentino” en que las fuerzas armadas daban su versión de lo que habían hecho, enfatizando su papel salvador de la nación amenazada por un enemigo, la “subversión”. Dada la represión, no había actividades o relatos alternativos, excepto fuera del país, entre exiliados y en el movimiento solidario. A partir de la derrota en la guerra de Malvinas (1982) las conmemoraciones oficiales perdieron su vigencia, e inclusive el último año antes de la transición (1983) no hubo “Mensaje”.

Las organizaciones de derechos humanos elaboraron una versión antagónica de lo ocurrido el 24 de marzo del 76, y fueron quienes ocuparon la escena pública de la conmemoración a partir de la transición. El Estado estuvo ausente de las mismas durante muchos años, hasta mediados de los

noventa.¹⁴ Las marchas y actividades conmemorativas han ido cambiando, tanto en la configuración y orden de quienes marchan como en las presencias y ausencias. Los primeros años de la década de los noventa fueron de escasa actividad, para reactivarse a partir de 1995, en los preparativos del 20° aniversario y en los años posteriores. Nuevos actores juveniles, nuevas formas de expresión y de participación (la agrupación H.I.J.O.S., las murgas) marcan las transformaciones de la fecha.

Este breve y resumido relato sirve para mostrar que en la Argentina la conmemoración del 24 de marzo en la esfera pública no es un espacio de confrontación manifiesta y conflicto abierto entre versiones radicalmente diferentes del pasado. Unos hablaban y otros callaban en un período, y al cambiar el contexto político, cambian los actores, que siguen sin enfrentarse abiertamente.¹⁵ Los carriles del conflicto político sobre cómo encarar las cuentas con el pasado son otros: las demandas de la corporación militar frente al Estado, y fundamentalmente los casos que se dirimen en la justicia.

El contraste entre esta conmemoración en Argentina con la realidad de cada 11 de setiembre en Chile es notorio. En Chile, la confrontación entre actores con visiones y proyectos contrapuestos se da en las calles, a veces inclusive con considerable violencia (Candina: 2002; para Uruguay, Marchesi: 2002).

Además de las marcas de las fechas, están también las marcas en el espacio, los lugares. ¿Cuáles son los objetos materiales o los lugares ligados con acontecimientos pasados que son elegidos por diversos actores para inscribir territorialmente las memorias? Monumentos, placas recordatorias y otras marcas, son las maneras en que actores oficiales y no oficiales tratan de dar materialidad a las memorias. Hay también fuerzas sociales que tratan de borrar y de transformar, como si al cambiar la forma y la función de un lugar, se borrara la memoria.

Las luchas por los monumentos y recordatorios se despliega abiertamente en el escenario político mundial. Toda decisión de construir un monumento, de habilitar lugares donde se cometieron afrentas graves a la dignidad humana (campos de concentración y detención, especialmente) como espacios de memoria, o la construcción de museos y recordatorios, es fruto de la iniciativa y la lucha de grupos sociales que actúan como “emprendedores de la memoria”. Hay entonces luchas y conflictos por el reconocimiento público y oficial de esos recordatorios materializados, entre quienes lo promueven y otros que lo rechazan o no le dan la prioridad que los promotores reclaman. Y está también la lucha y la confrontación por el relato que se va a transmitir, por el contenido de la narrativa ligada al lugar.¹⁶

Tomemos un par de ejemplos del destino de lugares y espacios donde ocurrió la represión, de los campos y cárceles de las dictaduras. Hay casos en que el espacio físico ha sido “recuperado para la memoria”, como el Parque de la Paz en Santiago, Chile, en el predio que había sido el campo de la Villa Grimaldi durante la dictadura. La iniciativa fue de vecinos y activistas de los derechos humanos, que lograron detener la destrucción de la edificación y el proyecto de cambiar su sentido (iba a ser un condominio, pequeño “barrio privado”) (Lazzara: 2003). También se da el caso contrario, los proyectos que borran las marcas y destruyen los edificios, y no permiten la materialización de la memoria, como la cárcel de Punta Carretas en Montevideo, convertida en un moderno centro de compras (Achugar: 2002). Otros intentos de transformar sitios de represión en sitios de memoria enfrentan oposición y destrucción, como las placas y recordatorios que se intentaron poner en el lugar donde funcionó el campo de detención El Atlético, en el centro de Buenos Aires.¹⁷

Estos lugares son los espacios físicos donde ocurrió la represión dictatorial. Testigos innegables. Se puede intentar borrarlos, destruir edificios, pero quedan las marcas en la memoria personalizada de la gente, con sus múltiples sentidos. ¿Qué pasa cuando se malogra la iniciativa de ubicar físicamente el acto del recuerdo en un monumento? ¿Cuándo la memoria no puede materializarse en un lugar específico?

Parecería que la fuerza o las medidas administrativas no pueden borrar las memorias personalizadas y los proyectos públicos de emprendedores activos. Los sujetos tienen que buscar entonces canales alternativos de expresión. Cuando se encuentra bloqueada por otras fuerzas sociales, la subjetividad, el deseo y la voluntad de las mujeres y hombres que están luchando por materializar su memoria se ponen claramente de manifiesto de manera pública, y se renueva su fuerza o potencia. No hay pausa, no hay descanso, porque la memoria no ha sido “depositada” en ningún lugar; tiene que quedar en las cabezas y corazones de la gente.¹⁸ La cuestión de transformar los sentimientos personales, únicos e intransferibles, en significados colectivos y públicos queda abierta y activa. La pregunta que cabe aquí es si es posible “destruir” lo que la gente intenta recordar o perpetuar. ¿No será que el olvido que se quiere imponer con la oposición/represión policial tiene el efecto paradójico de multiplicar las memorias, y de actualizar las preguntas y el debate de lo vivido en el pasado reciente? Enfrentamos aquí nuevamente el tema de la temporalidad y las etapas por las cuales transitan las memorias: es posible que este efecto paradójico ocurra en un “tiempo personal” o biográfico específico, que las energías y el desasosiego existan en un grupo humano específico que vivió un período y una experiencia dada, y que no sean transferibles o transmisibles a otros que no lo vivieron.

La controversia y el conflicto de interpretaciones no se aquieta necesariamente una vez construido el memorial, el museo o el monumento, con la versión del sentido del pasado que quienes lograron su cometido impusieron o negociaron. El paso del tiempo histórico, político y cultural necesariamente implica nuevos procesos de significación del pasado, con nuevas interpretaciones. Y entonces surgen revisiones, cambios en las narrativas, y nuevos conflictos.

Un caso extremo de esta conflictividad y este cambio es lo ocurrido en Alemania, a partir de la reunificación, especialmente en la ex RDA. Según Koonz (1994), los relatos que se oían en las visitas a los campos de concentración en Alemania Oriental cuando estaba bajo la órbita soviética enfatizaban tres puntos básicos: primero, la responsabilidad de los crímenes de guerra del fascismo y el capitalismo monopolista; segundo, que la clase obrera alemana, liderada por el PC y ayudada por las tropas soviéticas resistió con bravura el dominio nazi; tercero, que esta herencia heroica es la base para las luchas futuras contra el capitalismo internacional. No había referencia a los judíos, a los gitanos o a víctimas no marxistas en los campos. En el lado occidental, la narrativa era muy diferente.

La reunificación bajo el dominio de Alemania Occidental provocó, por parte de grupos de ciudadanos de la ex RDA, reacciones de rechazo a rehacer sus historias según el molde occidental. Se rompieron los consensos “oficiales” de un lado y del otro, y el resultado fueron conflictos localizados (por ejemplo, intentos de conmemorar a las víctimas de los campos soviéticos instalados en la posguerra en los mismos campos nazis, por un lado; intentos de reivindicar o reparar a víctimas judías por otro). También hubo expresiones de protesta de comunidades cercanas, que no querían ver sus lugares dañados por imágenes de horror, e intereses económicos que intentaron capitalizar el horror en iniciativas potencialmente lucrativas por la atracción turística. Como concluye Koonz, “Los campos de concentración siguen embrujando (*haunting*) el paisaje alemán, pero las categorías de víctimas se han expandido más allá de los antifascistas recordados en el Este y las víctimas del Holocausto por las que se hace duelo en el Oeste”. Y termina con una exhortación más general:

Los paisajes de la brutalidad nazi retienen su poder de horrorizar. Las atrocidades nazis deben permanecer en el centro de la memoria pública compartida, aun mientras confrontamos la compleja herencia que conforma nuestro mundo de la posguerra. Para lograrlo, los memoriales en los campos deben conmemorar tanto el rol soviético en la liberación de los aliados como reconocer que

algunos alemanes murieron injustamente en los “campos especiales”. El legado persistente de los campos, sin embargo, debe servir como alerta contra todas las formas del terror político y del odio racial (Koonz: 1994, 275).

Usos y abusos de la memoria, la propiedad y los sentidos del “nosotros”

Volvamos a Todorov por un momento, cuando establece la distinción entre “recuperar” un pasado o sus huellas frente a intentos de borrarlos, y el uso que se hace de ese pasado recuperado, o sea, el rol que el pasado tiene y debe tener en el presente. En la esfera de la vida pública, no todos los recuerdos del pasado son igualmente admirables. Puede haber gestos de revancha y de venganza, o experiencias de aprendizaje. Y la pregunta siguiente es, sin duda, si hay maneras de distinguir de antemano los “buenos” y los “malos” usos del pasado (Todorov: 1998, 30).

Todorov propone la distinción entre memoria “literal” y memoria “ejemplar” como punto de arranque para avanzar en el tema. Y la frase final del texto de Koonz es un buen caso de esta distinción. Cuando ella pide que el legado de los campos sirva “como alerta contra todas las formas del terror político y del odio racial” está exhortando a un uso universalizador de la memoria de los múltiples horrores de los campos, en contra de quienes se quieren apropiarse de uno solo de esos horrores –el de los horrores nazis contra judíos o gitanos, o los horrores soviéticos contra alemanes– lo cual llevaría a una política de glorificación de unos y la infamia de otros, al mismo tiempo que traería la identificación de “víctimas privilegiadas”.

Se trata de una apelación a la memoria “ejemplar”. Esta postura implica una doble tarea. Por un lado, superar el dolor causado por el recuerdo y lograr marginalizarlo para que no invada la vida; por el otro –y aquí salimos del ámbito personal y privado para pasar a la esfera pública– aprender de él, sacar lecciones para que el pasado se convierta en principio de acción para el presente.

La memoria literal, por otro lado, queda encerrada en sí misma. Todo el trabajo de memoria se sitúa en la contigüidad directa. Las búsquedas y el trabajo de memoria servirán para identificar a todas las personas que tuvieron que ver con el sufrimiento inicial, para relevar en detalle lo acontecido, para entender causas y consecuencias del acontecimiento, para profundizar en él. Pero no para guiar comportamientos futuros en otros campos de la vida, porque los recuerdos literales son inconmensurables, y está vedada la transmisión hacia otras experiencias. El uso literal, dirá Todorov, “hace del acontecimiento pasado algo insuperable, y a fin de cuentas somete el presente al pasado” (Todorov: 1998, 31).

Los usos que se hacen de la memoria corresponden a estas dos modalidades. En el caso literal, la memoria es un fin en sí misma, en oposición a lo que pide Koonz. La acción se explica y justifica como “deber de memoria”, y hay un mandato moral de perpetuación del recuerdo contra toda forma de olvido. Rousso se queja de estos “militantes de la memoria”, cuya acción tiene efectos según el contexto más amplio, que los recibe más abiertamente o se niega a escuchar.¹⁹ La noción de “emprendedor de la memoria”, que planteamos más arriba, implica una elaboración de la memoria en función de un proyecto o emprendimiento, que puede significar la posibilidad de un pasaje hacia una memoria “ejemplar”.

El problema público y social que acompaña a estas dos posturas refiere, de manera directa, a la conformación de la comunidad política y a las reglas que la rigen. Y aquí podemos introducir el guaraní. En guaraní hay dos vocablos para expresar la idea de “nosotros”. Uno –*ore*– marca la frontera entre

quienes hablan y su comunidad y el “otro”, el que escucha u observa, que queda claramente excluido. El otro –*ñande*– es un nosotros incluyente, que invita al interlocutor a ser parte de la misma comunidad. Voy a sugerir que las dos formas de memoria, y sus dos usos, corresponden a estas dos nociones de “nosotros” o de comunidad –una inclusiva, la otra excluyente–.²⁰

Tanto en las conmemoraciones como en el establecimiento de los lugares de la memoria generalmente hay una lucha política cuyos adversarios principales son las fuerzas sociales que demandan marcas de memoria y quienes piden borramiento de la marca, sobre la base de una versión del pasado que minimiza o elimina el sentido de lo que los otros quieren rememorar. También hay confrontaciones acerca de las formas o medios “apropiados” de rememorar, así como en la determinación de qué actores tienen legitimidad para actuar, es decir, quiénes tienen el poder (simbólico) de decidir cuál deberá ser el contenido de la memoria. Estos conflictos pueden resumirse en el tema de la propiedad o la apropiación de la memoria.

En un nivel hay una confrontación acerca de las formas apropiadas y no apropiadas de expresar la memoria. ¿Existen estándares para juzgar las rememoraciones y los memoriales? Pero, y esto es lo más importante, ¿quién es la autoridad que va a decidir cuáles son las formas “apropiadas” de recordar? ¿Quiénes encarnan la *verdadera* memoria? ¿Es condición necesaria haber sido víctima directa de la represión? ¿Pueden quienes no vivieron en carne propia una experiencia personal de represión participar en el proceso histórico de construcción de una memoria colectiva? La propia definición de qué es “vivir en carne propia” o ser “víctima directa” es también parte del proceso histórico de construcción social del sentido.

Nadie duda del dolor de la víctima, ni de su derecho a recuperar las verdades de lo ocurrido. Tampoco está en discusión el papel protagónico (en términos históricos) que en diferentes casos tuvieron las “víctimas directas” y sus familiares como voces iniciales en los emprendimientos de las memorias. El tema, más bien, es otro, y es doble. Por un lado, ¿quién es el “nosotros” con legitimidad para recordar? ¿Es un nosotros excluyente, en el que sólo pueden participar quienes “vivieron” el acontecimiento? ¿O hay lugar para ampliar ese nosotros, en una operación por la cual comienzan a funcionar mecanismos de incorporación legítima –sobre la base del diálogo horizontal más que de la identificación vertical, tema sobre el cual volveremos al hablar de testimonios– de (nos)otros? ¿Se trata de un *ore* o un *ñande*? Por otro lado, está el tema planteado por Todorov, es decir, ¿en qué medida la memoria sirve para ampliar el horizonte de experiencias y expectativas, o se restringe al acontecimiento? Aquí el tema de la memoria entra a jugar en otro escenario, el de la justicia y las instituciones. Porque cuando se plantea la generalización y universalización, la memoria y la justicia confluyen, en oposición al olvido intencional (Yerushalmi: 1989).

Una hipótesis preliminar, que deberá ser objeto de investigación futura, relaciona los escenarios de la lucha por la memoria con la acción estatal. Cuando el Estado no desarrolla canales institucionalizados oficiales y legítimos que reconocen abiertamente los acontecimientos de violencia de Estado y represión pasados, la lucha sobre la verdad y sobre las memorias apropiadas se desarrolla en la arena societal. En ese escenario, hay voces cuya legitimidad es pocas veces cuestionada: el discurso de las víctimas directas y sus parientes más cercanos. En ausencia de parámetros de legitimación sociopolítica basados en criterios éticos generales (la legitimidad del estado de derecho), y de la traducción o traslado de la memoria a la justicia institucional, hay disputas permanentes acerca de quién puede promover o reclamar qué, acerca de quién puede hablar y en nombre de quién.

La cuestión sobre la autoridad de la memoria y la VERDAD puede llegar a tener una dimensión aún más inquietante. Existe el peligro (especular en relación con el biologismo racista) de anclar la

legitimidad de quienes expresan la VERDAD en una visión esencializadora de la biología y del cuerpo. El sufrimiento personal (especialmente cuando se lo vivió en “carne” propia o a partir de vínculos de parentesco sanguíneo) puede llegar a convertirse para muchos en el determinante básico de la legitimidad y de la verdad. Paradójicamente, si la legitimidad social para expresar la memoria colectiva es socialmente asignada a aquellos que tuvieron una experiencia personal de sufrimiento corporal, esta autoridad simbólica puede fácilmente deslizarse (consciente o inconscientemente) a un reclamo monopólico del sentido y del contenido de la memoria y de la verdad.²¹ El nosotros reconocido es, entonces, excluyente e intransferible. Además, en aquellas situaciones en que prevalece el silencio y la ausencia de espacios sociales de circulación de la memoria (mecanismos necesarios para la elaboración de las experiencias traumáticas) las víctimas pueden verse aisladas y encerradas en una repetición ritualizada de su dolor, sin elaboración social. En el extremo, este poder puede llegar a obstruir los mecanismos de ampliación del compromiso social con la memoria, al no dejar lugar para la reinterpretación y la resignificación –en sus propios términos– del sentido de las experiencias transmitidas.

Hay aquí un doble peligro histórico: el olvido y el vacío institucional por un lado, que convierte a las memorias en memorias literales de propiedad intransferible e incompañable. Se obturan así las posibilidades de incorporación de nuevos sujetos. Y la fijación de los “militantes de la memoria” en el acontecimiento específico del pasado, que obtura la posibilidad de creación de nuevos sentidos. Elegir hablar de “emprendedores” de la memoria agrega aquí un elemento de optimismo. Porque los emprendedores saben muy bien que su éxito depende de “reproducciones ampliadas” y de aperturas de nuevos proyectos y nuevos espacios. Y allí reside la posibilidad de un *ñande* y de la acción de la memoria ejemplar.

NOTAS

¹ Este texto, basado en el libro *Los trabajos de la memoria* (Jelin: 2002), se centra en el tema de la memoria social y pública a partir de las dictaduras y represión política de las décadas de los setenta y ochenta en el Cono Sur. Es decir, toma un período relativamente corto de la historia de la región. Algunas referencias a la historia anterior, y especialmente a las memorias ligadas a la construcción de la nación, están implícitas en el texto. Queda para el futuro el desafío de ubicar las memorias de las dictaduras en las memorias y sentidos de los tiempos más largos de las historias de las naciones.

¹ Tomo la noción de “catástrofe social” de R. Käs (1991), quien la elabora con relación a la noción de “catástrofe psíquica”: “Una catástrofe psíquica se produce cuando las modalidades habituales empleadas para tratar la negatividad inherente a la experiencia traumática se muestran insuficientes, especialmente cuando no pueden ser utilizadas por el sujeto debido a cualidades particulares de la relación entre realidad traumática interna y medio ambiente” (142). Una catástrofe social implica “el aniquilamiento (o la perversión) de los sistemas imaginarios y simbólicos predispuestos en las instituciones sociales y transgeneracionales. Enunciados fundamentales que regulan las representaciones compartidas, las prohibiciones, los contratos estructurantes, los lugares y funciones intersubjetivos. (...) Las situaciones de catástrofe social provocan efectos de ruptura en el trabajo psíquico de ligadura, de representación y de articulación. (...) Mientras que como Freud lo subrayó, las catástrofes naturales solidarizan el cuerpo social, las catástrofes sociales lo desagregan y dividen” (144-145).

² En la década de los noventa, se han sumado actores importantes en el plano de la lucha por la justicia: los aparatos judiciales de otros países (europeos y de la región) y los organismos y cortes internacionales. La actuación de estas instancias es creciente, con un triple impacto: algunas condenas (a menudo *in absentia*), una fuerte presencia mediática que provoca debates en la esfera pública de cada país, y la presión sobre los aparatos judiciales de los países en los que se cometieron las violaciones.

³ Las interpretaciones del pasado son objeto de controversias sociales aun cuando haya pasado mucho tiempo desde los acontecimientos que se debaten. Esto se hizo claramente evidente cuando se conmemoraron los 500 años de la llegada de Colón a América, en 1492. ¿Era el “descubrimiento” de América o su “conquista”? ¿Era el “encuentro” de diferentes culturas o el comienzo del “genocidio” de los pueblos indígenas? En esa ocasión, diferentes actores dieron sentidos e interpretaciones, e inclusive nombres diversos, a lo que se estaba recordando. No hubo ninguna posibilidad de alcanzar una conmemoración unívoca.

⁴ “Aunque, en efecto, los hechos son imborrables y no puede deshacerse lo que se ha hecho, ni hacer que lo que ha sucedido no suceda, el sentido de lo que pasó, por el contrario, no está fijado de una vez por todas. Además de que los acontecimientos del pasado pueden interpretarse de otra manera, la carga moral vinculada a la relación de deuda respecto al pasado puede incrementarse o rebajarse, según tengan primacía la acusación, que encierra al culpable en el sentimiento doloroso de lo irreversible, o el perdón, que abre la perspectiva de la exención de la deuda, que equivale a una conversión del propio sentido del pasado. Podemos considerar este fenómeno de la reinterpretación tanto en el plano moral

⁵ Sobre la relación entre memoria y nación, y el análisis de varios casos específicos, ver el número especial de *Social Science History* compilado por J. Olick (1998).

⁶ “(...) ya no se trata de una cuestión de decadencia de la memoria colectiva (...), sino de la violación brutal de lo que la memoria puede todavía conservar, de la mentira deliberada por deformación de fuentes y archivos, de la invención de pasados recompuestos y míticos al servicio de los poderes de las tinieblas. Contra los militantes del olvido, los traficantes de documentos, los asesinos de la memoria, contra los revisores de enciclopedias y los conspiradores del silencio, contra aquellos que, para retomar la magnífica imagen de Kundera, pueden borrar a un hombre de una fotografía para que nada quede de él con excepción del sombrero, el historiador (...) animado por la austera pasión por los hechos (...) puede velar y montar guardia” (Yerushalmi: 1989, 25).

⁷ La persistencia y apropiación de los íconos de la música de protesta y de las consignas prohibidas por parte de jóvenes que no pudieron tener experiencias directas en espacios públicos durante las dictaduras son muy claras. En la apertura española de la segunda mitad de los años setenta, adolescentes cantaban las canciones republicanas de la Guerra Civil y voceaban las consignas de la época. En la transición argentina, los jóvenes coreaban las canciones de la conocida cantante Mercedes Sosa (cuyas canciones estaban prohibidas en los medios de difusión pública durante la dictadura militar), y reaccionaban en las primeras presentaciones postcensura de la cantante como si hubieran tenido un contacto directo con la cantante desde siempre. Pollak (1989) presenta varios casos europeos de memorias silenciadas.

⁸ “La sociedad española intentó (...) que no se reprodujeran los errores que habían acabado con la II República, para lo que se evitó, de forma casi supersticiosa (...) repetir su diseño institucional. Esta es una de las razones que mejor explican la preferencia de la forma monárquica de gobierno sobre la republicana, del sistema electoral proporcional sobre el mayoritario (...)” (Aguilar Fernández: 1996, 360).

⁹ Esta interpretación de la transición española y el lugar del olvido político en ella puede ser leída en la clave que Nicole Loraux propone para la Antigua Grecia: la amnistía (y la amnesia) en el campo de la política, como medio para construir el nuevo pacto o acuerdo, y la reaparición del pasado conflictivo en forma simbólica en el plano cultural, en la clásica tragedia, con una especificidad de género interesante para profundizar. Los hombres de la política olvidan y construyen instituciones; las mujeres de la tragedia expresan el dolor y lloran a sus muertos (Loraux: 1989).

¹⁰ El papel del movimiento de derechos humanos en la transición, tanto con relación a los reclamos de justicia como en su papel con relación a la memoria, es analizado en Jelin, 1995.

¹¹ Prefiero el uso de la palabra “emprendedor” a la de “empresario”. Este último término puede provocar alguna confusión, dada la asociación de la noción de “empresa” con la idea de lucro privado. La idea de emprendedor, aquí elegida, no tiene por qué estar asociada con el lucro económico privado, sino que podemos pensar en emprendimientos de carácter “social” o colectivo. Lo importante en este punto, y que es algo que quiero rescatar y conservar, es que el emprendedor se involucra personalmente en su proyecto, pero también compromete a otros, generando participación y una tarea organizada de carácter colectivo. A diferencia de la noción de “militantes de la memoria” (utilizada, por ejemplo, por Rousso), el emprendedor es un generador de proyectos, de nuevas ideas y expresiones, de creatividad –más que de repeticiones–. La noción implica también la existencia de una organización social ligada al proyecto de memoria, que puede implicar jerarquías sociales, mecanismos de control y de división del trabajo en manos de estos emprendedores.

¹² Claudia Feld analiza la televisión argentina y la “espectacularización” de las memorias de la dictadura. Cuando en 1998, la televisión abierta proyectó un programa especial sobre la Escuela de Mecánica de la Armada (principal centro de detención clandestina durante la dictadura militar) conducido por la conocida periodista y ex miembro de la CONADEP, Magdalena Ruiz Guíñazú, los diarios informaron del evento con el título: “La memoria [el juicio a los ex comandantes] tiene rating” (Feld: 2002).

¹³ En la introducción a su libro, Ernst van Alphen relata, en tono autobiográfico, la “saturación” de memoria del nazismo que rodeó su infancia y adolescencia en Holanda, en los años sesenta y setenta, y la reacción de alejamiento y aun rechazo que esto provocó en él y en su generación (van Alphen: 1997).

¹⁴ El 23 de marzo de 1984, un día antes del aniversario del golpe, el presidente Alfonsín dirigió un mensaje a la nación con motivo de los 100 días de su gobierno. El discurso, publicado el 24 de marzo de 1984 en todos los diarios, no hace ninguna alusión al aniversario del golpe (Lorenz: 2002).

¹⁵ Esto no significa la ausencia de conflictividad en el espacio público en las conmemoraciones del 24. Pero se trata de confrontaciones entre actores diversos *dentro* del campo del movimiento de derechos humanos. Desde hace más de una década, existen al menos dos convocatorias diferentes a dos eventos conmemorativos distintos: la Asociación Madres de Plaza de Mayo no comparte la marcha con el resto de las organizaciones de derechos humanos y la multitud de organizaciones sociales (alrededor de 200) que se han agrupado para organizar la marcha central en Buenos Aires. Aun dentro de la misma marcha, existen disputas sobre la ubicación de los diversos grupos y las diversas consignas. Esto muestra con claridad que la fecha y la conmemoración tienen sentidos diferentes incluso para la gente que está “en el mismo bando” –para los distintos grupos y las distintas identidades que se juegan en ese espacio–.

¹⁶ El análisis de este tipo de conflictos ha sido objeto de trabajos ya clásicos en la crítica cultural. Young (1993 y 2000) es quien ha analizado en profundidad los conflictos alrededor de los diversos monumentos y obras de arte que conmemoran

el exterminio nazi. Yoneyama (1999) los analiza en el caso del Memorial de Hiroshima. Para el museo del Holocausto en Washington, ver Linenthal, 1995. El Memorial de Vietnam en Washington es analizado por Sturken (1997). Los conflictos sociales en la instalación y apropiación de marcas territoriales en el Cono Sur, entre ellos el monumento Tortura Nunca Más en Recife, Brasil, el edificio de la UNE (Unión Nacional de Estudiantes) en Río de Janeiro, el ex campo de detención Villa Grimaldi y el Monumento a Allende en Santiago, y el Parque de la Memoria en Buenos Aires, se incluyen en Jelin y Langland (2003).

¹⁷ En ese caso, hubo varios eventos públicos de conmemoración, en los cuales se instalaron algunas marcas –murales, placas con nombres de represores, esculturas conmemorativas, etc.– En sucesivas oportunidades, estas marcas fueron destruidas durante la noche siguiente a su instalación. Finalmente, se lograron instalar algunas señales que han perdurado y no han sido vandalizadas (Jelin y Kaufman: 2000).

¹⁸ Esta falta de materialización se hace mucho más crucial cuando se trata de memorias de desaparecidos, ya que la ausencia de cuerpos y la incertidumbre de la muerte tornan imposible el duelo.

¹⁹ Rousso señala que el problema no es la militancia en sí, sino el peligro de que para el militante, el fin justifica los medios, y los militantes “aceptan a veces mentir sobre la historia, muchas veces intencionadamente, para salvaguardar una idea pura y simple del pasado, con ‘buenos’ y ‘malos’ bien identificados, fuera de toda la complejidad de los comportamientos humanos” (Rousso, en Feld: 2000, 37).

²⁰ He aprendido esta distinción de Line Bareiro, colega paraguaya con quien compartimos inquietudes y preocupaciones en estos temas. Los vocablos en guaraní no están acentuados, ya que en esa lengua toda palabra que termina en vocal es aguda. La pronunciación es “oré” y “ñandé”.

²¹ Los símbolos del sufrimiento personal tienden a estar corporeizados en las mujeres –las Madres y las Abuelas en el caso de Argentina– mientras que los mecanismos institucionales parecen pertenecer más a menudo al mundo de los hombres. El significado de esta dimensión de género del tema, y las dificultades de quebrar los estereotipos de género en relación con los recursos del poder requieren, sin duda, mucha más atención analítica. La investigación futura también deberá estudiar el impacto que la imagen prevaleciente –en el movimiento de derechos humanos y en la sociedad en su conjunto– de demandas de *verdad* basadas en el sufrimiento y de las imágenes de la familia y los vínculos de parentesco (Filc: 1997) tienen en el proceso de construcción de una cultura de la ciudadanía y la igualdad, temas a los que también alude da Silva Catela (2001).

Bibliografía

- Achugar, Hugo (2002). “Territorios y memorias versus lógica del mercado (a propósito de cartografías y shopping malls)”, <http://acd.ufrj.br/pacc/artelatina/hugo.html>
- Acuña, Carlos y Smulovitz, Catalina (1996). “Ajustando las fuerzas armadas a la democracia: éxitos, fracasos y ambigüedades de las experiencias en el Cono Sur”. En Elizabeth Jelin y Eric Hershberg (editores), *Construir la democracia: derechos humanos, ciudadanía y sociedad en América Latina*, Caracas: Nueva Sociedad.
- Aguilar Fernández, Paloma (1996). *Memoria y olvido de la Guerra Civil Española*, Madrid: Alianza.
- Becker, Howard S. (1971). *Los extraños. Sociología de la desviación*, Buenos Aires: Tiempo Contemporáneo.
- Candina Palomer, Azun (2002). “El día interminable. Memoria e instalación del 11 de septiembre de 1973 en Chile (1974-1999)”. En Elizabeth Jelin (comp.), *Las conmemoraciones: Las disputas en las fechas ‘in-felices.’* Madrid y Buenos Aires: Siglo XXI de España Editores/Siglo XXI de Argentina Editores.
- Carvalho, Alessandra y da Silva Catela, Ludmila (2002). “31 de marzo de 1964 en Brasil: memorias deshinchadas”. En Elizabeth Jelin (comp.), *Las conmemoraciones: Las disputas en las fechas ‘in-felices.’* Madrid y Buenos Aires: Siglo XXI de España Editores/Siglo XXI de Argentina Editores.
- da Silva Catela, Ludmila (2001). *No habrá flores en la tumba del pasado. La experiencia de reconstrucción del mundo de los familiares de desaparecidos*, La Plata: Ediciones Al Margen.
- da Silva Catela, Ludmila y Jelin, Elizabeth (comps.) (2002). *Los archivos de la represión: Documentos, memoria y verdad*. Madrid y Buenos Aires: Siglo XXI de España Editores/Siglo XXI de Argentina Editores.
- Feld, Claudia (2000). “Entrevista con Henry Rousso. El duelo es imposible y necesario”. En *Puentes*, Año 1, N° 2, diciembre.
- (2002). *Del estrado a la pantalla: las imágenes del juicio a los ex comandantes en Argentina*. Madrid y Buenos Aires: Siglo XXI de España Editores/Siglo XXI de Argentina Editores.
- Filc, Judith (1997). *Entre el parentesco y la política. Familia y dictadura, 1976-1983*. Buenos Aires: Biblos.
- Huyssen, Andreas (2000). “En busca del tiempo futuro”. En *Puentes*, Año 1, N° 2, diciembre.
- Jelin, Elizabeth (1995). “La política de la memoria: el movimiento de derechos humanos y la construcción democrática en la Argentina”. En Varios Autores, *Juicio, castigos y memorias: derechos humanos y justicia en la política argentina*, Buenos Aires: Nueva Visión.

- (2002). *Los trabajos de la memoria*. Madrid y Buenos Aires: Siglo XXI de España Editores/Siglo XXI de Argentina Editores.
- (comp.) (2002). *Las conmemoraciones: Las disputas en las fechas "in-felices"*. Madrid y Buenos Aires: Siglo XXI de España Editores/Siglo XXI de Argentina Editores.
- Jelin, Elizabeth y Kaufman, Susana (2001). "Los niveles de la memoria: reconstrucciones del pasado dictatorial argentino". En *Entre pasados*. Año 10, N° 20-21.
- Jelin, Elizabeth y Victoria Langland (comps.) (2003). *Monumentos, memoriales y marcas territoriales*. Madrid y Buenos Aires: Siglo XXI de España Editores/Siglo XXI de Argentina Editores.
- Kaes, René (1991). "Rupturas catastróficas y trabajo de la memoria. Notas para una investigación". En Janine Puget y René Kaes (eds.), *Violencia de estado y psicoanálisis*, Buenos Aires: Paidós-APDH.
- Koonz, Claudia (1994). "Between Memory and Oblivion: Concentration Camps in German Memory". En John Gillis (ed.), *Commemorations. The Politics of National Identity*. Princeton: Princeton University Press.
- Lazzara, Michael J. (2003). "Tres recorridos de Villa Grimaldi". En Jelin, Elizabeth y Langland, Victoria (comps.) (2003): *Monumentos, memoriales y marcas territoriales*. Madrid y Buenos Aires: Siglo XXI de España Editores/Siglo XXI de Argentina Editores.
- Linenthal, Edward T. (1995). *Preserving Memory. The Struggle to Create America's Holocaust Museum*, Nueva York: Penguin Books.
- Lorau, Nicole (1989). "De la amnistía y su contrario". En Varios Autores, *Usos del olvido*, Buenos Aires: Nueva Visión.
- Lorenz, Federico (2002). "¿De quién es el 24 de marzo? Las luchas por la memoria del golpe de 1976". En Elizabeth Jelin (comp.), *Las conmemoraciones: las disputas en las fechas "in-felices"*. Madrid y Buenos Aires: Siglo XXI de España Editores/Siglo XXI de Argentina Editores.
- Marchesi, Aldo (2002). "¿'Guerra' o 'Terrorismo de Estado'? Recuerdos enfrentados sobre el pasado reciente uruguayo." En Elizabeth Jelin (comp.), *Las conmemoraciones: Las disputas en las fechas "in-felices."* Madrid y Buenos Aires: Siglo XXI de España Editores/Siglo XXI de Argentina Editores.
- Olick, Jeffrey K. (editor) (1998). "Special Issue: Memory and the Nation". En *Social Science History*, vol. 22, N° 4.
- Pollak, Michael (1989). "Memória, esquecimento, silêncio". En *Estudos históricos*, vol. 2, N° 3.
- Ricoeur, Paul (1999). *La lectura del tiempo pasado: memoria y olvido*, Madrid: Arrecife-Universidad Autónoma de Madrid.
- Scott, James C. (1992). *Hidden Transcripts. Domination and the Arts of Resistance*. New Haven, Yale University Press.
- Sturken, Marita (1997). *Tangled Memories. The Vietnam War, the AIDS Epidemic, and the Politics of Remembering*, Berkeley y Londres: University of California Press.
- Todorov, Tzvetan (1998). *Les abus de la mémoire*, Paris: Arléa.
- van Alphen, Ernst (1997). *Caught by History. Holocaust Effects in Contemporary Art, Literature and Theory*, California: Stanford University Press.
- Winter, Jay y Sivan, Emmanuel (1999). "Introduction". En Jay Winter y Emmanuel Sivan (editores), *War and Remembrance in the Twentieth Century*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Yerushalmi, Yosef H. (1989). "Reflexiones sobre el olvido". En Varios Autores, *Usos del olvido*, Buenos Aires: Nueva Visión.
- Young, James E. (1993). *The Texture of Memory. Holocaust Memorials and Meaning*, New Haven y Londres: Yale University Press.
- (2000). *At Memory's Edge. After-images of the Holocaust in Contemporary Art and Architecture*, New Haven y Londres: Yale University Press.
- Yoneyama, Lisa (1999). *Hiroshima Traces. Time, Space, and the Dialectics of Memory*. Berkeley: California University Press.

3. Lecturas del Pasado

Cartas a Videla: una exploración sobre el miedo, el terror y la memoria¹

EMILIO CRENZEL
UBA - Núcleo Memoria

En este artículo me referiré a dos cartas dirigidas a la Junta Militar y al General Videla, durante el transcurso mismo de la dictadura militar. Ambas, a mi juicio, expresan cierta clase de vínculos extremos establecidos entre grupos específicos de la sociedad civil y la dictadura poco explorados en la literatura local que trata los efectos subjetivos del terrorismo de Estado.² Procuraré, además, precisar la forma en que estas cartas fueron inscriptas en la narrativa escrita más substantiva sobre la desaparición de personas en Argentina: el informe *Nunca Más*.³

Hacer referencia a una carta intrépida y tempestuosa dirigida en plena dictadura a la junta militar que encabezó el golpe de Estado del 24 de Marzo de 1976 en Argentina, remite, casi con seguridad, a pensar en la epístola escrita por el militante y periodista Rodolfo Walsh⁴ (1977).

El escrito de Walsh, dirigido a la junta un año después del golpe, reúne la doble condición de carta y manifiesto político de oposición. Su carta, resume y denuncia el compendio de crímenes inéditos y radicales de la dictadura militar iniciada en 1976 al poner de relieve el carácter estatal, masivo y sistemático de la desaparición de personas, el cautiverio clandestino de personas, su tortura, su eliminación sin juicio alguno, los fusilamientos aviesos que se escondían bajo los supuestos “intentos de fuga” de prisioneros y la falacia del discurso militar en torno a los “enfrentamientos” en los cuales los supuestos guerrilleros sólo registraban abatidos mientras, llamativamente, las Fuerzas Armadas o de seguridad nunca registraban bajas. Walsh resalta también la decisión política de la dictadura de prohibir toda información sobre el hallazgo de cadáveres y de ocultar a los mismos tras las masacres de detenidos clandestinos o legales, hilvanando el último eslabón de la secuencia de secreto y silencio que envolvía a las desapariciones.⁵

Para refrendar la veracidad de sus apreciaciones sobre las repetidas ejecuciones secretas de prisioneros indefensos y a su destino último, Walsh alude a otras cartas que operan al interior de la suya a modo de testimonios. La primera que cita, fue dirigida por los presos de la cárcel de encausados al entonces Obispo de Córdoba, Monseñor Primatesta. En ella se señalaba que: “El 17 de mayo de 1976 son retirados de la cárcel de encausados con el engaño de ir a la enfermería seis compañeros que luego son fusilados. Se trata de Miguel Angel Mosse, José Svagusa, Diana Feldman, Luis Verón, Ricardo Yung y Eduardo Hernández, de cuya muerte en intento de fuga informó el Tercer Cuerpo de Ejército” (Walsh: 1985, 208).

La segunda que cita, es la que dirige Isaías Zanotti vecino del lago San Roque en Córdoba quien, en Agosto de 1976, luego de bucear en el acuífero, denuncia en la comisaría de la zona y a varios diarios

que el lecho del San Roque se había convertido en un verdadero “cementerio lacustre”. Su denuncia no fue recibida en la comisaría y su carta sólo fue publicada por la Agencia de Noticias Clandestinas que dirigía el propio Walsh⁶ (1985, 208). Esta última, refrenda la denuncia de Walsh acerca de los “no lugares” últimos de la desaparición, donde los perpetradores depositaron su ilusión de tornar por siempre invisibles e impunes los crímenes.

La respuesta a su carta abierta y a las reflexiones y denuncias que contenía, fue el silencio público de sus destinatarios ya que, como el propio Walsh lo advertía: “la junta que ustedes presiden... es la fuente misma del terror que ha perdido el rumbo y sólo puede balbucear el discurso de la muerte” (1985, 209). El mismo día en que envió la “Carta abierta” y cuando la misma no había llegado aún a sus destinatarios, ese discurso se traducía en práctica con su secuestro y asesinato (Walsh: 1985, 209).⁷ Su voz no tuvo audiencia en la escena pública. Era tan sólo la expresión de una *memoria subterránea*⁸ que recorría los recovecos de la sociedad, aislada, extraña a sus multitudes, imposibilitada de cuestionar el monopolio de la fuerza y de la palabra que ostentaba la junta militar en el primer aniversario del golpe de Estado.⁹

Siete años después, a partir de la investigación de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas (CONADEP) salió a la luz pública una carta de muy distinto tenor, dirigida también en tiempos de dictadura al general Videla, retratando lo que sucedía en el cementerio ubicado en el barrio San Vicente, próximo al cuartel de la “Prisión Militar de Encausados de Córdoba”, de cuyos presos Walsh transcribe en su “Carta abierta” la misiva que le dirigieron a Primatesta denunciando los fusilamientos camuflados de intentos de fuga.

El 2 de Febrero de 1984, en conferencia de prensa en la ciudad de Córdoba, el presidente de la CONADEP, Ernesto Sábato, informaba que la comisión entregó pruebas en el Juzgado Federal N° 3 de la ciudad de Córdoba que implicaban al ex gobernador Cordobés durante la dictadura Adolfo Sigwald y al ex presidente de facto Jorge Videla. Sábato precisó que entre los elementos entregados a la justicia “figura el libro de la morgue judicial que registra 300 casos de ingresos de cadáveres producidos entre 1977 y 1980 el que fue entregado junto al testimonio espontáneo de dos funcionarios de la morgue quienes testimoniaron ante la CONADEP que entre 1976 y 1977 ingresaron muchos cadáveres de personas identificadas como subversivos que eran remitidos por las fuerzas de seguridad” (*Clarín*, 3 de febrero de 1984, 18).

Según los testimonios de los trabajadores de la morgue, citados por el mismo diario Clarín unos días después, los cadáveres “se inhumaban en horas de la noche, con apoyo de la policía y del III Cuerpo de Ejército que comandaba Luciano Benjamín Menéndez, en fosas comunes e individuales en el cementerio de San Vicente. Los mismos, presentaban evidentes signos de torturas, numerosos impactos de bala y señales de haber estado atados de pies y manos y eran remitidos con la orden expresa de no realizarles autopsias” (*Clarín*, 8 de febrero de 1984, 8). Se precisaba además que, según los miembros de la CONADEP, los testimonios de los funcionarios de la morgue “abundaron en horripilantes detalles” que se excusaron de hacer públicos manteniendo también en el anonimato la identidad de los testigos declarantes (*Clarín*, 8 de febrero de 1984, 8). Se puntualizaba que, junto a su declaración, los trabajadores de la morgue le entregaron a la CONADEP “la copia de una nota que en Junio de 1980 elevaron al presidente de la Nación, General Videla, no por el horror de lo que estaban obligados a hacer, sino porque solicitaban que ese trabajo fuera considerado y se retribuyera adecuadamente” (*Clarín*, 8 de febrero de 1984, 8).

El contenido de la carta fue reproducido parcialmente por el mismo diario bajo un título inquietante: “Revelan carta de sepultureros a Videla”.¹⁰ La noticia daba cuenta que en 1980, sepultureros del

cementerio de San Vicente, en la provincia de Córdoba, enviaron una carta al entonces presidente Jorge Videla reclamando “una mejor paga por la inhumación de cadáveres N.N”¹¹ (*Clarín*, 8 de febrero de 1984, 8) Según la crónica, este inusitado pedido “fue derivado por Videla a las autoridades de la provincia de Córdoba para que resolvieran sobre su viabilidad”.¹² El artículo precisaba que la revelación de la existencia de esta carta se constituyó en “uno de los más estremecedores elementos de prueba logrados por la CODEP (SIC) acerca de las inhumaciones irregulares de cadáveres en cementerios de dicha provincia.”¹³

En una petición administrativa dirigida al entonces presidente de facto, el 30 de Junio de 1980, trabajadores del personal de la morgue judicial de Córdoba, le solicitaban a Videla que intercediera para que se les proporcionaran elementos de trabajo adecuados para proseguir con las mismas y se les aumentase su retribución reconociendo el carácter insalubre de las tareas que estaban desarrollando.

La existencia de esta petición fue conocida, a su vez, dos meses antes de la difusión pública de su existencia por uno de los asesores directos del presidente Alfonsín que elaboraron la estrategia de juzgamiento a los militares por violaciones a los derechos humanos. Según relata Malamud Goti:

Me topé con el expediente de los enterradores en Diciembre del 83, en la casa de gobierno, al poco tiempo de instalarme allí como asesor del presidente Alfonsín, sucesor inmediato del régimen militar. Al instalarnos en oficinas en la Casa Rosada, advertimos que los funcionarios del régimen habían destruido todos los documentos que hubieran podido incriminarlos. Con excepción de alguna correspondencia irrelevante, había poco o nada en los cajones y armarios de las oficinas. Entre los papeles abandonados por los militares, hallamos la carpeta de antecedentes de la “Petición de los enterradores de Córdoba”, un expediente al que los funcionarios del régimen seguramente dieron escasísima importancia. El expediente, sin embargo, es muy revelador. En 1977, el sindicato de enterradores de la provincia de Córdoba presentó al presidente de facto, Jorge Videla, una petición formal relativa a las condiciones insalubres de trabajo de sus afiliados. La descarga de cadáveres se había multiplicado entre diez y veinte veces desde que los militares habían depuesto a Isabel Perón. Como no les era posible enterrar los cadáveres a la misma velocidad con que eran descargados, el apilamiento y la descomposición se hacían inevitables. Esta situación –sostenían los representantes del gremio– hacía de la actividad una tarea insalubre, además de extremadamente desagradable”¹⁴ (Malamud Goti: 2000, 98).

La carta en realidad no estaba subscripta por el “sindicato de enterradores de la provincia de Córdoba” en representación de sus “afiliados” como señala Malamud Goti, sino por un grupo de ayudantes técnicos de autopsias y morgueros.¹⁵ Estos trabajadores, le enumeraban a Videla “todos los trámites que se han realizado para lograr ser encuadrados dentro de la ley de insalubridad, tareas penosas, riesgosas y de envejecimiento prematuro, trámite que comenzó en el año 1975” (Carta de los trabajadores de la morgue al teniente general Jorge Rafael Videla, 1). En su extensa carta de siete carillas a Videla, los trabajadores detallan el grado de insalubridad de su trabajo y las condiciones inadecuadas y deterioradas que revestían las instalaciones de la morgue. La petición atravesó variados e intrincados caminos burocráticos que los escritores de la misiva se ocupan de mencionarle a Videla senderos que, invariablemente, encontraban como toda respuesta el silencio o la amenaza de los superiores ante su reclamo gremial.

Únicamente, según los redactores de la carta, el Teniente Coronel Francisco Figueroa, juez militar de turno, se presentó para verificar los hechos denunciados. El militar, según le relatan los trabajadores de la morgue a Videla, “había sido la única autoridad que nos indicó de cómo se debía proceder con los

familiares y amigos de los cadáveres de los elementos subversivos, ya que al no estar nada reglamentado (sigue igual) nos encontrábamos no pocas veces en apuros debido a la exigencia de los deudos para el reconocimiento de los cadáveres. Eso nos dio tranquilidad para desempeñar nuestra función correctamente” (Carta..., 2). La ausencia de indicaciones u órdenes escritas muestra el carácter irregular de estos procedimientos y a la vez la voluntad de no dejar registros que incriminasen a quienes ordenaban y ejecutaban estas prácticas. El sentimiento de tranquilidad que sucede a estas ordenes entre los morgueros revela a la vez la ausencia de otras preocupaciones morales con respecto a la situación.

A continuación, los morgueros detallan el operativo implementado tras una acordada excepcional dispuesta por el Excelentísimo Tribunal Superior de Justicia de Córdoba en la que “se resuelve sepultar en horas de la noche todos los cadáveres que se encuentran en depósito” (Carta..., 3). El operativo mencionado, se llevó a cabo el 15 de Diciembre de 1976 a las 18 horas. Según los morgueros, tanto el Capitán Muller a cargo del Departamento de Desinfecciones de la Municipalidad de Córdoba como el Cuerpo de Bomberos de la Policía de Córdoba, llegados hasta el lugar para dicho cometido, desisten de la tarea al comprobar el estado de putrefacción de los cadáveres almacenados en el depósito de la morgue. Finalmente, el traslado en el que participaron los morgueros, se realiza seis horas después por medio de camionetas del Ministerio de Bienestar Social de la provincia. Los morgueros en su carta, relatan el trabajo realizado en esa oportunidad como un nuevo modo de justificar su reclamo corporativo:

Es imposible Sr. Presidente describirle una imagen real de lo que nos tocó vivir, al abrir las puertas de las salas donde se encontraban los cadáveres, dado que algunos llevaban más de 30 días de permanecer en depósito sin ningún tipo de refrigeración, una nube de moscas y el piso cubierto por una capa de aproximadamente diez centímetros y medio de gusanos y larvas, los que retirábamos en baldes cargándolos con palas. Nuestra única indumentaria era pantalón, guardapolvo, botas y guantes algunos, otros tuvieron que realizar este trabajo con ropa de calle, los bozales y gorros fueron provistos por la Dirección del Hospital por atención del señor Sub-Director debido a que carecíamos de los mismos. A pesar de todo esto no tuvimos ningún tipo de reparos en realizar la tarea ordenada; es de hacer notar que la mayoría de estos cadáveres eran delincuentes subversivos. Morgueros y Ayudantes Técnicos de Autopsia en la caja del camión junto a los cadáveres y custodiados por dos móviles de la Policía de la Provincia correspondientes a un operativo montado para tal fin nos dirigimos así al cementerio de San Vicente. Es inenarrable el espectáculo que presentaba el cementerio; los móviles de la Policía alumbraban la fosa común donde fueron depositados los cadáveres identificados por números y como punto de referencia los pilares de la pared cercana, detrás de la cual e inclusive arriba de los techos los vecinos al cementerio observaban la macabra tarea realizada¹⁶ (Carta..., 3).

Su epístola finalizaba señalando que recurrían a Videla en tanto “Poder Supremo de la Nación para que considere, investigue y analice nuestro caso ya que no estuvo ni está, ni estará en nuestro espíritu tomar ninguna medida que afecte el normal desenvolvimiento de nuestro trabajo, siendo la mayoría de los integrantes jefes de familia honestas y cristianas, creyentes en la justicia de Dios y de los hombres” dejando constancia que “el personal que no firma esta carta es por temor a represalias que pudieran emanar de nuestros superiores”¹⁷ (Carta..., 6-7)

La alteración que produce la lectura de la carta de los morgueros se refuerza con el hecho de que sus redactores, en Febrero de 1984, testimonian ante la CONADEP, comisión que había comenzado a desempeñar sus labores de investigación del pasado de horror a principios de ese año.

Ya desde un año antes del retorno constitucional y, en especial durante el verano de 1984, paralelamente al trabajo de la CONADEP, el país asiste al “descubrimiento” de tumbas individuales y fosas comunes en cementerios de sus principales ciudades, a partir de lo cual la justicia ordena sucesivas exhumaciones que van dando cuenta de la existencia extendida de tumbas NN.¹⁸ Las mismas adquirieron gran visibilidad pública ya que tuvieron una amplia cobertura de parte de los medios de comunicación de masas. Sin embargo, la predominante perspectiva sensacionalista con que la prensa las abordó, derivó que su tratamiento fuera caracterizado como el “Show del horror”, por la ausencia de cualquier cuidado y consideración ética frente a la presentación pública del horror.¹⁹

Los sepultureros, como se señaló, se presentan ante la comisión investigadora y no solamente ofrecieron su testimonio de lo visto y hecho por ellos, además entregaron copia de la carta que le enviaron en 1980 a Videla. Testimonio oral y carta en manos de la comisión se anudan ahora como elementos decisivos para probar lo que sucedía en la morgue judicial y en el cementerio de San Vicente y el conocimiento que tenía Videla sobre estos hechos.

Como ya se dijo, tanto los “detalles horripilantes” transcritos en la carta de los sepultureros a Videla como la identidad de los trabajadores de la morgue fueron mantenidos en secreto al momento de la conferencia de prensa de la CONADEP en Córdoba, en Febrero de 1984, al mismo tiempo que se ponía en conocimiento de la opinión pública la existencia de la carta que le enviaron a Videla y el motivo de la misma. Unos meses después, al hacerse público el informe de la CONADEP, en el *Nunca Más*, se produce una nueva dislocación entre el contenido de la carta y la identidad de los trabajadores que la subscribieron.

La narración del episodio en el *Nunca Más* incluye dos de los nombres de los sepultureros que enviaron la misiva y que a su vez brindaron su testimonio a la comisión y transcribe de manera minuciosa el pasaje en el que describen el traslado de los cadáveres desde la morgue al cementerio de San Vicente, fragmento de la carta prudentemente silenciado por Sabato en la conferencia de prensa en Córdoba. El *Nunca Más* menciona la nota administrativa que los sepultureros enviaron a Videla pero sólo se hace referencia a que la carta estaba “referida a las condiciones de extrema insalubridad en que desempeñaban su labor” (CONADEP: 1984, 244 y 245). Para el lector del informe de la CONADEP que no conoce el contexto y el contenido de la carta, queda eclipsada la normalización y el uso puramente instrumental del horror que expresa la carta de estos trabajadores. Con respecto a Walsh, el párrafo del *Nunca Más* que menciona su desaparición hace presente brevemente la existencia de su carta abierta y el asesinato de una de sus hijas pocos meses antes. Nada se dice acerca de su condición de militante ni del enfrentamiento armado que protagonizó con sus captores (CONADEP: 1984, 371 y 372).

Si bien el objetivo de la CONADEP estaba circunscripto a esclarecer los hechos relacionados con la desaparición de personas ocurridos en el país, a recibir denuncias y pruebas para remitirlas a la justicia, las omisiones en el *Nunca Más* de la identidad política de Walsh, a las circunstancias de su captura y al uso puramente instrumental del horror de parte de los sepultureros en su carta a Videla estrechan, para el lector, la posibilidad de conocer la policromía de las relaciones sociales establecidas por diversas fracciones de la sociedad con el ejercicio del terror dictatorial. Por el contrario, en el informe prevale una imagen homogénea de la sociedad argentina bajo la dictadura que ocupa el lugar de la víctima paralizada o que, si justifica lo que acontece, es debido a los efectos producidos por el terror.²⁰

Tampoco hay referencias al testimonio de los sepultureros y a la carta enviada por estos a Videla en el Informe de la delegación Córdoba de la CONADEP, pese a que incluye un apartado específico referido al uso del cementerio de San Vicente como sitio de inhumaciones clandestinas.²¹

¿Que distancias y proximidades guardan las cartas de Walsh y de los sepultureros de San Vicente? En Walsh la carta deviene en declaración unilateral, en un monólogo que asume en sí mismo la ausencia de un posible intercambio con otro a quien visualiza como enemigo. “Sin la esperanza de ser escuchado, con la certeza de ser perseguido” dice en el último párrafo de su escrito póstumo. La carta de los trabajadores de la morgue, en cambio, pertenece al género estricto de la correspondencia. Sus remitentes buscan ser leídos y escuchados por su destinatario y esperan de su interlocutor respuesta a sus demandas. Son evidentes sus diferentes propósitos y, estrictamente, el destinatario tampoco es el mismo ni en términos objetivos ni subjetivos. Walsh dirige su carta a la Junta Militar en conjunto, destacando el carácter orgánico de la responsabilidad de las Fuerzas Armadas en los hechos que denuncia mientras los sepultureros lo hacen exclusivamente a Videla, en tanto presidente de la Nación y considerándolo como la autoridad legítima, el último recurso a quien recurrir luego de su trajinar por los pasillos de la burocracia.²²

Pero hay un elemento saliente que anuda las dos cartas, que se revela en ambas: la *ausencia del terror* entre quienes las escriben, a la vez que la distancia crucial entre las cartas se establece al preguntarnos por el origen de esta ausencia. La carta de Walsh revela que el desplazamiento del miedo y el silencio, su derrota, le posibilitan denunciar el terror. La preservación física, el miedo a la persecución dictatorial, ha cedido a su preservación moral.²³ Entre los sepultureros, en cambio, la ausencia del terror parecería obedecer a su normalización, a su subordinación a un universo de valores que no trasciende la defensa de los intereses más inmediatos y particulares, –el aumento de su salario y el reconocimiento de la insalubridad de sus tareas– valores que no se alteran pese al cariz de la situación.

Para los trabajadores de la morgue los cadáveres operan como mediación de su reclamo, como el modo a partir del cual, quienes los nombran e invocan, pretenden tornar sus demandas justificadas a los ojos de la autoridad. Cuando emerge el miedo entre un grupo de ellos –(quienes colocan sus nombres pero que finalmente no firman la carta a Videla)– es por temor a la reacción de sus superiores jerárquicos frente al nuevo giro radical que dan a su reclamo gremial y no frente a la posible reacción del jefe del Estado terrorista. El recurso de los morgueros a la máxima autoridad del Estado, personificada en Videla, se limita a interpellarla en tanto instancia última posible para que se reconozca el carácter y las condiciones de su trabajo.

¿Se debió esta naturalización a una sobre adaptación a las condiciones de terror y horror con las que convivían estos trabajadores y a la búsqueda por complacer a la autoridad esperando recibir de la misma el reconocimiento que creían merecer?²⁴ No parece ser el caso, por cuanto su demanda trasciende a sus autoridades inmediatas para dirigirse a la máxima autoridad del Estado cuando los reclamos previos a sus jefes directos y a las instancias intermedias del poder provincial se ven agotados. Por otra parte, la larga marcha burocrática que emprendieron estos trabajadores durante varios años de reclamos infructuosos no parece obedecer ni expresar un impulso subjetivo inmediato que haya buscado subordinar rápidamente el horror o el terror experimentado normalizándolos, sino a una lucha gremial de largo aliento que persevera frente a múltiples escollos y negativas sobre su pedido. Otra interpretación, sin embargo, podría sugerir que esta naturalización del horror quizás haya devenido del propio carácter de su identidad ocupacional que supone trabajar con la muerte a diario. Pero esta hipótesis se desvanece al leer su propio relato de los hechos, narración que alumbró el carácter distintivo del acontecimiento en el que estaban participando.

En la noche del 5 de Mayo de 1997, el programa “Telenoche Investiga” del Canal 13 de Buenos Aires, hizo público nuevamente el caso del entierro clandestino de desaparecidos asesinados. El programa, incluyó el testimonio de un ex oficial de la policía cordobesa que “fiscalizó” el entierro

clandestino de 140 cadáveres, 5 de ellos niños de entre 2 y 10 años de edad, durante la llamada por las fuerzas represivas “Operación San Vicente”. El ex oficial, había sido miembro de la organización parapolicial “Triple A” en Córdoba a las órdenes de Pedro Telleldín padre del entonces detenido por el atentado a la AMIA quien había estado procesado por delitos de homicidio agravado y privación ilegal de la libertad pero había quedado libre beneficiado por la ley de Obediencia Debida dictada en 1987.²⁵

Dos horas en la morgue

En Octubre de 2003, entrevisté en la misma Morgue Judicial de Córdoba a uno de los ayudantes técnicos de autopsias que suscribió la carta a Videla, participó del enterramiento clandestino de cadáveres en San Vicente y luego ofreció su testimonio ante la CONADEP. Francisco Rubén Bossio, de 56 años, casado y padre de cuatro hijos, tres de ellos profesionales, había ingresado a trabajar en la morgue judicial en 1974. Poco tiempo después participó del reclamo gremial por lograr el reconocimiento a través del aumento salarial del riesgo e insalubridad que suponen las tareas en la morgue y suscribió en Junio de 1980 la carta a Videla dados los infructuosos reclamos realizados ante sus superiores.

Me relata Bossio que un mes después del envío de la carta a Videla, los firmantes de la misma fueron dejados cesantes. Se les aplicó una acordada por parte del Tribunal Superior de Justicia de la provincia de Córdoba por “violación de la vía jerárquica”, al haber enviado la carta al presidente, infracción que supone causal de cesantía automática. Como señala Malamud Goti en su libro “un peculiar diálogo burocrático se había originado alrededor de la estrategia oficial de negar la ocurrencia misma de hechos sanguinarios y de la “burocratización” de estos hechos por parte de los civiles. Lo cierto es que ambas partes, generales y coroneles, por un lado, y enterradores, por el otro, actuaban “como si” nada de lo que ocurría fuese digno de especial preocupación. Frente a una petición igualmente formal, el gobierno central en Buenos Aires se limitaba a responder formalmente” (Malamud Goti, 2000: 99).

Prosigue Bossio relatando que luego de la sanción y la pérdida de su trabajo, siguieron enviándole periódicamente cartas al gobernador militar de la provincia reclamando ahora su reincorporación. Luego de unos meses, el gobernador militar conforma una comisión ad hoc donde participan profesores de la “Cátedra de seguridad e higiene” de la Universidad Nacional de Córdoba para estudiar el carácter insalubre de las tareas de la morgue. En 1982, el gobierno provincial les otorga a los trabajadores el aumento de sueldo solicitado, reconociendo el riesgo para su salud de estas tareas y establece para ellos un régimen jubilatorio especial, pero no reincorpora a los trabajadores despedidos.

“Ese mismo año, Angel Abad padre de Ana Abad secuestrada y desaparecida junto con su esposo, José Perucca, Maria Elena Mercado (esposa del abogado Valverde, detenido y desaparecido el 24/03/76), Francisca de Lellín, madre de Néstor Lellín delegado de la empresa Fiat, detenido en su lugar de trabajo y luego desaparecido y un familiar de Arturo Ruffa también desaparecido realizan una denuncia ante la Justicia Federal de Córdoba acerca de la existencia de una fosa común en San Vicente”.²⁶ “El 3 de Marzo de 1984, el Juez Federal Becerra Ferrer solicita la exhumación de la fosa común en San Vicente tras la denuncia de Elena Corbin, madre de Daniel Barjacoba víctima de la masacre de “Los Surgentes” ocurrida en el sur de la provincia en 1976”.²⁷

Sin embargo, las exhumaciones se realizan sin el menor cuidado, con palas mecánicas que dañan los restos óseos de la llamada “fosa grande”. Sólo el cadáver de Ana Costanzo, una de los siete jóvenes cuyos cadáveres habían sido encontrados en la localidad de Los Surgentes en el sur de Córdoba, logra ser identificado.²⁸ El cadáver del hijo de Corbin había sido derivado luego de la masacre a la morgue

judicial de Córdoba y la tenaz búsqueda emprendida por su madre Elena la había llevado a tomar contacto con los morgueros y con el Dr. Arroyo, abogado e integrante de las entidades de derechos humanos de Córdoba. En sus encuentros, los trabajadores ponen en conocimiento de Arroyo los hechos de la morgue, los enterramientos clandestinos en San Vicente y la existencia de la carta que enviaran a Videla.

Ya en democracia, en el verano de 1984, los trabajadores cesantes se apersonan en la legislatura provincial para reclamar la reincorporación a sus puestos de trabajo y dan cuenta de la existencia de la fosa común en el cementerio de San Vicente. “Los legisladores y sus asesores nos trataron de locos, de estúpidos y nos responden: ustedes no pueden estar vivos si hicieron eso” evoca Bossio en la entrevista. El relato de estos hechos en la legislatura cordobesa motivó que los trabajadores despedidos fueran presentados ante Graciela Fernández Meijide y Leopoldo Silgueira secretarios de la CONADEP quienes, según Bossio, les tomaron declaración.

El testimonio que brindaron estos trabajadores dio cuenta de la regularidad de los irregulares envíos de cadáveres de “subversivos” a la morgue de Córdoba por parte de personal militar. El cariz de su declaración ante la CONADEP refuerza la certeza de que la naturalización de la llegada de cadáveres de “los elementos subversivos” no devenía de sus hábitos laborales. Testimonia Bossio ante la CONADEP “Yo advierto que comenzamos a recibir cadáveres que algunas veces venían con “remito” pero que la mayoría de las veces venían sin nada. Esto se constata en el año 76. La mayoría de las veces remitía los cadáveres personal policial y otras veces la Gendarmería, el Ejército o en conjunto entre los grupos de las Fuerzas de Seguridad. Los funcionarios que iban entregando eran tenientes o subtenientes cuyos nombres no recuerdo. A veces venían con grupos de diez o doce soldados, pero yo no prestaba atención. Estos cadáveres tenían las siguientes características: venían heridos de balas, algunos con muchas perforaciones; en algún caso hasta ochenta, en otro diecisiete, por ejemplo. Venían todos con los dedos pintados y con marcas evidentes de torturas. Tenían marcas en los puños como si hubieran sido atados con piolas. Esporádicamente aparecían algunos destrozados, muy abiertos”. “Después de las primeras tandas llegan otras de cinco, de ocho, y otra de siete. Debo aclarar que las autopsias se practicaban respecto de los cadáveres de la justicia ordinaria o federal, pero que respecto a los subversivos no se les hacía autopsia, limitándose la entrega a la orden del juez militar y el certificado de defunción que ya venía del III Cuerpo o del médico de la Policía” (CONADEP: 1984, 245).

Reincorporados a sus puestos de trabajo a mediados de 1984,²⁹ Bossio y sus compañeros aún reclaman la consideración de los años en que estuvieron cesantes para el cómputo de la antigüedad en sus cargos lo cual les permitiría estar en condiciones de jubilarse. Es la ausencia del registro de aquellos años de cesantía en su legajo, en la “memoria” de su trayectoria laboral, lo que lo indigna actualmente a Bossio. Mientras, según él, “a los familiares les dieron reparaciones. Mientras, al policía que quedó herido por desactivar una bomba nada o a nosotros mismos no nos reconocen esos años de trabajo”.³⁰

“Parece que los derechos humanos son sólo para los zurdos”, señala a la vez que se queja de que no se reconozca que, recientemente, él y sus compañeros lograron precisar, casi con exactitud, el lugar donde se encontraba la fosa común en el cementerio de San Vicente, reclamo que prolonga, por un lado, la misma caracterización del “otro” que realizara cuando le escribiera a Videla la carta y, por otra parte propone, al exigir una reparación, el establecimiento de una contabilidad del dolor y las injusticias que supone una equivalencia entre los sufrimientos y vejaciones sufridas por las víctimas de la desaparición, la cárcel o sus familiares con las derivadas de su injusto despido.

Pensar el miedo, el terror y la memoria

La ausencia del terror en las cartas de Walsh y los morgueros contrasta fuertemente con el cariz dominante de los testimonios recogidos luego de recobrada la democracia. En estos últimos, predominaban las experiencias emotivas y cognitivas vividas bajo el régimen militar de aquellos cuyas subjetividades fueron avasalladas. En esos relatos, el terror interviene desmantelando o desestructurando las defensas operativas de los sujetos, quebrando sus imaginarios sociales y sus recursos personales preexistentes.³¹ Asimismo, ambas misivas se distancian de ese coro silencioso que, al conocerse masivamente el horror, se manifestaba sorprendido y ajeno a su producción y desenvolvimiento.

En principio, estas cartas a Videla ponen en evidencia la diversidad de anclajes temporales, la asincronía en el reconocimiento del horror y del terrorismo de Estado, pero a la vez exponen que las relaciones establecidas con el terror entre la población del país fueron múltiples y desiguales y que esta heterogeneidad no se funda necesariamente en la experiencia directa con el horror y el terror sino en el modo en que estos procesos sociales son conceptualizados, como son incorporados en marcos de sentido que le otorguen significado a la experiencia. Son estos núcleos de sentido, en elaboración y reelaboración continua, los que intervienen en el modo y en el contenido que asume la lectura inmediata y la rememoración posterior de la experiencia individual y colectiva por parte de los actores.

Adicionalmente la carta de los trabajadores de la morgue ilustra la amplitud de aquellos que tomaron parte en estas prácticas de horror.³² Su testimonio posterior ante la CONADEP nos advierte otra pluralidad, la de las voces que compusieron el relato del *Nunca Más*, no reducible a la de los sobrevivientes o a los familiares de las víctimas del terror estatal y a la vez, como testimonios que incluían un universo de valores anclado en una mirada economicista adquieren, a partir de que se integran en la narrativa que compone la comisión investigadora, otra dimensión al articularse dentro en una perspectiva ética.

¿Cómo se conformó la posibilidad de enfrentar al terror que expresa la Carta Abierta de Walsh?, ¿Qué procesos sociales y subjetivos mediaron en los trabajadores de la morgue para incluir el relato del horror como un momento más al interior de su reclamo corporativo? Poco sabemos al respecto, quizás tan poco como sobre la subjetividad de aquellos vecinos que, sobre los techos lindantes con el cementerio de San Vicente presenciaron, según el relato de los sepultureros, el enterramiento de cadáveres durante la dictadura militar.

La referida fosa común del cementerio cordobés de San Vicente aparenta ser una de las más grandes del país. Los testimonios de los sepultureros ante la CONADEP y el propio libro de actas de la morgue judicial de Córdoba enumeran que más de 250 cadáveres pueden estar sepultados en tumbas anónimas. A partir del reciente trabajo del Equipo Argentino de Antropología Forense las tumbas sin nombre vieron otra vez la luz, abriendo una nueva oportunidad para que la investigación alumbre el pasado de horror.³³

La difusión del trabajo del equipo de antropólogos produjo un gran impacto en la opinión pública cordobesa. Familiares de desaparecidos realizaron por primera vez, en casi treinta años la denuncia de la desaparición de un miembro de sus familias y estimuló entre los vecinos de la zona circundante al cementerio de San Vicente deseos de dar testimonio de sus experiencias durante la dictadura militar.³⁴ En Julio de 2003, el equipo de antropólogos reportó la primera identificación de la identidad de un desaparecido enterrado en una fosa común en dicho cementerio, Mario Osatinsky. El asesinato de su padre, Marcos, había sido denunciado, por Walsh, en su “Carta abierta”.

NOTAS

¹ Una versión preliminar de este trabajo fue presentada en el Seminario internacional: “Miedos y memorias en las sociedades contemporáneas” organizado por el Programa de Estudios sobre la memoria (Universidad Nacional de Córdoba) y el Núcleo de Estudios sobre la Memoria (IDES-Buenos Aires), realizado en Vaquerías, provincia de Córdoba los días 23 y 24 de octubre de 2003 y publicada en Febrero de 2004 en www.chaire-mcd.ca página web del Département de Sociologie, Université du Québec à Montréal (UQAM), Canadá.

² Me refiero a los trabajos pioneros en este campo de Edelman Kordon et. al. (1986), Amati Aburada et. al (1986) y Kaës Puget et. al (1988).

³ *Nunca Más* lleva por título el informe público elaborado por la Comisión Nacional sobre la desaparición de personas (CONADEP). Esta comisión fue creada en Diciembre de 1983 por el presidente constitucional Raúl Alfonsín y estuvo integrada por miembros del poder legislativo y personalidades vinculadas a la lucha por los derechos humanos y al ámbito de la cultura. Presidida por el escritor Ernesto Sábato, tuvo por objeto investigar la desaparición masiva de personas ocurrida durante la dictadura militar.

⁴ La carta se incluye como apéndice de la edición 14ava de su libro *Operación Masacre*, publicado por Ediciones De la Flor, Buenos Aires, Marzo de 1985. Walsh era militante de la organización político-militar “Montoneros”.

⁵ Como luego se develaría, días después del golpe de Estado, una hoja sin membrete y sin firma fue distribuida entre los periodistas acreditados en casa de gobierno. La misma señalaba la prohibición de informar, comentar o hacer referencia expresa a “episodios subversivos, hallazgos de cadáveres, secuestros, desapariciones, eliminación de elementos sediciosos y asesinatos de policías, militares o agentes de seguridad” (Schindel: 1999, 23).

⁶ Sobre la Agencia de Noticias Clandestinas ver Verbitsky, 1985. En 1984, la CONADEP inspeccionó el fondo del lago no hallando pruebas al respecto. Sin embargo, dos años después en 1986 fueron hallados restos humanos aparentemente del período de la dictadura militar. Ver Diario *Tiempo Argentino* 16 de Septiembre de 1986. “Los cadáveres encontrados en el dique San Roque datan de la época del proceso militar”. En esa oportunidad Francisco Delgado, miembro de la delegación cordobesa de la CONADEP aseguró que los cadáveres correspondían a detenidos alojados en el centro clandestino “Hidráulica” próximo al dique. Diario *Tiempo Argentino* 17 de Septiembre de 1986. “Un miembro de la CONADEP aseguró que fueron ejecutados en 1977 los muertos hallados en Córdoba”.

⁷ El 25 de Marzo de 1977, Walsh fue secuestrado por un “Grupo de Tareas” de la Escuela de Mecánica de la Armada y murió luego de enfrentarse a ellos en el trayecto hacia este Centro Clandestino de Detención.

⁸ El concepto de “memoria subterránea” alude al lugar que ocupan las rememoraciones de los grupos excluidos, marginalizados, minoritarios o dominados con relación a la memoria que se despliega desde el poder. Ver al respecto Pollak: 1989, 4.

⁹ Sobre la historia del 24 de Marzo y sus conmemoraciones ver Lorenz, 2002.

¹⁰ El título de la noticia me llamó poderosamente la atención mientras en el invierno de 2003 realizaba el relevamiento de prensa para la investigación de mi tesis doctoral en torno a la historia política del *Nunca Más*.

¹¹ Este título contrasta con el modo en que el diario local *La Voz del Interior* en cuya nota: “Tumbas N.N en San Vicente: El III Cuerpo apoyó inhumaciones” se hacía referencia a la existencia de la carta de los sepultureros. *La Voz del Interior*, Córdoba, 8 de Febrero de 1984, Tapa.

¹² El diario no menciona la fuente a partir de la cual informa acerca de la actitud de Videla ante la carta de los trabajadores de la morgue.

¹³ La emergencia e inscripción en el lenguaje y en la memoria colectiva del nombre CONADEP para designar a la comisión investigadora de las desapariciones se sucede a partir de la publicación de su informe, el *Nunca Más*. Durante el transcurso de sus investigaciones, como lo revela la noticia, los diarios la denominaban frecuentemente como “La CODEP” (Comisión de Desaparición de Personas) alteración que en el desliz fundía la perpetración del exterminio con su investigación y condena. Agradezco a Claudia Feld haberme advertido acerca de la forma con la que, de manera predominante, fue denominada durante el transcurso de su labor la comisión investigadora en la prensa escrita.

¹⁴ La orden de destrucción de documentos relativos a la represión política fue dictada por el último presidente de facto general Reynaldo Bignone, por Decreto secreto número 2726/83. Sobre las dificultades consecuentes de esta decisión para la investigación de lo sucedido en el país en el período da cuenta la propia CONADEP en el *Nunca Más*, apartado I. “Documentación” (1984, 273-275).

¹⁵ A diferencia de lo que consigna el diario “Clarín” respecto a la derivación por parte de Videla de la petición de los trabajadores al gobernador de Córdoba, Malamud Goti señala que: “Como respuesta a esta petición, y en nombre del entonces general Videla, un coronel rechazó el reclamo. El rechazo, sin embargo, no se fundó en la inadmisibilidad de la petición misma, sino en una cuestión formal: la presentación no había sido dirigida al funcionario competente para decidir el caso, que no era otro que Luciano Benjamín Menéndez, comandante de las fuerzas militares de la provincia de Córdoba”. (Malamud Goti: 2000, 99).

¹⁶ Este pasaje de la carta es transcripto en el informe *Nunca Más* (CONADEP: 1984, 244).

¹⁷ La carta es remitida, con mención de los cargos y legajos personales de los remitentes, por Lisandro Maurici, oficial principal ayudante técnico de autopsias; Francisco Rubén Bossio, Oficial ayudante técnico de autopsias; Orencio Fontaine, Oficial morguero; Enrique Zavalía, escribiente mayor morguero; Alfredo Svoboda, Ayudante de 2da morguero y José Caro, Auxiliar de 2da morguero pero sólo la firman, consignando sus documentos de identidad, Bossio, Zavalía, Svoboda y Caro.

¹⁸ Esta abreviatura latina que significa “sin nombre” utilizada para hacer referencia a los enterrados en tumbas sin identificación o a cadáveres sepultados en fosas comunes.

¹⁹ “Se trató de la información redundante, macabra, hiperrealista, de los descubrimientos de fosas anónimas, de restos de detenidos desaparecidos, etc. Principalmente, ciertas revistas se montaron sobre las demandas del mercado de lectores de la época produciendo un fenómeno con ribetes desinformantes, en la medida en que terminaban produciendo en el lector la saturación y el horror sostenido” (Landi y González Bombal: 1995, 156).

²⁰ “En cuanto a la sociedad, iba arraigándose la idea de la desprotección, el oscuro temor de que cualquiera, por inocente que fuese, pudiera caer en aquella infinita caza de brujas, apoderándose de unos el miedo sobrecogedor y de otros una tendencia consciente o inconsciente a justificar el horror: “Por algo será” se murmuraba en voz baja, como queriendo así propiciar a los terribles e inescrutables dioses, mirando como apestados a los hijos o padres del desaparecido” (CONADEP: 1984, 9). Esta homogeneidad se matiza en el *Nunca Más* mencionándose en ciertos pasajes acciones que dan cuenta de las orientaciones que asumió la sociedad civil en ese período. Sin embargo, estos comportamientos de resistencia o naturalización del horror no se denotan en su narrativa.

²¹ Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas, Delegación Córdoba (1984), Capítulo IV “Inhumaciones Clandestinas” sección I “Cementerio de San Vicente”.

²² Arendt (1970, 43-46) destaca que la autoridad yace en el vínculo que se establece entre receptores dispuestos a ejecutar una orden y acatar la voluntad del emisor cuya jerarquía moral se reconoce en alguna medida. La autoridad se sostiene así, en el “no cuestionado” reconocimiento de una persona o departamento burocrático. Esto supone una aceptación de una jerarquía moral determinada, pilar sobre el que sostiene dicha relación. El caso que nos ocupa supone y revela cierta ambigüedad puesto que los trabajadores si bien reconocen la autoridad de Videla, lo requieren en función de fines meramente instrumentales, esto es obtener beneficios en sus condiciones personales de vida. Al respecto de esta distinción ver Ray (1990, 6).

²³ La propia agencia de noticias clandestinas se postulaba como una de las formas de enfrentar al terrorismo de Estado y el silencio como soporte de su ejercicio. Proponía a sus lectores: “Reproduzca esta información, hágala circular por los medios a su alcance: a mano, a máquina, a mimeógrafo, oralmente. Mande copias a sus amigos: nueve de cada diez las estarán esperando. Millones quieren ser informados. El terror se basa en la incomunicación. Rompa el aislamiento. Vuelva a sentir la satisfacción moral de un acto de libertad. Derrote el terror. Haga circular esta información”.

²⁴ Bettelheim (1981, 87) detalla y analiza este tipo de comportamientos ante situaciones límite entre los prisioneros de los campos de concentración nazis.

²⁵ Este ex oficial no mostraba ningún signo de arrepentimiento. Por el contrario, se jactaba de haberse dedicado primero “a la “teoría de los aparecidos” en referencia a su participación en secuestros y asesinatos como miembro de la “Triple A” en Córdoba para después “dedicarme a la teoría de los desaparecidos” en referencia a su participación en la represión clandestina durante la dictadura. Para consultar el contenido del programa televisivo de investigación que incluye las declaraciones de este ex oficial ver www.telenoche.com.ar “Operación San Vicente” nota de Sergio Elgueazábal y Diario *La Voz del Interior*, 6 de mayo de 1997 “Denuncian entierro ilegal de desaparecidos”. La investigación de “Telenoche Investiga” fue seleccionada finalista en el New York Festival en 1997 y dio lugar a la constitución de una comisión investigadora en la Cámara de Diputados de la provincia. También la investigación fue solicitada por el juez español Baltazar Garzón para incorporarla a la causa que investiga la desaparición de ciudadanos españoles en Argentina.

²⁶ Entrevista al Dr. Rubén Arroyo, quien fuera miembro de la delegación cordobesa de la CONADEP, Buenos Aires. Octubre de 2003.

²⁷ Entrevista al Dr. Rubén Arroyo, en Buenos Aires. Octubre de 2003.

28

“Mas precisamente fue identificado el cráneo, por la ficha odontológica y el juez Miguel Rodríguez Villafañe, entregó personalmente (y en mi presencia) dichos restos a su padre. Esta chica –luego se comprobó– había sido asesinada, con los otros seis jóvenes, en la sede central de la policía de Rosario y sus cadáveres abandonados en el sur de Córdoba como parte de una disputa entre las fuerzas dependientes del II cuerpo de ejército con asiento en Rosario y el III cuerpo con sede en Córdoba”. Entrevista al Dr. Rubén Arroyo, Buenos Aires. Octubre 2003.

²⁹ Quien gestionó en su momento la reincorporación de estos trabajadores a sus puestos de trabajo fue el Dr. Rubén Arroyo. Entrevista al Dr. Rubén Arroyo, Buenos Aires. Octubre de 2003.

³⁰ Entrevista a Rubén Bossio, Córdoba. Octubre de 2003. Bossio se refiere a las distintas leyes de reparación económica que desde Enero de 1995 el Estado proporcionó a los familiares de desaparecidos y a los presos políticos durante la dictadura militar.

³¹ Al respecto ver Edelman Kordon et. al (1986) y Kaës Puget et. al (1988). En estos testimonios, se verifica como, entre los familiares y allegados a los desaparecidos, el terror inicial fue paulatinamente desplazado a partir de la conformación de organizaciones humanitarias de familiares de desaparecidos que contribuyeron decisivamente a la auto conservación personal y ética de sus miembros.

³² Fundamentalmente, la responsabilidad que tuvieron en dicha tarea además de las Fuerzas Armadas, la Justicia, los médicos forenses que dependían del Tribunal, el Ministerio de Bienestar Social provincial, los bomberos y la policía de Córdoba. Recientemente, el Premio Nobel de la Paz Adolfo Pérez Esquivel y la abogada María Elba Martínez presentaron ante la Justicia provincial y federal dos denuncias. Una, reclamando el cómputo de la antigüedad de los años de despido para Bossio y Caro y otra relativa al secuestro, encarcelamiento y tortura de los sacerdotes Alejandro Dauzá, Santiago Weeks, Alfredo Velarde, Daniel García Carranza y Humberto Pantoja, todos misioneros de la Orden de Nuestra Señora de La Salette, que realizaban trabajo pastoral en villas de emergencia y que finalmente salvaron su vida a partir de la

directa intervención del Consulado de Estados Unidos. La presentación judicial de Esquivel y Martínez ofrece prueba de la responsabilidad ética y moral del ex arzobispo cordobés Raúl Primatesta, “a partir de cartas y otros documentos firmados por él, en los cuales queda manifiesta su complicidad con el accionar militar”, señaló Pérez Esquivel. Diario *Página 12*, 2 de Abril de 2004 “Denuncia penal de Pérez Esquivel en Córdoba. Primatesta y la dictadura”.

³³ Desde Febrero de 2003 este equipo trabaja en el cementerio de San Vicente. Información sobre el trabajo del Equipo Argentino de Antropología Forense en San Vicente se halla disponible en un foro especial de la versión electrónica del Diario cordobés *La Voz del Interior* www.lavoz.com.ar/sanvicente/home.htm

³⁴ El equipo de Antropología Forense realizó un video documental “El último confin” donde se relata el proceso de identificación de cadáveres en la fosa común de San Vicente y la entrega de los restos identificados a sus familiares, el cual será difundido en las escuelas de la provincia de Córdoba y, posiblemente, por televisión abierta.

Bibliografía

- Abudara, Oscar; Amati, Silvia; et. al (1986). *Argentina, Psicoanálisis y represión política*. Buenos Aires: Ediciones Kargieman.
- Arendt, Hannah (1970). *On violence*. San Diego, Nueva York-Londres: A/Harvest/HBJ Book.
- Bettelheim, Bruno (1981): *Sobrevivir y otros ensayos*. Barcelona: Editorial Crítica.
- Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas (CONADEP) (1984). *Nunca Más. Informe de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas*. Buenos Aires: Editorial Universitaria de Buenos Aires, EUDEBA.
- Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas Delegación Córdoba (1984). *Informe. Delegación Córdoba*. Provincia de Córdoba: S/Ed.
- Kordon, Diana; Edelman, Lucila; et. al. (1986): *Efectos psicológicos de la represión política*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana-Planeta.
- Landi, Oscar y González Bombal, Inés (1995). “Los derechos en la cultura política”. En Carlos Acuña (comp.). *Juicios, castigos y memorias. Derechos humanos y justicia en la política argentina*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Lorenz, Federico (2002). “¿De quien es el 24 de Marzo? Las luchas por la memoria del golpe de 1976”. En Elizabeth Jelin (comp.). *Las conmemoraciones: las disputas en las fechas in-felices*. Buenos Aires: Siglo XXI. pp.53-100.
- Malamud Goti, Jaime (2000). *Terror y justicia en la Argentina*. Buenos Aires: Ediciones de la Flor.
- Pollak, Michael (1989). “Memoria, esquizo, silencio”. En Revista *Estudios históricos*, Río de Janeiro: volumen 2, Nº 3.
- Puget, Janine; Kaes, René; Pelento, María; Dunayevich, Julia; Viñar, Marcelo; Viñar, Maren; Galli, Vicente; Ricon, Lía y Amati Sas, Silvia (1988). *Violence d'Etat et psychanalyse*. París: Dunod. Edición en castellano (1991): *Violencia de Estado y psicoanálisis*. Buenos Aires: Centro Editor de América latina, colección Biblioteca Universitaria.
- Ray, Joseph (1990). *The concept of authority in political philosophy*. New York: New York University Press.
- Schindel, Estela (1999). *Palabra, cuerpo y ausencia. Los desaparecidos en el discurso de la prensa escrita: 1978-1998*. Buenos Aires: Beca de investigación UBA/ADUBA (iniciación), Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.
- Verbitsky, Horacio (1985). *Rodolfo Walsh y la prensa clandestina*. Buenos Aires: Editorial la Urraca.
- Walsh, Rodolfo (1977). “Carta Abierta de un escritor a la Junta militar” incluida en *Operación Masacre* (1985) 14ava edición, Buenos Aires: Ediciones De la Flor.

Diarios

Clarín, ediciones del 8 de Febrero de 1984 y del 9 de Abril de 2003.
La voz del Interior, Provincia de Córdoba, edición del 8 de Febrero de 1984.

Los itinerarios de la memoria en Argentina

Laura García
Universidad Nacional de Tucumán

“Ni siquiera arrancando todas las flores, se podrá terminar con la primavera. Y la primavera no es otra cosa que la memoria.”

Noemí Ciollaro

Pájaros sin luz, testimonios de mujeres desaparecidas

El papel de la memoria es importante especialmente, en sociedades como la nuestra “como un mecanismo cultural para fortalecer el sentido de pertenencia y para construir mayor confianza en uno mismo” (Jelin: 2000, 6). La memoria tiene que ver, por un lado, con la historia y, por otro, con el acontecimiento, con las condiciones de emergencia de los hechos que le dan el anclaje histórico. Entender el concepto de memoria significa pensar al hombre como un ser en constante transcurrir, no se lo puede fijar en un momento del presente, sin tener en cuenta su temporalidad e historicidad.

Los analistas culturales¹ consideran que hay una *explosión de la memoria* o una *cultura de la memoria* en el mundo occidental, como respuesta al cambio rápido y a una vida sin raíces, sin anclajes. Esto se puede ver en el interés de muchos intelectuales de diversas disciplinas preocupados por el tema. Pero más que una explosión, se trata de los movimientos de ida y vuelta de la naturaleza humana que la sociedad argentina no podía evitar.

El concepto de memoria que propongo es una pregunta sobre las maneras en que la sociedad construye un sentido del pasado en función de su experiencia. El proceso de construcción de la memoria colectiva parte de la necesidad de evocar y preguntar no sólo individualmente sino en grupo acerca de las condiciones que hicieron posible el golpe de estado (1978-1983), sus consecuencias, las posturas asumidas, las transformaciones personales, etc. El objetivo es evocar un pasado difícil de asimilar, apropiarse de él, conocerlo para no repetirlo.

Carlos Altamirano (2001) relaciona la memoria con la historia y propone el concepto de memoria cívica,² es decir, un territorio de experiencias colectivas que liga simbólicamente a los miembros de la sociedad, interesada en el conocimiento de los hechos históricos. Este concepto alimenta la reflexión con el aporte de la historia, sin esperar de ella que devuelva la transparencia a lo ocurrido en el pasado.

Altamirano libera a los historiadores del peso de dar luz al pasado, se preocupa por establecer entre memoria e historia un intercambio dialéctico abierto que nunca termina de cerrarse³ (Sabato: 2000). Durante muchos años, la tarea del historiador se caracterizó por contribuir en la construcción de la identidad colectiva, vinculando el pasado y el presente, buscando continuidades que llevaran a la autodefinición.

Se puede entender esta vinculación entre memoria e historia como una relación dialógica,⁴ de carácter extralingüístico, ligada por relaciones lógicas y temático-semánticas tramadas hasta formar parte del discurso social. Este tipo de vínculos tiene una dinámica particular que enriquecería la relación memoria e historia, porque entre ellas se pueden establecer puntos de contacto, posiciones contradictorias y yuxtapuestas. Se trata de un intercambio de cuestionamientos y propuestas que dan como resultado el diálogo entre posiciones que se oponen y se complementan.

La construcción de la memoria exige una revisión de los hechos históricos. La historia necesita de la memoria no sólo para recordar, sino también para reconstruir críticamente el pasado y analizar los factores determinantes en la construcción de la identidad de todo grupo social. El aporte de las investigaciones históricas actúa sobre las cristalizaciones de la memoria individual y colectiva, y facilita el camino a la interrogación y al diálogo, proporciona herramientas para enfrentar el conformismo y luchar contra el olvido por medio de la interacción cuestionadora.

El conocimiento del pasado es una herramienta para la construcción de la memoria; Altamirano considera a la memoria cívica como a la memoria colectiva, no sólo interesada en el registro de todo lo transcurrido sino en el conjunto de imágenes del pasado que una sociedad conserva y reconoce como hechos representativos de su historia. La propuesta de la memoria cívica es una invitación a ser guardianes del pasado. La tarea de los interesados en reconstruir el pasado es tomar conciencia de los hechos históricos y renovarlos en el espíritu colectivo.

La memoria es el espacio para pensar el pasado, exhorta a la reflexión y busca la acción desde la cotidianeidad. Se trata de una memoria cargada con la evocación de lo que no debe repetirse, esta función necesita del conocimiento del pasado. Pero, surge otra función junto con ésta del conocimiento, es la del compromiso ético y político con los hechos ocurridos. La tarea del intelectual⁵ exige asumir un compromiso con la sociedad y reiterarlo como lo hace Horacio Verbitsky⁶ no sólo en las palabras sino también en los hechos.

Un recorrido por la “geografía imaginaria”

Propongo trazar un mapa con el recorrido de la memoria en los años posteriores a la dictadura militar en la Argentina, con algunas prácticas discursivas y representaciones que circulan en el imaginario social.⁷ A este espacio integrado por producciones culturales y representaciones sociales variadas (películas, relatos, testimonios, manifestaciones, juicios, etc.) lo definiré como “geografía imaginaria”⁸ tomando la propuesta de Said (1990).

Dentro de esta geografía imaginaria se pueden distinguir dos espacios, por un lado, el espacio familiar de las prácticas discursivas y las representaciones sociales y, por otro, el espacio no familiar de los hechos del pasado. Al trazar esta geografía de los procesos de construcción de la memoria se destaca el modo en que las prácticas sociales y las producciones culturales permitieron que la sociedad argentina se apropiara del pasado.

Esta geografía imaginaria permite evaluar retrospectivamente las actividades relacionadas con la memoria después de la dictadura. La propuesta cartográfica reúne representaciones seleccionadas arbitrariamente y se presenta como uno de los posibles itinerarios de la sociedad argentina en la construcción de su propio sentido del pasado.

Este recorrido espacial y temporal dentro de la construcción de la memoria no es un proceso acabado, tampoco implica que a lo largo de éste se haya develado la verdad de lo ocurrido entre 1976 y 1983. Propongo entender esta geografía imaginaria como una lente a través de la cual se observa el modo en que la sociedad argentina reelaboró en parte su pasado y empezó a familiarizarse con él. La idea de revisar la evolución de la memoria oscila entre la necesidad de conocer el pasado y la voluntad de no olvidar, de explicar los hechos y evitar que vuelvan a repetirse.

El proceso de construcción de la memoria es un campo socialmente activo, atravesado por distintas tensiones, en el que intervienen diversos agentes. Se trata de un recorrido que encuentra fronteras en el silencio, en el olvido, etc. un proceso en lucha permanente entre recordar y olvidar, ocultar y mostrar,

actuar y abstenerse. Más adelante, justificaré porqué tomo como eje conceptual el término *discurso* para la periodización de la memoria.

1°- *Los discursos de las víctimas*⁹ incluyen las primeras voces que *cuentan* públicamente el horror de los actos realizados durante el terrorismo de estado en la Argentina. En esta etapa se escucha a los sobrevivientes. Las víctimas son personas que sufrieron un daño, que no cuentan con los medios para probarlo y nadie admite el sentido real de su queja. El testimonio es la única arma de las víctimas para dar a conocer la historia verdadera de sus experiencias. La escritura testimonial da lugar a la “contrahistoria” negada por el silencio de los principales ejecutores de un plan sistemático de aniquilamiento de los ideales de la comunidad, la participación de la sociedad y el respeto por los derechos humanos.

En primer lugar, el informe de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas (CONADEP) titulado *Nunca Más* (1984) rompe el silencio y da a conocer los métodos aplicados por los militares para torturar y hacer desaparecer a las personas.

Los testimonios hacen reaccionar a una parte de la sociedad que, al descubrir el horror de lo ocurrido en las palabras de los sobrevivientes, sufre un golpe en la conciencia individual y colectiva. El informe, con tono oficial, devela a toda la sociedad el funcionamiento del aparato terrorista. En ese momento, el tema de los Derechos Humanos se coloca en el centro de la institucionalidad democrática.

Entre los “afectados directos” la presencia de *Madres de Plaza de Mayo* encierra todo un símbolo para el imaginario social, ellas representan el compromiso, la lucha incesante, el reclamo por saber y la esperanza de encontrar a sus familiares o algún tipo de información. El 13 de diciembre de 1983, la primera denuncia ante la justicia por el robo de un menor inició un nuevo camino.

El *Juicio a las Juntas*¹⁰ realizado en diciembre de 1983 puede incluirse en esta etapa porque forma parte de las prácticas que tuvieron lugar en esos días y es una consecuencia de los testimonios de las víctimas. El juicio abrió el camino para las demandas contra los oficiales superiores y fue uno de los primeros intentos por demostrar las violaciones cometidas durante el terrorismo de estado.

La Historia Oficial y *La Noche de los Lápices* cierran esta primera etapa con la representación más clara y violenta del atropello de los Derechos Humanos que sufrió la sociedad Argentina. Estas películas y el libro al reproducir la realidad horrorosa y desconocida por muchos, provocaron un profundo impacto en la sociedad y se convirtieron en la versión popular del capítulo más sangriento de la historia argentina.

2°- *Los discursos del temor* abarcan las palabras y actitudes asumidas por el gobierno, los medios de comunicación y algunas víctimas. La amenaza del pasado reciente, el temor a que los hechos vuelvan a repetirse provocó dos actitudes generalizadas en los distintos sectores: miedo y silencio. La escena nacional está protagonizada por un gobierno vacilante, que no sabe cómo afrontar la situación, cómo resolver los alzamientos carapintadas, los peligros de la desestabilización, entre otras preocupaciones.

La crisis del momento, por consiguiente, hace temblar a la naciente democracia y queda confirmada con las leyes de *Obediencia Debida* (1986) y *Punto Final* (1987) que bajan el telón del olvido. Estas leyes favorecieron a los militares y permitieron que las demandas y acusaciones contra ellos quedaran sin efecto. De una etapa de importantes revelaciones sobre el pasado, se pasa a un primer retroceso motivado por la inseguridad y los miedos de una sociedad acobardada ante las amenazas del presente.

Los hechos todavía eran recientes, una parte más importante de la sociedad era consciente de lo que había pasado y no quería volver a vivirlo. Entonces, era necesario justificar el pasado y la indiferencia de la sociedad, por eso, surgieron las leyes. Mientras tanto, el olvido se ofrecía como una alternativa para negar el pasado.

3°-Los discursos del olvido encierran un conjunto de propuestas que detienen o hacen retroceder el trabajo de la memoria colectiva, siguiendo con un propósito que ya se había iniciado anteriormente.

Los indultos de 1990, la “misa de reconciliación nacional”, el desfile de los militares y la actitud del gobierno de olvidar el pasado permitieron la amnesia de una buena parte de la sociedad, que si bien no estaba de acuerdo con los indultos poco a poco se fue olvidando del pasado para anestesiar sus dolores. Los organismos de Derechos Humanos, las madres y Abuelas de Plaza de Mayo fueron quienes, a pesar de los obstáculos, continuaron la tarea de la memoria en medio de una sociedad que aceptaba pasivamente el olvido impuesto.

4°-Los discursos de los victimarios con este último término me refiero a los militares que participaron directa o indirectamente de la tortura de los detenidos. El verdugo es un sinónimo de éste personaje capaz de ejecutar una pena, de ejercer un daño moral y físico a otra persona.

En el momento de la pena o de la tortura, los victimarios se ubican en una posición de poder superior con respecto a la víctima, haciendo abuso de su autoridad someten al otro a su voluntad. Las declaraciones de los victimarios siempre estuvieron presentes en los años siguientes a la dictadura. Pero, últimamente, los victimarios asumieron una posición nueva. Rompieron el silencio y reaccionaron ante la sociedad contando algunos episodios de la tortura y los secuestros, los procedimientos empleados, etc. Con estos testimonios los victimarios se apropian de la palabra para contarle directamente a la sociedad sus actividades durante la dictadura y con estos relatos ponen de manifiesto la crisis que atraviesa actualmente la institución militar.

El discurso del General Martín Balza en 1993 contra la ley de Obediencia Debida deja abierta la posibilidad de una autocrítica militar. También, las declaraciones de los marinos Antonio Pernías y Juan Carlos Rolón ante la Comisión de Acuerdos del Senado confirmando su participación en los grupos de tareas de la Escuela de Mecánica de la Armada, muestran la ruptura del silencio del lado de los victimarios. A estas intervenciones se suma el testimonio del ex capitán de corbeta, Adolfo Scilingo al periodista Horacio Verbitsky, en 1995 donde confiesa haber participado de los vuelos realizados por las Fuerzas Armadas.

*El vuelo*¹¹ de Horacio Verbitsky provocó una reacción inmediata en los medios de comunicación y en distintos sectores de la sociedad. El testimonio es la primera declaración sobre el destino de las víctimas después de los interrogatorios a los ex miembros de la Junta militar y da lugar a un “clima de sinceramiento” de parte de los representantes de las Fuerzas Armadas y de la Iglesia. Se trata de una vuelta al tema pero con un nuevo avance, se rompe el “pacto de silencio” de los oficiales y se da a conocer la verdad que confirma las pruebas ya existentes.

Uno de los principales aportes sociales que provocó el testimonio de Scilingo, fue dar valor a los videos del juicio a la Junta Militar, que estaban en poder de la Cámara Federal. En este sentido, Claudia Feld (2001) afirma:

Allí hubo una preocupación especial por guardar esos documentos como un modo de “atener la memoria”. Pero esa memoria había quedado como congelada, sin ninguna política clara de difusión ni de tratamiento del material en función de armar archivos. Esto cambió en 1995 cuando, cuando después de las declaraciones televisivas de ex represores como el ex capitán Adolfo Scilingo sobre los llamados “vuelos de la muerte” se advirtió que esos documentos podrían servir para llevar a cabo juicios por la verdad” (109).

A partir de allí, vino la segunda etapa de juicios a la Junta y se reanudó con más fuerza la construcción de la memoria colectiva. *El vuelo* permitió retomar el cauce de la memoria, junto con otros factores como el surgimiento de H.I.J.O.S.¹² (Hijos por la Identidad y la Justicia contra el Olvido y el Silencio) el 24 de marzo de 1996, el aniversario por los veinte años del Golpe Militar que se sumaron al trabajo incesante de los organismos de Derechos Humanos y otras agrupaciones.

El propósito era buscar la verdad y la documentación probatoria de los horrores cometidos; se trataba de luchar contra el olvido. El clima de la opinión pública favoreció que el tema ocupara un nuevo lugar y se iniciaran otros juicios. Surgió la segunda etapa de los Juicios por la Verdad, con el fin de que los familiares de los desaparecidos indagaran al Estado sobre el destino de las víctimas. Además, las Abuelas de Plaza de Mayo también abrieron una etapa judicial contra los militares que habían ejecutado el plan sistemático de apropiación de menores nacidos en campos de concentración.

Se sumaron las causas abiertas en el extranjero para juzgar a los militares argentinos. En estos días, también se produjo la detención de Augusto Pinochet en Londres y su traslado a Chile para ser juzgado, renació un proceso que cobraba fuerzas y empezaba a extenderse hacia la justicia y la verdad. La necesidad de reconstruir las identidades del pasado, la búsqueda y reconstrucción de la verdad sobre el destino de los desaparecidos fueron los móviles que permitieron que la construcción de la memoria colectiva se convirtiera en una tarea concreta y comprometida.

En estos años, se producen filmes como de *Montoneros* (1994), *Cazadores de utopías* (1995) y se publican libros como *Recuerdo de la muerte* (1994) de Miguel Bonasso, *Todo o Nada* (1997) de María Seoane, etc. que buscan reconstruir la historia de vida de Mario Santucho, el secretario general del Partido Revolucionario de los Trabajadores (P.R.T.) y el jefe del Ejército Revolucionario del Pueblo (E.R.P.).

Se trata de producciones con fuerte valor cultural por el trabajo de reconstrucción de un clima de época, por la búsqueda de datos y de historias verídicas, obras perfectamente documentadas, con años de preproducción y rastreo de testimonios, cartas, entrevistas, etc.

En *Todo o Nada* (1997), Seoane construye a Mario Santucho interna y externamente como un héroe, llega a humanizar el modo de vida y su militancia, a tal punto que el lector se siente cada vez más cercano a él, lo comprende y hasta llega a justificarlo. El valor de este texto está en la construcción de Santucho como un héroe, es allí cuando se hace presente el interés de la autora por rescatar un pasado heroico.

Es importante agregar a todo este resurgimiento de la memoria la importancia cada vez más destacada de las fechas con significado colectivo, marchas, placas recordatoria en los centros clandestinos de detención, monumentos, recuperación de espacios, etc. que manifiestan la voluntad de dar materialidad a la memoria. Se hace sentir, con más fuerza, la necesidad de “transformar los sentimientos personales en significados colectivos” (Jelin: 2000).

A estos signos de una lenta recuperación del pasado, hay que agregar el fallo del Juez Caballo, dictado en marzo de 2001, declarando la “invalidez, nulidad insanable y la inconstitucionalidad” de las leyes Punto Final y Obediencia Debida. Este fallo marca un reconocido punto de inflexión en la historia Argentina, porque devuelve la confianza en que a pesar del paso del tiempo y los errores del pasado todavía es posible hacer justicia. Es una señal más de la necesidad de cerrar un pasado que todavía conserva heridas abiertas.

Propuestas de periodización de la memoria

Para trazar las distintas etapas de la memoria una vez finalizado el terrorismo de estado en la Argentina, analizaré primero la propuesta de Gabriela Cerruti³ (2001), quien distingue tres etapas de la memoria colectiva.

La primera denominada *teoría de los dos demonios*. La democracia trae “una sensación de irrealidad que se imponía como real: lo inverosímil vuelto cierto” (Cerruti: 2001, 15). Se rompe el silencio la descripción del horror y los relatos más dolorosos protagonizan la escena. En medio de las peores imágenes y de las más tristes palabras, era necesario encontrar un discurso social que apaciguara los ánimos y tranquilizara las conciencias.

En ese momento, surgió “la teoría de los dos demonios”, según la cual, la sociedad argentina había sido espectadora y víctima de esos fuegos cruzados entre dos grupos armados, los terroristas y las Fuerzas Armadas. Se aceptaba que las víctimas habían sido en su mayoría inocentes. De acuerdo con la teoría, los jefes con autoridad habían estado presentes en ambos lados, por lo tanto la culpa también se repartía.

La sociedad había sido víctima del engaño, pidiendo la pacificación ignoraba lo que estaba sucediendo. El reclamo y la resistencia habían estado del lado de los familiares de las víctimas, esto explicaba que la sociedad ignorara lo que había estado ocurriendo. Otro dato importante que destaca Cerruti (2001) es “la ausencia del tema de Malvinas del discurso de esta época” (15).

Los decretos de juzgamiento a las cúpulas militares de las Fuerzas Armadas y de las organizaciones armadas firmados por el presidente Raúl Alfonsín, enmarcaron institucionalmente la teoría de los dos demonios. Pero las ideas de una sociedad rehén en una guerra entre dos poderes militares estaba ocultando el verdadero debate:

Los crímenes de la dictadura no se podrían haber llevado a cabo sin la colaboración y el silencio de las elites dirigentes tanto de la prensa como de la iglesia, los partidos políticos y los empresarios y la indiferencia o pasividad de una buena parte de la sociedad (Cerruti: 2001,18).

La segunda etapa distinguida es *la teoría de la reconciliación nacional* caracterizada por la aparición de los peores fantasmas. Se suceden desde 1987 hasta principios de 1989 tres levantamientos carapintadas, un intento de copamiento de un cuartel por parte de un grupo terrorista, saqueos violentos a supermercados, la estampida del dólar y la hiperinflación. Todas imágenes conocidas, agravadas por el miedo y la desesperación de la sociedad.

La profundidad de las marcas de la dictadura que había hecho de los miedos individuales un arma de control político todavía tenía vigencia. Los peligros de desestabilización y vuelta al pasado fueron un prólogo para la sanción de las leyes de Obediencia Debida y Punto Final.

Los ciudadanos viven entonces inmersos en un tiempo sin tiempo, en un presente eterno en que no se puede recordar el pasado ni planificar el porvenir afirma Cerruti. La sumisión al poder, el mismo que la amenazaba, parecía ser el único camino posible para una sociedad en la cual todo podía suceder.

Sobre el silencio y el miedo, ante la amenaza de “disolución nacional el gobierno” creó una nueva narrativa, según Cerruti, la teoría de reconciliación nacional. Había que dejar atrás el pasado para poder avanzar. Los indultos firmados por Carlos Menem durante octubre de 1989 y diciembre de 1990, el desfile de reivindicación de los militares en julio de 1990, la misa de “reconciliación nacional” organizada por la iglesia junto con la cúpula de Montoneros y las Fuerzas Armadas, fue la otra cara de la moneda de la teoría de los dos demonios.

A pesar de estar en contra de los indultos, unos meses después la población resignada iba a votar masivamente al mismo gobierno. Eran los de siempre: organismos de derechos humanos, madres y abuelas de Plaza de Mayo los que luchaban contra el olvido impuesto. Durante finales de la década del ochenta y los primeros años de la del noventa, la sociedad argentina parecía dispuesta a sepultar la historia reciente en el olvido (Cerruti: 2001,21).

La tercera etapa denominada *el boom de la Memoria* se inicia con la irrupción en la historia de H.I.J.O.S. (Hijos por la Identidad y la Justicia contra el Olvido y el Silencio) el 24 de marzo de 1996, en el aniversario por los veinte años del golpe militar, marca un punto de inflexión. Al reclamo de justicia de las diferentes organizaciones se sumaron los de la búsqueda de la verdad y la construcción de la memoria colectiva.

Junto con las palabras y el protagonismo adquirido por los hijos de los desaparecidos, comenzaron a aparecer otros discursos: las “confesiones” de los torturadores, los ejecutores, la autocrítica de algunos jefes militares. El relato del horror emitido no por las víctimas como en los primeros años de democracia sino por los victimarios.

A principios de 1995, Adolfo Scilingo, un oficial retirado de la armada, le confiesa al periodista Horacio Verbitsky detalles sobre los “vuelos de la muerte”, llevados a cabo por las Fuerzas Armadas en que se arrojaba al mar a prisioneros vivos. Este testimonio publicado en *El vuelo* alcanzó un fuerte impacto y provocó la confesión de otros torturadores. El jefe de las Fuerzas Armadas en ese momento, general Martín Balza, realizó una autocrítica pública y pidió perdón por los errores cometidos.

El surgimiento de H.I.J.O.S., la confesión de Adolfo Scilingo y las palabras de Martín Balza permitieron que el tema de la dictadura recobrara importancia social y se reabrieran causas en la justicia. Los juicios por la verdad, en los que familiares de desaparecidos interrogaban al estado, reconociéndoles el derecho a la verdad como parte de la identidad, y las causas iniciadas por las Abuelas de Plaza de Mayo en contra de los jefes militares como culpables de un plan sistemático de apropiación de menores nacidos en cautiverio, llevaron nuevamente a los militares a prisión.

A esto se sumaron las causas abiertas en el extranjero para juzgar el genocidio argentino y la detención de Pinochet en Londres, su traslado a Chile que instaló el debate en la sociedad chilena. La evolución del tema en esta última etapa marca la diferencia con los primeros años de la democracia. Se puso en primer plano la búsqueda de la verdad sobre el destino de los desaparecidos, incluyendo la reconstrucción de la vida y la militancia de las víctimas.

Esto se puede ver, también en la cantidad de producciones literarias, de cine, o en los medios de comunicación que comenzaron a dar cuenta de la historia de las organizaciones armadas y grupos militantes antes del golpe de 1976. La búsqueda de los archivos y papeles, la necesidad de comenzar a preservar, la necesidad de guardar los testimonios y los relatos son señales de la lenta recuperación del pasado. Como así también lo demuestran las marcas urbanas: placas en los centros clandestinos de detención, recuperación de espacios para la memoria, construcción de monumentos, etc.

La necesidad de reconstruir el pasado y de preservar los recuerdos se unifica en la voluntad de recordar, que se hace sentir cada vez con más fuerza. Gabriela Cerruti se basa en hechos históricos que funcionan como anclajes de la memoria y sostén de la propuesta para distinguir las distintas teorías. Esta “Historia de la Memoria” como ella la denomina, marca la evolución de la memoria de manera ascendente.

Las dos primeras etapas se centran en la lucha política contra el olvido para llegar a la última donde la memoria se carga de sentido. Pero, el riesgo que corre esta propuesta es otorgarle demasiada

importancia a esta última etapa, es cierto que los hechos ayudan a pensar que este es el momento más importante en la historia de la memoria de la dictadura por las nuevas fuerzas que desencadenan una serie de hechos sobre un pasado que se creía enterrado.

Sin embargo, considero que más que “boom de la memoria” en este momento hay un despertar a la memoria, hay una voluntad de construir un sentido de pasado. Recién se empieza a tomar conciencia del valor que tiene los hechos del pasado, de cuánto conocemos o no de esa etapa de la historia argentina. Los hechos demuestran que todavía hay mucho por saber, hay un largo camino por andar y muchas historias por recuperar.

Otra propuesta interesante en la periodización de los momentos de la memoria es la de Martín Granovsky (1995) que toma como eje para marcar distintas etapas la verdad, que siempre es difícil de reconstruir y, más aún, que la sociedad la asimile. Este autor adhiere a la concepción de la Memoria del historiador Jacques Le Goff quien dice:

La memoria es un elemento esencial de lo que se llama la identidad individual o colectiva... La búsqueda de las certezas es una de las actividades principales en la angustia febril de las sociedades actuales (Granovsky: 1995, 7).

La primera etapa para es la *reconstrucción sobre el terrorismo de estado* iniciada durante el gobierno militar con las denuncias de los organismos humanitarios y el relato de los sobrevivientes. Sólo una mínima parte de la sociedad argentina asimiló los datos, la mayoría estaba dividida entre el miedo o el desconocimiento de los hechos y el apoyo a la represión.

Granovsky incluye la segunda etapa en democracia destaca el juicio a los ex comandantes en 1985, atribuyéndole al estado la importancia de sistematizar las investigaciones y acusaciones contra los jefes militares. En esta etapa salieron a luz muchos de los engranajes del accionar de los militares que ponía de manifiesto parte del verdadero funcionamiento del sistema militar. Los responsables habían sido descubiertos pero no asumían su culpa.

El ritual solemne de la justicia convenció a mucha gente de que los retazos de verdad que habían circulado durante la dictadura pintaban un cuadro completo de lo ocurrido (Granovsky: 1995, 7), pero todavía quedaba mucho por revelar. Esto se pone en evidencia con la tercera etapa, que él denomina *la reconstrucción de la memoria: la de las certezas*, surgidas de la confesión de Adolfo Scilingo a Horacio Verbitsky.

Granovsky denomina a este testimonio como “la máquina de la verdad”, una metáfora que tiene que ver con la propuesta de Verbitsky en artículos anteriores sobre los Juicios de la Verdad. Este testimonio se convierte en prueba de lo ocurrido, de aquí en adelante no se puede negar los hechos confirmados por las víctimas y, también, por los victimarios.

Esta última propuesta es más breve, no contiene tantos datos históricos y parte de otro eje como es la verdad para llegar a la memoria. Me parece interesante esta propuesta porque toma el testimonio de Scilingo como una certeza y lo construye como reinicio de la reconstrucción de la memoria. Con la última etapa, Granovsky deja abierta la posibilidad de que la sociedad asimile la verdad del pasado a partir de la certeza.

Para desarrollar mi propuesta sobre la evolución de la memoria partiré de los años posteriores a la dictadura, es decir, desde 1983 en adelante. Considero se puede reconocer distintos discursos asumidos por la sociedad con el fin de recuperar parte de la historia y darle sentido al pasado. Las etapas de la

memoria desde mi perspectiva son cuatro y tienen como eje el concepto de *discurso*¹⁴ como lo propone Michel Foucault (1970).

Se trata de un conjunto de voces o enunciados que predominan en cada uno de estos momentos. En cada etapa estableceré fechas que podrían dar la impresión de períodos acabados e impermeables. Sin embargo, creo que los años permiten contextualizar cada momento y funcionan sólo como anclajes temporales que abarcan un período aproximado. Lo mismo sucede con los discursos, cada momento no se reduce al discurso de las víctimas, al del temor, al del olvido o al de los victimarios.

Por el contrario, como dice Foucault (1970) los discursos deben ser tratados como prácticas discontinuas que se cruzan, a veces se yuxtaponen, pero que también se ignoran y se excluyen. Estos son algunos de los procedimientos presentes en este campo discursivo, junto a las voces hay hechos que protagonizan cada período. Cada uno de estos momentos de la evolución de la memoria deja ver que el discurso no es más que una verdad naciendo ante sus propios ojos (Foucault: 1970, 41). Pero, que el paso del tiempo permite mirar con mayor claridad y darle nuevo sentido a los hechos.

Este es el camino de la memoria colectiva y su discurso en cada momento:

1°- *Los discursos de las víctimas*. Este momento se inicia en 1983 extendiéndose hasta 1987 aproximadamente. Se rompe por primera vez el silencio y se intenta iniciar la toma de conciencia colectiva. En los discursos de esta etapa encontramos dos elementos comunes: la denuncia de una violación y la experiencia del horror que se hacen públicas con el informe de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas, titulado *Nunca Más*. A pesar de la marca oficialista del informe, los testimonios logran reflejar las experiencias de la tortura y apuntan a decir con palabras los sentimientos vividos. Además, con esta investigación se empiezan a develar los principales mecanismos de exterminio llevados a cabo durante la dictadura.

Los primeros nombres de víctimas y victimarios empiezan a salir del anonimato para protagonizar la versión más triste de la historia Argentina. Emergen sentimientos opuestos de las palabras de los protagonistas, que provocan perplejidad e indignación, indiferencia y resistencia. Gran parte de la sociedad parece enterarse recién de lo ocurrido a partir de los testimonios, entonces coexisten diversas posturas a favor y en contra de las acciones cometidas, surgen algunos cuestionamientos personales sobre el pasado.

2°- *Los discursos del temor*. Desde 1987 hasta 1990 el silencio protagoniza la escena nacional. La amenaza de “disolución nacional” atemoriza al Estado, por consiguiente, los distintos sectores del país que estaban replanteándose su postura con respecto al pasado sienten miedo y prefieren callar.

En este momento, las presiones externas desplazan a último plano la preocupación por el pasado. Los discursos del gobierno y de los medios sólo propician el clima de inseguridad. Los fantasmas del pasado representan una amenaza latente. Por estos años, en la historia argentina se tiene miedo más que nunca a que el pasado se repita y ese temor paraliza los avances en la construcción de la memoria.

Las leyes de Obediencia Debida y el Punto Final parecen justificar los errores del pasado y terminan por darle una rápida sentencia al tema imponiendo el olvido. Esta etapa diferencia mi propuesta de las anteriores, porque considero que se puede entender las primeras acciones de la democracia como una voluntad de esclarecer el pasado.

Si no hubiera existido esa primera etapa no se hubiera recuperado esta primera instancia de archivos, quizás la indiferencia, el miedo y el silencio de la sociedad atormentada hubiera prevalecido. También, en la segunda etapa se empieza a detener el proceso de la memoria por causas externas que amenazan la

democracia naciente. Por último, esta etapa es fundamental para entender el curso que toma el camino de la memoria en los próximos años, prepara el terreno para el período siguiente.

3°- *Los discursos del olvido*. A partir de 1990 se inicia una nueva etapa que se extenderá por cinco años aproximadamente. Es un momento crítico para la construcción de la memoria. Porque predominan los discursos que olvidan el pasado y descalifican todo lo que haga referencia a él, se busca dejar atrás toda huella de lo ocurrido. Una serie de hechos acompañan los discursos de esta etapa, entre ellos los indultos firmados entre 1989 y 1990.

Sin embargo, los organismos de derechos humanos y las acciones de los “afectados” no cesaron en su lucha. Pero el discurso tiene poder y el poder impone su propio discurso de olvido, supresión de relatos y negación de lo ocurrido durante la dictadura. El espacio de la memoria es también un espacio de lucha contra el olvido, esto forma parte de este recorrido porque al igual que la realidad social, ésta también se encuentra atravesada de tensiones.

4°- *Los discursos de los victimarios*. A partir de 1995 con la confesión de Adolfo Scilingo al periodista Horacio Verbitsky publicada en el libro *El vuelo* y otros testimonios que surgen esos años. En este momento una de las voces protagonistas, por primera vez se rompe el pacto de silencio de los militares, uno de ellos confiesa lo que sucedía con los detenidos después de los interrogatorios. Los tormentos de la conciencia y la negación por parte de los superiores provocan la confesión. Una vez más la sociedad argentina debe volver al pasado, pero esta vez es diferente. A través de este testimonio se puede comprobar lo que se suponía en los primeros años de la democracia.

Los silencios pasados no significaron olvido, sino que crearon el clima adecuado para que en las conciencias de los responsables surgieran los recuerdos que los obligaron a dar a conocer la verdad. Los discursos del olvido causaron el efecto contrario, porque “cuando más se quiere imponer el olvido se multiplica la memoria” (Jelin: 2000, 12). Confluyen en esta etapa una serie de hechos sociales que renuevan la importancia del tema para una parte de la sociedad que por desconocer el pasado todavía se conmueve con lo ocurrido.

Con el surgimiento de H.I.J.O.S., el aniversario por los veinte años del golpe, la irrupción de los ex militares para confesar, los juicios por la verdad, las palabras de Balza, etc. demuestran que hay mucho por saber, la sociedad una vez más se ve conmovida por el pasado, es necesario reflexionar sobre lo ocurrido y romper las mallas del olvido.

En estos años empieza un lento movimiento de reconstrucción del pasado, gracias al trabajo persistente de los organismos de Derechos Humanos y a los más “afectados”. Entonces, se inicia la segunda etapa de los Juicios por la Verdad, donde los familiares de las víctimas interrogan al Estado sobre el destino de los desaparecidos.

También se abre una causa contra los militares que se apropiaron de los niños nacidos en cautiverio. Se suman los juicios en el exterior para juzgar los delitos de genocidio, torturas, desaparición forzada y terrorismo de estado en Madrid, París, Roma con condenas en ausencia, en Estados Unidos, Suiza y Alemania que permitieron articular las persecuciones penales. Es fundamental mencionar el caso de Augusto Pinochet en Londres y su traslado a Chile.

La lucha por alcanzar la verdad y la justicia se suman a la construcción de la memoria. El fallo del Juez Gabriel Caballo, del 6 de marzo del 2000 a favor de la nulidad de las leyes de Obediencia Debida y Punto Final, demuestra que todavía nos queda un largo camino por recorrer pero, sobre todo, que no podemos negar la importancia del pasado. La propuesta de este itinerario consiste en pensar la memoria como una herramienta para modificar el presente. Sin duda, este recorrido ensaya una posible

reconstrucción del pasado Cada uno de nosotros podría narrar su propio itinerario desde la subjetividad personal y eso supondría empezar a darle significado personal a nuestro pasado.

NOTAS

¹ Este concepto hace referencia a un grupo de intelectuales de diversas disciplinas (sociólogos, antropólogos, historiadores, periodistas, psicólogos, abogados, etc.) dedicados al estudio del proceso de construcción de la memoria. Se trata de intelectuales nacionales e internacionales interesados, en los últimos años, en responder interrogantes acerca del Holocausto o de las Dictaduras en Latinoamérica.

Considero que se puede hablar de un nuevo movimiento social y plantear hipótesis sobre la formación de un campo intelectual, aplicando el concepto de Bourdieu (Altamirano y Sarlo: 1983). Es decir, un grupo de intelectuales comprometidos con la voluntad de no olvidar, de dialogar sobre el pasado y teorizar acerca del porque de los hechos.

² Carlos Altamirano (2001) dice: “Pero si pensamos en la memoria no ya como territorio de evocación individual de experiencias individuales o de grupo, sino como memoria cívica, producto de una elaboración colectiva que obra como lazo simbólico entre los miembros de una sociedad, es un hecho que ella no podría forjarse sin la contribución del conocimiento histórico” (47).

³ En cuanto a la relación Memoria e Historia sigo la propuesta de Hilda Sabato (2000) que realiza una síntesis precisa acerca de la evolución en los últimos años de esta relación. En su artículo plantea que la historia se desprendió del papel legitimante del estado-nación, liberándose de sus obligaciones identitarias. Esta situación generó controversias en torno a las relaciones entre Historia y Memoria colectiva; Sabato distingue tres posibles posturas ante la situación:

- “quienes quieren subsumir la historia en la memoria, entendiendo a esta última como la única que remite a la vivencia auténtica y permite recuperar el pasado sin misticismos.

- otros insisten en la oposición entre ambas, para proteger a la historia de las trampas de la memoria.

- quienes entienden a la relación como suplementaria” (15). Esta última postura puede ser definida en términos bajtinianos como una *relación dialógica* (Bajtin:1986) porque no puede separarse del dominio de la palabra y se da en una comunicación dialógica entre los hablantes del discurso. Además, permite expresar distintas posturas a través de la palabra, haciéndolas confluir en una tarea provechosa como sería la de memoria e historia.

⁴ Tomo el concepto de Mijail Bajtin (1986), cuando define las relaciones dialógicas en los siguientes términos: “son posibles no sólo entre enunciados completos, sino también con respecto a cualquier parte significativa del enunciado, incluso con respecto a una palabra aislada...si percibimos en ella una voz extraña. Pueden penetrar en el interior de los enunciados, incluso dentro de una palabra aislada si en ella se topan dialógicamente dos voces. Son posibles entre estilos lingüísticos, entre los dialectos, etc. pero sólo en el caso de que éstos se perciban como ciertas posiciones de sentido. Son posibles con respecto al propio enunciado de uno, con respecto a sus partes aisladas y con respecto a la palabra aislada en el enunciado” (275).

⁵ Tomo el concepto de intelectual propuesto por Oscar Terán (1993) *Nuestros años sesentas. La formación de la nueva izquierda intelectual argentina* que siguiendo lecturas sartreanas, define al intelectual como quien asume un compromiso con la sociedad, al punto de afirmar que “éste se hallará inmerso en una situación que aunque no elegida lo involucra hasta el extremo de que no sólo sus palabras sino también sus silencios lo responsabilizan” (22).

⁶ En este trabajo tomo a Horacio Verbitsky como un “autor faro”, en el sentido que le dan al término Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo (1983) al definirlo como: “aquellos de quienes se habla y a quienes se cita...son señales ostensibles de la problemática dominante. Esta traza las líneas de referencia de mayor vigencia pública dentro del campo y respecto de las cuales toman posición, a veces polémicamente, la mayoría de los actores, escritores, críticos, taste-makers, etc., del escenario intelectual. Una problemática tiene, además, la capacidad de definir o redefinir la posición de un escritor (su actualidad o su obsolencia) dentro del campo” (84).

Verbitsky, a lo largo de su carrera periodística, se convirtió en un “autor faro” y es redefinido en la década de los noventa con el testimonio *El vuelo* (1995) al retomar el tema del destino de los detenidos-desaparecidos, en un momento en el que predominaba el olvido y el silencio sobre el pasado de la Dictadura.

⁷ En este concepto sigo a Cornelius Castoriadis (1993) que parte del sentido de imaginario, refiriéndose a “...algo “inventado”- ya se trate de un invento “absoluto” (“una historia imaginaria de cabo a rabo”), o de un deslizamiento, de un desplazamiento de sentido, en el que unos símbolos ya disponibles están investidos con otras significaciones que las suyas “normales” o canónicas. En los dos casos, se da por supuesto que lo imaginario se separa de lo real, ya sea que pretenda ponerse en su lugar o que no lo pretenda” (219).

⁸ En términos de Edward Said (1990) por geografía imaginaria entiendo “la práctica universal de establecer en la mente un espacio familiar que es “nuestro” y un espacio no familiar que es “suyo” es una manera de hacer distinciones geográficas que pueden ser totalmente arbitrarias” (80). Propongo un juego libre del concepto como así también de la distinción entre el espacio familiar, el espacio cercano y el espacio no familiar, exterior y lejano está delimitado por fronteras geográfico-temporales. Además, se suman las fronteras sociales y culturales, que están relacionadas con la variedad de las prácticas que integran esta cartografía y con la arbitrariedad de la selección.

⁹ El término víctimas lo entiendo en el sentido propuesto por Jean F. Lyotard (1988) como aquella persona que sufrió “una sinrazón (es decir) un daño acompañado por la pérdida de los medios de presentar la prueba del daño” (17).

¹⁰ El texto de Claudia Feld (2002) realiza una detallada investigación de la importancia, la difusión y el contenido del histórico juicio a la Junta Militar.

¹¹ Las citas de *El vuelo* corresponden a la edición de 1995, en adelante citaré sólo el año de edición y la página.

¹² Los hijos de desaparecidos están unidos por el lazo de filiación, que les permite nombrarse frente a la sociedad. Esta agrupación es un sitio de anclaje, que empieza con el compromiso de un número reducido de jóvenes, interesados en reconstruir en la historia personal la historia de todos. Se trata de una tarea de reconstrucción de la Memoria colectiva en el uno a uno, donde sea posible hilar el pasado y reclamar justicia, motivados por el deseo de saber.

Esta agrupación designa la causa por la que luchan cuando se nombran, su rasgo de identidad principal es una falta y un crimen colectivos. La pertenencia a esta agrupación muestra la posición de reclamo frente a lo que no ha sido saldado social y colectivamente.

H.I.J.O.S. es una forma de denunciar, por eso, su técnica para irrumpir en la sociedad es el escrache, su modo de nombrar abiertamente a los militares como “genocidas” y, también, la firme posición de negar una reconciliación o el perdón sin verdad, ni justicia. Lo que les interesa es que se vea, que se sepa, que quede a la vista la identidad de los desaparecidos, la de los represores, la de los hijos. Sergio Guelerman (2001).

¹³ En este texto es interesante analizar las estrategias que contribuyen a la construcción del personaje como un héroe nacional. Se puede ver la oposición entre lo público y lo privado; la presentación del personaje a través de otras voces, cuando interviene es sólo para dar órdenes; es un “elegido” desde el momento del nacimiento; el juego con el sobrenombre (“Robi”) se transforma en una estrategia discursiva para aproximar al lector al mundo del héroe. Otra manera de acercarnos al personaje es compartir el ámbito familiar a través de las cartas que mantenía con su hermano, con su esposa, etc.

Seoane muestra una imagen heroica de Mario Santucho a través de sus actos, las palabras de sus familiares y compañeros. El texto se apoya en un importante trabajo de investigación a través de cartas, documentos, informes, etc., que ayudan a construir la imagen del guerrillero. La construcción romántica de Santucho como héroe, se puede ver en la lucha por lograr su objetivo, el sentimiento de lo nacional y lo revolucionario que motiva sus actos. El discurso crea progresivamente una atmósfera romántica, en la que se envuelven personajes, lector, narrador y autor. El héroe aparece cerrado en este clima, se lo ve en acción pero siempre “predeterminado” o “construido por la voz narradora” como una realidad, el personaje heroico no logra escaparse del punto de vista del narrador y, por lo tanto, ésta se presenta como un héroe acabado, que no habla directamente sino del que se habla, no hay espacios para polemizar con Santucho sino, más bien, para admirarlo por su coraje y la fidelidad a sus ideales.

¹⁴ Este concepto es clave para entender la importancia de cada discurso en las distintas etapas de este itinerario. En su texto *El orden del discurso* Michel Foucault (1970) escribe una serie de principios que regulan todo discurso; se trata de procedimientos internos y externos al discurso que dan como resultado un juego de lecturas, de escrituras e intercambios.

Desde el principio del texto Foucault define al discurso como un espacio de poder del que uno quiere adueñarse. En ese sentido lo tomo en la periodización; se trata del discurso que prevalece en cada etapa, del que se hace escuchar y representa un momento determinado. El discurso se transforma en “uno de esos lugares en que se ejercen, de manera privilegiada, algunos de sus más temibles poderes” (12). Es un espacio en el que conviven distintas fuerzas y acontecimientos combinándose de diversa manera, Foucault dirá: “temo reconocer en él algo así como una pequeña maquinaria que permite introducir en la misma raíz del pensamiento, el azar, el discontinuo y la materialidad” (49).

Bibliografía

Altamirano, Carlos (2001). “Contra nuestra propia certidumbre” en *Puentes*, N° 5, Año 2, Buenos Aires: Comisión Provincial por la Memoria.

Bajtín, Mijaíl (1986). *Problemáticas de la Poética de Dostoievsky*, México: Fondo de Cultura Económica.

Bonasso, Miguel (2001). *Recuerdo de la muerte*, Buenos Aires: Grupo Editor Planeta.

Castoriadis, Cornelius (1993). *La institución imaginaria de la sociedad*, Buenos Aires: Tusquets Editores.

Cerruti, Gabriela (2001). “La historia de la memoria”. En Revista *Puentes*, N° 3, Año I, La Plata: Comisión Provincial por la Memoria, pp. 14-25.

CONADEP (1985). *Nunca más*, Buenos Aires: Eudeba.

Feld, Claudia (2002). *Del Estado a la pantalla: Las imágenes del juicio a los ex comandantes en Argentina*, Buenos Aires-Madrid: Siglo XXI.

Foucault, Michel (1970). *El orden del discurso*, México: Siglo XXI.

Guelerman, Sergio (2001). *Memorias en presente, Identidad y transmisión en la Argentina posgenocidio*, Argentina: Grupo Editorial Norma.

Granovsky, Martín (1995) “La máquina de la verdad” (05/03/95), *Opinión*, *Página/12*, Buenos Aires, pp. 7.

Jelin, Elizabeth (2000). “Memorias en conflicto”. En Revista *Puentes*, N° 1, Año 1, La Plata: Comisión Provincial por la Memoria, pp. 6-13.

Lyotard, Jean Francois (1988). *La diferencia*, Barcelona-España: Editorial Gedisa.

Sabato, Hilda (2000). “La cuestión de la culpa”. En Revista *Puentes*, N° 1, Año 1, Buenos Aires: Comisión por la Memoria, pp. 14-17.

Said, Edward (1990). *Orientalismo*, España: Libertarias.

- Sarlo, Beatriz y Altamirano, Carlos (1983). *Literatura y Sociedad*, Buenos Aires: Hachette.
- Seoane, María (1997). *Todo o nada. La historia secreta y la historia pública del jefe guerrillero Mario Roberto Santucho*, Buenos Aires: Editorial Planeta.
- Terán, Oscar (1993): *Nuestros años sesentas. La formación de la nueva izquierda intelectual argentina 1956-1966*, Buenos Aires: Ediciones El Cielo por Asalto.
- Verbitsky, Horacio (1995). *El vuelo*, Buenos Aires: Editorial Planeta.

La escritura testimonial y las memorias de Trelew en *La patria fusilada* de Francisco Urondo y *La pasión según Trelew* de Tomás Eloy Martínez

MARIANA BONANO
UNT-CONICET

Desde aquella vez que no sabemos qué hacer con las historias, con los muertos que no aceptan su desdichada condición, no sabemos qué hacer con el miedo; no sabemos encontrar nuestras manos, nuestra tristeza. El mundo inconsistente.
Francisco Urondo, *Del otro lado*.

En la década de 1970, las experiencias de los golpes militares, tanto en Chile como en Argentina, activan una escritura testimonial que expone el panorama de la “experiencia colectiva de la violencia del estado contra los individuos” (Nofal: 2002, 58). La palabra testimonial se erige como práctica de resistencia: frente al terrorismo de estado y a las violaciones sistemáticas de los derechos humanos, busca restituir los datos que han sido sustraídos de la memoria oficial. Siguiendo a Hugo Achugar (1992), podemos señalar que estos textos se construyen como “contrahistorias”, pues “su deseo es desmontar una historia hegemónica” y, paradójicamente, “construir otra historia que llegue a ser hegemónica” (50).

Los textos del corpus testimonial sobre la dictadura, si bien muestran ciertos núcleos¹ que los vinculan a otros testimonios latinoamericanos, tales como el de Moema Viezzer, *Si me permiten hablar... Testimonio de Domitila Barrios, una mujer de las minas de Bolivia* (1977), o el de Miguel Barnet, *Biografía de un cimarrón* (1977), poseen rasgos diferenciales. En contraste con los “testimonios canónicos” (Nofal:2002), caracterizados por “un sistema desigual de negociación de la palabra escrita ya que el informante es, en general, iletrado” (13), los testimonios sobre la dictadura delimitan un espacio discursivo altamente ideológico y retórico, donde conviven en tensión las evidencias documentales y las interpretaciones sobre los acontecimientos. Se afilian al tipo discursivo que Nofal (2002) delimita como “testimonio letrado o intelectual”, caracterizado como el “relato de una experiencia personal”, donde “frente a la violencia del Estado sobre una parte de los individuos, el intelectual asume el papel de dar voz a las víctimas, explicar la sinrazón de esta violencia y defenderlos en un juicio siempre inexistente” (63). El trabajo del autor del testimonio definido como “intelectual” es “un modo de dar coherencia y unidad a la conciencia disgregada y contradictoria que surge de la experiencia ‘en bruto’” (39). Así, la voluntad de verdad² que expresan los textos va unida a la construcción de un relato que intenta asignar sentido a los hechos del pasado, recreándolos en función de una ideología.

Este trabajo analiza los términos en los cuales dos escrituras testimoniales reconstruyen los episodios ocurridos en la ciudad de Trelew, en el año 1972.³ Examina las modalidades discursivas desplegadas así como las posiciones asumidas por los autores en tanto intelectuales que buscan ordenar y otorgar significado a los hechos silenciados, para conjurarlos.

Tanto *La pasión según Trelew*, de Tomás Eloy Martínez, como *La patria fusilada*, de Francisco Urondo, presentan las marcas delimitadas por Nofal para el testimonio intelectual en la Argentina: el fuerte matiz político, la denuncia de las ilegalidades y abuso de poder por parte del Estado, el papel del intelectual como justiciero y defensor de las víctimas de la violencia estatal. Dos rasgos especifican, a nuestro criterio, los textos a analizar: 1) su carácter de narrativas orientadas a la restitución de la memoria de los hechos pasados; 2) su función denunciatoria, en tanto prácticas dirigidas a “desnudar” los acontecimientos silenciados por las versiones oficiales.

Las modalidades testimoniales que estas escrituras instituyen resultan, sin embargo, diferentes. *La pasión según Trelew* da cuenta del atropello ejercido por el gobierno militar sobre los ciudadanos, y, simultáneamente, desmiente la versión oficial del asesinato de los guerrilleros en la cárcel de Trelew. *La patria fusilada*, en cambio, no sólo recrea los hechos de la masacre con el fin de denunciar un delito del Estado, sino que apela a la voz de los sobrevivientes como estrategia de lucha revolucionaria. El relato construido en el primero es producto de una labor de investigación periodística. El segundo, por el contrario, se plantea como una memoria de la militancia: los guerrilleros sobrevivientes se delinearán como héroes con clara conciencia revolucionaria.

Siguiendo la propuesta de Nofal tendremos en cuenta dos elementos en la exploración de los textos: el lugar del intelectual y la construcción de los enemigos.

***La patria fusilada*.⁴ El testimonio de la militancia y las consignas revolucionarias**

En 1973, el sello editorial de la revista *Crisis* publica el testimonio *La patria fusilada*, un reportaje realizado por Urondo a los tres sobrevivientes de la masacre de Trelew. Este hecho, ocurrido el 22 de agosto de 1972, guarda relación con otro episodio, la fuga del penal de Rawson, acontecida el 15 de agosto anterior. Como se sabe, ésta fue una operación político-militar llevada a cabo por los presos políticos de tres organizaciones armadas: ERP (Ejército Revolucionario del Pueblo), FAR (Fuerzas Armadas Revolucionarias) y Montoneros. El objetivo, según los testimonios de los protagonistas, era el de recuperar “compañeros” y golpear al enemigo (las fuerzas militares entonces en el poder), con el fin de debilitarlo.⁵

El reportaje que activa el testimonio se desarrolla en la cárcel de Villa Devoto, donde Urondo comparte con los sobrevivientes de la masacre la condición de preso político y militante de las organizaciones armadas.⁶ Las circunstancias en las que se lleva a cabo son explicitadas por el propio autor al comienzo de su libro.

Fue en la noche anterior a nuestra salida de la cárcel de Villa Devoto, es decir, la noche anterior a la asunción del gobierno popular. El 24 de mayo a las 9 de la noche empezamos a grabar (...) La planta fue tomada y esto nos permitió intercomunicarnos entre los pisos, vernos, cosa que antes no ocurría. Así me pude reunir con Alberto Camps y Haidar, que estaban en el celular del segundo piso, y con María Antonia Berger, que estaba en el quinto. Entonces nos metimos en una celda y nos pusimos a conversar sobre lo ocurrido en Trelew (7).

El texto parece acercarse a la consigna benjaminiana de “pasarle a la historia el cepillo a contrapelo” (Benjamin: 1989, 182). Por una parte, mediante la apelación a la voz de los protagonistas, el testimonio se articula como “contrahistoria”; refuta la versión oficial de los hechos que pretende convertir una acción irracional e injustificada en un acto defensivo y “necesario”, tendiente a evitar el intento de fuga por parte de los detenidos.⁷ Por otra, el relato de la experiencia por los sobrevivientes constituye un antídoto contra el olvido, una manera de exorcizar la muerte; es, al decir de Michel de Certeau (1993), un “trabajo de la muerte y trabajo contra la muerte” (19).

A.M.C.: A veces, cuando alguien se acerca y dice, “me podés contar si a vos no te molesta” [sic]. Para nosotros relatar lo de Trelew es una obligación. Para con nuestro pueblo, por todos los compañeros que murieron allí, que aportaron con su muerte, con su lucha, a todo este proceso. A mí me alegraba que todas las personas que fui tratando después, cuando me trajeron acá, no ponían en duda que había sido una masacre. Simplemente querían conocer bien como habían sido los hechos (123).

En cuanto a la posición que asume el intelectual-entrevistador, podemos marcar una distancia respecto del intelectual-intermediario del “testimonio canónico”, cuyo informante es, en general, iletrado. A diferencia de aquél, no se sitúa “fuera” de los hechos y de la situación de los sujetos interpelados; abandona la posición de neutralidad para sentirse “muy complicado con ellos, muy complicado, y con esa mezcla: la necesidad de cuidarlos” (12). En sus intervenciones, enuncia estimaciones y esboza interpretaciones.⁸ Como denunciante de una “tragedia colectiva”, no sólo interviene “alguna vez, para retomar un tema pendiente” (10), como él afirma, sino que deja escuchar su voz, reflexionando e interpretando los hechos, analizando críticamente la operación de la fuga y disintiendo respecto de la opinión de otros guerrilleros. Las preguntas que el sujeto interpelante formula no hacen sino confirmar la tendencia general del enunciado a evaluar críticamente las circunstancias en las que se concretó la fuga de Rawson y las acciones guerrilleras perpetradas antes de la masacre.

¿Se puede hablar de una evaluación incorrecta teniendo en cuenta los elementos de juicio que había en ese momento?(...); ¿Te parece que era posible en ese momento haber previsto esa reversión del proceso?(...); ¿Así que el error estaría fijado básicamente en el desconocimiento del grado de deterioro que había sufrido el enemigo en todo su campo interno y en la justa estimación del rol que jugaba Perón?(...); ¿Entonces con esta óptica, con esa limitación de detección, en ese marco se decide la operación fuga de Rawson?(16-18).⁹

Los testimoniantes participan del diálogo como “ideólogos”.¹⁰ Recrean los hechos desde una perspectiva ideológica adscripta a la militancia revolucionaria. Al ser interpelados, no sólo describen los acontecimientos como experiencias significativas, sino que despliegan una interpretación, articulan una autocrítica y explicitan los basamentos del proyecto de las organizaciones revolucionarias armadas.

R.R.H.: El punto de partida para ese análisis es el hecho de que los proyectos de las organizaciones armadas revolucionarias, es un proyecto de guerra popular y prolongada. Tiene un carácter estratégico, es decir, metodológicamente nosotros queremos utilizar a la guerra popular para alcanzar la toma del poder (19).

El relato de los hechos, en tanto estrategia de lucha política, constituye una obligación, un mandato que debe ser consumado por los sobrevivientes no sólo con la finalidad de salvaguardar la memoria de las víctimas, sino con el objetivo de crear y reforzar la conciencia revolucionaria. El texto opera así como “testimonio concientizador”: el énfasis no está puesto en la representación, sino en “la creación de solidaridad, de una identidad que se está formando en y a través de la lucha” (Yúdice: 1992, 212).

Las declaraciones de los testimoniados refuerzan la idea de pertenencia de la guerrilla al pueblo. Los combatientes se incluyen dentro de las clases populares. Definen un “nosotros” popular, socialista y nacional, en oposición a un “ellos” anti-popular, imperialista y traidor. Sus voces actúan como réplica del discurso oficial que sostiene la idea de la impopularidad de las organizaciones guerrilleras, y su aislamiento del pueblo. En la “Conferencia de prensa en el aeropuerto de Trelew”, incluida al final del testimonio, Pedro Bonet define a los militantes como obreros y trabajadores.

Acá hay algo que debemos agregar, aquí hay compañeros que somos parte del pueblo, creo que la composición social de los 19 que somos también lo evidencia. Acá hay obreros tucumanos, trabajadores de la zafra, compañeros campesinos, compañeros intelectuales, compañeros obreros industriales, esa es la composición social de los 19, no somos estudiantes, nada más (133-134).¹¹

Se construyen a sí mismos como héroes. Se delinear como individuos “histórico universales” que mediante su accionar recíproco revelan poéticamente “la conexión entre la vital espontaneidad de las masas y la posible conciencia histórica máxima de los personajes dirigentes” (Nofal: 2002, 14).¹² Son los que pueden luchar y hablar en nombre del pueblo, debido a su preparación ideológica y a su conciencia revolucionaria. Integran la “vanguardia” insurreccional encargada de conducir el movimiento emancipatorio.

M.A.B.: (...) Además, en parte, las organizaciones armadas, de ser grupos armados, creo que hemos llegado a ser, o somos ya, los embriones de la vanguardia. Y eso va mostrando un cambio cualitativo en nuestro papel (...). (34).

El militante opera estratégicamente, sus acciones encuentran justificación en un fin último: ganar el poder para las fuerzas populares. Cada una de las operaciones que lleva a cabo es producto de una cuidadosa y detallada planificación. En la batalla que libra la guerrilla, no hay lugar para la improvisación. El militante posee una “formación integral” que legitima su pertenencia al grupo de conducción del movimiento revolucionario.

R.R.H.: Se hizo una evaluación en casi todas las organizaciones (algunas ya las tenían hechas) de cada compañero, contemplando los aspectos humanos y políticos que hacen a la formación integral del militante; iba incluido su formación política, su experiencia política y militar (26-27).

A la idea de que el combatiente es un terrorista violento e irracional, se contraponen la imagen de un militante criterioso y humanitario, capaz de realizar las tareas más diversas: desde conducir la lucha política y empuñar un arma hasta oficiar en los quehaceres domésticos.¹³ Se trata de sujetos lúcidos y al mismo tiempo, emotivos, afectivos. El entrevistador contribuye a delinear este perfil: subraya el equilibrio, la fortaleza y la entereza como cualidades del relato de los sobrevivientes.

Hay un clima de lucidez, por un lado, y de emotividad, por el otro, muy densos, sin que, en ningún momento, hubiera pérdidas de control o desequilibrios(...);(...) me sentí muy complicado con ellos, muy complicado, y con esa mezcla, la necesidad de cuidarlos. Ni sé por qué, porque realmente los tres han dado muestras de una enorme entereza y fortaleza en todas las circunstancias que enfrentaron entonces y pasaron después (11-12).¹⁴

La palabra de los testificantes está orientada hacia un objeto externo:¹⁵ la versión militar de la masacre. Polemiza con ésta y denuncia la sinrazón de la matanza, producto del terrorismo de Estado.

A.M.C.: (...) Yo lo veo a Sosa que pasa despertando, por lo menos hasta mi celda llegó Sosa; después pasó Bravo diciendo “Ahora van a ver lo que es el terror antiguerrilla” que era un poco la “teoría” entre comillas que manejaba Bravo: “al terror se lo combate con el terror”. El aseguraba que nosotros éramos terroristas. De esa manera nos despertaron y, como siempre, abrían la celda, y por celda iba haciendo dejar los colchones (29-30).

El testimonio incorpora así el discurso militar para impugnarlo. En el relato de los sobrevivientes, el sentido en el que se ejerce la violencia es contrario al consignado por la versión oficial. El maltrato y la vejación son los procedimientos usados por la policía militar para intimidar a los combatientes.¹⁶

El texto opera según un sistema de oposiciones que se enfatiza a medida que progresa el relato de los hechos. Los oficiales de la Marina son los ejecutores del terrorismo de Estado; ejercen la violencia de manera gratuita y exhiben un conocimiento precario de la política y de las organizaciones de la guerrilla. La mención del General Lanusse, del teniente Bravo, del juez Quiroga, se reitera en el discurso de los combatientes. En tanto enunciado político, el testimonio construye un doble adversario identificado con esos nombres: 1) las fuerzas militares entonces en el poder, “la dictadura militar al servicio de los monopolios” (130); y dentro de éste, la Marina de Trelew, ejecutora directa de la masacre; 2) el sistema judicial nacional, fiel aliado de las autoridades represivas. Mediante la acusación reiterativa, los sobrevivientes insisten en la idea de la masacre como acto orquestado por el sistema dictatorial con el fin de debilitar el poder de las organizaciones guerrilleras.

R.R.H.: Se ha dicho que la masacre de Trelew fue una decisión de la marina, que Lanusse tuvo que asumírselo o tragárselo en contra de su voluntad o sus deseos de hacerlo. A mí me parece que, en ese sentido, no es cierto, la decisión fue una decisión conjunta, con total acuerdo. No fue un acto de delirio de Mayorga ni de ningún descolgado de la marina, sino que fue un hecho de conjunto (86).

Los sobrevivientes de la masacre encarnan el estado de opresión en el que se halla sumido el pueblo. En este sentido, la guerrilla se construye en el discurso de los testificantes y del propio entrevistador como la culminación “natural” y “necesaria” del proceso que “*el pueblo mismo*” “*venía haciendo*” (85).¹⁷ En contraposición con el accionar militar, el proceder de las organizaciones revolucionarias se legitima en la voluntad popular. Los combatientes implementan la violencia como estrategia de lucha contra el régimen opresor. En un sistema en el cual el Poder Judicial es cómplice del terrorismo estatal, el guerrillero se convierte en el “justiciero” encargado de dictar sentencia e impartir castigo a los criminales.

Contra el silencio encubridor de la justicia, la palabra testimonial se erige como arma que desnuda los hechos trágicos de la masacre. Entrevistador y entrevistados buscan restituir la memoria de los muertos en Trelew y reconstruir la verdad que ha sido borrada de los registros oficiales. Los nombres de

los dieciséis guerrilleros asesinados se incluyen al final del testimonio en una lista que lleva por título “Los caídos”. En ella se consignan las fechas de nacimiento y de detención, la profesión u ocupación laboral, y la pertenencia partidaria de cada uno de los combatientes.

La palabra logra conjurar la muerte, al enaltecerla y glorificarla. A la nómina de “Los caídos” le sigue el poema “Glorias”, de Juan Gelman, que cierra el libro. El texto, que rememora las muertes de Trelew, posee un tono triunfal. En el poema, la sangre derramada representa “la justicia por fin conseguida el trabajo furioso de la felicidad” (143); alude metonímicamente a la muerte “de los 16 fusilados” que “están regando el país” (142). Este sema, como otros (fusilados, Trelew), aparece reiteradamente a lo largo de la poesía, señalando una y otra vez el hecho que el autor quiere subrayar.

¿no está esa sangre acaso diciendo o cantando?
¿y quién la va a velar? ¿quién hará el duelo de
esa sangre?
¿quién le retira amor? ¿quién le da olvido?
¿no está ella como astro brillando amurada a la
noche?
¿no suelta acaso resplandores de ejército mudo
bajo la noche del país? (143).

Los asesinatos de Trelew actúan como metonimia de la violencia y la impunidad en las que se asienta el régimen militar. Las muertes se sitúan en el espacio público. En el texto, los fusilamientos perpetrados contra los dieciséis líderes revolucionarios, más que un atentado contra las organizaciones armadas, conforman un delito contra la patria y el pueblo, un crimen de estado que quebranta el orden y las instituciones democráticas. Constituyen asesinatos políticos que despliegan metonímicamente la imagen de una *patria fusilada*.

***La pasión según Trelew.*¹⁸ El testimonio de la movilización popular y la investigación periodística**

El libro de Eloy Martínez se publica por primera vez en 1973, el mismo año de publicación de *La patria fusilada*. En el “Prólogo de 1997” (que se incluye en la segunda edición), el autor relata las circunstancias que activan su escritura.

Dos hechos mayores sucedieron en Trelew hace un cuarto de siglo. Uno de ellos se ha desvanecido casi de la historia: el alzamiento de la ciudad entera contra el poder militar y la instauración de una comuna que duró tres días, con su propio sistema de abastecimiento y sus líderes espontáneos. El otro episodio –la matanza de dieciséis guerrilleros en una base naval– ha sido evocado con frecuencia en crónicas y libros (11).

De acuerdo con esta caracterización, el registro testimonial se orienta hacia la restitución de la memoria de la movilización popular. De modo semejante a *La patria fusilada*, el texto se presenta como “historia verdadera”, y confronta la versión oficial de los sucesos. El narrador, a pesar de no haber protagonizado los hechos que intenta reconstruir, sí ha participado en calidad de “testigo” del levantamiento popular desplegado con posterioridad a la masacre. El lugar desde el cual recoge y luego relata los acontecimientos es el del periodista que se involucra en su investigación al punto de ver su

trabajo y su propia vida afectada. Su figura se aproxima a la del periodista/detective de *Operación Masacre*,¹⁹ quien, en busca de la “verdad”, compromete no sólo su palabra, sino su cuerpo. Según su propio relato, la denuncia de los asesinatos perpetrados en la base aeronaval de Trelew le vale el despido como periodista del semanario *Panorama*, y el destierro profesional.

Tal como se estilaba en aquellos tiempos temerosos, todos los diarios reprodujeron al día siguiente sólo la versión oficial distribuida por el comando de la zona de emergencia, y mi texto desentonó como un solo de batería en un entierro de angelitos. El capitán de navío Emilio Eduardo Massera llamó al dueño de la editorial para sugerirle que me despidiera, y el 24 de agosto de 1972 quedé sin trabajo, desterrado de nuevo a las listas negras del periodismo (13-14).

En tanto periodista, la historia que reconstruye no sólo va a oponerse a la versión esgrimida por el gobierno militar, sino también a la difundida por otros medios de información. La confrontación de su historia y de su proceder con los de los demás periodistas le permiten legitimar su posición y su lugar de enunciación.

Desde que me despidieron de *Panorama* por difundir una información que oficialmente era falsa, tomé la decisión de ir a Trelew para averiguar si alguien sabía lo que había pasado (14).

La búsqueda de la verdad obsesiona al narrador-cronista del “Prólogo de 1997”. Desde su perspectiva, la historia oficial, al silenciar y falsear los hechos del pasado, ha obstaculizado la construcción de un presente claro. La “resurrección” de su obra a un cuarto de siglo transcurrido desde los sucesos que relata, tiene el sentido entonces de despejar “las incertidumbres del pasado” que “siguen entretejiéndose con las oscuridades del presente” (11). Sin embargo, su retorno al pasado no es absoluto.²⁰ Aun cuando, según anota, la edición de 1997 “repite la original con pocos cambios” (14), toma distancia de los hechos, así como del relato construido en 1973.

La pasión según Trelew me parece la obra de otra persona, de alguien que ya no soy. Quizás escribimos sólo para ser otros (14-15).

La palabra testimonial, al recapitular el pasado en un saber, opera de manera semejante al relato histórico. El diálogo con el pasado (el muerto, el ausente) –y no la identificación con éste– posibilita el reencuentro con el presente y el diálogo con/entre los vivos.²¹

En 1987 regresé a Trelew para reencontrarme con los protagonistas del alzamiento popular en el viejo teatro Español, donde habíamos cantado todos juntos en días más aciagos. Cientos de personas llegaron desde los cuatro rincones de la costa patagónica para estar allí y compartir una fiesta con tortas galesas y flores del campo. Aún queda el recuerdo del amanecer en un bar cuando evocamos los años perdidos. La historia nos había marcado con su cicatriz, pero por nada del mundo queríamos que esa cicatriz se nos borrara (15).

En el “Prólogo de 1973”, el relato no focaliza la vivencia personal del periodista (que activó primero la investigación, y luego la escritura), sino los acontecimientos ocurridos en la ciudad de Trelew durante las semanas que siguieron a los asesinatos. Aquí, de igual manera que en el

“Prólogo de 1997”, el narrador plantea su escritura a partir del imperativo de desnudar la “verdad” de los hechos. Se delinea a sí mismo como cronista cuya tarea primera es organizar las múltiples “voces” del pasado, sin traicionarlo. Admite, sin embargo, que esta labor es prácticamente imposible. A sus ojos, la experiencia del pasado es irrecuperable.

Me propuse tan sólo organizar las voces de aquel coro para que su sonido no traicionara el sonido del pasado. Pero el pasado nunca vuelve a ser lo que fue. El pasado es sólo una manera de no encontrarse con el presente (18-19).

La historia se trama sobre la base de documentos, lo que confiere credibilidad al relato. Este es otro de los puntos que permiten definir a *La pasión según Trelew* como una modulación del periodismo de investigación. Al igual que en *Operación Masacre*, el relato se sustenta en las “pruebas”: crónicas de diarios coetáneas a los acontecimientos que se narran; documentos vinculados con la fuga del 15 de agosto, con los fusilamientos de la base Almirante Zar y con la movilización popular del mes de octubre; entrevistas realizadas por el narrador en la semana del 18 al 22 de octubre de 1972 a “veintitrés personas: ex apoderados de los presos, oradores y animadores de las asambleas populares, ciudadanos que fueron llevados al penal de Villa Devoto y liberados entre los días 16 y 19, e inclusive uno de los dirigentes sindicales que las consignas y discursos señalaban como delator” (19); entrevistas realizadas con posterioridad a esa semana, entre ellas, la efectuada a Gustavo Peralta, uno de los últimos ciudadanos de Trelew liberado de la cárcel de Villa Devoto.

El detalle minucioso de los pasos de la investigación, así como la precisión con que se exponen fechas, horas y números, aproximan el texto a los géneros discursivos de la crónica histórica y de la crónica periodística.²² En ambos casos, la exposición de los hechos se encuentra fuertemente estructurada por la secuencia temporal. Sin embargo, como se verá, en *La pasión según Trelew*, el orden en que se despliegan los acontecimientos no es cronológico, sino que se subordina a la particular perspectiva del narrador. Al igual que otros testimonios intelectuales, “el registro puntual y minucioso busca precisar y rescatar los contornos borrosos de los acontecimientos fundando una defensa personal contra el olvido” (Nofal: 2002, 62-63).

La primera intención de este libro es desafiar esa impunidad. En un país donde los idealistas son mártires y los réprobos viven sin castigo, la memoria del pueblo siempre será más larga que las astucias de quienes lo reprimen. Y si las páginas que siguen no contribuyen a derrotar las arbitrariedades del poder, al menos contribuirán a que no se las olvide (20-21).

El tramado de los hechos se realiza a través de la inclusión y el cruce de diferentes géneros discursivos: cartas personales entre los guerrilleros fusilados y sus familiares, entrevistas, crónicas periodísticas, encuestas, canciones, actas de la Asamblea Popular realizada en Trelew, conferencias de prensa de los guerrilleros fugados de la cárcel de Rawson, y otros documentos variados, como las declaraciones judiciales de los tres sobrevivientes de la masacre, las listas de los guerrilleros asesinados en Trelew y de las personas ilegalmente detenidas en Trelew, Rawson y Puerto Madryn.

La evidencia documental es abundante; también lo son las voces que intervienen en la reconstrucción de los hechos. La confrontación de las diferentes versiones da lugar a una narración dialógica (Bajtín: 1986).²³ Esto no implica, sin embargo, que la voz narrativa no asuma una perspectiva claramente identificable. El narrador, en tanto cronista, no sólo organiza los documentos dispersos, sino

que explica, comenta e interpreta los hechos. Su función excede la de “transcriptor”, en tanto impregna el relato de valoraciones. De modo semejante al entrevistador de *La patria fusilada*, se permite esbozar hipótesis y delinear reflexiones.

Sabían que toda fuga era imposible, que no podían ni siquiera pensar en ella hasta que no los sacaran de esa guarnición con novecientos hombres en estado de alerta y dos kilómetros de campo por cubrir hasta la carretera de Madryn-Trelew (...).

Pero esos detalles ya no importan. Sólo sirven para reconstruir la parte más opaca de la historia, los movimientos sin sentido que tan a menudo son en la vida de los seres humanos el prelude de la muerte (115).²⁴

Mediante la inclusión de los documentos, el narrador investigador muestra la validez de sus afirmaciones y la falsedad de las informaciones de los diarios oficialistas. Incorpora a estas últimas con el fin de desmentirlas e impugnarlas. En el segmento denominado “Las versiones oficiales” presenta extractos de crónicas periodísticas y muestra las ilegalidades y contradicciones sobre las que éstas se sustentan.²⁵ La impunidad con que actúa el gobierno militar queda mostrada en la evidencia documental.

Aquí, como en *La patria fusilada*, la lectura de la realidad opera mediante binarismos. El narrador delinea personajes heroicos y verdugos. Mediante las diferentes voces incorporadas en el relato, va definiendo un sistema de oposición entre un “nosotros” –los presos políticos del penal de Rawson, los ciudadanos de Trelew–, y un “ellos” –los carceleros, los militares–. En el segmento denominado “Trelew”, esta oposición aparece claramente delimitada.

A fines de 1971, los de afuera y los de adentro ya habían formado una comunidad que veía el mundo de la misma manera: eran seres afines pero a la vez eran diferentes. Por eso se entendían. Los que no podían entender ese lenguaje secreto eran los otros, los carceleros (41-42).²⁶

Del lado de los “otros” están los periodistas oficialistas y la justicia, cómplices del terrorismo de Estado. Del de “nosotros”, el ciudadano que defiende sus derechos y no se deja avasallar por el poder impune; también el periodista que, en búsqueda de la verdad, se anima a refutar las versiones oficiales.

A diferencia del testimonio de Urondo, en *La pasión según Trelew*, la verdadera heroicidad no reside en los guerrilleros, sino en los ciudadanos que se animaron a “tomar la palabra” para no convertirse en cómplices del régimen. Desde la perspectiva del narrador, no existen términos medios: “O Trelew resistía o se transformaba en un cómplice del régimen” (178). Más que la lucha armada, la solidaridad y la unión son las armas que el cronista reivindica para ganar al poder. Las acciones del pueblo contrastan con las de los guerrilleros; éstas conducen a la derrota y a la muerte;²⁷ aquéllas, al triunfo. La movilización popular aparece en el relato como ejemplar. Los ciudadanos no sólo no son reprimidos, sino que logran el objetivo por el cual empezaron a movilizarse, la liberación de las diecisiete personas detenidas en la cárcel de Villa Devoto. En el relato, son también las voces del pueblo quienes ejercen sentencia e imparten castigo a los ejecutores de la matanza de Trelew.

Durante los días posteriores a la matanza corrieron por Trelew historias que la gente no se animaba a creer del todo. (...) En el barrio de la marina, un comerciante vio a Sosa bajar por una calle en pendiente cantando la marcha *Aurora* con la lengua amortiguada. En la confitería Apolo 11, un

militante radical dijo que Sosa recorría los bares de la avenida Hipólito Irigoyen después de la medianoche y que entraba en ellos disparando una ametralladora inexistente hacia las sombras. Y que a veces, cuando se le disipaba la borrachera, se ponía a llorar (164-165).

La consigna con la que el narrador parece identificarse es la que pronuncia Jorge Galina, un radical que había sido, en 1958, el primer gobernador de Chubut:

(...) si los pueblos aprenden a movilizarse y pelear, ya nunca más retroceden (178).

Como en la experiencia del periodista investigador, el relato muestra que los hechos transcurridos en Trelew produjeron un punto de inflexión en la historia de la ciudad a partir del cual “la gente no era ya la misma ni volvería a serlo” (43). Una vez que la violencia “ha salpicado las paredes” (Walsh: 1994, 18-19), la indiferencia y la vida apacible resultan absurdos que no se saben pensar. Desde la perspectiva del narrador, es éste el legado del pueblo de Trelew.

Conclusiones

Los textos examinados en este trabajo muestran núcleos comunes que los vinculan al corpus testimonial sobre el golpe militar desplegado en el Cono Sur de América Latina. Ambos se presentan como escrituras portadoras de la verdad que ha sido silenciada por la historia oficial. Mediante la apelación a la figura de los testigos y al documento, buscan “precisar y rescatar los contornos borrosos de los acontecimientos fundando una defensa personal contra el olvido” (Nofal: 2002, 62-63). En tanto testimonios intelectuales, la restitución de la memoria de los hechos se orienta a denunciar la violencia del Estado sobre los individuos. En ambos, la escritura testimonial se erige como práctica de resistencia: la construcción de una “otra historia” se opone al silencio impuesto por el régimen y a la complicidad de la justicia.

Sin embargo, entre ellos pueden reconocerse diferencias significativas, tanto desde el punto de vista de las convicciones ideológicas que los sostienen como desde el espacio de las vivencias que relatan.²⁸ Como señalamos, en *La patria fusilada*, el registro testimonial se liga a estrategias de lucha revolucionaria. Estructurado como entrevista, constituye un testimonio de la militancia. La reconstrucción de los hechos se realiza desde una posición ideológica claramente identificable. Los sobrevivientes se delinearán como héroes, sujetos con clara conciencia revolucionaria, cuyas acciones están amparadas por el pueblo y justificadas por un fin último: la liberación de toda una nación. La voz del testigo, actor y protagonista de los sucesos expuestos, da lugar a un discurso en el que no está permitida la duda. En cuanto a la posición del intelectual, la enunciación echa abajo la idea de que el entrevistador se presenta como conciencia objetiva y neutral. En sus intervenciones no sólo interroga a otros sujetos, sino que enuncia estimaciones y esboza interpretaciones. Inevitablemente, el comentario emerge; la toma de partido es ineluctable.

En *La pasión según Trelew*, la escritura testimonial se activa, en cambio, como una investigación. Mediante la recolección de documentos (las pruebas) y el cruzamiento de datos, el periodista investigador esboza hipótesis que refutan la versión oficial de los sucesos. También aquí, como en *La patria fusilada*, el núcleo de la escritura es la memoria, pero la dirección en que ésta se restituye es diferente. En el texto de Tomás Eloy Martínez, la reconstrucción de los hechos no funda una memoria de la militancia, sino que restablece la historia del alzamiento popular. La ejemplaridad, por tanto, no se

desprende de las acciones de los guerrilleros, sino de las realizadas por los ciudadanos de Trelew. La confrontación de diferentes voces a lo largo del relato origina una narración dialógica que no excluye, sin embargo, la operación de lectura de la realidad mediante binarismos. El narrador, en tanto intelectual, busca una interpretación; su figura no se identifica con la del mero transcriptor de los hechos. La perspectiva que imprime al relato evidencia un mayor distanciamiento de los hechos que la que expresa el entrevistador de *La patria fusilada*. Desde un presente distante de los acontecimientos narrados, se presenta como la conciencia que, por un lado, organiza las voces y los fragmentos dispersos de la historia de la matanza, y, por otro, los evalúa en función de su hipótesis de partida. Como el periodista/detective justiciero de *Operación Masacre*, aspira a que su denuncia provoque cambios en el espacio jurídico, que “actúe”. A diferencia de aquél, sin embargo, considera que ha triunfado aun cuando no haya logrado desafiar la impunidad.

Como hemos podido observar, desde el espacio intelectual se entran la palabra y la acción, tanto en *La patria fusilada* como en *La pasión según Trelew*. En ambos textos, la escritura cobra también otra significación: la de triunfar sobre la muerte. No sólo implica la denuncia, sino que es un modo de preservar los hechos en la memoria, “conjurando” el horror a través de los textos que tanto Urondo como Tomás Eloy Martínez nos legan.

NOTAS

¹ Estos núcleos son, entre otros, la postulación de la escritura como “historia verdadera”; el “efecto de realidad” o el “efecto de oralidad-verdad” delimitado por Achugar (1992) como la “permanencia o huella de la oralidad” que “permite generar en el lector la confianza de que se trata de un testimonio auténtico” (63); la apelación a la figura de un testigo que ha participado directamente de los acontecimientos o los ha presenciado (Nofal: 2002); la construcción del testimonio como una “otra historia” (Achugar: 1992), opuesta a la historia oficial.

² Tanto Achugar (1992) como Nofal (2002) señalan el deseo de construir una verdad como una de las marcas más importantes de la escritura testimonial.

³ El suceso desencadenante fue la matanza de dieciséis guerrilleros perpetrada por el poder militar en la base naval de Trelew. El otro hecho, rescatado por el texto de Tomás Eloy Martínez, se refiere al alzamiento de la ciudad contra el poder militar y la instauración de una comuna.

⁴ Todas las citas corresponden a la edición de 1973. Buenos Aires: Crisis.

⁵ La acción fue planeada como una fuga masiva, pero sólo lograron escapar veinticinco reclusos, de los cuales a su vez únicamente seis alcanzaron el objetivo final: llegar al aeropuerto de Trelew y tomar el vuelo BAC 111 de la compañía Austral rumbo a Puerto Montt, en Chile. Los diecinueve guerrilleros fugitivos que no alcanzaron el vuelo, ocuparon el aeropuerto de Trelew y se entregaron bajo la condición de que fueran devueltos al penal de Rawson. Esto no se cumplió y en su lugar fueron llevados a la base marina de Trelew, donde se produjo la masacre. Días después del arribo al penal, oficiales de la Marina, bajo pretexto de un intento de fuga por parte de los presos, dispararon contra ellos. A la cabeza de la operación estuvieron el teniente de corbeta Guillermo Roberto Bravo y el capitán Luis Emilio Sosa. De los diecinueve reclusos, sólo sobrevivieron tres: María Antonia Berger y Alberto Miguel Camps, ambos militantes de las FAR, y Ricardo René Haidar, de Montoneros.

Los guerrilleros asesinados fueron: Carlos Heriberto Astudillo, Rubén Pedro Bonet, Eduardo Adolfo Capello, Mario Emilio Delfino, Alberto Carlos del Rey, Alfredo Elías Kohon, Clarisa Rosa Lea Place, Susana Graciela Lesgart, José Ricardo Mena, Miguel Ángel Pólit, Mariano Pujadas, María Angélica Sabelli, Ana María Villarreal de Santucho, Humberto Segundo Suárez, Humberto Adrián Toschi, Jorge Alejandro Ulla.

⁶ De acuerdo con los datos proporcionados por Pablo Montanaro (2003), Urondo es acusado de integrar el grupo guerrillero que había asesinado al Teniente Gral. Juan Carlos Sánchez y al Contraalmirante Emilio Rodolfo Berisso, y permanece preso en la penitenciaría de Villa Devoto durante el período extendido entre el 14 de febrero de 1973 y el 25 de mayo del mismo año.

La fecha correspondiente al ingreso de Urondo a la cárcel resulta, sin embargo, confusa. De acuerdo con la versión del propio Urondo explicitada en *La patria fusilada*, su entrada a la prisión se produce el día 22 de febrero y no el 14, como afirma Montanaro.

⁷ Tanto el libro de Urondo como el de Tomás Eloy Martínez desmienten la versión gubernamental, según la cual el asesinato de los guerrilleros fue una respuesta “espontánea” de los oficiales de la base al intento de fuga iniciado por el

prisionero Mariano Pujadas. A partir de los testimonios de los sobrevivientes y de las evidencias documentales, ambos textos muestran que los asesinatos ocurridos en Trelew no fueron muertes accidentales, sino una masacre planificada.

⁸ En efecto, sus enunciaciones están plagadas de expresiones valorativas: “Me parece exagerada la apreciación”; “Creo que Uds...”; “Entiendo que...”; etc.

⁹ Las cursivas son del autor.

¹⁰ Utilizo este término en el sentido asignado por Mijail Bajtin en *Problemas de la poética de Dostoievski*, Cap. IV, “El género, el argumento y la estructura en las obras de Dostoievski” (1986).

¹¹ Esta es la conferencia que los prisioneros evadidos de Rawson ofrecieron cuando coparon el aeropuerto de Trelew, el 15 de agosto de 1972. Fueron designados para hablar Bonet por el ERP, Pujadas por Montoneros y Berger por las FAR.

¹² En relación con la caracterización de los personajes, Nofal señala el tema del heroísmo como una constante de los relatos testimoniales.

¹³ “F.U.: *¿Cómo fue el clima de trabajo en las horas anteriores a que se largara la operación?*

R.R.H.: Bueno, ahí se hicieron las más diversas tareas, desde mecánico, afilador, en grado de oficial hasta costurero” (30). Las cursivas son del autor.

¹⁴ Las cursivas son del autor.

¹⁵ Ver M. Bajtin (1986: cap. V, “La palabra en Dostoievski”).

¹⁶ “R.R.H.: (...) El oficial Sosa, que estaba con la pistola lo mismo que Bravo, la sacó y, amartillándola, me apunta a la cabeza y me dice “Si no apoyás la barbilla contra el pecho, te pego un tiro”; “yo lo cumplí y él se retiró” (97).

¹⁷ Las cursivas son del autor.

¹⁸ Todas las citas corresponden a la edición de 1997. Buenos Aires: Planeta-Espejo de la Argentina.

¹⁹ La postulación del narrador de *Operación Masacre* como periodista investigador pertenece a Ana María Amar Sánchez (1992).

²⁰ La operación de reconstrucción de la experiencia pasada en el relato testimonial puede ser pensada a partir de los elementos aportados por Elizabeth Jelin (2002) respecto de la restitución de las vivencias de sobrevivientes de situaciones límites. Para esta autora, la posibilidad de construcción de la memoria implica regresar al pasado vivido, pero no en forma de una inmersión total; “regresar a la situación límite, pero también regresar *de* la situación límite. Sin esta posibilidad, que significa salir y tomar distancia, el testimonio se torna imposible” (95).

Para Jelin, la memoria debe incorporar la vida del presente, del después, en ese retorno. “Una parte del pasado debe quedar atrás, enterrado, para poder construir en el presente una marca, un símbolo, pero no una identidad (un revivir) con ese pasado” (94).

²¹ Sigo en este punto las conceptualizaciones de Michel de Certeau expuestas en *La escritura de la historia* (1993). Para el autor, la disciplina historiográfica se constituye como discurso mediante “el procedimiento que niega la pérdida, concediendo al presente el privilegio de recapitular el pasado en un saber” (19). “El discurso se apoya también sobre la muerte, a la cual postula, pero que es contradicha por la práctica histórica. Porque hablar de los muertos es al mismo tiempo negar la muerte y casi desafiarla” (62).

Encontramos puntos de contacto entre la propuesta del testimonio como “narrativa de la memoria” desplegada por Jelin (2002) y la postulación de la disciplina historiográfica como trabajo con/contra la muerte, elaborada por de Certeau (1993). En ambos casos, se trata de prácticas discursivas que hacen del pasado el objeto de su saber, y al obrar así, dan lugar a la producción de un intercambio entre vivos.

²² Bajtin (2002) define a los géneros discursivos como tipos relativamente estables de enunciados, diferentes formas del uso de la lengua, que se instituyen en cada una de las esferas de la actividad humana.

Para la delimitación de la crónica histórica ver Walter Mignolo, “Cartas, crónicas y relaciones del descubrimiento y la conquista” (1982), y Hyden White, *Metahistoria* (1972).

Respecto del concepto de crónica periodística, ver, entre otros, Ana Atorresi, *Los géneros periodísticos* (2000), y *La crónica periodística* (1994).

²³ Como Bajtin señala, en este tipo de discurso se puede dar cuenta de la totalidad sin reducirla a una “conciencia que objetivamente abarque las otras, sino como la total interacción de varias, sin que entre ellas una llegue a ser el objeto de la otra” (1986, 33).

²⁴ Las cursivas son mías.

²⁵ “*La tercera es casi una confesión. Por sus gravísimas culpas, dijo Laroca, los guerrilleros merecían reclusión perpetua o la pena de muerte. Esta última pena no existe en el código civil de la justicia argentina. Laroca parecía estar justificando un castigo que ya había sido impuesto, sin que hubiera juicio ni defensa La moral que el poder militar impondría a la Argentina cuatro años después se prefigura netamente en esa frase.*” (151). Las cursivas son del autor.

²⁶ De acuerdo con lo relatado por Tomás Eloy Martínez, desde 1971 cada preso del penal de Rawson tenía un ciudadano protector en Trelew, el cual figuraba oficialmente como “apoderado”. La solidaridad de los habitantes de Trelew con los presos es lo que origina en 1972, después de la masacre, el atropello y la detención de muchos de los ciudadanos, y su traslado a la cárcel de Villa Devoto, acusados de ser cómplices de los guerrilleros fugados.

²⁷ “Más tarde tuve tiempo de observar uno por uno a los guerrilleros, (...), mientras iban saliendo por una puertita lateral, como en el teatro, y cantando sus nombres y el de sus organizaciones delante del micrófono que les tendía el reportero. La escena era muda. Al adelantarse, el camarógrafo había desconectado sin darse cuenta el micrófono y los fugitivos ahora vencidos le hablaban al vacío, mira ban limpiamente hacia adelante, como si los espectadores, del otro lado del objetivo, fueran en realidad la muerte” (83-84).

²⁸ Estos dos elementos son señalados por Nofal (2002) al momento de postular un corpus testimonial sobre la experiencia de la dictadura altamente diversificado.

Bibliografía Citada

Obras estudiadas

Martínez, Tomás Eloy (1997). *La pasión según Trelew*. Buenos Aires: Planeta-Espejo de la Argentina.
Urondo, Francisco (1973). *La patria fusilada*. Buenos Aires: Crisis.

General

- Achugar, Hugo (1992). "La historia y la voz del otro". En *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, Año XVIII, N° 36, segundo semestre, pp.49-71.
- Amar Sánchez, Ana María (1992). *El relato de los hechos. Rodolfo Walsh: testimonio y escritura*. Rosario: Beatriz Viterbo.
- Atorresi, Ana (1994). *La crónica periodística*. Buenos Aires: Tlon.
- (2000). *Los géneros periodísticos*. Buenos Aires: Colihue.
- Bajtín, Mijail (1986). *Problemas de la poética de Dostoievski*. México: Fondo de Cultura económica.
- (2002). "El problema de los géneros discursivos". En *Estética de la creación verbal*. Buenos Aires: Siglo XXI, pp. 248-293.
- Barnet, Miguel (1977). *Biografía de un cimarrón*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Benjamin, Walter (1989). "Tesis de filosofía de la historia". En *Discursos interrumpidos I*. Madrid: Taurus, pp. 175-191.
- De Certeau, Michel (1993). *La escritura de la historia*. México: Universidad Iberoamericana.
- Jelin, Elizabeth (2002). *Los trabajos de la memoria*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Montanaro, Pablo (2003). *Francisco Urondo. La palabra en acción-Biografía de un poeta y militante*. Rosario: Homo Sapiens.
- Mignolo, Walter (1982). "Cartas, crónicas y relaciones del descubrimiento y la conquista de América". En Iñigo Madrigal (comp.), *Historia de la literatura latinoamericana*, Madrid: Cátedra, pp. 57-116.
- Nofal, Rossana (2002). *La escritura testimonial en América Latina. Los imaginarios revolucionarios del Sur. 1970-1990*. Tucumán: Instituto Interdisciplinario de Estudios Latinoamericanos, Facultad de Filosofía y Letras.
- Viezzer, Moema (1977). *Si me permiten hablar... Testimonio de Domitila Barrios, una mujer de las minas de Bolivia*. México: Siglo XXI.
- Walsh, Rodolfo (1994). *Operación Masacre*. Buenos Aires: Planeta-Espejo de la Argentina.
- White, Hyden (1972). *Metahistoria*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Yúdice, George (1992). "Testimonio y concientización". En *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, Año XVIII, N° 36, pp. 207-227.

Anatomía no es destino. *No me agarran viva. La mujer salvadoreña en la lucha de Claribel Alegría y D. J. Flakoll*¹

NATALIA FERRO SARDI
Universidad Nacional de Tucumán

Tanto la precisión de los límites del género testimonial como la definición de los elementos que lo componen resulta dificultosa debido no sólo a las modificaciones que ha sufrido esta clase de relatos a lo largo del tiempo sino también a que una de las características de estos textos es la trasgresión de las mismas convenciones que lo delimitan.² Más allá de la flexibilidad de estos enunciados, la voluntad de testigos y actores de articular un discurso que se oponga al silenciamiento de una de las versiones del conflicto desde un momento de la historia concebido como fundamental, nos permite delinear la base sobre la que se estructura el género. (Nofal: 2002, 43)

El uso de las palabras, del pasado y de la memoria de otro –un sujeto real, concreto formado por tramas históricas y sociales de censura y exclusión– no puede ser entendido como un gesto inocente. Las narrativas del pasado se encuentran, especialmente después de periodos conflictivos, sujetas a luchas políticas por su apropiación, interpretación y transmisión. El intelectual debe revisar críticamente su función de mediador para que su escritura no domestique al subalterno y ese hablar desde el otro –en tanto que todo testimonio es una simulación de la voz de otro subalterno (Nofal: 1996, 36)– no suponga reducir y simplificar la Otredad. De lo contrario, el principal propósito de este tipo de escritura, el de fracturar la visión homogeneizadora de los discursos dominantes, es traicionado.

La escritura testimonial hace manifiesta su intención de “dejar constancia” –en términos de Alegría y de Flakoll– de las prácticas de resistencia que llevan a cabo los grupos oprimidos marginados por la historiografía tradicional. La voz autorial no registra ninguna limitación de los planteos. Hay una imperiosa necesidad de llenar los huecos textuales dejados de lado por el discurso historiográfico y lograr una versión sin fisuras. Debido a su propósito reivindicador, el testimonio, es inexorablemente una historia recreada, cuya organización y selección de la información y de las estrategias está en función de una ideología (Nofal: 2002, 26).

Dentro de este marco, este trabajo se propone analizar las características propias del género testimonial presentes en *No me agarran viva...*, la construcción de la protagonista –Eugenia– la relación que mantiene con los grupos o sectores –mujeres, burgueses– en los que se incluye o es incluida, las tensiones que atraviesan esos vínculos y las representaciones de las mujeres que recorren el texto.

Si el testimonio es el registro de la historia de los vencidos, la narración de una derrota no se presenta aquí, necesariamente, como total. La escritura borra o evita la inscripción de desilusiones o frustraciones en relación a las acciones políticas fracasadas, los resultados negativos generalizados, las desilusiones masivas. La muerte de Eugenia afecta a la organización pero más por lo personal-afectivo que por lo estratégico, más allá de que se destaque su liderazgo y dinamismo.

Fue un golpe tremendamente fuerte para el Rente Felipe Peña. Recibimos una primera noticia sobre la ausencia de la compañera como el 19. después ya el 22 recibimos la confirmación de que los compañeros habían sido emboscados en la carretera entre San Martín y Suchitoto (145).

Aquí, la “caída”, la muerte, de Eugenia dispara la escritura del texto. *No me agarran viva...* ambiciona dar cuenta de la experiencia de un sector de la población salvadoreña, las mujeres –sometidas a diversos niveles de marginación– a partir del relato de la experiencia como guerrillera de una mujer común. El entramado de voces de mujeres refuerza el pacto de lectura del testimonio de acuerdo al cual la biografía de un individuo, en este caso “Eugenia” –su verdadero nombre era Ana María Castillo Rivas–, es presentada ya desde el prólogo como representativa de una clase o un grupo social.

La protagonista es descrita como una heroína distinguida por la abnegación y el sacrificio. Tal caracterización remite a la tensión entre lo particular y lo general propia del testimonio canónico ya que si por un lado, en tanto que caso, la escritura debe señalar las cualidades o acciones que hacen de Eugenia, una mujer militante salvadoreña más; por otro lado, debe hacer hincapié en las características que la distinguen y la definen como un individuo único.

La construcción de Eugenia es plural, sin que se haga manifiesta una intención de presentar un “retrato” incompleto, más allá de los silencios del texto. A modo de piezas de rompecabezas, el testimonio va entrelazando los recuerdos de quienes la conocieron manteniendo como hilo conductor del relato un relativo orden cronológico, fijado en algunos casos por los años, en otros por fechas más precisas (especialmente cuando se tratan de eventos de carácter nacional como la masacre de los estudiantes después del desfile bufo) de la historia de la militancia de la protagonista, de su llegada a la lucha armada, de su trayectoria por la organización hasta la muerte.

Esta serie de operaciones discursivas que giran en torno a la selección de datos y detalles de las vivencias, al uso de determinados adjetivos en las descripciones, a la organización de este material –baste mencionar la reconstrucción de los últimos minutos de la vida de Eugenia– de acuerdo a ciertos propósitos ideológicos; al mismo tiempo que dota al texto de una organización cronológica y hace explícita la presencia de varios testigos –que la acompañaron a lo largo de su vida– nos llevan a replantearnos, en este texto, la relación entre la ficción y la historia en función del efecto de autenticidad³ que caracteriza al género testimonial. Los relatos testimoniales disuelven la polaridad ficción-realidad ya que presentan la historia, de los hechos desde adentro, desde sus protagonistas, como una verdad absoluta.

A lo largo del texto podemos trazar las distintas iniciaciones que transita el sujeto: se reiteran las escenas de lectura y los trabajos solidarios que realizaba en la Universidad con el propósito de ayudar a las clases sociales desfavorecidas. Tanto la selección como la distribución de estos actos tiene como propósito resaltar, por un lado, la relación entre la palabra escrita y el proceso de concientización por el que atravesó y por otro, hacer evidente el hecho de que los comienzos de ella y de las otras mujeres en la organización están dados desde prácticas cotidianas de solidaridad y ayuda fraternal dentro de grupos religiosos y universitarios. Al mismo tiempo, las representaciones del Estado salvadoreño –violento, asimétrico, excluyente y marginador– que el testimonio pone en circulación, presentan a esos primeros caminos como insuficientes y a los cambios, como imperativos.

Desde los primeros párrafos del segundo capítulo se traza, a partir de la exposición causa-consecuencia, el vínculo entre el destino personal de la protagonista y el destino nacional. Se parte desde su origen, con el propósito de explicar las razones históricas y las elecciones personales que la llevaron al enfrentamiento armado y a su muerte reconstruida, a partir de estrategias literarias, en el capítulo

anterior. Profundizaremos algunos puntos sobre la relación entre literatura y testimonio manifiesta aquí de manera más evidente que en otras zonas del texto, en páginas posteriores.

También en el segundo apartado, se registra la inserción en dos grupos de pertenencia que en el caso de Eugenia, no determinaran las experiencias a vivir ni la forma en la que se interpretará el mundo, es mujer y burguesa.

Las escenas familiares y las de la adolescencia se encuentran en función de explicar sus inclinaciones políticas, su rechazo al estrato social de origen –la clase burguesa– y a trazar una continuidad en su personalidad. Las anécdotas se insertan, a modo de ejemplos “ilustrativos”, como lo llaman los autores del texto, para remarcar o probar alguna característica mencionada sobre la protagonista.

Las representaciones en sus distintas funciones tendrán como aparente objetivo polemizar *con*⁴ y rechazar el discurso masculino acerca de los roles asignados tradicionalmente a la mujer. Las variables de clase o de género, posibles condicionantes para su función dentro de la guerrilla, son presentadas desde el punto de vista del comandante Ricardo como “superadas” por la protagonista quien atraviesa un proceso de “proletarización”, como lo denomina él mismo y es capaz de “ir entre un montón de hombres” (Alegría y Flakoll: 1985, 40). En algunas zonas del texto, las preguntas sobre la polarización entre lo masculino/femenino, activo/pasivo dentro de la organización, se encuentran más sugeridas en las expresiones de quienes ofrecen testimonios que explicitadas de manera directa por los intelectuales. En general se proponen abordar o buscan que los entrevistados aborden aspectos de la vida personal de Eugenia o sobre la situación de las mujeres salvadoreñas en la guerrilla, de ella como madre, de ella como mujer (su pensamiento u opinión acerca de la liberación femenina) o de ella como esposa o como amiga.

Ahora bien, su condición social de origen adquiere una valoración negativa ya sea mencionada dentro del movimiento del cual ella forma parte (Frente Felipe Peña) – el comandante mencionado en el párrafo anterior– o dentro de su misma familia, sus hermanas también son militantes. Los acontecimientos modifican a estos sujetos y esos cambios son estimados como positivos dentro del texto. El registro de este tipo de evaluaciones actúa a modo de índice de la ejemplaridad de la heroína, capaz no sólo de transformar su modo de pensar y de abandonar los privilegios de su clase sino también de adaptarse a diferentes condiciones de vida e integrar teoría y práctica revolucionaria:

El comandante Ricardo también hace hincapié en ese proceso de maduración que transformó a Eugenia, una muchacha de extracción burguesa, en militante revolucionaria (67).

Las representaciones del sujeto femenino, ofrecidas por distintas personas, se oponen a la idea de que para ella la anatomía fuese el destino. Aún en los momentos en que su cuerpo marca límites al esfuerzo intelectual o físico (la posibilidad de perder el embarazo, las heridas provocadas por el transporte de cargas pesadas, la referencia a sus gripes, asma, etc.) las anécdotas contadas repiten una y otra vez la idea de que ella rechazaba las interpretaciones de que tales restricciones sean asociadas a su condición de mujer. Antes y primero, una militante, luego una madre, una esposa, una amiga.

Deícticos y diversas expresiones coloquiales, así como también la inclusión de algunas de las preguntas de las entrevistas, no sólo funcionan en el texto a modo de marcas de la posición de los intelectuales –responsables de la selección y de la organización de ese material– en tanto se hacen evidentes algunos de sus intereses sino que también exhiben las marcas de la traducción de una voz a otra, del pasaje de la oralidad a la escritura.

Los autores “presentan” las voces que van a “hablar” sobre Eugenia, sintetizando su función dentro de la revolución y señalando la relación que mantenían con la protagonista, con la clara intención de legitimar o de otorgar credibilidad a sus fuentes. Recordemos que su voz, se halla ausente y sólo “escuchamos” la simulación de un eco, a través de los otros o de la transcripción de sus cartas al final del texto.

En este sentido, se vuelve necesario considerar tanto la relación que mantienen los diferentes géneros (carta y testimonio) entre sí como el propósito con el que un género ha sido incluido en el otro. Precisamente, en ese encajamiento, los géneros discursivos simples reproducidos se transforman y sufren alteraciones en tanto que pierden su relación inmediata con la realidad y con los otros enunciados reales.⁵ En este testimonio, las cartas incluidas tienen como función, por un lado, completar el retrato de esta mujer guerrillera a partir de la exposición de su intimidad (sus miedos, su angustia, el dolor de dejar a su hija y a su marido) y por otro; restituirle a la protagonista los rasgos femeninos borrados en la primera escena.

Si al principio del texto, nos encontramos con Eugenia masculinizada, dando órdenes de uniforme y arma –en una imagen que refuerza el aparente rechazo del testimonio a las representaciones tradicionales de las mujeres, de la que hablamos anteriormente– aquí al final, ella es presentada como una madre y esposa angustiada al tener que abandonar a los suyos y temerosa frente a la posibilidad de no volverlos a ver. Es en esa carta, que cierra el texto a modo, de despedida en la cual se muestran los rasgos tradicionalmente asociados a las mujeres: la sensibilidad, el miedo, la irracionalidad, la dependencia de los afectos –hija y marido–.

Las palabras de uno y de otro informante nos devuelven, a partir de una mirada retrospectiva, la imagen de un sujeto exento de contradicciones. En la reinterpretación del pasado de la heroína, cargada de juicios de valor positivos, se reiteran su capacidad organizativa, su habilidad para interactuar con diversas clases sociales y se enfatizan sus aportes a la construcción de estructuras sociales justas y democráticas.

El grado de su compromiso con la causa, se condensa en la frase que el texto lleva como título: *No me agarran viva...* Su cuerpo, su felicidad, *con* y para el pueblo. La relación entre maternidad y revolución lejos de ser vivida por ella y las otras mujeres como problemática es planteada como armoniosa. Los hijos se educan *en* y para la revolución. Pertenecen al movimiento y al grupo más que a la madre y al padre biológico.

La escritura se puebla de digresiones que construyen paralelamente la historia de la guerrilla, de cómo los distintos sectores de El Salvador llegan a la lucha armada y de la participación de mujeres de otra condición social o nivel de escolarización en el movimiento, de las opiniones de otras mujeres en relación a la guerrilla y a la cuestión de la maternidad. Esto puede observarse cuando se intercala la autobiografía –capítulo 8– de Nérida Anaya Montes, alias, Ana María, segunda después del comandante Marcial y el testimonio de “una arquetípica mujer proletaria” (Alegría y Flakoll: 1985, 110), Marina González en el capítulo, contando su participación y el proceso de “toma de conciencia” de cada una.

La tensión entre lo individual y lo colectivo que atraviesa las opiniones de las mujeres citadas y las creencias mismas de Eugenia –parafraseadas por las otras voces– en el capítulo siete en relación al “asunto de los niños” (Alegría y Flakoll: 1985, 97) se resuelven, desde la escritura, a favor del segundo término. Sin embargo, el testimonio de la hermana de Eugenia sobre su secuestro, la postergación de la protagonista de su decisión de quedar embarazada, su intención de participar de las reuniones más allá de los riesgos de perder el bebé, la decisión de Marina de enviar a su familia con algunos parientes

mientras ella esperaba a los militares en su casa, nos permiten leer esa armonía de otra forma. La escritura intenta atenuar, entonces, las posibles zonas conflictivas. La maternidad puede, parecen postular los intelectuales, ser congeniada con la militancia y la lucha armada.

La relación entre maternidad y revolución se vive de manera diferente, incluso opuesta, en *Mi habitación, mi celda* –el texto de Lilian Celiberti y Lucy Garrido–. En este testimonio –letrado, de la militancia y de la flagelación corporal de Celiberti– el cuerpo de mujer supone una contradicción y un sufrimiento. La elección de la maternidad no se considera una libre opción y esconde escoger entre la limitación en la participación social o la sensación de ser un monstruo al no cumplir con los designios sociales ligados a cuerpo biológico. Celiberti llama la atención sobre la apropiación que la sociedad hace de los cuerpos de las mujeres y la culpa en la que se las educa si no cumplen con las convenciones.⁶

Los fragmentos de entrevistas incluidos en *No me agarran...* registran las marcas o huellas que fueron dejando cada una de estas luchas en los diversos cuerpos, el de la protagonista en particular pero también en los de otras mujeres (ausencias y abandono de hijos, persecuciones, abortos, violencia verbal y física) y en el cuerpo de la nación (los niños huérfanos, una población devastada por las continuas muertes, exilios, niveles extremos de pobreza tanto en la zona rural como en la urbana):

Empecé a gritar que avisaran en el barrio y di el teléfono de mi mamá. De allí ya no hablé más hasta que entramos al cuartel de la guardia. Nos empezaron a pedir los datos y me levantaron el vestido. Me empezaron a tocar, panzona y todo. Decían: ‘Ya vamos a traer la gilette, no te preocupés, aquí va a nacer éste, aquí tiene un montón de papás y va a tener otros papás’, y amenazaban con violación y había uno de ellos que quería ganarme para hablara (69).

Los intelectuales denuncian los hechos de violencia que el Estado perpetúa. Frente a la asimetría de poder, la arbitrariedad del uso de la fuerza y el control tanto de los medios de producción como de los recursos materiales –fraude electoral, censura de los medios masivos de comunicación locales y extranjeros, fusilamientos, secuestros, torturas, sólo por mencionar algunos de los abusos cometidos– la escritura no permite un espacio textual para la confrontación entre diversas versiones de un mismo hecho.

En la negociación por la “rememoración” del pasado, el testimonio instaura la asimetría que se produce en la ciudad real en el ámbito de los signos. Los enemigos, no aparecen individualizados. No se mencionan nombres de soldados de escaso rango. Se responsabiliza al Estado, a los militares a quienes se caracteriza no sólo como individuos violentos y salvajes sino también como sujetos corruptos e ignorantes. La llegada de las mujeres en general y de Eugenia, en particular, a la organización y el uso de las armas aparecen como una respuesta provocada por el Estado. Las mujeres son “empujadas”, en cierta forma a tomar las armas. Esto es evidente tanto en el caso de la campesina, como de Inesita y en la escena reconstruida, de la muerte de Eugenia, que abre el texto.

No es una historia de traición o deslealtad, es un relato sobre la solidaridad entre las mujeres, entre los miembros de las organizaciones. El movimiento revolucionario, ofrece, de acuerdo a los testimonios, la posibilidad de abolir las diferencias o mejor dicho de que dentro del mismo las diferencias ya sea de clase social, etnia, religión, nivel de escolarización o género no sean vividas como asimétricas o dificultosas.

Los intelectuales contraponen, de manera implícita, en esta biografía individual que es también la biografía de un país, dos modelos de nación. La idea de nación que se propone desde la revolución y desde la organización misma del movimiento (el funcionamiento interno, la división de roles, las

distribución de tareas y posiciones) son presentadas no sólo como una alternativa posible, sino como la única válida para ese país destruido por las injusticias cometidas por el Estado, la opresión, la explotación extranjera y la distribución desigual de los recursos.

En este sentido, las voces autoriales no se limitan a registrar o representar los hechos a partir de la reproducción de las entrevistas, sino que disputan a los medios oficiales, la interpretación de esa realidad. El Estado, con sus políticas represivas arbitrariamente “marca” o “borra” los cuerpos – podemos mencionar como ejemplos la muerte de la maestra de primaria Inés Dimas– y la escritura busca “recuperarlos” e inscribirlos en la Historia:

Los episodios en que se destaca el heroísmo de la mujer salvadoreña son incontables. Por cada uno, reconocido públicamente, hay muchos más que pasan inadvertidos porque todos los testigos han muerto (77).

Con este propósito no sólo se transcribe el relato de la periodista Ann Nelson, testigo de la “caída de Inesita” (Alegria y Flakoll: 1985, 78) y de los mecanismos de “manipulación” de la información que llevan a cabo los militares sino que además, haciendo explícita la ideología de ambos autores, se apela de manera directa a la reportera norteamericana para ofrecerle “la verdad” de lo sucedido:

(Si algún día lees esto, Ann Nelson, sabrás que fue Inesita quien trazó esas tres letras. Era esa clase de mujer) (80).

De acuerdo a Umberto Eco, con el propósito de evitar que el texto se vuelva ilegible, el autor realiza previsiones de los movimientos del otro –el lector– supone que éste maneja las mismas competencias. Cada texto, de esta forma, erige a su Lector Modelo a partir de una serie de operaciones de: selección de niveles de dificultad lingüística, de un tipo de enciclopedia y de la riqueza de las referencias; inserción de posibilidades y remisiones de lecturas entrelazadas; dirección, vigilancia o liberación del acto interpretativo.

En otras palabras, el autor puede decidir hasta dónde vigilará la cooperación del lector, cuando la promoverá o cuando la conducirá. Debido al propósito reivindicador del testimonio, las intervenciones de las voces autoriales son muy fuertes. La inclusión de algunas de las preguntas también figura con el propósito de recordar o reactualizar a lo largo de las páginas el pacto de veracidad con el lector, propio de este género y de otorgarle credibilidad a la búsqueda previa del material primario utilizado para la redacción de la escritura testimonial considerada en este trabajo. No se permite, al lector, olvidar que detrás de este texto hubo todo un proceso de investigación más allá de que el primer capítulo sea una reconstrucción literaria, de los últimos momentos de vida de Eugenia. En tanto que discurso político, las marcas que, en el texto aquí analizado, remiten a los opositores son muy fuertes.

Cada una de estas estrategias nos permite elaborar la hipótesis de que *No me agarran...* fue escrito para trascender las fronteras geográficas con el propósito llegar a un lector extranjero a quien se explica algunos de los procesos históricos de El Salvador, se exponen las causas y consecuencias, se sintetiza la formación de los frentes de resistencia de las masas, se describe la geografía y se señalan costumbres y características culturales del pueblo salvadoreño.

A partir del uso de subjetivemas ambos intelectuales exponen su posición en relación a las políticas de Estados Unidos, a la sinrazón de la violencia del aparato estatal y a las explotaciones a las que se ven

sometidos las diferentes clases sociales debido a las concesiones que el gobierno de El Salvador hace a las empresas extranjeras. Esos juicios de valor deben ser leídos como marcas propias de la escritura testimonial, en tanto que este género se propone como un contradiscurso frente al discurso épico de la historia oficial⁷ con la intención de “desregular el convenio de formas establecidas poniendo en conflicto los pactos de significación dominantes que transan unilateralmente valores, signos y poderes” (Richard: 1993). Los intelectuales –Alegría y Flakoll– ofrecen la palabra como alianza, en un gesto de respaldo a modo de “rescate” del olvido en tanto que nombrar significa sustraer a estas mujeres del anonimato.

El relato testimonial, aquí analizado, puede ser incluido dentro de las memorias de la militancia, dentro del testimonio letrado⁸ (Nofal: 2002). El texto impugna el criterio de verdad instaurado por la censura impuesta por los grupos de poder. El retorno al pasado, reinterpretado a partir de una lectura política de los hechos, se lleva a cabo con una doble intención⁹: ofrecer una versión “verdadera”, antes silenciada y reclamar justicia para aquellos/as cuyas muertes fueron borradas o tergiversadas por los grupos de poder. Escribir este pasado es, en cierta forma, resistir al olvido y denunciar las violaciones sistemáticas a los derechos humanos cometidas por el Estado – de ahí la solidaridad entre los intelectuales y las mujeres salvadoreñas, que participan de la lucha, cada una a su modo.

A modo de conclusión, podemos señalar que hay un uso ejemplar (Todorov: 2000, 93) de la recuperación selectiva de este pasado. Este uso del tiempo recobrado, permite la reflexión del pasado en función del futuro. Supone aprender las lecciones que los impactos emocionales dolorosos dejaron en los sujetos. La voz de Javier, el marido de Eugenia, al final del testimonio no sólo tiene la intención de dar por finalizado el duelo sino también de reafirmar y reactualizar el compromiso de luchar por el pueblo más allá de la pérdida de los seres queridos. De ahí el énfasis en la historia de amor de ellos.

No olvidemos, además, que en el texto la opresión que sufren las mujeres dentro de una sociedad patriarcal, como la salvadoreña, no sólo es apenas sugerida por algunas voces como el de la joven guerrillera separada sino que además es asociada al sector de la población que no ha sido todavía incorporado a la “lucha revolucionaria” y que la liberación femenina aparece sometida a la liberación del pueblo, depende de ésta, la primera se conseguirá una vez alcanzada la segunda.

Las fisuras que resquebrajan la unidad de esa comunidad que construye el texto –la organización como un todo asentado sobre los valores de la igualdad entre las clases y en la distribución de los roles– sólo aparece sugerida en algunas zonas del texto. Son precisamente esas ausencias las que terminan de otorgar un sentido al texto. La intención del texto de polemizar con las representaciones tradicionales de las mujeres se ve truncada, ya que la relación de los sujetos femeninos con las armas, su papel en los frentes de lucha, o de actos violentos cometidos por ellas, es apenas sugerido cuando no omitido. Se trata de contar, registrar, testimoniar su papel dentro de la revolución, pero el texto vuelve una y otra vez sobre las funciones que tradicionalmente desempeñan las mujeres: madres, esposas, amantes y los rasgos asociados a ellas: sensibles, irracionales, cariñosas, comprensivas, irracionales.

NOTAS

¹ Alegría Claribel y Flakoll D. J. (1985): *No me agarran viva. La mujer salvadoreña en la lucha*. México: Ediciones Era. Las citas que se mencionen en las siguientes páginas, pertenecen a esta edición.

² Rossana Nofal, considera además en su tesis doctoral (2002), que el género está marcado por enunciados primarios que se niegan a inscribir la pérdida de la oralidad de la entrevista inicial y que debido comparte con el realismo la dialéctica entre lo particular y lo general.

³ Esta característica es señalada por varios críticos del género. Entre ellos podemos mencionar a Ana María Amar Sánchez (447-461), Rossana Nofal (22-39).

⁴ Myriam Díaz-Diocaretz e Iris M. Zavala escriben al respecto: “Lo importante es que las posiciones de sujeto son provisórias y relacionales, y surgen como respuestas a interpelaciones, a discursos que nos llaman. Todo ello supone que no tenemos sólo una posición en el mundo, sino que nos podemos mover entre fronteras, rechazando, polemizando o aceptando las posiciones de sujeto que nos interpelan” (1993, 70).

⁵ Aquí seguimos la clasificación que de los géneros discursivos lleva a cabo Bajtin (1990). De acuerdo al crítico los géneros discursivos secundarios o complejos presentan, en relación a los géneros discursivos primarios o simples, una organización relativamente más desarrollada. Los primeros surgen en condiciones de comunicación más complicadas y principalmente escritas.

⁶ “Cuerpo-naturaleza-maternidad forman el círculo cerrado donde crece y se desarrolla nuestra socialización. Somos mujeres en tanto potencialmente madres. Somos madres no sólo de los hijos sino del hombre. Somos cuerpo en tanto este cobija la posibilidad de ser madres. La falta de alternativas no pasa sólo por las dificultades de inserción concreta en la participación social. Es un mundo muy anterior y específico a nuestra condición de mujeres. Si optamos por un camino de participación, de independencia, de dominio de la naturaleza, de conocimiento y valoración de nuestro cuerpo, nos sentiremos, más de una vez, monstruos.” Lilian Celiberti y Lucy Garrido (1989, 63).

⁷ Carmen Perilli (1987, 64): “Historia, mito y novela en la literatura latinoamericana”. En *Curso de apoyo interdisciplinario a la investigación histórica*, Tucumán: Centro de Investigaciones teóricas: “Esta historia se postula como real, no como un discurso emitido por un sujeto en particular sino como una verdad que refleja ‘objetivamente’ los hechos. En realidad se trata de una palabra sumamente mistificadora que silencia, mucho más de lo que revela. (...) Nuestra historia oficial no admite el carácter plurívoco del texto social y convierte la visión de ‘algunos’ en la de ‘todos’”.

⁸ Nofal, propone su propia tipología discursiva del género y lo clasifica en dos grandes grupos: el testimonio canónico y el testimonio letrado. El primero, está caracterizado por una negociación desigual de la palabra escrita. El letrado compila los recuerdos de un informante, generalmente iletrado, quien necesita de aquel para acceder al espacio de la memoria. En este tipo de testimonios es donde se corren más riesgos de que “traducir” al otro se transforme en un simplificar al otro. El testimonio letrado, subdividido en los que dan cuenta de las torturas corporales y aquellos que relatan las memorias de la militancia, cuentan una experiencia personal. La escritura de esta variante del género, registra los abusos cometidos por el Estado quien en lugar de proteger a los ciudadanos, los persigue, sometiéndolos a toda clase de abusos físicos y simbólicos. El testimonio le otorga a la Literatura el mismo régimen de certeza que a la Historia, al considerar que sólo se puede desenmascarar lo que verdaderamente pasó mediante la traducción humana del dolor (op. cit., 10-15).

⁹ Aquí seguimos los postulados de Elizabeth Jenin (2002, 42).

Bibliografía

- Alegría, Claribel y Flakoll D. J. (1985). *No me agarran viva. La mujer salvadoreña en la lucha*. México: Ediciones Era.
- Amar Sánchez, Ana María (1986). “La ficción del testimonio”. En *Revista Iberoamericana*, Pittsburg, Abril-septiembre, N° 56, pp. 447-461.
- Bajtin, Mijail (1990). “El problema de los géneros discursivos”. En *Estética de la creación verbal*. México: Siglo XXI, pp. 249-292.
- Celiberti, Lilian y Garrido, Lucy (1989). *Mi habitación, mi celda*. Montevideo: ARCA Editorial
- Díaz-Diocaretz, Myriam (1993). *Breve historia feminista de la literatura española. Teoría feminista: discursos y diferencias*. España: Editorial Anthropos, pp. 69-80.
- Eco, Umberto (1987). “El lector modelo”. En *Lector in fabula. La cooperación interpretativa en el texto narrativo*. Barcelona: Editorial Lumen, pp. 50-74.
- Franco, Jean (1992). “*Si me permiten hablar. la lucha por el poder interpretativo*”. En *Revista de crítica literaria latinoamericana*. Año XVIII, N° 36, pp. 36-50.
- Jenin, Elizabeth (2002). *Los trabajos de la memoria*. Madrid: Siglo XXI.
- Martínez Benlloch, Isabel (1996). “Subjetividad, transmisión y género”. En *Asparkia. Investigación feminista*, N°6, Dones, arte y cultura, pp. 73-90.
- Nofal, Rossana (1996). “El testimonio: los dominios borrosos de un término”. En *Escrituras Alternativas*. Tucumán, IIELA-UNT, pp. 22-36.
- (2002). *La escritura testimonial en América Latina. Los imaginarios revolucionarios del Sur. 1970-1990*. Tucumán: Facultad de Filosofía y Letras.
- Perilli, Carmen (1995). *Historiografía y ficción en la narrativa hispanoamericana*. Argentina: UNT, FFyL.
- Richard, Nelly (1993). “La política de los espacios: crítica cultural y teoría feminista”. En *Masculino/Femenino: Prácticas de la diferencia y cultura democrática*. Chile: Francisco Zegers Editor, pp. 25-42.
- “Intersectando Latinoamérica con el Latinoamericanismo: discurso académico y crítica cultural” en www.sociologia.cl/Nelly/20Richard/20webara.htm

- Stanford Friedman, Susan (1998). *Mappings. Feminism and the Cultural geographies of encounter*. New Jersey: Princeton University Press.
- Todorov, Tzvetan (2000). *Los abusos de la memoria*. España. Ediciones Piados.
- Yúdice, George (1992). "Testimonio y concientización" en *Revista de crítica latinoamericana*, Año XVIII, N° 36, pp. 207-227.

4. Fábulas

Una revolución a la violeta. Sobre *Las violetas del paraíso. Una historia Montonera*, de Sergio Pollastri

ROSSANA NOFAL
CONICET - UNT - Núcleo Memoria

Es indudable que la acción nacional cambia el libreto de los discursos sobre la memoria y abre nuevamente el debate sobre la dictadura. Creo que asistimos a la inauguración de una narrativa de intercambio, despojada del manto de aparente amabilidad, entre quienes participaron en la militancia política en los '70, entre aquellos que aún no habían nacido y entre los que están a cargo del relevo generacional. El libro *Las violetas del paraíso. Una historia Montonera*, de Sergio Pollastri (2003)¹ supone una nueva explosión de datos y experiencias sobre la militancia montonera de los '70. El desastre de la derrota se convierte en el límite de la escritura y el riesgo de la opción por las armas es un hecho identificado y recuperado en el movimiento de lo anónimo.

Una vez cruzado el límite del hiperrealismo y la construcción de la tortura en las narrativas sobre la dictadura, el género testimonial se repliega en la construcción de los mitos y las metáforas de una revolución. La violencia pierde entonces la radicalización de sus enunciados y el juego etimológico nos protege de la seguridad de un arraigo inamovible en la voluntad revisionista, contradictoriamente incuestionable.

La exigencia de lo extremo saca al autor del testimonio del lugar de los desterrados y le devuelve la posibilidad de reconstrucción del precario escenario de los años '70. Pollastri destruye las ideas de un programa futuro de existencia formal y de tono normativo. Simboliza el pasado y se niega a responder con el tono dogmático que impone la experiencia militante. Este nuevo orden se desarrolla fuera de la ley testimonial. En este sentido la novela de Pollastri es un emergente diferente y marca una nueva modulación del género.

El género testimonial invade innumerables mesones de novedades a la vez que se enfrenta a la figura de la repetición de fórmulas rituales y generalizaciones en la construcción de sus sujetos. Al generalizarse los relatos sobre la última dictadura militar, el elogio incondicional de la memoria y la condena del olvido, terminan siendo gestos problemáticos. El mandato estatal de hacer memoria esconde un acto de dominación sobre las palabras: nada de silencios. Al mismo tiempo, los testimonios no se escuchan y dificultosamente se transmiten a las nuevas generaciones. Simplemente se los repite, estereotipados, en las efemérides correspondientes a las normas de vida de una sociedad democrática.

Veo particularmente en los testimonios de los sobrevivientes de la última dictadura argentina la necesidad de decir y de pensar "me sucedió algo muy importante". El yo biográfico, casi confesional, permite acceder al límite, al peligroso umbral en el que se plantea la revisión de la historia de la guerrilla en la Argentina. Al producir una obra de estas características, el autor renuncia a la voluntad de autorreferencia, a la tentación de formular una versión interpretativa de los actos propios. El encuentro

con la muerte y la inestabilidad de las situaciones recreadas en la escritura inscriben la continuidad anónima de la palabra de los militantes en lo exterior.

En las narrativas de la memoria la experiencia individual construye comunidad en el acto narrativo compartido, en el narrar y el escuchar. (Jelin: 2000, 37) El género permite un doble juego en la construcción del recuerdo como práctica colectiva e intersubjetiva. Por un lado facilita la permanencia discursiva de una utopía revolucionaria extraña en el momento de su recepción; por el otro permite la posibilidad de mitificar los hechos, ambigüedad que define incluso, las zonas autobiográficas del testimonio de Pollastri. Las memorias se inscriben entonces como un intento de superación de la muerte propia de un régimen político imaginado.

Habían sido cuatro años vertiginosos en los que ya no cabía, ni siquiera el recuerdo del muchachito venido del interior a buscar el título que lo libraba de los puestos pinches de la administración provincial (...). Cuatro años entonces, desde la primera vergüenza que lo empujara a revisar el relato de la historia, a incorporar a John William Cooke y a Hernández Arregui; a pasar de los pasillo universitarios al adoctrinamiento barrial; de la bohemia del poema y la guitarra al abecé de la Guerra Popular Prolongada; de las pintadas a los fierros; de la *escuelita* a la clandestinidad (*Las violetas...* 391).

La narración de los hechos puede ser leída como la tentativa de un grupo en agonía para proteger su pasado y el paso de la historia; es también un modo de pensar un espejo que permite a los sobrevivientes la pervivencia de la ilusión del pasado en el discurso de la ficción. El deber de hablar se mueve en el polo opuesto de la violencia que generó la construcción de estas narrativas. Las interrogaciones se suceden aunque no existe ningún deseo de respuesta, la investigación queda entonces en el secreto de lo que está por decirse, en el libro que vendrá. Escribir sobre la militancia puede tener al menos este efecto, gastar los errores, propagarlos, diseminarlos y construirlos como verdaderos. “Hablar” haciendo creer que lo que se dice es “la” verdad. Los que critican o rechazan este juego, ya están en el juego mismo. Escribir es entonces escribir por ausencia.

La tensión entre escribir y negarse a escribir rodea la novela de Pollastri. Escribir por rechazo, de modo que bastan algunas palabras para pronunciar una especie de exclusión, como si a la memoria se le obligara a sobrevivir, a prestarse a la vida, para seguir muriendo. En este caso la memoria está amenazada no por la supresión o el ocultamiento de la información, sino por su abundancia.

El objetivo de esta novela es la restitución del clima de euforia humanista y agitación social vividos en la Argentina de los años setenta. Por esta razón, a pesar de basarse en hechos y personajes en su mayoría reales, preferí privilegiar la unidad temática y el espíritu novelesco, tomándome la licencia de situar arbitrariamente las diferentes acciones y personajes en los alrededores de la ciudad de La Plata, lo que convierte a unas y otros en puros elementos de ficción (*Las violetas...* 7).

El restablecimiento del pasado como una totalidad es algo imposible. La memoria, como tal, es forzosamente, una selección: algunos sucesos se conservan, otros se marginan progresivamente hasta que se olvidan. Conservar sin elegir, no es tarea de la memoria, por eso el autor interrumpe su relato con el anuncio de la unidad temática en la dispersión de otros discursos. Se plantea además la experiencia de la arbitrariedad. Es el dueño absoluto de las palabras y ejerce su dominio, se adjudica también un poder

sobre la construcción de un espacio imaginario para nombrar la totalidad del territorio: La Plata y sus alrededores.

La enunciación se despoja del sujeto de carne y hueso para preservar al personaje de la ficción, en el que se sigue manifestando, de manera nostálgica, la relación de un *yo* con su pasado. La realidad tiene poca importancia, la pregunta por la naturaleza de la derrota es parte de la derrota misma. El enunciado del título, “una historia montonera” no es una interrogación al pasado sino una especulación ficcional sobre los climas, los ruidos, los olores de una época y el desastre de sus contratiempos. Es la figura del *otro* la que expone la historia a la unidad, dotándola de una singularidad irremplazable. El narrador, Gustavo primero y Damián después es siempre el otro de Sergio Pollastri, quien inscribe su firma al final de relato. Aún prestándose a un uno, ese otro que no es éste ni aquél, se suma a la pérdida. Ese personaje permite asumir una fractura con el pasado, y la decisión siempre dispersa, dividida y ajena de separarse de la militancia que queda restringida a una singularidad temporal.

La novela se abre con los ruidos de una calle invadida por la voz impersonal de una multitud que en la Avenida Paseo Colón canta “*Si este no es el pueblo / el pueblo dónde está*” (19), unos días antes del espacio político que se abre con la asunción de Héctor Cámpora en la Presidencia de la Nación. Una colección de cánticos inauguran la reconstrucción subjetiva de la historia. Las marcas de identidad se definen por los tonos, primero impersonales de las voces mezcladas y luego únicas e identificables de los protagonistas. Gustavo Ferrero y Cabeza Adrián caminan hacia la plaza; desde donde están, sólo pueden ver a lo lejos los carteles de la FURN y Montoneros. El canto de la multitud cambia y comienza a escucharse desde el fondo de la comuna que los lleva “*qué lindo, qué lindo, qué lindo que va a ser / el Hospital de Niños en el Sheraton Hotel*” (19).

Cuando las gargantas aflojaron el volumen, el Cabeza Adrián infló los pulmones y lagó el *Lanusse*, *Lanusse*, *Lanusse gorilón*, y al instante la columna entera lo completó: *el pueblo te saluda ¡la puta que te parió!*

-¡Grande Cabeza! Festejó Gustavo Ferrero. No es fácil largar un cántico e imponerlo al resto. (...)

-¡Es de no creer!

-¿Te imaginás si tu viejo se entera de que estás aquí?– lo verdugueó el Cabeza Adrián

-Ni pensarlo: ahí nomás me corta los víveres (*Las violetas...* 19).

En tanto relato de aprendizajes, el primer movimiento narrativo es la construcción de “los perejiles” a los que está dedicada la novela de Pollastri. La segunda escena se hilvana al relato y presenta al personaje de Gato Armendáriz en un bar exponiendo las ideas políticas y las contradicciones más importantes del momento sobre las posibilidades de la revolución en la Argentina, la discusión entre socialismo y peronismo, los cruces de la organización Montoneros en el debate. Nuevamente Cabeza entra en la misma escena anterior y el dogmatismo ocupa el lugar común del discurso político. El espíritu es la agitación, la inquietud. Los personajes están fuera del movimiento político, lo rodean y se acercan al límite que en la novela se construye como el punto neutro, sin contradicción y por lo tanto, un umbral peligroso.

El Cabeza Adrián alza las cejas y se reacomoda en la silla. Finalmente se anima:

-¿Y entonces por qué los montos realizan operativos militares con los troskos del ERP?

Porque a pesar de las diferencias políticas son compañeros frente a un enemigo común (*Las violetas...* 20).

El Gato Armendáriz ya está medio afónico. Acerca dos silla, se sienta en una y deja descansar los pies sobre la otra:

–Y como ningún pueblo del mundo consiguió el poder sin luchar, al guerra es inevitable– dice, recorriendo las caruchas pensativas de los otros tres. Por supuesto que no va a ser fácil. Por eso los montos hablan de una guerra popular prolongada. Si bien los milicos tienen el poder militar, nosotros contamos con las organizaciones revolucionarias armadas, con el poder político, y tenemos a Perón como conductor. El objetivo consiste en movilizar a la clase trabajadora para crear un verdadero ejército peronista que nos lleve al socialismo nacional (*Las violetas...* 23).

Las palabras del Gato están dirigidas a quienes no conocieron sino de lejos o parcialmente la interrupción de la historia; sin embargo hay que velar por lo que recomenzó a partir de ese fin del cual el narrador no termina de despertar. El testimonio se aleja de las fronteras que impone un yo individual y construye personajes cuyo perfil permite entrever la sombra anticipatoria de la tachadura; el discurso que se clausura y se cierra a sí mismo, que se tacha con el dogmatismo de la militancia, que borra las fisuras y en el mismo momento tacha la posibilidad del recuerdo. Las formas literarias y las construcciones metafóricas devuelven la posibilidad del recuerdo, reponen el gesto del memorioso en la fragilidad de la memoria, la memoria a su pérdida. Mediante una reconstrucción arqueológica² de los escenarios la novela remite a formas no históricas del tiempo, a su otredad, a la indecisión eterna sin destino sin presencia. El encuentro con el Gato se cierra con el paso del trabajo en la Unidad Básica, “la escolita”, a otra legalidad que sorprende a Gustavo, es otra instancia del rito de iniciación.

–¿Adónde traslada al gato?– pregunta Gustavo

–Me contó que lo cambian de tareas

–Con eso te quiso decir que pasa directamente a los fierros ¿no?– comenta como al pasar, con la sospecha de cometer una liberalidad. Yo quisiera verlo antes de que se vaya.

Me dijo que te pasará una cinta a través del Negro Julio (*Las violetas...* 131).

La novela opera sobre dos silencios de los relatos testimoniales anteriores sobre la violencia revolucionaria: la opción por las armas y la delación bajo tortura. Si para el primer fantasma se juega en la primera persona de los enunciados de Gustavo y Damián, para el segundo se desliza hacia una tercera persona sin sujeto, con enunciados móviles entre el Moncho y Cabeza. Lisa y vana, la palabra se pierde en un abismo del yo evanescente, simulado, imitación de sí mismo y de las contradicciones del centro autorial. La opción por las armas pone en juego también la memoria literaria que se clausura con el *secuestro* de libros y la incautación de las obras de Marcelo Pichón Riviere, Enrique Medina, Héctor Lastra y Manuel Puig. Vida y literatura aparecen absolutamente vinculadas, y se cruzan en una misma construcción de la subjetividad. Los procedimientos represivos tienen como objetivo la cacería de cuerpos y de libros; las líneas de la huida sólo permiten la circulación de un libro, que por las marcas de la resistencia, se convierte en una suerte de “Biblia”, una palabra verdadera, que sostiene en momentos de tensión, que ilumina los caminos a seguir. Este lugar está ocupado en la novela por el libro de Mario Benedetti, *El cumpleaños del Juan Ángel*, curiosamente camuflado con un título de Corín Tellado: *Las violetas del paraíso*.

La voz de Tito sorprendió a Damián mientras trataba de convencerse de que la guardia era innecesaria porque el lugar era seguro.

–¿Leíste el último libro de Mario Benedetti?

–¿Leer un libro? Ya no tengo tiempo ni para hojear el Patoruzú
–Son las reflexiones de un combatiente tupamaro el día de su cumpleaños. Está escrito como un verso largo pero es una novela –aclaró, estirándose hasta la campera Levis para sacar del bolsillo un libro diminuto y maltratado, de tapa deformada, pegada en varias partes con cinta transparente
–¿Lo encontraste en un tacho de basura?
Tito largó la risa
Está camuflado –dijo, y se lo pasó (*Las violetas...* 199).
(...) Tito bajó el libro camuflado y estudió el efecto en la cara impactada de Damián.
–Este libro es una maravilla, che. ¿Cómo se llama?
–*El cumpleaños de Juan Ángel* –respondió Tito, aunque en la tapa se leía *Las violetas del paraíso* (*Las violetas...*203).

Esta escena organiza significados importantes sobre la transmisión de un mandato de lectura y de militancia. También construye la figura interpretativa del texto en tanto asocia elementos disímiles y traslada significados. Las flores del paraíso son las violetas; el paraíso imaginario del relato es la revolución y su consolidación; la construcción de una vinculación peligrosa: revolución y violetas. La construcción del *oxímoron* nos hace pensar en gestos vivaces que se arraigan fácilmente, con una tintura superficial que tienden más a la desaparición que a la permanencia. El juego se reproduce en los títulos contrapuestos: la inscripción del romanticismo y la escritura del erotismo de Corín Tellado con la dureza de la militancia de Benedetti. *El cumpleaños de Juan Ángel* de 1971 está dedicado a Raúl Sendric, fundador del “Movimiento de Liberación Nacional” (MLN-TUPAMAROS), es también un homenaje a los movimientos guerrilleros de América Latina. Es la última obra de Benedetti antes de su “exilio combatiente” en Argentina; ahí quedan delimitadas las virtudes del héroe revolucionario, sus grandeza y sus contradicciones. Hay un ideologema positivo frente a la revolución y un elogio al arte de escribir y al oficio del escritor. En la construcción metafórica siempre es posible definir un dominio, un origen del préstamo de los significados.

La construcción metafórica de Pollastri consiste en dar a la palabra revolución el nombre que pertenece a paraíso; este uso es propio, originario y constitutivo de la enunciación. La oposición no es común, se trata más bien de una sustitución de la idea de paraíso por una palabra ausente pero disponible en el imaginario utópico del recuerdo.³ El objeto, constituido casi en un emblema, acompaña al personaje durante su periplo del héroe. Damián quiere convertirse en Juan Ángel, personaje modelado con las virtudes más importantes de la ética militante. Lo pierde en un ómnibus cuando un policía circunstancial lo increpa con una pregunta sin sentido; perderlo supone la inauguración de un nuevo código en el lenguaje.

En un lapsus, Damián se preguntó si volverían a verse para poder confesarle la pérdida del libro y recitarse trozos de *Las violetas del paraíso*. Al cerrar la puerta, tomó definitiva conciencia de los riesgos de meter la cabeza en la boca del león. Cambió entonces la palabra *muerte* que le acicateaba la tranquilidad, por otra más honorable: *caída* (*Las violetas...* 393).

El itinerario del libro de Benedetti y su mandato de hacer la revolución está siempre por detrás de la trama de *Las violetas* a la vez que la articula como una memoria revolucionaria. La necesidad de una poesía convive con la nueva alfabetización del personaje en términos de consignas políticas de la enunciación discursiva monotonera. La enseñanza del mito, que es educativo como todo mito convertido en fábula, se entrega a la fascinación de las imágenes.

Héctor se instala al lado de Damián, controla la redacción, cabecea su acuerdo:

–Ahora me ponés fecha y lugar ¿no?, y las consignas “libres o muertos, jamás esclavos”, “Hasta la Victoria mi General” Después dejás un espacio y en el medio, en mayúsculas, ponés “Montoneros” (*Las violetas...* 346).

Imágenes que no sólo engañan sino que vuelven insensatos los postulados en tanto dogmatismos. La muerte está siempre presente, casi sin nombrarse a través del juego metafórico de una violeta. Un encantamiento que abre el abismo tremendo de lo subterráneo a la vez que refleja, peligrosamente, la proximidad de una ilusión en la superficie: la revolución está a punto de acontecer, basta con escribirla, con espacios, con mayúsculas. Los capítulos se suceden de acuerdo al orden cronológico de los hechos acontecidos y reconstruidos en fragmentos de diarios, material cedido al autor por Silvia Sigal. La cuidadosa selección del material provee la columna vertebral a la escritura. A pesar de la apariencia azarosa en la que se suceden los capítulos, el eje semántico más importante es la construcción del atentado en los medios gráficos. Conviven en un mismo espacio textual los fragmentos de los diarios oficiales con los de *El Descamisado* y *La causa peronista*. Frente a los documentos políticos que aparecen nombrados, los recortes oficiales son restos sueltos y dispersos. En estos papeles sueltos sin una referencia contextual precisa ni a la autoría, ni a las condiciones de la edición ni a las fechas de publicación se construye un imaginario de opuestos en los que se reproduce la tensión discursiva entre poesía y realidad.⁴

Si bien el autor en el prólogo había delimitado las fronteras del relato en la ciudad de La Plata y sus alrededores, en las apariciones de los relatos apócrifos de las noticias reconstruye el mapa de las operaciones guerrilleras incorporando los puntos de Catamarca, Villa María y Tucumán. No se explicita un desplazamiento de los personajes pero el discurso revolucionario se expande en todo el territorio, y los personajes se constituyen en tipos que pueden reproducirse indefinidamente. En la novela coexisten estos recortes arbitrarios y caprichosos de diarios sin nombres con los fragmentos de un diario personal de la militancia y los textos de Mario Benedetti. El territorio ocupado por las armas en el espacio de la militancia, está ocupado por la poesía en el espacio de la subjetividad. Hay una aparente elección, cómo término de referencia del discurso testimonial, del uso ordinario de las palabras; la metáfora del título, anuncia una teoría del “desvío” que se convertirá, en la escritura de la novela, en el criterio de su estilística. El desvío y la mezcla de elementos disímiles, constituyen un escape al fantasma de la banalidad.

Por eso no debería permitir que la lucha anulase su parte creativa. Era necesario que retomase la poesía. Con un nuevo fundamento, pero había que hacerlo. Si razones de seguridad se lo exigían, debería memorizar los poemas que cantasen imágenes de la guerra revolucionaria. Como el Juan Ángel de Mario Benedetti (Las violetas... 302). (...) Es que a veces se pasaba por crisis derrotistas. Por suerte, como el Juan Ángel de Mario Benedetti, siempre aparecía la luz que a uno lo encarrilaba. Cuba para la revolución, y una muchacha como Celia por la reivindicación individual. Lo último había sido otro lapsus. Pestañó un par de veces para alejar la idea de la cabeza (Las violetas... 316).⁵

Para afrontar la explicitación de la guerra revolucionaria, la metáfora de las violetas desordena una red por medio de una atribución escandalosa, al paraíso. La idea de transgresión convierte a un desvío que al comienzo puede pensarse como puramente lexical, en una amenaza para la clasificación de las

categorías históricas. Nos resta pensar la relación entre el revés y el derecho del título y el anuncio de una historia montonera. La sugestión es la siguiente, ¿no es necesario decir que la metáfora destruye un orden para producir otro? La pregunta se abre entonces sobre la lógica del descubrimiento. La inscripción de la violencia, llevada a sus últimas consecuencia supone la redescipción de una realidad, ocupada en la novela, por el espacio narrativo de la delación. El cruce aberrante, por momentos, del testimonio con el discurso poético, nos permite explorar a fondo esta idea que va directamente a destruir la tentación de reducir la metáfora del título a puro ornamento.

–¡Dónde era el control hijo de puta! –exige el Tino montado sobre el Vasco, que vomita las primeras arcadas de sangre sobre la alfombra del auto, mientras el Moncho se mantiene tieso de pánico contra la puerta. ¡Con quién te tenías que ver, adónde ibas! (*Las violetas...* 331) –¿Juicio revolucionario por cantar bajo tortura? Se había animado a cuestionar Damián sosteniendo la mirada de Celia. ¿No fue suficiente con que le asesinasen el padre?

–La organización entiende que la tortura es perfectamente soportable respondió ella. Cientos de compañeros la aguantaron sin cantar aun a costa de paros cardíacos, como el Negro Quieto o Caride.

¿Juicio revolucionario por cantar en la parrilla? Se repitió, a la defensiva, porque aún lo maltrataba el beneficio de la duda: ¿hubiera cantado en el lugar del Vasco? (*Las violetas...* 407).

La narrativa de la guerra y su doblez. La mediación simbólica de la metáfora permite deconstruir las descripciones heroicas y reconocer no sólo el carácter de enunciado de la metáfora sino también su pertenencia al orden del discurso. La novela propone un itinerario del aprendizaje y la configuración casi mágica de los puntos de luz, del ritmo incipiente de los cánticos iniciales que rigen casi todo el lenguaje que “ellos”, los “perejiles” hablan y escriben incluso, antes de ser nombrados. Todo es ritmo y vértigo hasta el final inscripto como un salto al vacío y a la muerte.

–¡Saltemos, saltemos!

Damián la vio perderse hacia la derecha de la puerta.

Entonces calzó firme el dedo en el gatillo y respiró hondo:

–¡Montoneros, carajo! –gritó y también saltó. (*Las violetas...* 419)

Con la nueva apertura del testimonio en la novela de Pollastri tocamos los límites de una enunciación extrema: a saber, que la construcción metafórica que altera el orden establecido en el protocolo del imaginario del género sobre todo en cuanto a los mandatos de versomilitud y al carácter de prueba legal de los hechos denunciados. La conciencia del personaje cierra el relato con una explicitación ausente: sí, es la verdad, pero yo me había equivocado. Pero es también esa retórica la que permite descubrir los fundamentos de la hipótesis de guerra revolucionaria y sus secretos: la opción por la armas y la delación. Este descubrimiento, frente a la vulnerabilidad de los sobrevivientes necesita una demostración especial que sólo puede acontecer mucho tiempo después de los hechos narrados. Se crea entonces una proximidad entre el enigma encerrado en la metáfora y una extraña apelación a la derrota. La revolución es frágil y superficial como una violeta; aquello que la comparación desarrolla es al mismo tiempo lo que amortigua la caída del salto brutal al vacío con el que la novela cierra su enunciación.

NOTAS

¹ Sigo la edición de Buenos Aires: El cielo por asalto. Todas las citas corresponden a esa publicación.

² La escritura me recuerda al oficio del arqueólogo para desenterrar el pasado, al cuidadoso y delicado trabajo del pincel para excavar sin violentar las el terreno en que se trabaja, sin removerlo, excavar según el trazado de cuadrículas marcadas en grandes superficies, excavar a partir del detalle. No es la pala que violenta la superficie ni la avidez de los saqueadores.

³ En este punto sigo las definiciones de Paul Ricoeur (1977, 36) quien se considera en toda metáfora no sólo *la* palabra o *el* nombre único, cuyo sentido es desplazado, sino el par de términos, o el par de relaciones entre las que se opera la transposición. “Siempre son necesarias dos ideas para hacer una metáfora.

⁴ Cito algunos ejemplos: INTENSO DESPLIEGUE ANTIEXTREMISTA, dice el diario. La acción antisubversiva que se desarrolla en el centro y noroeste del país tras los golpes en las unidades de Villa María y Catamarca, arrojaron importantes y positivos resultados (*Las violetas...* 303); INTENSIFÍCASE LA ACCIÓN ANTIEXTREMISTA EN LA PROVINCIA DE TUCUMÁN, dirá el diario. Fuentes locales dignas de crédito informaron que desde hace varios días se lleva a cabo un amplio despliegue de las Fuerzas de Seguridad en la zona selvática vecina a Famaillá, donde la organización declarada ilegal habría abierto un foco de guerrilla rural declarándola “zona liberada” y operando con total control de la situación (*Las violetas...* 316). PROCEDIMIENTO ANTISUBVERSIVO EN LA PLATA, dice el diario. La policía de la provincia de Buenos Aires informó que durante un procedimiento antisubversivo fue detenido el obrero de la construcción Eduardo Jacinto Almada, militante de la JTP, en cuyo domicilio se encontraron armas y abundante literatura de carácter extremista (*Las violetas...* 317).

⁵ Las cursivas son del autor.

Bibliografía

Blanchot, Maurice (1990). *La escritura del desastre*. Venezuela: Monte Avila.

Jelin, Elizabeth (2002). *Los trabajos de la memoria*. Madrid: Siglo XXI.

Nofal, Rossana (2001). *La escritura testimonial en América latina. Imaginarios revolucionarios del sur*. Tucumán: Instituto Interdisciplinario de Estudios Latinoamericanos, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Tucumán.

Ricoeur, Paul (1977). *La metáfora viva*. Buenos Aires: La Aurora.

Las dos vidas de Julia o sobre *Un hilo rojo* de Sara Rosenberg

LIC. DENISE LEÓN
CONICET

“Contamos historias porque finalmente las vidas humanas necesitan y merecen ser contadas.”

Paul Ricoeur, *Temps et récit*.

Contar es vivir dos veces

A la hora de comenzar estas reflexiones se me impone una imagen que alguna vez leí: poco antes de morir, Primo Levi afirmaba que los vagones de carga sellados que veía en las vías muertas de las estaciones seguían dándole terror. Sabemos que la gran noche de nuestro país también está cruzada por viajes siniestros. En *Los hundidos y los salvados*, Levi (1989, 73) arroja una inquietante paradoja que me permite intentar un ingreso a los textos de Sara Rosenberg. En realidad, nos dice, los sobrevivientes no son los verdaderos testigos de la experiencia del campo de concentración. ¿Quiénes son entonces los verdaderos testigos? Para Levi, los verdaderos testigos, los que han vivido hasta las últimas consecuencias los efectos del campo, son en realidad los muertos, los *hundidos*, que no pueden volver de la muerte para narrarnos su destino. Entonces, los sobrevivientes deben hablar por ellos, deben hablar en nombre de los verdaderos testigos.¹

A pesar de las distancias y las diferencias contextuales concretas tantas veces señaladas, considero que las desgarradas reflexiones del italiano arrojan una luz particular sobre el texto de *Un Hilo Rojo* (1998). Ópera prima de la escritora tucumana Sara Rosenberg,² la novela parece suscribir al intento de plasmar la imposibilidad: recuperar ese resto que no son los hundidos ni los salvados sino lo que queda entre ellos.

Un Hilo Rojo, tramada como un cuaderno de recortes, hecho de fragmentos dispersos de recuerdos propios y ajenos para un futuro documental, se estructura alrededor de una presencia ausente: Julia Berenstain. Enigma y sentido del texto, Julia, militante política desaparecida, es el núcleo obsesivo en torno al cual gira la memoria del narrador, Miguel, quien reconstruye su trayectoria vital y su lucha a través de los distintos relatos de quienes la conocieron.

En *Un hilo rojo*, Sara realiza una curiosa pirueta: construye su autobiografía sin decir yo. Desde la ficción de lo testimonial o lo documental como estrategia de verosimilitud, se desdobra deliberadamente en un narrador masculino que parece desprenderse casi de su propio cuerpo, o mejor, del cuerpo de su escritura:

Más tarde vino la espalda, esa gran olvidada. Acomodábamos nuestras vértebras que se acoplaban dulcemente, y agarrados de los brazos girábamos nombrando cada una de las cosas que veíamos como un cuerpo solo, en círculo completo, con cuatro ojos simultáneos. Éramos polares. Uno de los dos tenía que hacer y el otro permanecer, olvidar lo que el otro recordaba, hablar cuando callaba,

mirar cuando no veía. Así fue. Así sigue siendo, Julia. En la escisión aguardaba el cumplimiento, pero aún era temprano (21).

Miguel es el sobreviviente. Enamorado de Julia, pero alejado de la militancia política, sobrevive a la dictadura militar del 76 en Argentina, y desde esa paradójica excepción despliega las voces de distintos testigos donde la historia de Julia se hace y se rehace constantemente. A Julia, en cambio, le cabe la acción. Mujer y militante es perseguida, encarcelada y finalmente asesinada por el gobierno militar. Curiosamente, en su trayectoria vital (con transformaciones y desplazamientos) puede leerse la trayectoria de la propia Sara Rosenberg, contradictoria, ella misma, desaparecida y sobreviviente.

Miguel o los destinos elegidos en tu nombre

“Allí, escribir, equivale a dejarse trabajar por una enfermedad sin nombre.”
María Negroni, *Museo Negro*.

En su *Manual de Zoología Fantástica*, Borges (1998: 74) menciona un pájaro muy particular que construye su nido al revés y vuela hacia atrás porque no le importa adónde va, sino dónde estuvo. Algo similar ocurre con Miguel, el narrador de *Un hilo rojo*. Como en una novela policial el narrador sigue hacia atrás, hacia el pasado, el rastro imposible de Julia. Recoge palabras, recuerdos, minucias, las notas en su cuaderno, buscando detalles casi invisibles que resultan siempre en un orden inestable y frágil. En su *Historia natural. Vida de los animales, de las plantas y de la tierra*, Julia oculta su propio diario. Lleno de anotaciones y fotografías constituye una pista más para el mapa de la memoria.

Los destinos elegidos por Miguel, que tienen que ver con las distintas personas que conocieron a Julia y también con sus propios recorridos en un itinerario de lucha y de huida, van diseñando una cartografía de la memoria que es al mismo tiempo un mapa de la ciudad de la infancia (Tucumán) pero también de Argentina y Latinoamérica.³ Los cerros tucumanos, Catamarca, Trelew, Bolivia, México: los desplazamientos en la novela subrayan los vínculos entre la historia personal de Julia y la historia colectiva de la militancia en Tucumán durante los sesenta.

Por este aire has pasado, recuerdo mi visita al penal, cuando me contabas de tu traslado y las primeras imágenes del Atlántico mientras te llevaban en un avión pequeño esposada al suelo. Tenías razón, no debe existir un lugar en el mundo más desolado que éste, más plano e infinito, ni un mar más oscuro y helado.

Dentro de una hora aterrizaremos en Trelew (97).

Con la deriva dolorosa de quien se siente siempre en un lugar provisorio, y al mismo tiempo persigue con tenacidad algunos fines, Miguel busca en su memoria y en la de las diferentes personas que conocieron a Julia las astillas del espejo roto. Se aferra a lo perdido como un escudo. Si se duda en llamar muerte a la muerte de los “hundidos”, si las maquinarias del proceso buscaban el borramiento y el anonimato de los cuerpos, la novela (y el documental de Miguel) se proponen preservar la fragilidad, lo efímero, lo constantemente amenazado: la memoria corporal o fisonómica, el modo de mirar y andar, el despertar del sexo, esos pequeños objetos milagrosos donde los sentidos rebotan de una dimensión a otra.

(...) maldita, otra vez, enfermedad del alma, cierro los ojos y empiezo a recordarte. Cuanto más completa te tenga, ahora que veo con claridad el diámetro de tus tobillos, la comisura hacia arriba de

tus labios gruesos, el timbre de tu voz, la última carcajada, más rápido podré zafarme del grosor de tus clavículas en mis manos” (98).

Los honores y los cuidados a los muertos estuvieron en su origen impulsados por el deseo de impedir que el alma de los difuntos permaneciera en el mundo de los vivos como una presencia amenazante. La falta de sepultura era una forma de venganza mágica que se ejercía sobre el cuerpo del muerto condenándolo a ser eternamente una larva y a no encontrar la paz.

En regímenes en donde la muerte se transforma en una producción en serie, dirigida y organizada, el estado elabora una serie de relatos para encubrir esa realidad criminal de cuerpos mutilados y operaciones sangrientas, a los que se les niega incluso la dignidad de su propia muerte (Ricardo Piglia: 2000, 114). “El Estado delincuente que ocupa el lugar de policía, genera una legalidad perversa basada en la farsa y en la borradura de cuerpos y voces” (Perilli: 1993).

En este sentido, sostiene Piglia (2000:114), la ficción dice lo que el Estado calla y disputa con esa ficción política. De alguna manera Miguel, al igual que Antígona, desobedece las leyes estatales porque responde a “otra ley” y no soporta la idea del cuerpo insepulto del ser amado.

Los desplazamientos en la oscuridad, el “explorador de la nada” como denomina Miguel a su documental, van construyendo, a modo de castillo gótico, no una casa suya, sino una casa para su deseo. Un espacio para pensar lo impensable, asilo de desdichas para sepultar y proteger la presencia fantasmática, el cuerpo ausente de Julia.

He cumplido 35 años y es hora de levar anclas, sólo por eso voy hacia el fondo, estoy tratando como puedo, como mejor puedo, de enterrarte. Algún lugar habrá, tengo que ponerte en alguna parte (99).

Sediento de una sed implacable, contra las heridas del fracaso (porque *Un hilo rojo* es también la escritura del fracaso de esa revolución social que querían alcanzar por asalto los grupos armados de los años '60 y '70) el impulso tenaz de la palabra continúa allí, fiel a sus tristezas. La deseada ignorancia, afirma Levi (1989,74), nos fue negada. “No pudimos dejar de ver”. Sea por una especie de obligación moral o por librarse de su recuerdo, los sobrevivientes no pueden dejar de hablar de los que han enmudecido. Una realidad que excede sus elementos factuales, testigos que dan testimonio de algo que no puede ser testimoniado, la distancia entre las palabras y las cosas, de esas materias está hecha *Un hilo rojo*.

Julia: el cuerpo de mis fantasmas

“No hay hombre que no sea, en cada momento,
lo que ha sido y lo que será.”
Oscar Wilde.

En una entrevista realizada para integrar el libro *La cocina del escritor* Sara Rosenberg afirma:

La autobiografía es un género. En ese sentido no hago autobiografía. Sin embargo, todo lo que escribo está alimentado por lo que vivo, por mi “ser en el tiempo”, mi dolor, mi alegría, mi rabia, mi historia, mi manera de comprender y tomar partido, mi acción cotidiana, mi voluntad. Mi primera novela, *Un hilo rojo*, la más autobiográfica, podría haber sido escrita en primera persona y con una

estructura diferente, más cercana, más lineal. Tardé mucho tiempo en decidir cómo dar voz a una serie de acontecimientos que sin duda viví, sin contarlos desde un “yo” que no hubiera tenido sentido. Creo que es fundamental a la hora de estructurar una novela, saber precisamente quién habla, y más aún cuando decides que será coral, que debes transitar por otras voces que te componen para que de ese coro surja una voz clara. Hay un principio musical en el tejido de esa novela. Altos y bajos, ritmos alternos, contradictorios, muchas voces narran y componen a un personaje ausente y por fin es la ausencia la que termina siendo la protagonista. Sabía que ese era el eje, porque ese es el drama que plantea.⁴

¿Cómo escribir una autobiografía sin decir yo? ¿Cómo se narra la vida a varias voces? Si bien *Un hilo rojo* se ubica en el horizonte de la ficción, de la novela, su estrategia de construcción (la ficción testimonial) así como el material tramado (el itinerario de la vida, de la militancia de Julia en una agrupación de izquierda cuyo nombre no se menciona,⁵ su posterior encarcelamiento, persecución y muerte) la aproximan a una estética realista, a una “estética de la presencia.

En el *Diario de Moscú*, Walter Benjamin (1990: 32) afirma que no se conoce un lugar hasta no haberlo vivido en el mayor número posible de dimensiones. Para poseer un lugar, nos dice, para poder reconocerlo entre la multitud, hay que haber entrado en él desde los cuatro puntos cardinales e incluso haberlo abandonado en esas mismas direcciones. En la novela, en un orden dispuesto por el propio narrador, van apareciendo las distintas “cintas”, donde el narrador recoge los recuerdos de distintas personas que fueron importantes en la vida de Julia. Sumando a estos fragmentos su propia memoria, el narrador crea una trama, propone un origen, un devenir, escenarios, iluminaciones y personajes que componen la identidad narrativa de Julia.

La historia de una vida, tal como parece proponernos Rosemberg, sería la reconfiguración nunca acabada de historias divergentes, superpuestas, de las cuales ninguna puede aspirar a tener la mayor representatividad o a clausurar la cadena de sentido (Leonor Arfuch: 2002). La estrategia de Miguel en la ficción es la entrevista. Tanto en el proceso de edición real como en el caso ficticio de la novela, en algunos casos las preguntas y las intervenciones del entrevistador se borran y se construye un monólogo, mientras que en otros se recupera la instancia del diálogo, de la conversación, de lo que llamamos *géneros primarios* (Mijaíl Bajtin: 1982).

Este método de construcción genera la ilusión de objetividad y veracidad. La inclusión de voces contrapuestas que apoyan y rechazan las elecciones políticas de Julia intentan recuperar una mirada más compleja, más abarcadora. Las “cintas” y los recuerdos tienden a restituir la inmediatez, la presencia, lo *aurático* (Benjamin: 1999, 161) en Julia, apelando restituir la oralidad de la charla como garantía de espontaneidad y de veracidad testimonial.

El mapa se completa con fragmentos del cuaderno de Julia y con algunas de sus cartas enviadas al narrador. En estos textos podemos escuchar su voz, sus temores, sus vacilaciones, su desilusión, lo que de alguna manera deconstruye la idea de una militancia política sin fisuras. Estas entradas secretas de su diario, legadas a Miguel y rescatadas del naufragio funcionan como pistas o claves de lectura. Cuando Miguel, poeta el mismo, rescata los cuadros y los libros que no se perdieron en la explosión, menciona una lista de nombres de autores, delimitando una parcela del universo que tiene que ver con la filiación de Julia como lectora. El narrador nos entrega sus escenas de lectura.

No podemos olvidar que *Un hilo rojo* sigue siendo, o es entre otras cosas, la autobiografía de una escritora, que desde sus textos nos propone una clave desde donde desea que su historia sea leída.

“...Vi a los cazadores caminando durante días detrás de ellas tratando de alcanzarlas. Por fin una se apartó de la manada mientras el resto desaparecía entre las nubes de polvo.

El que iba delante estiró el brazo. Los otros agarraron la punta del hilo del que colgaban trapos también rojos y entre todos empezaron a cercarla como si tocaran el cielo con las manos.

La vicuña quedó paralizada.

Ellos se fueron aproximando, clavaron cuatro estacas y anudaron los hilos. El animal quebró las patas, dobló mansamente la cabeza y se dispuso a dejar que lo ataran mirando fijamente su miedo rojo, sólo un hilo, flotando” (114).

Julia se detiene especialmente en su *Historia Natural* en este ejemplo metafórico de la vicuña y vuelve a narrarlo, con variaciones más de una vez. La vicuña, animal de una rapidez increíble, puede sin embargo ser atrapado a causa de su miedo, que la rodea, como un hilo rojo, deliberado, implacable, que la atrapa y la doblega.

El narrador selecciona distintos hitos que marcan la lógica narrativa y que tienen que ver con la trayectoria mítica del héroe (o la heroína en este caso): origen e infancia (Julia pertenece a una familia que calificada como “extraña”, de locos, rara, etc.), acontecimientos o personas que marcan una inflexión en el rumbo de Julia, amores, pruebas cualificantes, etc. Podríamos decir que Julia, al igual que otros protagonistas de novelas y testimonios sobre la represión y la militancia, presenta características románticas: es una criatura excéntrica y desamparada frente a la comunidad humana, está comprometida con las luchas libertarias de su tiempo que intentan construir al “hombre nuevo”, es hermosa, joven y muere atormentada “sin poder escapar a la torre circular de su desdicha” (María Negroni: 1999).

Un sol de invierno con olor a naranjas

“Este es mi cuerpo, esta es mi sangre. Yo no tenía otra cosa que ofrecer bajos las especies de palabras unidas, bajo el pan y el vino del espíritu que se llama literatura”.
Victoria Ocampo, *Autobiografía*.

El relato familiar es como la fortuna personal, se comparte con los próximos y se defiende contra los extraños (Silvia Molloy: 1996, 132). Considero que *Un hilo rojo*, escrita en el exilio, puede ser leída de esta manera. Como un relato de lo propio, como una mirada en un espejo distante en el tiempo y en el espacio donde se buscan las huellas de la pertenencia. En este sentido son muy importantes los *lugares de la memoria*, los sitios desde donde se elige recordar, que en la novela nos hablan del itinerario de Julia pero sobre todo de Tucumán, la tierra de la infancia.

La literatura de exilio reivindica la nostalgia, introduce en la recreación del lugar de origen (irrecuperable ya en el tiempo y en el espacio) un elemento de placer inspirando por la añoranza. A pesar de la radical extrañeza de la lengua de Rosenberg, los lectores que tenemos la posibilidad de la cercanía espacial experimentamos una felicidad similar a la de compartir un chisme o un secreto.

Ticumán, Yacumán, Tucumán, quiere decir “hasta aquí llega” o “aquí termina” en aymara. Y después de cada borramiento, vuelve a empezar.

Así son las enormes tormentas de verano, esas que deshacen al mundo y lo arrastran por los desagües a los ríos caudalosos para perderse arriba, y caer una y otra vez (81).

Como se ha señalado respecto de Sara, su fraseo es un fraseo de exilio.⁶ Sus personajes no hablan “como argentinos” o “como españoles”. Hablan, sin saberlo, una lengua de contrabando, una lengua que no es de ninguna parte y donde aparecen elementos de extrañas y distantes geografías (Jaques Hassoun: 1996). *Un hilo rojo* por momentos aparece explicado, traducido para “otros lectores”, lo que probablemente tenga que ver con los circuitos editoriales de la novela. Me refiero a aclaraciones incluidas en la textualidad de la novela como por ejemplo sobre el mito del Familiar, o sobre el significado de la palabra ututo, de uso exclusivo en el norte de la Argentina.

Las ciudades humanas están hechas de paisaje y memoria. Miguel recupera distintos espacios y tiempos de Tucumán: la plaza Independencia y sus personajes, los edificios que la rodean, la Facultad de Bellas Artes, el cerro y las vías inconclusas del funicular, las tormentas de verano, la efervescencia política de los 60 y los 70, la organización de los grupos de lucha armada.

En el diseño de esta cartografía imaginaria las historias de Julia y del narrador se rehacen continuamente por el desplazamiento de los centros de atención y focalización. La memoria hace presente el pasado, parece repetir el tiempo. Quien indaga en el pasado, quien lo escribe, le otorga algún sentido a los hechos. El tipo de elección ya es una forma explicativa de lo acontecido.

Es una locura, pero siento a veces que tu viaje no ha terminado y que en algún lugar del planeta voy a encontrarte. De cocinera en Cuzco o de botera en el Titicaca, o de bailarina en Lima, días en los que espero una llamada por teléfono en la que me digas que tome el primer tren de las nubes y vaya a buscarte. Mientras tanto, casi todo lo que hago son mis pobres formas de tentarte (143).

¿Dónde encontrar algunas respuestas? Se ha demostrado que los hombres somos potencialmente capaces de causar infinito dolor, y, como afirma Levi, el dolor es la única fuerza que se crea de la nada, sin gasto y sin trabajo. Es suficiente no mirar, no escuchar, no hacer nada. La memoria humana es un instrumento maravilloso pero falaz: sólo eso tenemos.

NOTAS

¹ Todas las citas de Primo Levi han sido tomadas de la siguiente edición: Primo Levi (1989). *Los hundidos y los salvados*, Barcelona: Muchnik.

² Sara Rosenberg (1998). *Un hilo rojo*, Madrid: Espasa Calpe. Sara Rosenberg nació en Tucumán en 1954. Pintora y escultora, estudió Bellas Artes y Teatro en la UNT. Exiliada en 1975 fue a Canadá y luego a México y a España donde reside actualmente. Ha publicado otras novelas como *Cuadernos de Invierno* (1999) y *La edad del barro* (2003).

³ Para realizar su documental el narrador recorre la provincia de Tucumán, viaja a través de la selva y atraviesa las montañas para llegar hasta Catamarca donde Julia vivió con su marido y su hijo, luego viaja a Rawson a encontrarse con un ex presidiario que fue compañero de Julia en el penal de Rawson, va a Buenos Aires a encontrarse con la familia de Javier y con Javier, el ex marido de Julia y finalmente a España, a encontrarse con la hija de Julia, con una antigua compañera y con quien fue a la vez su amante y su delator.

⁴ La entrevista me fue enviada vía e mail por la autora.

⁵ Si bien en el texto no se hace mención a ninguna agrupación de lucha concreta, tal vez podría intentarse otra lectura de la novela como un testimonio de la lucha armada en Tucumán recuperando y siguiendo las pistas dispersas en el texto. En el presente trabajo he profundizado en otros aspectos del texto, sin embargo creo que es una hipótesis posible.

⁶ Esta afirmación la repite Sara Rosenberg en una entrevista realizada por Pepa Roma para su libro *La cocina del escritor*. Recibí este material vía e-mail de Rosenberg.

⁷ Concepto propuesto por Jacques Hassoun (1996).

Bibliografía

Arfuch, Leonor (2002). *El espacio biográfico*, Fondo de Cultura Económica: Buenos Aires.

- Benjamin, Walter (1990). *Diario de Moscú*, Taurus: Buenos Aires.
- (1999). *Poesía y capitalismo. Iluminaciones II*, Taurus: España.
- Borges, Jorge Luis y Guerrero, Margarita (1998). *Manual de Zoología fantástica*, Fondo de Cultura Económica: México.
- Hassoun, Jaques (1996). *Los contrabandistas de la memoria*, Ediciones de la Flor: Buenos Aires.
- Levi, Primo (1989). *Los hundidos y los salvados*, Muchnik Editores: Barcelona.
- Molloy, Silvia (1996). *Acto de presencia. La escritura autobiográfica en Hispanoamérica*, Fondo de Cultura Económica: México.
- Negroni, María (1999). *Museo Negro*, Editorial Norma: Buenos Aires.
- Nofal, Rossana (2002). *La Escritura Testimonial en América Latina. Los imaginarios revolucionarios del Sur. 1970-1990*, IIELA, Facultad de Filosofía y Letras, UNT: Tucumán.
- Perilli, Carmen (1993). "Un mapa del infierno: la novela argentina entre 1982 y 1992". En *Hispanamérica*, pp. 95-100.
- Piglia, Ricardo (2000). *Crítica y ficción*, Planeta: Buenos Aires.
- Rosenberg, Sara (1998). *Un hilo rojo*, Espasa Calpe: Madrid.
- Schmucler, Héctor (2002). "¿Dónde encontrar la verdad?", En *Puentes*, Año 2, N° 8, noviembre, pp. 62-65.
- Steiner, George (2000). *Extraterritorial. Ensayos sobre literatura y la revolución del lenguaje*, Adriana Hidalgo Editora: Buenos Aires.

5. Lecturas del Presente

Un juego de espejos: violencia, nombres, identidades*

Un análisis antropológico sobre las apropiaciones de niños durante la última dictadura militar argentina

LUDMILA DA SILVA CATELA

CONICET - Museo de Antropología - Núcleo Memoria

Un bebé comienza a mirar su rostro en el espejo y sonríe a sí mismo. A lo largo de la vida el juego entre el rostro y los espejos devuelve imágenes y expone marcas en la cara que revelan las capas identitarias que, sin percibir, se han acumulado.

En mi memoria, la representación más fuerte sobre el tema de las apropiaciones de bebés y niños durante la última dictadura militar argentina, me remite inmediatamente a un día concreto, aquél en que visité la muestra de Abuelas de Plaza de Mayo sobre la Identidad en Recoleta. Esta muestra, ideada por una serie de artistas, mostraba decenas de fotografías dispuestas a lo largo de un salón; todas a la misma altura y seguidas de un espejo. Así a cada foto de una pareja desaparecida el vacío de un hijo estaba representado por un espejo. Cada vez que un visitante se acercaba y veía reflejada su imagen, ese espejo era completado con un rostro. La eficacia de esa muestra radicó justamente en el proceso de identificación que provocaba. Mi experiencia íntima frente a esos rostros y espejos fue la de preguntarme sobre mi propia identidad biológica y los lazos consanguíneos que me unen a las personas de mi familia. Mientras la visité, interrogué a algunos jóvenes de un colegio que estaban allí presentes y entre las respuestas que obtuve, me quedó resonando la de una: “estoy un poco impresionada, porque me podría haber pasado a mí... lo que no entiendo es porque hubo gente que hizo esto”.

Cuando en 1995 comencé a trabajar sobre el tema de las memorias, las identidades frente a las situaciones límites, la problemática de la apropiación siempre se me presentó como un hecho del cual no lograba “decir nada”. De alguna forma compartía con la adolescente, la sensación límite del horror del robo y apropiación de niños. Ante preguntas en auditorios fuera del país, muchas veces yo misma respondía que el tema de la apropiación me parecía el más extremo, aberrante y horroroso de todo lo que había pasado en la dictadura, pero que no podía decir más que eso y me sigo preguntando, ¿qué es lo que podemos explicar más allá del horror? ¿cómo podemos interpretar o analizar esta cadena de acontecimientos que terminaban en la apropiación de un niño o un bebé recién nacido y el posterior asesinato y desaparición de sus padres? ¿desde dónde y cómo se pueden buscar herramientas para analizar los procesos históricos y los diversos individuos que posibilitaron ese mecanismo de apropiación de niños o bebés?

Uno de los desafíos que plantea conocer el problema de la desaparición y apropiación violenta de niños durante el terrorismo de estado instaurado en marzo de 1976 es generar un pasaje de la indignación a la comprensión de las razones culturales y sociales que subyacieron a su acontecimiento. Creo que no se puede aislar esa acción como un hecho autónomo de las fuerzas armadas y policiales o como un hecho anormal y patológico inherente a “su cultura” autoritaria. Eso nos llevaría a pensar que

fue algo aislado y que no volverá a repetirse. Sin embargo, los hombres y mujeres involucrados en la apropiación de bebés y niños, fueron o son un producto histórico y cultural argentino. Sus actitudes frente a la apropiación de hijos de desaparecidos debe ser comprendida, lo que no significa bajo ningún punto de vista justificada, por un lado, en relación a la historia social y cultural de las prácticas y concepciones de parentesco, de adopción y de civilidad. Por otro lado, colocando la mirada en las luchas por la restitución de identidades protagonizada por las Abuelas de Plaza de Mayo y, más concretamente en los eventos de localización de los jóvenes. En síntesis, la comprensión completa del fenómeno de la apropiación de bebés y niños durante la dictadura implica relacionar los tres tiempos: historias previas-apropiación indebida-lucha y restituciones. En este trabajo, se dejará de lado el primer eje, aunque considero que es fundamental para entender la apropiación dentro de un proceso más amplio, pero implica una profundidad en el análisis todavía no alcanzado. Tomo entonces los dos últimos.

Para esto propongo tres puertas de entrada, que ni dan cuenta del complejo problema de la apropiación, ni están completamente articuladas. Son de alguna forma puntos a partir de los cuales pensar otros niveles de análisis y comprensión. El primer eje o movimiento analítico está referido a la relación entre violencia y crueldad en torno a las apropiaciones, pensadas a partir de dos nociones: asesinato de identidades y constitución de identidades alternativas. La segunda recorre la relación entre la vida y la muerte pautadas culturalmente. Interesa ver como tanto la desaparición y la apropiación, son metodológicas políticas que borran identidades, las anulan, las exterminarlas. Lo que me interesa remarcar, es que tanto la muerte como el inicio de la vida necesitan de inscripciones sociales para que esos cuerpos, el del muerto y el del recién nacido, formen parte de la comunidad de pertenencia. Este lazo social fue quebrado por el terrorismo de Estado al desaparecer cuerpos y al apropiarse de niños.

El tercer eje girará en torno a la importancia del “nombre (y el apellido)” en el proceso de la apropiación y en la restitución de las identidades, una vez que el individuo apropiado conoce su nueva historia. El nombre, junto con el rostro, son las señales por excelencia de las biografías de los individuos en las sociedades modernas; ellos son lo que nos diferencian de “otros”, los que nos “hacen pertenecer” a una familia, a una red de amigos, un sistema de alianzas.¹

Violencia, crueldad, apropiación

Editado en 1985, *Botín de guerra* fue el primer libro que en Argentina mostró, ilustró e informó sobre los mecanismos que elaboró el terrorismo de Estado en relación a los bebés y niños de padres secuestrados, asesinados y desaparecidos. Es interesante volver a releer las páginas de este libro. La palabra apropiación no aparece con la carga semántica que tiene en la actualidad. Se habla de bebés y niños desaparecidos. La voz de las abuelas aparece todavía con un cierto desconcierto, contando la incompreensión de la situación que vivían en los primeros años de dictadura.

“A mi me parecía absurdo todo eso, porque yo, en aquel entonces, todavía no me daba cuenta de que realmente, a los chicos se los querían quedar. Yo pensaba que los devolvían. Siempre pensaba que a la nena yo no la encontraba porque no la sabía buscar” (Relato de Chicha Mariani en Nosiglia: 1985, 27).

Releer *Botín de guerra* permite verificar como en 1985 aún era necesario experimentar palabras y descripciones, para contar el horror de algo desconocido a nivel mundial: la represión y el robo de bebés y niños por parte de los agentes de un Estado represor. En la primera página puede leerse,

“En todo el triste escenario donde se produjeron violaciones de los derechos humanos en América Latina, ningún país ofrece *una secuela deshumanizadora tan atroz* como aquella de los niños desaparecidos en la Argentina. (...) como técnica represiva, ningún otro país del mundo sufrió la desaparición de niños. Este es un fenómeno particularmente argentino” (Prólogo de Wright en Nosiglia: 1985,5-6).²

Estas palabras pertenecen al reverendo Jaime Wright que, junto al arzobispo Paulo Evaristo Arns, colaboraron desde la institución Clamor de San Pablo-Brasil³ con las Abuelas de Plaza de Mayo en las denuncias y búsquedas de sus nietos. Más adelante, en la introducción podemos leer,

(...) *ni los niños se salvaron de ese Apocalipsis*. También formaron parte de la extensa procesión de las víctimas. Si sus padres fueron los rehenes, ellos se convirtieron en botín de guerra. Ser asesinados durante acciones represivas, ser masacrados en el vientre de sus madres, ser toturados antes o después del nacimiento, ver la luz en condiciones infrahumanas, ser testigos del avasallamiento sufrido por sus seres más queridos, *ser regalados como si fueran animales, ser vendidos como objetos de consumo, ser adoptados enfermizamente* por los mismos que habían destruido a sus progenitores, *ser arrojados a la soledad de los asilos y de los hospitales, ser convertidos en esclavos desprovistos de identidad y libertad*, tal el destino que le tenían reservado los uniformados argentinos (Nosiglia: 1985,8).⁴

De estas introducciones, que presentan al lector descriptivamente lo que fue la desaparición de niños, me gustaría remarcar dos elementos que aparecen en ambos escritos: la idea de deshumanización, la imagen de ser regalados como animales, y la idea de ser intercambiados o tratados como objetos. Estas dos acciones encierran uno de los hechos más inadmisibles de la dictadura militar: que por ser demasiado insoportable, en un plano moral-colectivo durante mucho tiempo fue negado, o considerado no creíble.⁵ Si bien la desaparición y apropiación de niños es remarcado como algo “único” del proceso militar argentino, se pueden buscar elementos de comparación con otros procesos donde la violencia, la crueldad y la deshumanización son pensadas y usadas como herramientas políticas.

Más allá de las particularidades del caso argentino, podemos decir que en otros procesos donde se mata y muere por causas políticas, étnicas, religiosas, los niños aparecen como eje de diversas acciones, inevitablemente ligados a sus madres. Si bien la violencia se ejerce sobre ambos, los niños pasan a ser el objeto usado simbólicamente para “decir algo”. Vamos a tomar como punto de comparación el caso de la depuración étnica en Yugoslavia. Allí, las mujeres serbias fueron capturadas, violadas sistemáticamente, embarazadas y llevadas a culminar su embarazo sin poder abortar, con el fin de traer al mundo, niños de *otra religión*. Según el análisis de Heritier (1996, 15) prevalece en ese caso, la “idea de la dominación esencial del esperma en la fabricación del niño, y de la transportación por medio del esperma de su completa identidad futura: identidad biológica, étnica e incluso religiosa”. En esa lógica la mujer es negada totalmente o usada simplemente como un vector apropiado para transportar en su propio cuerpo el fermento insoportable de la representación del enemigo, del otro. Se conjugan así ideas de pureza étnica, comunidades de pertenencia, representaciones sobre lo femenino y principalmente las propiedades ampliamente difundidas del esperma y la sangre como transmisores de identidades. Como bien analiza Nahoum-Grappe también en torno a Yugoslavia, “en los intentos de eliminar una comunidad en su totalidad que intervienen las violaciones políticas (...) Cuando el enemigo se define por sus lazos de filiación extendida (una raza), su erradicación va más allá de la muerte de una sola persona física y supone impedir los nuevos retoños, aplastar el germen de las generaciones futuras, incluidas en

ese tronco común que es el árbol de la filiación: ese conjunto a eliminar, la comunidad enemiga, existe en su pasado y en su futuro, ya que se define por la sangre” (Nahoum-Grappe: 1996,283).

Podemos pensar que en las apropiaciones de bebés en Argentina, también madre e hijo pasan a ser objetos de eliminación del grupo enemigo. A diferencia de Yugoslavia, aquí las madres son asesinadas, pero sólo luego de tener sus hijos, los cuales son robados “para ser transformados”. En Yugoslavia, los victimarios violan a las mujeres para procrear hijos con una nueva identidad religiosa y política, en Argentina son apropiados también para constituirlos como personas con una nueva identidad religiosa y política.

En el sistema de concepciones y representaciones construidas por ese “otro” que reprime, asesina, viola, tortura, parece prevalecer sobre los niños un castigo, por haber nacido de padres política o étnicamente “impuros”. Es por esto que el castigo no apunta a la muerte inmediata del individuo, sino a su sufrimiento extremo y continuo. Ser un individuo “apropiado” o nacido de una “violación”, de alguna forma es parte de una identidad lastimada que no cesa de latir. Véronique Nahoum-Grappe analiza en el caso yugoslavo una cuestión todavía más compleja: allí se busca profundizar el *asesinato de la persona social y moral* antes que el de la persona física. De esta forma se da un *asesinato identitario*, mucho más difícil de provocar que el asesinato físico, ya que requiere de cierta reflexión por parte de los victimarios. Lo que hace a la violación y a la apropiación, aun más eficaz en los términos de aquellos que la ejercen, es la creencia en la posibilidad de producción de una identidad alternativa. La instrumentación *política* de este dolor y de este asesinato identitario, *es el uso de la crueldad como herramienta política*.⁶

En la Argentina de los años setenta, no eran solo militares y policías los que compartían la creencia en la doble relación asesinato identitario-identidad alternativa por medio de la apropiación o adopciones fraguadas. Había un substrato de pensamiento compartido por médicos, enfermeras, jueces, curas, vecinos, respecto al “destino” que había que darle a esos bebés y niños, considerados de alguna manera “impuros políticamente” pero potencialmente convertibles por medio de una “educación” diferente. Las palabras que en 1978 algunas Abuelas tuvieron que escuchar de la Jueza Delia Pons, son elocuentes:

Estoy convencida que sus hijos eran terroristas y terrorista es sinónimo de asesino. A los asesinos yo no pienso devolverles los hijos porque no sería justo hacerlo.⁷ No tienen derecho a criarlos. Tampoco me voy a pronunciar por la devolución de los niños a ustedes. Es ilógico perturbar a esas criaturas que están en manos de familias decentes que sabrán educarlos como no supieron hacer ustedes con sus hijos. Sólo sobre mi cadáver van a obtener la tenencia de esos niños (Relato reproducido en Herrera y Tenenbaum: 2001, 19).⁸

En el caso de la apropiación se conjugan dos lógicas clasificatorias sobre la pertenencia y la identidad. Por un lado, la conformación y el castigo a los niños y bebés por haber nacido de vientres “contaminados políticamente”, haciendo prevalecer la idea de que la cultura y la identidad en primera instancia se transfiere y hereda por la sangre. Un estigma legitimado así en función de la sacralización de los lazos consanguíneos. Por otro lado, en el acto de apropiación y de no devolución a sus familias biológicas, la idea de que la educación y por lo tanto la cultura, puede volver “puros” a los “impuros”, de allí la necesidad de asesinarlos primero identitariamente, para poder hacerlos “renacer” con una identidad alternativa.⁹

De esta forma, se genera la aproximación semántica entre la consanguinidad, la apropiación de niños y el uso de la crueldad. La apropiación deviene pues una cuestión de sangre, de impureza y de

cultura. Es en la tensión y relación sobre lo natural (biológico, sangre) y lo cultural (educación) dónde radica compleja lógica. Si se excluye una de sus dimensiones, se pierde la aprehensión de sus significados. En la lógica del apropiador parece existir la idea de que hay que arrancarlos de su sangre de origen para tornarlos personas y domesticarlos en su cultura. Inversamente, y haciendo un paréntesis que retomaré más adelante, es a partir de clasificaciones sobre el poder de transmisión que se le da a la sangre, a lo biológico, que esta pasa a ser un vector central, legitimador y profundo en la lógica de la restitución. De esta forma, la elección del uso de la crueldad, en este caso la apropiación, como herramienta política, se inscribe siempre en la lógica de un sistema de creencias compartido culturalmente por el victimario y la víctima, de allí la eficacia del mensaje.

Querer dañar, ejercer actos de crueldad, supone cierta perspicacia de parte del victimario acerca de su objeto. El gesto violento es menos preciso: rompe y destruye la cosa o el ser enemigo en cuanto obstáculo. La escalada cruel quiere algo más que la derrota del otro: la crueldad quiere arruinar la víctima ante sus propios ojos, *hacerle lamentar haber nacido*, deconstruirla hasta en el vientre materno o fuera de él. La víctima debe vivir lo bastante como para acompañar con toda su conciencia el camino de su propia desfiguración. El victimario “rehace” a la víctima, es su creador en el dolor. *El fin de la crueldad no es la muerte de la víctima, sino su nacimiento, que debe ser deshecho*. Y el lugar de elección de la crueldad es el vientre de la madre (Grappe: 1996), ya sea para “hacer nacer” algo nuevo por la violación o por la apropiación. En el caso de caso de las apropiaciones la crueldad iba completando significados en cada paso ejecutado por los victimarios: llevar a término los embarazos, hacer parir a las madres en lugares clandestinos, permitirle ver a sus hijos y hasta amamantarlos por un tiempo, cuidarlas en ese período, para luego sacarles a sus hijos, “desaparecerlos”, torturarlas y finalmente asesinarlas. Negar la existencia de esos niños a la comunidad de pertenencia biológica que los reclama fue una herramienta política y tornó a los niños como soportes de esos mensajes políticos. Lo que se comparte, tanto en el caso argentino como en el yugoslavo y el ruso,¹⁰ es la perversa imagen de niños usados como cosas a ser negociadas, para lograr objetivos, para herir, para matar, para denigrar, para hacer sufrir, en fin, para hacer política. Pero principalmente como símbolos usados para destruir al “otro” y reforzar así la idea de comunidad propia, la cual es alimentada con estos niños, con el asesinato de sus identidades y la imposición de otras.

En estos casos, como en muchos otros, evidentemente no basta con matar al otro, sino que hay que transformarlos en una cosa, o como dice más fuertemente Heritier, tratar a los hombres como una lechuga, como sin existencia, tratar a las mujeres como un vector forzado de identidades diferentes a la suya, en fin, hombres y mujeres reducidos a lo animal. Desaparecer, apropiarse, violar no es otra cosa que negar al individuo, negar la posibilidad de tener derechos, como si nunca hubieran existido.

Sobre la vida y la muerte. Desaparición y apropiación

La negación del otro, es el principal elemento de la metodología de la desaparición de personas y de la apropiación de niños. La negación está centrada en dos momentos de la vida centrales: nacer y morir.

Sabemos que la desaparición implica entre otras cuestiones, ocultar un cuerpo, borrar la identidad de un individuo, su historia, sus pasos, sus marcas, sus lazos sociales. Al no darle sepultura a un cuerpo, se niega la posibilidad de restituir al mundo de los vivos esa vida, no queda ningún espacio donde recordarlo o donde las futuras generaciones puedan trazar al menos por medio de una tumba, la genealogía de su parentesco, saber quienes fueron sus antepasados, ubicarse en una generación familiar o sentirse nieto o sobrino de alguien. Cuando un individuo muere, además de los relatos familiares y la

transmisión oral sobre nuestros antepasados, lo que nos queda como marca son los objetos, las fotos, las imágenes, y el espacio de los cementerios con sus símbolos y posibilidades de lectura. En los procesos “normales” de muerte, donde existe un cuerpo para dar sepultura, el cementerio es el espacio que divide el mundo de los vivos del mundo de los “muertos”, es un espacio fundado en lógicas propias donde las marcas del parentesco, de filiación, de clase social, de pertenencia a grupos aparecen por todos lados como señales de quién es la persona que está allí sepultada. De cierta forma la marca de la sepultura funciona como un operador que “integra en una estructura meta-histórica al grupo social desgarrado por la muerte” (Faeta: 1993), recrea en un nuevo espacio las relaciones de parentesco, sociales y culturales rotas por la muerte. En otras palabras pone en evidencia identidades grupales.

Como hecho cultural y de identidad, **la muerte** nos enfrenta con una serie de obligaciones morales y de deberes particulares aprehendidos a lo largo de la vida. Después de la muerte de un ser querido los familiares, los vecinos, los amigos se solidarizan en un grupo que debe expresar un comportamiento diferenciado. Cualquiera que sean sus sentimientos personales, dice Hertz (1990) en su ensayo *Sobre la Muerte*, se verán obligados durante cierto tiempo a manifestar dolor, cambiando el color de sus vestidos y modificando su género de vida habitual. La desaparición provoca una acción inversa a la concentración de espacio-tiempo requerida socialmente para enfrentar la muerte. Los familiares de desaparecidos por muchos años *esperan, buscan, abren espacios*. Esperan la vuelta del ser querido vivo, buscan pistas, información precisa sobre el local, modo y fecha de la muerte, esperan el reconocimiento de los cuerpos, exigen respuestas del Estado, desean puniciones por las desapariciones. La desaparición puede ser pensada de esta forma, como una *muerte inconclusa* (da Silva Catela 2001). La categoría *desaparecido* representa de esta manera, una triple condición: la *falta de un cuerpo*, la *falta de un momento de duelo* y la *de una sepultura*. Y junto a esto recrea una nueva identidad, no la de los familiares del muerto, sino una categoría a la vez afectiva, política y de prácticas concretas: la de familiar de desaparecidos.

Si ahora nos ubicamos en el otro extremo, el de **la vida**, vemos que el momento de un nacimiento adquiere culturalmente marcas similares a las de la muerte. Pero en una versión opuesta en relación a los sentimientos: la alegría se opone al dolor y la vida a la muerte. Pero lo que interesa remarcar aquí es que un nacimiento, para poder pensar en que se está negando o imposibilitando con la apropiación, está demarcado por una serie de rituales sociales como la elección del nombre, la visita de los familiares, la centralidad de los abuelos, la búsqueda inmediata de rasgos que permitan saber a quien se parece el niño, o sea el necesario e inevitable ingreso al mundo de la cultura, de las identidades (será inteligente, de San Lorenzo, bueno como el padre y simpático como la madre...), en fin ese bebé que cuando nace está más cerca de la naturaleza que de la cultura, entra al mundo para ser clasificado: rasgos, nombre, señas. Tanto los recién nacidos como los muertos en todas las sociedades ponen en juego las más poderosas fuerzas simbólicas, son los dos polos de clasificación del mundo, el inicio y el fin.

A cada nacimiento y a cada muerte, las familias, los grupos, las instituciones y redes de amigos y compañeros a los que pertenecen esos individuos, crean, recrean y reconstruyen sus comunidades identitarias. La muerte y el nacimiento desestabilizan las identidades por un momento y necesitan ser reafirmadas, reconstruidas, reformuladas. Colocan a la familia y su entorno en evidencia, reaparecen viejos conflictos o se amenizan, se recrean alianzas o se quiebran. De una u otra forma el nacimiento pone en evidencia la voluntad colectiva del grupo para asignarle al bebé o niño un lugar social como persona: hijo, hermano, nieto. Como dice Bauman, retomando a Redfield, “la pequeña comunidad cuida de sus miembros desde la cuna hasta la tumba”. (Bauman: 2003, 18). Este recorrido lleva a preguntarnos, ¿qué es lo que nos muestran la apropiación y la desaparición en torno a las concepciones

de vida y muerte? La apropiación de bebés y la desaparición de cuerpos, desarma y desarticula las comunidades de identidad.

El nombre y la inscripción social

Si buscamos una metáfora para pensar la identidad, podemos decir que es como un hojaldre, con muchas capas superpuestas, cada una con sus componentes pero que sólo juntas nos ofrecen la idea de cómo ella superpone tiempos y espacios. No hay *una* identidad, ni una identidad verdadera frente a otras falsas. Todas estas capas constituyen las identidades del individuo o del grupo. Las identidades no son definidas una vez y para siempre, sino que están en constante cambio, atadas a los tiempos sociales, políticos, culturales, jurídicos por las que pasan los individuos a lo largo de su vida. Esos procesos y tiempos, permiten ver como las identidades se modulan frente a los acontecimientos del presente y no solamente a las experiencias del pasado. Así los procesos de construcción de identidades individuales y colectivas implican un constante juego entre la inclusión y la exclusión, entre la posibilidad de juntar y pero también de dividir.

En una entrevista a Horacio Pietragalla, el nieto número 77 localizado por Abuelas de Plaza de Mayo, en el año 2003, la periodista le pregunta, “¿cómo pudiste reconstruir tu vida?” Horacio le responde:

Hace menos de un año que sé quien soy, que restablecí los vínculos con mi verdadera familia. De la clínica me llevó el teniente coronel Telaf, que trabajaba en Inteligencia Zona Norte. Ya se había apropiado de una nena y un familiar le encargó un varón. Por eso me lleva. Pero a último momento no quieren hacerse cargo, se asustaron de lo que podría pasar.¹¹

Las palabras elegidas son contundentes, “hace menos de un año que se quién soy...” En la construcción de esta nueva identidad, enfatizar “saber quien soy” es oponerse a un OTRO, en este caso los apropiadores, a esa otra identidad que inevitablemente tuvo hasta el momento en que se enteró que era hijo de desaparecidos y que permanecerá en él como la herramienta más poderosa para construir y retomar una identidad que le fue negada. La de sus lazos consanguíneos. Sin embargo muchos elementos de su vida permanecerán, el siempre supo “quien era” como individuo; lo que cambia rotundamente en el instante de la recuperación de su identidad de nacimiento, es contra lo cual el construye su identidad, a quienes se excluye de esa definición, a ese OTRO que aparece ahora como límite para definir su alteridad. El saber quién es lo incluye ahora en una comunidad de pertenencia muy diferente a la cual perteneció, en la que se le transmitieron valores, ideas, sentimientos, etc.

Esta elaboración, nos permite ver que la identidad, como la memoria, son construcciones desde el presente, mirando y acomodando las experiencias del pasado, para poder generar proyectos hacia el futuro. Sin embargo no podemos dejar de diferenciar que hay estratos identitarios que confluyen en un mismo individuo donde se pueden distinguir: la transmisión biológica (muchas veces leída como identidad), las identidades socialmente dadas, sea étnica, familiar, religiosa, nacional y las identidades adquiridas en función de una trayectoria con opciones y elecciones más o menos dramáticas.

En nuestras sociedades donde la noción de individuo es central. La trayectoria del individuo pasa a tener un significado crucial como elemento constituidor de la sociedad. En este sentido la memoria de ese individuo se torna socialmente relevante. Sus experiencias personales, sus amores, deseos, sufrimientos, decepciones, frustraciones, traumas, triunfos, etc. son los marcos que indican el sentido de

su singularidad en tanto individuo. Tanto en la desaparición como en la apropiación lo que se intentó borrar fueron cada uno de estos elementos, englobándolos dentro de la amorfa categoría “desaparecido”. La exhumación de cadáveres y la restitución de identidad a los jóvenes apropiados retoman justamente cada uno de esos rasgos, no sólo porque devuelven un nombre ocultado, un cuerpo sin sepultura, sino porque les posibilitan volver a la condición de individuos, de tornarse nuevamente personas. Dicho en otras palabras, trayectoria, memoria e identidad constituyen nociones que hacen sentido a partir de la elección lenta y progresiva que transforma al individuo biológico en un ser cultural, valor básico de la sociedad occidental moderna.

En este sentido el nombre que portamos y las líneas genealógicas a las que pertenecemos, pasan a ser uno de principales elementos de una inscripción social que permanece más allá de los cambios por las elecciones que hacemos a lo largo de la vida. O en otras palabras, en el nombre de un individuo se puede rastrear un universo de referencias: familiares, de opciones políticas, religiosas, culturales, etc. A cada restitución, el nombre, la creencia en transmisión de identidades y la fuerza de la sangre y los lazos familiares son las primeras marcas que estos jóvenes recuperan.

Cuando entrevisté a Elsa, una abuela de Plaza de Mayo que recuperó a su nieta apropiada, una de las cuestiones que más llamaron mi atención fue la importancia que esta abuela colocaba sobre el nombre de su nieta y las vicisitudes legales que una vez restituida tuvo que pasar para que le otorgaran su apellido. Había en la descripción de esta abuela, no una obsesión por las cuestiones legales, sino la imperiosa necesidad de hacerle entender a las instituciones del Estado y a sus agentes (jueces, policías, maestras, etc.) la importancia del nombre y el apellido no como un mero dato, sino como un signo de identificación con el espacio de referencia del grupo, una marca de la pertenencia a una familia y de esa familia en ese espacio de referencia. El nombre y el apellido evocaban así una inserción en el espacio y en lazos de consanguinidad específicos. Como término relacional establecían la conexión entre el espacio vivido por y del grupo, frente a los OTROS.

Elsa me cuenta en la entrevista que una de las primeras cosas que deseaba, cuando localizó a su nieta, todavía en las etapas previas de la investigación, era saber cómo se llamaba.

Bueno, volviendo a Pauli, otra de las cosas fue saber cómo se llamaba. Sabía que era Paula, porque yo en una de las idas al barrio escuché cuando llegaba con el ómnibus y le gritaban Paula, chau Paula... La nena se ve que tenía mucha memoria, porque ella siempre discutió el nombre, dicen que no la pudieron llamar de otra forma, quedó Paula, que era el nombre que le pusieron sus padres. Porque la llamaban con el nombre que ellos le querían poner y ella le decía: yo soy Paula o no le contestaba. Y es el día de hoy que vos te equivocás, yo me equivoco muchas veces al nombrarla y cómo se enoja, se ve que le quedó. A veces me río y le digo Paula si a vos te parece que yo no sé cómo te llamás? Fue la defensa de su nombre Paula. Porque en un momento decíamos, ‘si ella sola con sus pobres 23 meses defendió su nombre, cómo nosotros adultos no podemos recuperarla a ella’, ¿no puede ser, no? (Entrevista a Elsa: 1997).

Luego Paula debía volver al colegio y allí se pusieron en evidencia las tensiones entre diversas identidades: aquella que mantenía la justicia (con el nombre y apellido dado por los apropiadores) y aquella familiar: la otorgada por su comunidad de pertenencia el día de su nacimiento.

La inscribo en el colegio de la zona y a mí no se me ocurre nada mejor que decirle a la directora, pero que la nena dependía del juzgado tal, por tal razón. La mujer se me queda mirando. Qué hace?

Agarra y no la inscribe; no me dice nada a mí, la deja pendiente y manda al juzgado a preguntar si esto que yo estaba diciendo era verdad, y si la podía inscribir. El juzgado le contesta que sí, que era cierto, pero que la nena tenía el nombre Paula Luisa Lavalles y que debía ser inscrita con ese nombre. Cuando dan los boletines, en la primera entrega de boletines, yo voy a buscar el boletín y ahí fue cuando me dijo mire, no está el boletín porque yo no la inscribí porque estoy esperando respuesta del juzgado. Entonces le pregunté ¿por qué? ¿por qué, si yo le había dado toda la documentación? Ella la había aceptado, me había dicho que sí que la aceptaba. ¿Por qué había hecho eso? A la semana voy a buscar el boletín, y en el boletín figuraba Paula Luisa Lavalles. Te imaginás el escándalo, porque le dije ¿por qué le puso este nombre si yo a Ud. le di otra documentación? Me dice: ‘esta es la orden que me dio el juzgado’. ‘Con qué derecho? Ud. hace esto con todos los chicos que entran en la escuela? Ud. pregunta en el juzgado qué nombre tienen?’ Me dijo ‘no, pero este es un caso especial’. Yo le dije: ‘cometí la torpeza de contarle a Ud. que es lo que pasaba. Si yo no le hubiese dicho nada Ud. no se entera’. Entonces, le digo: ‘Dígale a Paula que venga que me la voy a llevar. Y le voy a explicar lo que Ud. hizo, Paula Luisa Lavalles tiene padres. Si el Sr. que es policía viene acá con dos policías y le pide a Ud. que le entregue la nena porque es su hija, Ud. se la tiene que entregar calladita la boca. Paula Eva Logares no tiene padres, y yo soy la responsable, y la única que la puede retirar soy yo, ¿vio cuál es la diferencia?’. La mujer se puso blanca. Y yo me fui con Paula (Entrevista a Luisa: 1997).

Vemos aquí cómo por la perversidad de las apropiaciones, las identidades de una persona pueden multiplicarse y coexistir en diversas instituciones. El nombre en el caso de Paula, produce una ruptura entre la identidad oficial, inscrita en el registro civil o religioso- y la identidad asignada, por los parientes y el grupo. En el caso de Paula, ambas identidades pertenecían a la vez a la oficial y a la asignada, solo que en momentos y circunstancias muy disímiles. La presencia del nombre propio, señalado por Bourdieu como el elemento que instituye una identidad social constante y durable, es la piedra angular en todas las biografías y por lo tanto también en la reconstrucción de identidades individuales y colectivas frente a la apropiación.¹²

No siempre permanecen los nombres en la memoria de los niños apropiados, o muchas veces sólo se sabe el nombre por medio de testigos que vieron esos nacimientos y dónde sus madres transmitieron el deseo de colocar tal o cual nombre. Por eso a cada restitución es necesario “restituir” y “reconstruir”, volver a darle sentido, volver a colocarlo en el orden de las clasificaciones que delimitan quien es esa persona, no porque se haya encontrado “la identidad” sino porque se ha salido de un espacio de pertenencia que no ha sido aquel que lo definió como persona/individuo al nacer: un nombre, una genealogía, lazos primordiales y sangre.

Elena Gallinari le preguntó a su abuela Leonor Alonso, el nombre que le habían puesto sus padres. Su abuela respondió, “*si eras varón Silvano y si eras mujer pensaban ponerte Elena, por tu otra abuela*”. En el libro *Identidad, despojo y restitución*, cuentan que Elena,

A los dos días de la restitución rompió todas las etiquetas de sus libros y cuadernos escolares que decían Viviana Madrid y estuvo una hora sentada en el piso frente a un cuaderno mirando a la abuela que tejía nerviosa. Su abuela relata que “tenía pendiente un deber que consistía en redactar oraciones en tiempo pasado. Recortó letras del diario, formó con ellas la palabra “murió” y me pregunto si estaba bien. Esa mañana habíamos hablado de la madre y yo no sabía qué decirle. Le dije que estaba bien que era un verbo del tiempo pasado. Al rato empezó a escribir Elena en una etiqueta. Se trabó en la primera ele del apellido. “Con doble ele” le dije. Terminó de escribir su apellido y cambió todas las

etiquetas. Fue como una liberación para ella. Salió saltando (Relato en el libro de Herrera y Tenembaun: 2001, 228-231).

Cuando nació el 22 de mayo de 1977 fue Horacio Pietragalla, luego pasó a ser César Sebastián Castillo. Desde el 2003, volvió a llamarse Horacio y en su nuevo nacimiento, su fecha es la del 11 de marzo de 1976. Ante la pregunta de cómo vivió todos estos cambios, Horacio afirma: “la gente que está a mi lado se acostumbró enseguida a llamarme por mi nombre. En abuelas siempre buscaron a Horacio Pietragalla. También encontré mi fecha de nacimiento. Eso me desacomodó un poco. Por amigos de mi madre, se que cuando nació ella estaba feliz, me puso el nombre de papá y eso es muy importante para mí. Es loco pensar que los dos fueron asesinados cuando tenían 26 años y esa es la edad que no tuve, porque yo de 25 años pasé a tener 27”.

La fuerza del nombre delimita así tres estados muy diversos en la vida de estos jóvenes. A cada cambio de estado corresponde una denominación diferente y toda la vida del individuo está jalonada de identidades de tal modo que el nuevo nombre no sólo que excluye al precedente, sino que nos muestra como el nombre, en Paula, en Elena, en Horacio, desempeña, al igual que otras designaciones, una función a la vez asimiladora y distintiva.

Horacio, intenta entender su vida pasada desde toda la información que recibe en el presente. Así más adelante en la entrevista dice: “Me decían que era morocho como tal familiar, que tenía rulos como el otro. Son personas muy cerradas (los apropiadores) y yo desde siempre fui sociable, muy diferente a ellos. Ahora lo entiendo: vengo de una familia de revolucionarios y ellos son conservadores... Los genes están y las diferencias afloraron en la adolescencia....”

Sin embargo, en la representación de la sangre o de los genes, también podemos ver cómo una identidad no se restituye sólo por saber que esa sangre une a una genealogía familiar. La sangre y los genes son un dato biológico que permiten demostrar la apropiación, y que como vimos en la primera parte del texto, funcionaba como poderosos símbolos frente a la lógica del apropiador. Sin embargo la identidad o las identidades, aquello que está atado al nombre, a las historias, a las elecciones, a los proyectos familiares marchan por otros caminos, por el camino de la memoria, de lo que se va poder transmitir, de las historias que han quedado guardadas a la espera de esta restitución. Allí vemos cómo la identidad es un trazo profundamente cultural y no biológico, aunque la metáfora de la sangre nace desde lo biológico, ella solo es eficaz en relación al contenido cultural que se imprime. De allí la necesidad de las Abuelas de Plaza de Mayo no sólo de tener un banco de datos de ADN, sino la imperiosa necesidad de guardar voces, fotos, archivos, de mantener guardianes de la memoria familiar que estén dispuestos a proveer de elementos a estos jóvenes restituidos para que ellos puedan dar sentido a su identidad, cuando así lo decidan, organizando fragmentos de hechos y episodios, que le permitirán de diversas maneras negociar con la realidad que les ha tocado vivir. El dato biológico que restituye el ADN no alcanza. Sin las historias, sin las relaciones sociales, sin la presencia del otro que pueda testimoniar y contar, las identidades no se restituyen porque ellas son parte del mundo de la cultura.

Horacio dice, “no sabés lo que vale para mí una foto de mis viejos... Conseguí muchas fotos y me pasó algo increíble. El año pasado vi un programa de Perón en la Argentina. En un par de notas, estaba mi viejo, que viajó en el chárter. Al otro día fui al Canal y conseguí una copia. También tengo una película en 8 milímetros de un casamiento al que fueron papá y mamá. Es hermoso verlos en movimiento...”

Juego de espejos

Si volvemos al inicio de este texto y nos enfrentamos con los espejos que las Abuelas de Plaza de Mayo montaron hace unos años en la exposición “Identidad”, podemos decir que mirarse, mirar a otros, encontrar rasgos, enfrentarse a fotos y a historias, nos posiciona frente a las representaciones y clasificaciones más simples sobre lo que somos y lo que queremos ser como sociedad. Esa exposición tenía una gran capacidad y eficacia performática ya que en el mismo acto que mostraba, ampliaba el nosotros, nos colocaba a cada uno frente a la posibilidad de pensar sobre nuestra propia identidad, sobre el significado de nuestro nombre y los lazos con nuestras familias, pero también nos colocaba frente al dilema de que la apropiación fue realizada en este país, entre ciudadanos que portaban títulos y jerarquías profesionales, entre hombres y mujeres que querían tener hijos. La apropiación es un “producto nacional”, macabro, extremo, casi incompresible, pero que revela, formas de relaciones sociales de esta sociedad, zonas grises de las cuales a veces es mejor no hablar.

En este trabajo busqué mostrar un conjunto de prácticas y creencias culturales de tendencia universal que se ponen en acto para enfrentar eventos extraordinarios, impensados, injustos, como la dictadura y sus consecuencias. Pero lo terrible, el horror, la violencia de Estado y las apropiaciones también fueron producto de esta cultura y esta organización social: aunque duela pensarlo, en el caso de las apropiaciones de hijos de desaparecidos es inevitable avanzar con la pregunta: ¿qué razones culturales, o dicho de otro modo, qué prácticas, representaciones, actitudes profundamente arraigadas sobre la adopción y la paternidad, legitimaban y legitiman la apropiación de bebés? ¿Qué permanece de todo eso? Creo que para explicar ciertas cuestiones aún opacas de la dictadura y sus efectos, es hora de pasar a investigar con ópticas más finas en los intersticios de las relaciones interpersonales, domésticas, escolares, barriales, allí donde se foguea el espíritu del autoritarismo y de la dominación simbólica, allí donde la sombra del pasado de la dictadura militar o de la reciente dictadura de los mercados puede acechar, allí donde aparecen la posibilidad que grupos e individuos determinen, piensen, actúen considerando al otro, no una persona, sino una cosa.

NOTAS

* Una primera versión de este trabajo fue presentado en el III Seminario Interdisciplinario sobre Derecho a la Identidad y Derechos Humanos. Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales. Universidad Nacional de la Plata y Abuelas de Plaza de Mayo. 25 de marzo de 2004. La Plata.

¹ El material a partir del cual se elabora este texto son libros, publicaciones, entrevistas realizadas por mi en 1997 y entrevistas de diarios y revistas a Abuelas de Plaza de Mayo. También fueron consultados videos, leyes y páginas en internet de Abuelas de Plaza de Mayo y CONADI.

² Las cursivas me pertenecen.

³ Para un análisis sobre el trabajo de Clamor y la relación con las Abuelas de Plaza de Mayo, ver Samarone Lima (2002).

⁴ Las cursivas me pertenecen.

⁵ En estos momentos en la provincia de Córdoba estamos ante un acontecimiento de robo de niños en un hospital público. Más allá de cuales sean los resultados de las pericias judiciales, un elemento no deja de sorprenderme. Hubo una gran movilización del pueblo donde está localizada la institución “para defender la imagen del hospital”; mientras los familiares que denunciaron el robo de sus hijos son llamados de “locos”, “trastornados”. Salvando las distancias con la apropiación durante la dictadura, el robo y tráfico de niños, nos muestra las diversas reacciones sociales frente a un tema que muchas veces termina siendo silenciado y ocultado.

⁶ Las cursivas me pertenecen. Es importante remarcar las diferencias que realiza Nahuom-Grappe violencia y crueldad, ya que permiten distinguir acciones como objetivos, pero también diversas percepciones. Para la autora, la violencia puede ser *justa*, incluso desde el punto de vista de su víctima; la crueldad no lo es jamás, ya que se la percibe como excesiva y gratuita. El gesto cruel puede ahorrarse al vencido gracias a la magnanimidad del vencedor, pero éste no podía economizar su acción violenta, a la que llama “proeza”. Toda crueldad es injusta, y toda injusticia es cruel.

⁷ Las cursivas me pertenecen.

⁸ Esta jueza actuaba en el Tribunal de Menores N° 1 de Lomas de Zamora. Como se relata en el libro de Herrera y Tenembaum, la jueza cumplió sus palabras y entregó a la Casa Cuna y en adopción, a por lo menos dos bebés de los cuales tenía datos filiatorios concretos. A Emiliano Gines a la Casa Cuna, quien con síndrome de Down, al poco tiempo falleció “de tristeza”, como podemos leer en Botín de Guerra. Luego entregó en adopción a la niña Jorgelina Planas. Ejemplos como este abundan en los Juzgados de diversos puntos de Buenos Aires.

⁹ Nahuom-Grappe afirma: “cuando hay estigma, hay suspicacia sobre la filiación. Incluso el insulto “burgués” del marxismo de Estado ha naturalizado este estigma, aunque en teoría sea cultural y económicamente adquirido: el verdadero “burgués” lo es *de origen*, es *hijo de burgués*, y es en cuanto tal que parte hacia el gulag” (Nahuom-Grappe: 1996, 284).

¹⁰ Me refiero aquí al caso del comando checheno, que liderados por mujeres invadieron a inicios de septiembre de 2004, en Osetia del Norte la escuela del poblado de Beslán. Allí mantuvieron como rehenes a más de 1200 personas, la mayoría de ellos niños.

¹¹ Las cursivas me pertenecen.

¹² El nombre se convierte en el “certificado visible de la identidad de su portador a través de los tiempos y de los espacios sociales, el fundamento de la unidad de sus manifestaciones sucesivas y de la posibilidad socialmente reconocida de totalizar esas manifestaciones”(Bourdieu: 1997,79).

Bibliografía

- Abuelas de Plaza de Mayo (1999). *Niños desaparecidos. Jóvenes localizados en la Argentina desde 1976-1999*. Buenos Aires: Grupo editorial Temas.
- Bauman, Zygmunt (2003). *Comunidad. En busca de seguridad en un mundo hostil*. Siglo Veintiuno de España y Argentina Editores.
- Bourdieu, Pierre (1997). *Razones Prácticas*. Barcelona: Editorial Anagrama.
- da Silva Catela, Ludmila (2002) *No habrá flores en la tumba del pasado*. La Plata: Al Margen Ediciones.
- Héritier, Françoise (1996). “Réflexions pour nourrir la réflexion”, in *Séminaire de Françoise Héritier: De la Violence* (F. Héritier comp.). Paris, Ed. Odile Jacob.
- Herrera, Matilde y Tenembaum, Ernesto (2001). *Identidad, despojo y restitución*. Buenos Aires: Proamba/Abuelas de Plaza de Mayo.
- Hertz, Robert (1990 [1917]). *La Muerte y la Mano Derecha*. Madrid: Alianza Universidad.
- Lima, Samarone (2002). “Clamor: la colcha de retazos de la memoria”. En da Silva Catela Ludmila y Elizabeth Jelin (comp). *Los archivos de la represión: Documentos, memoria y verdad*. Madrid y Buenos Aires: Siglo Veintiuno.
- Nahoum-Grappe, Véronique (1996). “L’usage politique de la cruauté: l’épuration ethnique (ex-Yougoslavie, 1991-1995)”, in *Séminaire de Françoise Héritier: De la Violence* (F. Héritier comp.). Paris, Ed. Odile Jacob.
- Nosiglia, Julio (1985). *Botín de guerra*. Buenos Aires: Abuelas de Plaza de Mayo.

Ceremonias secretas. Los vínculos familiares como tramas subjetivas de la historia

ANA AMADO
Universidad de Buenos Aires

En sus intervenciones públicas por la demanda de justicia y memoria, los familiares de las víctimas de la dictadura de los 70 aunaron estética y política, al concebir sus prácticas desde diversos modos y grados de representación. Las Madres de Plaza de Mayo avanzaron desde el inicial diseño sobre el pavimento o afiches del contorno de cuerpos para aludir al anonimato de la desaparición colectiva (las sucesivas marchas del “siluetazo” en los 80), al lleno biográfico de las fotografías ampliadas que acompañan sus marchas hasta el presente. Retrocediendo en el tiempo, las Abuelas saquearon de los álbumes familiares las imágenes de sus hijos cuando pequeños como partes de prueba de semejanza física con los nietos robados, mientras consolidaron la conciencia social de su reclamo a través de campañas permanentes que recurren a la dramatización del tema en spots publicitarios y en la escena a través del Teatro por la Identidad. HIJOS¹ por su parte, depositó también en lo visual el peso de sus estrategias de identificación, a través de videos, películas, fotografías y diversos modos de intervención escénica: de los “escraches” a la performance teatral pasando por la instalación, sus prácticas son concebidas desde la interconexión entre los diferentes “soportes” y lenguajes.

La búsqueda y utilización de múltiples medios expresivos como herramientas de crítica y de construcción de la memoria –simultáneas a las estrategias que articulan sus demandas de justicia en el plano jurídico y legal–, integran una constelación de prácticas en las que familia y parentesco emergen desde su condición política.² Los contrarrelatos con los que los familiares de las víctimas ponen a circular su trabajo memorialista hacen eje en la filiación y la genealogía como claves para referir la carga traumática de la violencia del pasado. Con una nueva legitimación de cuerpos y afectos, sus enunciados ensayan el desciframiento del trauma a partir de la elaboración de un duelo privado, pero aunque en cada historia aglomeran una causa singular logran entablar, por separado o en conjunto, una relación profunda con el presente de la experiencia colectiva. En esa dirección, esta convergencia de voces construye nuevas figuras posibles de comunidad ya que, al expresar la resistencia y rechazo a las estrategias de obliteración de la justicia acometida por poderes sucesivos, aportan a la recuperación de una memoria y una historia fracturadas por la atrocidad. Mientras reflexionan, a la vez, sobre la relación entre estética, ética y política frente a hechos históricos que vuelven esa relación necesaria, ya sea al concebir otros modos de ser de las imágenes y el relato, al desplazar el vínculo entre estética y política de una lógica única de expresión y al establecer un régimen ético para esa difícil y siempre compleja relación entre los acontecimientos trágicos y su representación.³

2. Retomo estos postulados para describir las intervenciones estéticas de los hijos de los desaparecidos, que figuran hoy como enclaves a descifrar dentro de la grilla general de los relatos del presente. Películas, obras de teatro, fotografía, diseño gráfico, pintura: abordan distintos lenguajes artísticos a modo de pacto con los espectros amados y con su memoria para sustraerse, al mismo tiempo, al imperativo compacto de la herencia. Seleccionan, evocan, invocan, en el hueco de una ausencia que define y construye para ellos el campo de lo memorable, situando su práctica como derecho y a la vez

como deber, para recuperar lazos entre lo que es y lo que fue. Su insistencia testimonial sobre el pasado en el que subrayan el protagonismo heroico de sus padres militantes ha sido interpretada como expresión de identificación ideológica con aquella generación de los setenta que unida al subjetivismo afectivo de su enunciación, redundan en la esterilidad de su eficacia política.⁴ Quizás resulte insoslayable que las consecuencias traumáticas de la brutal ablación familiar acometida en el pasado mar- que sus acciones y prácticas desde el sello de lo personal antes que como programa colectivo.⁵ Más allá de los principios complejos y aún contradictorios que orientan su voluntad de intervención, en sus producciones estéticas o en los discursos testimoniales que aquellas vehiculan, los hijos intentan volver tangible el recuerdo de una cotidianidad doméstica borroneada en el tiempo, de un imaginario de circulación de afectos, de cercanía de los cuerpos y sobre todo, restituir los signos de una leyenda encabezada por la figura del padre arrancado por la violencia. Recuperado desde el perfil de héroe de una epopeya histórica, la voluntad de rememoración deja asomar sin embargo en sus desvíos, en los intersticios de cada discurso expresivo, la demanda por aquel que eligió por un deseo –aún cuando la muerte era una de las alternativas de esa elección– antes que garantizar a los hijos su presencia. Por la vía de un desajuste de emblemas, dejan entrever entonces una imagen indecidible entre el perfil épico de padres protagonistas de una gesta histórica colectiva y a la vez desertores en la economía de los afectos privados.

¿Qué hacer con estos textos episódicos, a veces vueltos sobre sí mismos, literalmente colgados del pasado al que mitifican pero al que no pocas veces se atreven a desafiar?

Son narraciones casi siempre apremiantes, acosadoras del pasado y a la vez frágiles en su contradicción –hasta un punto, expresión de la anomalía que se reserva a las referencias al pasado de parte de quien no vivió en él sus experiencias– caracterizadas por su apariencia enfática o excesiva dentro de la economía austera del discurso histórico. Pero las incursiones de los hijos (“hijos” en sentido general, no me refiero aquí sólo a quienes pertenecen a la asociación que los nuclea con ese nombre porque no todos se expresan institucionalmente), investigando, rehaciendo, imaginando cómo representar las experiencias de sus padres, sea desde su compromiso militante o desde el hueco de su desaparición, significan la oportunidad de consolidar un discurso cívico a partir de su identidad generacional.

3. La noción de identidad ronda el destino de los huérfanos de la violencia y desafía a la comunidad, desde un fondo oscuro que supera la racionalidad de los montajes legales pensados para la soldadura social. Así, los hijos regresan como desarraigados al propio origen a buscar, en principio, una respuesta para la petición mínima que deben enfrentar como sujetos: ¿cómo te llamas? Esta pregunta por el nombre, que para Derrida (2000, 33) cifra la condición de hospitalidad con un *extranjero*, invierte su trayectoria y se formula desde los hijos como hipótesis de generación. Ellos mismos como extranjeros en el tiempo de sus padres, apartados de su experiencia política y de los *lugares* y *acontecimientos* de una historia, se asoman a aquellas vivencias con los ojos vírgenes del recién llegado, del otro.

“Lo que era extraño era cómo llamábamos la atención en ese lugar”, dice la actriz Analía Couceyro que interpreta el papel de Albertina Carri en la película de esta última, *Los rubios* (Buenos Aires: 2003) describiendo la vuelta al barrio de la infancia. “No era sólo por las cámaras. Éramos como un punto blanco que se movía y era evidente que no éramos de ahí. Éramos como extranjeros para ese lugar. Me imagino que parecido a lo que pasaba en ese momento con mis padres. Estábamos desde otro lado”. Como antes con sus familias, casi siempre clandestinas por la militancia de sus padres, hoy los hijos se ven desterrados de su procedencia y asedian el pasado familiar con estrategias que suelen adoptar las alternativas cambiantes de choques y reconquistas, de ganancias o derrotas.

La heroicidad de la guerra tenía un complemento en el teatro de la vida privada, en el que la descendencia debía aceptar ser la continuación del logos de las batallas: su existencia como garantía contra la posible –en determinado momento, segura– derrota. “Los hijos son nuestra retaguardia” decía Mario Firmenich entrevistado por García Márquez a fines de los 70,⁶ a modo de testamento imaginario de una utopía. Pero puede interpretarse a la vez como corolario implícito de aquella participación involuntaria de los niños en los rigores cotidianos de la vanguardia armada.⁷

Los testimonios de los ahora jóvenes hijos de militantes reiteran una situación común en su niñez, en la que debieron vivir, entre otras situaciones, el sigilo de la clandestinidad a través de sus nombres – falsos en muchos casos, o no siempre inscriptos legalmente– ya sea en el interior del país como fuera de sus fronteras, cuando los trasladaban con documentos fraguados. La situación de riesgo adherida a su identidad, se prolongó por lo tanto hasta los primeros años de democracia.⁸ Una parte importante de esa generación de descendientes debió atravesar un laberinto legal para restablecer o adquirir por primera vez sus filiaciones, para poner en orden una identidad que se debatía entre la naturaleza biológica (la de la sangre) y la simbólica (el relato fundador, cubierto en muchos casos por la adopción de hijos de los compañeros caídos).⁹

Las estrategias de intervención de los integrantes de la asociación HIJOS, por ejemplo, basadas en actuaciones que invariablemente funden arte, historia personal y colectiva, suelen aludir de diversos modos al sesgo ficcional de las instituciones legales o jurídicas, pero no dejan de subrayar el carácter decisivo de las marcas de la filiación como germen de la identidad personal. En la medida que en primer término parten de una cita consigo mismos, su búsqueda tiene los rasgos de la apropiación y la identificación narcisística (“es mi sangre, es yo”), en principio porque la reapropiación del pasado es “siempre específica, al igual que el sentido de los acontecimientos familiares es irreductiblemente singular”. (Candau: 2001, 136) Pero partiendo de esa reserva de referencias personales, de saberes, de recuerdos, de emblemas (fotografías, lugares, canciones, olores, nombres de pila, etc.) HIJOS revierte cada iniciativa personal de memoria, en la comunidad de recuerdos que los afilia como familia desde su condición común de huérfanos de la violencia. La epopeya del grupo crece con el relato de las experiencias individuales. La fuerza de su proyecto descansa, precisamente, en ese empuje identitario. A través de los testimonios filmicos, videográficos, de las fotografías o las instalaciones, cada uno narra y confronta su respectiva historia en una memoria babélica, con la conciencia de un apego y a la vez de una separación. A partir del hecho de que “la memoria de la tragedia deja marcas compartidas” (Candau: 2001, 147) HIJOS construye una suerte de memoria intergeneracional: su identidad se cimenta con la cadena múltiple que los liga tanto a los propios padres que los preceden, como a los miembros de su comunidad generacional que los reemplaza.

4. Tensados entre el deber y la demanda, la vuelta al origen conlleva interrogantes que apuntan a la legalidad del nombre, a la garantía de una filiación o a la legitimación de una herencia.

En *Los rubios* Albertina Carri, explicita la decisión de su itinerario de regreso con una cita de Regine Robin: “La necesidad de defender la propia identidad se desata cuando esta se ve amenazada”. “En mi caso, aclara, el estigma de la amenaza perdura desde aquellas épocas de terror y violencia en la que decir mi apellido implicaba peligro o rechazo. Y hoy decir mi apellido en determinados círculos todavía implica miradas extrañas, una mezcla de desconcierto y piedad”. En la película *Papá Iván*,¹⁰ María Inés Roqué da su propia versión de esa amenaza que también se descuelga de un nombre y de una mirada: “Digo mi nombre y me ven como la hija del héroe. A mí, que siempre dije que prefería tener un padre vivo que un héroe muerto”.

Las películas de Carri y Roqué, o las fotografías con las que Lucila Quieto restablece escenas y lugares de los 70 para yuxtaponer en ellas su rostro o su cuerpo junto a la figura de su padre desaparecido,¹¹ son prácticas de movilización de la memoria que las hijas cumplen guiadas, de entrada, por las cláusulas de la ley del nombre. Lanzadas en esa dirección, ellas parecen sondear el pasado familiar bajo el principio de “adicción al padre” que, más allá de la novela freudiana, encontraba su punto extremo de ficción en la tragedia griega: en nombre de la ley del nombre o de la transmisión pendiente las intervenciones de estas hijas insisten, como la diosa Atenea, en conceder al logos paterno el precepto rector de la escena del pasado.¹²

En la película *Los rubios*, Albertina Carri lleva a la misma forma del relato su propia imposibilidad de recordar a sus padres, los sociólogos y militantes Roberto Carri y Ana María Caruso, secuestrados y desaparecidos en 1977 cuando ella tenía 3 años de edad. Desde el inicio hace comparecer al padre a través de los fragmentos de uno de sus textos teórico políticos más conocidos, leídos por la actriz que interpreta en el film a la narradora.¹³ El discurso ideológico paterno en conflicto con los afectos filiales marca también el comienzo de *Papá Iván*, el film-encuesta que María Inés Roqué realizó sobre la desaparición de su padre, Iván Roqué, fundador de las FAR. Sin buscar en su caso mediaciones ficcionales, allí lee una carta testamento que el padre dirigió a ella y a su hermano cuando eran pequeños, antes de su pasaje a la clandestinidad en 1972. En esa larga carta el padre desgrana las justificaciones políticas e ideológicas de su elección por la violencia armada, en la que se escucha la moral implícita (detrás de todo testamento hay una moral) que compensa el abandono de los hijos con la legitimidad histórica de una causa colectiva. Su voz a cargo del enunciado en primera persona del texto paterno establece una perturbadora superposición de cuerpos, comparable de algún modo a la convivencia que logra Lucila Quieto en el espacio más literal y categórico de la imagen fotográfica. En cada caso, el espectro del padre encabeza el itinerario del regreso a la casa del pasado, a la escena de familia, desde un destierro que sin embargo, concede antes al parricidio que a la repetición. “El extranjero, describe Derrida, sacude el dogmatismo amenazante del logos paterno (...) como si debiera refutar la autoridad del jefe, del padre, del amo de la familia”.¹⁴ Reemplazar por lo tanto el dogma paterno y sus peticiones razonables, traducir la lengua heredada a la propia, es el principio que orienta en las hijas esta voluntad de relato, por el que dan entrada a la voz de la potestad, para solaparla con la suya y finalmente reemplazarla con los contenidos de un nuevo inventario.

Con la madre, el principio femenino entra por detrás o de costado en el escenario de la contienda con el pasado familiar. Ya sea invocada o presente, la madre asoma en el relato de las hijas como bastión de otro modo de la verdad o como frontón disponible para el reclamo. En *Los rubios*, Albertina Carri no cuida precisamente la simetría en la asignación de culpas y responsabilidades: “Me cuesta entender la decisión de mamá (en el guión original figura “sumisión”) ¿Por qué no se fue del país? Me pregunto una y otra vez. O a veces me pregunto, ¿por qué me dejó aquí, en el mundo de los vivos? Y cuando llego a esta pregunta me revuelve la ira y “recuerdo” a Roberto (mi padre) y su ira, o su labor incansable hasta la muerte”.

María Inés Roqué interpone en cambio la voz y el testimonio de la madre con sus desvíos minimalistas frente al cerrado logos masculino sobre la violencia histórica o intercalando inesperadas tramas de afecto, para contrariar el texto paterno. La narración de la madre liga los fragmentos biográficos en un montaje que expone la relación entre cuerpo, ideología, poder y género femenino como quien anuda las potencialidades discordantes de lo político y lo histórico con las vidas privadas. Ni sentimental ni familiarista, entonces, ella rescata el doblez doméstico de la historia de las armas: la angustiada espera familiar del guerrero, su miedo ante la acumulación de armas en la casa, las estrategias

para defender la seguridad de los hijos, la noche fría y cerrada en que el padre se marchó a la clandestinidad, su rechazo visceral a la opción de las armas (“Tu mamá tenía una incapacidad constitucional para la violencia...”, lee María Inés en la carta paterna. “No pasas a la clandestinidad por ser la mujer de alguien”, razona, a su tiempo, la madre. Pero sobre todo despliega el relato que reordena el testamento, con la historia desgarrada de la traición personal que sufrió de parte de su marido, que tenía otra mujer y un hijo en su vida de militante clandestino. Versión que la misma organización del film flanquea con las distintas formas de traición –la delación bajo tortura o sin ella, por ejemplo– que marcó a los integrantes del proyecto político de la generación de su padre. De ese tejido de voces sucesivas, María Inés Roqué extrae la verdad y su desmentida, socava el homenaje con el sesgo de la sospecha.

Albertina Carri en *Los rubios* recorta los acontecimientos y regatea en la organización de los relatos –ningún testimonio de los amigos de sus padres, por ejemplo, es referido directamente sino a través del filtro de monitores que la protagonista ni mira ni escucha–. En el intento infructuoso de darles un encadenamiento. Entre el ensayo documental, la ficción y las imágenes animadas, Carri utiliza el cine como prótesis de la memoria, de cuya fragilidad se burla desde el título de su película: ninguno en su familia fue jamás rubio, aunque así los describe, como quien marca a los “extranjeros” en ese barrio de La Matanza, la vecina que fue testigo y partícipe involuntaria de la escena del secuestro hace 25 años. Contra la consigna de no olvidar, Carri restablece entonces un circuito en la que la memoria es disfraz, máscara, en suma, representación. De ahí el procedimiento de mostrar todo el dispositivo de puesta en escena, como matriz duplicada de un real irreductible de mostrar. O quizás posible de describir, sólo para desmentirlo. Desdobra el registro (hay cámaras de cine y de video que se registran mutuamente), y se desdobra ella misma al confiar su papel a una actriz y hacer al mismo tiempo su propio personaje adelante y detrás de escena, marcando el tono o el estilo para decir la letra dictada por el recuerdo.

Hay en *Los rubios* una especie de violencia teñida de melancolía y resuelta con humor contra la plenitud insospechada de una institución, la familia y contra el mito de la escena de origen (menciona que son tres hermanas, pero no hay comunidad ni concordancia posible en el ejercicio de la memoria: “Mi hermana Paula no quiere hablar frente a cámara, Andrea dice que sí quiere hacer la entrevista, pero todo lo interesante lo dice cuando apago la cámara. La familia, cuando puede sortear el dolor de la ausencia, recuerda de una manera que mamá y papá se convierten en dos personas excepcionales: lindos, inteligentes y geniales. Los amigos de mis padres estructuran el recuerdo de forma tal que todo se convierte en un análisis político...”). Deconstruye entonces su infancia (la ilusión de la vida idílica es animada con muñecos de Playmobil), y reconstruye una nueva familia, armada con su miniequipo de filmación. Las pelucas rubias de todo ellos como mascarada de una filiación, a cambio de la sangre como certificación de una alianza. Fuera de casa, el desarraigo, una separación con el origen inalcanzable sin demasiados puntos de mediación que los afectos anudados por intereses compartidos, compromisos de existencia o comunidades aleatorias.

Así, el pasado, aún en sus puntos más dolorosos, es rehecho como fábula, pero no a modo de falsificación o invento, sino de creación, único resorte de la memoria. “Tengo que pensar en algo... algo que sea película. Lo único que tengo es mi recuerdo difuso y contaminado por todas estas versiones... Cualquier intento que haga de acercarme a la verdad, voy a estar alejándome”, reflexiona Carri en su película a modo de balance. Un modo de negación que aceptaría quizás la definición de Roberto Espósito sobre el regreso al pasado: “No podemos apropiarnos del origen salvo en la forma de su negativo: lo que ‘no’ es” (2001, 162).¹⁵

5. En sus películas –autobiografías de herederas y homenajes a la vez–, Albertina Carri y María Inés Roqué se rinden a la evidencia de que para mirar el pasado y sus fantasmas hay que cavar, perforar para creer y para sentir, con la convicción de que no hay archivos a la medida, ni huellas en el origen que constituyan prueba. La mejor manera de ser fiel a una herencia –herencia del nombre en primer lugar y con él una elección que lleva implícita la moral de un testamento– es serle infiel. Es decir, no recibirla literalmente sino pescarla en falta, captarla en su momento dogmático.

En la herencia existe siempre el “efecto de visera”, como llama Derrida al efecto que produce la mirada del padre de Hamlet que bajo el yelmo, puede ver sin ser vista. “Ese espectro no es simplemente alguien al que vemos volver, es alguien por quien nos sentimos mirados, observados vigilados, como por la ley: estamos “ante la ley” sin simetría posible, sin reciprocidad” (2003, 152).¹⁶ Pero frente a ese predecesor de mirada absoluta que llegó antes y al cual se le debe todo, el que marca la Ley de la genealogía de la ley como irreductible diferencia de generación, es posible encontrar –ensayan decir estas hijas– la buena distancia. La distancia suficiente –podría decirse, como se dijo más arriba, la del extranjero parricida– con la cual organizar, desde el presente, un circuito distinto para la memoria de lo que nunca se vivió. Y si aceptan la doble deuda de los herederos (deuda hacia atrás y hacia delante), es para saldarla de manera promiscua, porque toda herencia exige no sólo reafirmación, sino una elección, una estrategia. Las contradicciones que Carri despliega en su tarea de preferir, sacrificar y excluir las voces del pasado. O las que exhibe María Inés Roqué al recibir, escoger y reinterpretar testimonios y mandatos, van detrás de esa premisa. El cara a cara con la imagen del padre militante o guerrillero para elaborar el duelo de la pérdida instala a la vez una petición de distancia (cada uno en su lugar) formulada desde el personal e irreductible espacio de experiencia de las hijas, que replantean en sus obras la legitimidad ideológica de la herencia.

Carri, con su familia proliferante de rubios alejándose hacia el horizonte, María Inés Roqué admitiendo que su película fracasa como tumba o monumento al padre, ambas con los cuerpos de sus muertos en lugares sustraídos, ilocalizables son figuras de un duelo que las emparenta con Antígona, la de “Edipo en Colono”, extranjera, errante y privada de *saber* acerca de la tumba del padre, por su última voluntad.¹⁷ La desaparición genocida no equivale a una decisión, pero cabía entre las conjeturas sobre su destino de cuadros guerrilleros, la alternativa más o menos cierta de partir sin dejar dirección o morada para el duelo de aquellos que los aman. Es decir, los padres guerrilleros (como Edipo, la ley fuera de la ley), se apartaron de ellas (como del resto de los hijos en su misma situación) por la fuerza de un deseo y una elección. Albertina Carri se queja de las derivaciones siniestras de esa opción; apostrofa, reclama y desafía más allá de la muerte al espectro del padre y de la madre que se le vuelven extraños, casi extranjeros por la invisibilidad, el sin lugar de su muerte. Como Antígona, Carri y Roqué se lamentan por el cuerpo deseante de sus padres, arrastrados por ese deseo a la muerte, a una muerte fuera de la ley que les negó cadáver y sepultura, o espacio para un duelo localizable y circunscripto, un duelo que en parte pretendió cumplirse con sus películas, pero del que ambas reconocen su imposibilidad. “El único duelo posible es el duelo irrealizable”, dice Derrida (2000, 33).

Reconociendo esa suspensión como postulado de sus respectivas propuestas, tanto Carri como Roqué insinúan otro punto de partida, desde un modelo de relevo diferente entre las generaciones: ya sea porque con una narrativa mínima buscan recuperar una enunciación trabada por el “yo” grandilocuente y utópico de la generación paterna, porque enfrentan su *doxa* con la contracara de la derrota. Y porque escapan, finalmente, de la encerrona dialéctica de los relatos de la militancia política del pasado a través de la asimetría de estos restos confesionales, de residuos que a través de una estrategia de diseminación,

de un modo de existencia promiscuo, revisitan con obstinación y hacen presente el pasado traumático reintegrando la política a su alianza postergada con la representación y el lenguaje.

Bibliografía

¹ Me refiero aquí a la asociación que conforman los hijos de desaparecidos, como eslabón más reciente (su organización data de 1996) en las políticas de la memoria. El nombre que los agrupa transforma su posición generacional en anagrama de una estrategia: “Hijos por la Igualdad y la Justicia contra el Olvido y el Silencio”.

² Consideraciones más extensas sobre la relación entre parentesco y política fueron desarrolladas en mi artículo “Herencias. Generaciones y duelo en las políticas de la memoria”, en *Revista Iberoamericana* NC 202, Enero-Marzo 2003, Universidad de Pittsburgh.

³ Para Jacques Ranciere (2001), el verdadero sentido de la política puede residir en forma cabal en el movimiento estético que vincula acontecimiento y representación, cuando logra oponerse, por ejemplo, a la perspectiva tradicional que le confieren los poderes o el Estado mismo, dirigida más que a un “disciplinamiento” de los cuerpos, a afirmar “una regla de su aparecer, una configuración de las ocupaciones y propiedades de los espacios”. Ese movimiento postula por el contrario alternativas diferentes para desplazar un cuerpo del lugar que le estaba asignado, o para cambia el destino de un lugar, permitiendo ver lo que no tenía razón para ser visto, (...) “haciendo escuchar como discurso lo que no era escuchado más que como ruido” (49). La estética también está comprometida desde el momento que la política, como asunto de sujetos, refiere a modos de subjetivación, en cuanto pone en juego actos y capacidades de enunciación (es decir, de representación) antes no identificados en un campo de experiencia, aclara Ranciere sobre la intimidad de aquel vínculo (op.cit., 52). En la misma dirección, Alejandro Kaufman (1998) sostiene que la “expectativa frente a la *poiesis* (entre ellas menciona el testimonio), contribuye a restituir el círculo de la narración: sólo allí puede hablarse de la memoria y ejercerse la crítica de la representación”.

⁴ Véase Hugo Vezzetti, *Activismos de la memoria: el “escrache”*, Punto de vista 62, dic. 98.

⁵ Respecto de los familiares de desaparecidos en las catástrofes históricas, dice Joël Candau: “Herederos de la memoria del horror recogen los fragmentos de historias familiares para reconstruir así una memoria que les permita, tal vez, librarse de un sentimiento frecuente de culpabilidad: de ser culpables de ‘no estar a la altura de los seres desaparecidos e idealizados’(...), culpables de olvidar a veces la tragedia” (2001, 150).

⁶ Citado por Cristina Zucker en *El tren de la victoria* (de próxima aparición en Editorial Sudamericana, de Buenos Aires), en el que investiga sobre la desaparición de su hermano Ricardo Zucker, oficial militante de Montoneros secuestrado durante las operaciones de contraofensiva en 1979.

⁷ Entre los testimonios de amigos de sus padres y por eso testigos cercanos de su vida en familia, A. Carri incluye en *Los rubios* el siguiente: “...siento que ellos (sus padres) hicieron el gran intento de asumir esta vida distinta con las chicas y todo (...) Eso lo hicieron comprometiendo toda su vida con la militancia política. Entonces lo que tengo son imágenes de los encuentros donde siempre los chicos estaban, obviamente estaban los fierros, los chicos, todo mezclado. En determinado momento Ana y Roberto lo vivieron como una apuesta. En la última etapa no sé cómo lo vivieron, creo que ya era un círculo, un desafío del cual no se podía salir”.

⁸ El trayecto de Mario Firmenich hijo, nacido en la cárcel de Devoto durante la detención de su madre en 1976 es en este sentido bastante paradigmático. Como bebé prematuro permaneció largo tiempo en una incubadora del Hospital Penitenciario, y desde allí a un hogar de huérfanos en Córdoba. “Pasó mucho tiempo hasta que mi abuela pudo sacarme de ahí. Mientras tanto yo era uno más entre un montón de chicos abandonados. En realidad a mí me salva mi abuela materna de que me entregaran a cualquiera, como el caso de la dueña de Clarín que se quedó con dos hijos de desaparecidos”. Testimonio recogido por Cristina Zucker, *Ibidem*.

⁹ Ana Victoria Libenson, nacida en 1977 hija y doblemente huérfana de cuadros guerrilleros desaparecidos, no pudo llegar al final del itinerario que emprendió para remontar una trama que incluye un padre biológico de cuya existencia se enteró a los 18 años, un compañero de militancia del padre que le dio su nombre (desaparecido también, junto con la madre), la familia materna que le dio a su vez otros apellidos. Murió a los 19 años de un cáncer en la boca, sin aceptar la última y retrasada decisión de los jueces que con fuerza de ley le imponían por tercera vez un nombre 9. El trágico destino de Ana (“la niña del linaje maldito”, dijo de ella Martín Caparrós) abona una trama de excepción en tanto lleva al límite las consecuencias. Su mención tiene aquí parte de homenaje personal y al mismo tiempo de ilustración acerca de los múltiples y trágicos encuentros de la filiación con la ficción legal.

¹⁰ *Papá Iván* (Argentina-México, 2000), Guión y dirección de María Inés Roqué, film-encuesta sobre su padre, el fundador de las FAR, Iván Roqué, muerto y desaparecido en 1977.

¹¹ El ensayo fotográfico de Lucila Quieto lleva por título “Arqueología de la ausencia”. La superposición alucinante de imágenes de los hijos con el de los padres desaparecidos es protagonizada por ella y también por otros compañeros de la agrupación. Anulada en cada caso la lógica del tiempo, padres e hijos aparecen igualados en edades y espacios dentro de una ceremonia visual de extraña comunión.

¹² Géneros diferentes en su propuesta estética en Latinoamérica giran con frecuencia alrededor del poder y la función paterna como cláusulas de equilibrio (o desequilibrio) familiar. En gran parte de las obras filmicas, teatrales o literarias de la década del 90, los espectros, los fantasmas que se resisten a pasar, toman la figura del padre. *El padre mío* de Diamela Eltit a *La ingratitud*, de Matilde Sánchez en la literatura. La mayoría de las obras teatrales alternativas en Argentina, entre ellas *A 1500 metros debajo del nivel de Jack*, de Federico León, *Señora, esposa, niña y joven desde lejos*, de Marcelo Bertuccio.

También en films, desde *El Viaje* de Fernando Solanas a *Estación central* de Walter Salles, pasando por *Principio y fin* de Arturo Ripstein.

Analizando films recientes en tanto viajes en busca del padre realizados por Eryk Rocha (*Rocha que voa/Rocha que vuela*, Brasil, 2002), hijo del cineasta Glauber Rocha y por Juan Carlos Rulfo (*Del olvido al no me acuerdo*, México, 1999), hijo del escritor Juan Rulfo, el crítico brasileño José Carlos Avellar los inscribe en la significativa lista de las recientes ficciones latinoamericanas “hechas exactamente en torno al conflicto/diálogo/discusión, de la búsqueda/memoria/reinvención de la imagen del padre/país”.

José Carlos Avellar, “El mañana comenzó ayer. *Rocha que voa*”, *El ojo que piensa - Revista de Cine Iberoamericano* (www.elojoquepiensa.com)

¹³ Se trata de Isidro Velázquez. *Formas prerevolucionarias de la violencia* escrito por Roberto Carri.

¹⁴ J. Derrida, op.cit. (13) y agrega: “La guerra interna al logos: ésa es la pregunta del extranjero, la doble pregunta, la disputa del padre y del parricida” (15).

¹⁵ Este principio de negación aparece incluso en el título –también en el contenido– del primer largometraje de ficción de A. Carri: *No quiero volver a casa*.

¹⁶ “El totalmente otro –y los muertos son totalmente otros– me mira, y me mira dirigiéndose a mí sin responderme, una plegaria o una conminación, una demanda infinita que se vuelve ley para mí, me incumbe, no se dirige sino a mí, al mismo tiempo que me excede (...) sin que yo pueda intercambiar una mirada con él o con ella” (Derrida: 2003, 151).

¹⁷ En el momento de morir, Edipo ordena a Teseo no revelar jamás el lugar de su tumba a nadie, en particular a sus hijas. Sófocles, “Edipo en Colona”.

Bibliografía

Candau, Joël (2001). *Memoria e identidad*, Buenos Aires: Ediciones del Sol.

Derrida, Jacques (2003). *Ecografías de la televisión*, Buenos Aires: Eudeba.

Derrida, Jacques y Anne Dufourmantelle (2000). *La hospitalidad*, Buenos Aires: de la Flor.

Espósito, Roberto (2001). *Communitas. Origen y destino de la comunidad*, Buenos Aires: Amorrortu.

Kaufman, Alejandro (1998) “Notas sobre el perdón y olvido”. En *Pensamiento de los confines I*, Segundo semestre, Buenos Aires.

Los rubios (Buenos Aires, 2003), guión y dirección de Albertina Carri, intérpretes, Analía Couceyro-Albertina Carri. Premio del jurado en el Buenos Aires Festival Internacional de Cine Independiente de 2003.

Papá Iván (Argentina-México, 2000), guión y dirección de María Inés Roqué, film-encuesta sobre su padre, fundador de las FAR, Iván Roqué, muerto y desaparecido en 1977.

Cosas de chicos...

CARMEN PERILLI
UNT-CONICET

“Y escribo para alertar al vecindario al mundo en general/ porque qué haría la inocencia ahora que está armada”.

(Juan Gelman, “Juguetes”)

Cuerpos menudos de rostros pálidos y miradas hambrientas se pasean por la literatura: los pícaros del renacimiento español, los huérfanos de la Inglaterra victoriana, los miserables de los folletines franceses, los *huckleberrys* de la modernidad norteamericana, los niños explotados, y a veces monstruosos, de nuestra narrativa realista. O pueblan ficciones infantiles como las de Constancio Vigil o historietas lacrimosas como “Anita la huerfanita”.

Cuerpos menudos de rostros pálidos y miradas hambrientas acechan en las calles de las ciudades latinoamericanas. Nos esperan a la vuelta de los semáforos, extienden sus manos por doquier. Pugnan por no tornarse invisibles a nuestros ojos, son legión. Sus manos se convierten, en muchos casos, en puños, armas desesperadas. Sujetos con cuerpo de niños que matan y mueren.¹

La cultura latinoamericana se puebla de figuraciones que confirman que la identidad no es un concepto en reposo sino un entramado de relaciones. Cómo narrar la constitución de identidades surgidas en la pobreza y la violencia, cómo fabular a esos otros, de vidas cortas y muertes vertiginosas: pirañas de Lima, gamines y sicarios de Medellín, pibes chorros de Buenos Aires, sobrevivientes en la comunidad de la horda. En tiempos en los que ciudadanía se equipara a consumo estos sujetos arrojados fuera del mercado, optan por el delito como forma de pertenencia. Nuestras ciudades plétóricas de basuras, están, por primera vez, “sucias de humanidad”, asediadas e infectadas por seres “desechables” y rechazados.²

Estas nuevas subjetividades se arman en lógicas de convivencia tan salvajes como el capitalismo que las origina. Se localizan en los márgenes de economías profundamente desiguales: favelas, comunas, villa miserias, caseríos... La literatura apela a una poética de la presencia, para relatar historias de “vidas reales”. Una poética que remite tanto a problemáticas estéticas como éticas ya que enfrenta cuestiones ontológicas y epistemológicas acerca de la condición humana y su conocimiento. Interpela tanto al sujeto que escribe como al que es escrito. El relato de vida es siempre relato del otro –víctima y/o verdugo–, cuya violencia corre el riesgo de transformarse en obscena exhibición, en pintoresco exotismo.

Los cartografías urbanas se pueblan de ángeles negros como, con pietismo sentimental, les llama Elena Poniatowska en sus crónicas. Estos “nadies” de “fuerte silencio” y alas rotas que acechan en umbrales y semáforos contrastando con los rutilantes querubines de las iglesias o con estatuas o ángeles de la guarda, que desde el imaginario religioso resguardan sueños de la clase media.

He elegido dos textos que, en el tránsito entre siglos, traman lecturas muy diferentes de niños/ adolescentes ladrones y asesinos. Pueden definirse como ficciones de exclusión en el sentido que las

define Josefina Ludmer.³ Arman una disfórica narrativa del desamparo, en la que subyace la construcción catastrófica de América Latina, despojada de sueños utópicos por el neoliberalismo y la globalización.

Cuando me muera quiero que me toquen cumbia. Vidas de pibes chorros (2003) del periodista chileno Cristian Alarcón⁴ exhibe los rasgos de un texto ancilar, entre la literatura, el periodismo y la antropología. Profundamente político reconoce sus genealogías en la tradición cronística latinoamericana y no elude el gesto de denuncia. Se origina en una investigación durante la cual el autor convivió dos años con los pibes chorros en una villa porteña, intentando acceder a los “estrechos caminos, a los pequeños territorios internos, a los secretos y las verdades veladas, a la intensidad que se agita y bulle con ritmo de cumbia en esa zona que de lejos parece un barrio y de cerca es puro pasillo (16). La narración en primera persona acerca al cronista y disminuye el distanciamiento de un mundo al que no pertenece e intenta comprender. Su mirada no reduce al otro, busca explicarlo a través de distintas versiones. “Detrás de cada uno de los personajes se podría ejercer la denuncia, seguir el rastro de la verdad jurídica, lo que los abogados llaman ‘autor del delito’ y el periodismo ‘prueba de los hechos’. Pero me vi un día intentando torpementerespetar el ritmo bascular de los chicos ladrones... Me vi sumergido en otro tipo de lenguaje y de tiempo, en otra manera de sobrevivir y de vivir hasta la propia muerte” (16).

La vivencia autorial respalda la verdad histórica, el relato de la experiencia ajena parte de la experiencia propia. Alarcón narrador se convierte en narrador testigo, disimula su extranjería, es “adoptado” por las mujeres, pone el cuerpo en la villa. El contacto con el conocimiento del otro lo modifica. El cronista exhibe sus contradicciones, inscribe tanto sus sensaciones y sentimientos como las dudas acerca del hacerse del texto. “Pensaba en cómo haría para ser ante él un recio periodista que recorre la villa con prestancia, con todo el ‘respeto’ necesario para ganarme el respeto de un chico recién salido a la calle”(51); “Conocí la villa hasta llegar a sufrirla”(16). La reconstrucción de la lengua y de las acciones, implica una operación de traducción. Las identidades de los “pibes chorros” se inscriben en el cuerpo y la palabra. Aunque en las últimas páginas se reproducen parte del cuestionario de las entrevistas realizadas, están elididas en el cuerpo del libro el dialogismo permanece en la autonomía de los enunciados.

Víctor “El Frente” Vital, es un chico de la villa San Francisco que, a los 17 años, fue fusilado por un cabo de la Bonaerense después de un asalto. El libro de Alarcón empieza con lo ocurrido aquel día, 6 de febrero de 1999. Vital había huido y logró refugiarse en un rancho de su villa; estaba escondido debajo de una mesa cuando el sargento entró, y llegó a gritar que se entregaba antes de que los disparos le destruyeran la cara. Este asesinato desató una verdadera batalla. “Así comenzó la leyenda, estalló como sólo lo hacen los combates” (33). En su entierro “Una hilera de jóvenes vaciaba los cargadores disparando hacia el barro...” (44). El relato articula sucesos y voces en torno de la pregunta “¿Quién era El Frente?” El narrador nos entrega varias respuestas.

El libro elude las simplificaciones y nos ofrece diversas visiones del personaje: una especie de héroe que, en los relatos de sus amigos, se comporta como un Robin Hood villero. Uno de sus hazañas más resonantes es el robo de un camión de lácteos a los que distribuye: “Miraba cómo los chicos se tomaban los yogures, y él se tomaba un bebible y decía ‘Esto es vida’”. Los ladrones son comparados por el cronista con los militantes de los setenta. En ese sentido se puede entrever una especie de negativo fotográfico.

Las acciones de Vital son ambiguas, pueden ser malditas o generosas. Lo define la pasión por el derroche: “Y la fiesta era, por supuesto, el máximo y más brillante escenario del gasto del dinero

robado”(55). Su existencia se caracteriza por un movimiento incansable dinamismo así como la obsesión por su imagen. Pero, sobre todo, es el modelo de respeto a los códigos de honor de los viejos chorros, el mundo jerárquico y patriarcal del delincuente tradicional.⁵ Se muestran los contactos con el entorno de corrupción donde se nombra a personajes como el Gordo Valor o la banda de las Bananitas. El contraste se acentúa después de la muerte de Vital.

El héroe es, al mismo tiempo, una víctima; uno de los tantos chicos cuya existencia se desmorona entre cumbia villera y “jarra loca” (trago que mezcla alcohol y drogas), que entran y salen de institutos y cárceles. Alarcón lo muestra como producto de la Argentina menemista. Un “pibe chorro” de estilo “entre paternalista y burlón, canchero”, magnánimo con los amigos. Ése que, en lugar de sumarse a los oscuros cartoneros del Tren Blanco que hurgan la basura de los ricos, roba y distribuye para que a la villa llegara “la fiesta que los sectores más acomodados vivían a pleno, con el gobierno de la corrupción, el tráfico y el robo a gran escala”. Esa fiesta (la que celebran las cumbias que dicen “Llegamos los pibes chorros/queremos las manos de todos arriba”, o “Me tomo unos minutos/me tomo un tetra”) replica las fiestas de los poderosos en los vastos salones del *Tropitango* o de *Metrópolis*.

Desde el título el libro muestra la relación entre celebración y tragedia, en la vertiginosa vida de fugaces héroes de trece años. Los epígrafes de Piglia, Genet y Simenon arman un manual de instrucciones que remite a los códigos de honor de una violencia naturalizada. Los pibes chorros exhiben impudicamente las armas en la fotografía de la tapa. “Esta historia intenta marcar, contar ese final y el comienzo de una era en la que a no habrá un pibe chorro al que poder acudir cuando se busca protección ante el escarmiento del aparato policial, o de los traidores que asolan como el hambre la vida cotidiana de la villa” (18-19).

Los cinco puntos grabados en las zapatillas *Nike* del líder significan “muerte a la yuta” y se convierten en el tatuaje que conjura la cárcel y la muerte. Simbolizan un policía rodeado por cuatro ladrones. “El dibujo pretende que el destino fatal recaiga en el próximo enfrentamiento sobre el enemigo uniformado, acorralado ahora por la fuerza de cuatro vengadores” (35). El odio a la policía es la marca de identidad que particulariza las historias de distintas generaciones de bandas. Dos hablas, la del lenguaje y la del cuerpo, inscripciones de identidades cambiantes. En ese universo machista sólo hay espacio para la heterosexualidad y el intercambio constante de mujeres.

Una de las figuras más importantes es la madre del Frente transformada en el presente de la escritura en militante de los derechos humanos. Sabina que ha condenando las actividades del hijo proporciona a Alarcón las claves de ese mundo donde sólo hay un libro, el de las muertes, esas muertes borradas de los informes oficiales, registradas por las letras de las canciones. Roberto Sánchez le entrega “catorce hojas de carpeta, cuadriculadas, escritas a mano y en una prolija letra imprenta, hasta los márgenes del papel. Aquí fui contando las muertes. Fueron demasiadas. En las hojas se suceden los nombres, los apodos, remarcados con birome, los nombres de los caídos... En las fotos son casi todos niños” (153).

Contar es una forma de sobrevivir. “Me dio por ponerme a escribir. No paraba de recordar” (42), dice Manuel, uno de los protagonistas de esta picaresca sombría de un mundo donde las identidades cambian defensivamente. Todos, tarde o temprano, acaban por narrar su historia. La historia de Víctor nos lleva a la de Mauro, Chaías, los Sapitos, la Maí, el Tripa, Simón, Mauro... Los saberes de la villa se multiplican, el libro volverá para formar parte de ellos y se publica sólo después de ser aprobado por ellos.

“*La virgen de los sicarios* no es un documental sobre los niños asesinos de Medellín. Ni es, ni pretendía serlo; lo habría escrito de otra manera. Es una historia donde están los sicarios, donde está la iglesia

donde van en peregrinación. Y es una historia donde estoy sobre todo yo.” Así define el escritor colombiano Fernando Vallejo, la película (2002) basada en la novela (1994). Me interesa trabajar las significaciones de niñez y delito en esta última.

La novela se arma alrededor de una intensa construcción del yo: el narrador adulto, “Fernando” homosexual, casi viejo, que ha vuelto a su país a morir. El contraste entre pasado y presente delinea una Colombia deteriorada y arrasada por el narcotráfico. Se enamora de un joven sicario al que convierte en su principal interlocutor al mismo tiempo que en fuente de placer y conocimiento. La conversación se convierte en un extenso monólogo del gramático.

La lengua, rabiosa y alucinada, traduce el mundo del sicariato, sumido en la descomposición después de la muerte del narcotraficante Pablo Escobar, su protector. Los jóvenes asesinos figurados como ángeles de exterminio y purificación de un mundo corrupto, en el que el imaginario religioso sostiene todas las acciones. La amoralidad caracteriza a los sicarios, que, sin patrón se abandonan a la gratuidad del crimen.

La novela realiza un movimiento doble y contradictorio: marca el lenguaje (y la cultura) del otro como algo ajeno y precede a su traducción. Fernando el narrador personaje es un extraño a las comunas a las que sólo sube una vez, para llevar dinero a la madre de Alexis. Se convierte en patrón, se apropia gradualmente tanto del cuerpo y la palabra del otro. No sólo lo prostituye y compra sino que emplea perversamente su lengua y su violencia. Se apropia de su voluptuosa oralidad y de la historia de las comunas. Su palabra inscribe sin cesar la anomalía del lenguaje de Medallo/Metrallo, la ciudad – otra que asedia Medellín.⁶

Se comporta como un guía turístico-literario, un intérprete privilegiado: corrige, explica el significado. Es el gramático, sucesor de la tradición académica colombiana, pendiente de los cambios de la lengua y el moralista cínico que censura las costumbres populares. Le molesta la pobreza más que la violencia. En realidad, poco a poco, se acostumbra a esta última. Aunque aparenta distancia de los sicarios, su violencia interpretativa gramatical y lingüística se extiende a la cultura y a los habitantes. Es paralela a la serie de asesinatos que comete Alexis, realizador de su programa higienista. Y disciplinario.⁷

Dentro del proyecto narrativo de Fernando Vallejo la Colombia devastada por el narcotráfico contrasta con el mundo patriarcal de sus abuelos cuyos restos lo conmueven hasta las lágrimas. Sus amantes no tienen otra alternativa que el silencio. El discurso marca todo el tiempo la falta del otro tanto material como cultural. Se reitera la frase: “todo ha cambiado: ya nada es como antes”. La violencia es el común denominador entre la gramática y la mirada nostálgica reaccionaria del narrador que denosta todas las manifestaciones de la cultura masiva y popular. El racismo se resemantiza como asco y sexismo. La historia de Colombia es un relato de degradación, originado en la impureza de mestizaje. El crimen que puede ser una solución para un país atestado de gente no admite otra dinámica que el crecimiento- “dentro de un tiempito, al paso que van las cosas, el niño de doce que digo reemplácelo por el de diez. Esa es la gran esperanza de Colombia” (33); “después del machete a cuchillo y después de cuchillo a bala, y en bala están hoy cuando escribo” (33).

La voz narrativa demoniza la realidad con un discurso malthusiano y filo fascista, justifica la violencia, detracta los derechos humanos y apoya el exterminio.⁸ Alexis es el ángel exterminador de su propia raza perversa. Proviene de las comunas, espacios temibles y erotizados, agujeros negros al igual que los aborrecidos vientres maternos. Alexis, Wilmar, La Plaga son puro cuerpo, en una nueva versión del salvaje niño. La diatriba contra la humanidad esconde una especie de nostalgia del estadio animal como el ideal.

En la operación de vaciamiento de los sujetos la imagen supera la palabra. “Pero si Alexis tenía la pureza en los ojos tenía dañado el corazón” (10). Lo define su carácter intersticial entre el puro mundo infantil –un niño– y la condición trascendente –“como si fuera mi ángel de la guarda”(13)–. Es una “portentosa máquina de matar” erótica, primitiva y amoral que, en nombre de su amante dispensa la muerte y recodifica la ciudad: “De eso era de lo que me había enamorado. De su verdad (21); “El vacío de la vida de Alexis, más incolmable que el mío, no lo llena un recolector de basura”(25); “Sin saber ni inglés ni francés ni japonés ni nada sólo comprende el lenguaje universal del golpe. Eso hace parte de su pureza intocada. Lo demás es palabrería hueca zumbando en la cabeza. Lo demás es palabrería hueca zumbando en la cabeza. No habla español, habla en argot o jerga” (26) . El escritor escoge un amante de “pureza incontaminada de letra impresa” (52).

La visión de la realidad cultural e histórica es catastrófica en contraste con una especie de pastoral del pasado. Las culebras enredan a todas, son las deudas que se pagan con la muerte. La canción popular es contundente: “me llevan a mí o me lo llevo yo y que se acabe la vaina”. El narrador no ofrece consuelo, plantea “la fugacidad de la vida humana a mí no me inquieta, me inquieta la fugacidad de la muerte: esta prisa que tienen aquí por olvidar. El muerto más importante lo borra el próximo partido de fútbol. Así, de partido en partido, se está liquidando la memoria...” (46). La conciencia histórica y la memoria son privilegio del escritor. Los sicarios no pertenecen al mundo del pensamiento sino a la de la inmediatez sensorial.

La poética se sustenta en el desajuste ético. No hay culpa. No asume ninguna responsabilidad. Se incorpora a la violencia sin problemas. El dinero y el sexo están mediando todo el tiempo la relación entre el narrador y los muchachos. Le desagradan la pobreza, la religión, la suciedad, la vagancia, la procreación y la promiscuidad heterosexual.⁹

El desprecio por lo humano. “No hay plaga mayor sobre el planeta que el campesino colombiano, no hay alimaña más dañina, más mala. Parir y pedir, matar y morir, tal su miserable sino” (98). Contrasta el odio a los hombres con el amor por los animales. La imagen del gallinazo planeando sobre el cielo de Medellín fascina como símbolo de la libertad en la muerte. En la libertad de su vuelo se alimenta de carroña y limpia la tierra de impurezas. Al final de la novela, cuando el narrador llega a la terminal de transporte para emprender su viaje a ninguna parte expresa su deseo de: “acabar como un ave espléndida surcando el cielo abierto que como un gusano asqueroso asfixiado” (141).

Sujetos, decires y saberes fuera de lugar. Cómo narrar vidas tan exteriores al mundo de la escritura, evitando la imposición de una lógica ajena, sin apagar las diferencias y evitando convertirlas en alteridad absoluta. Una cuestión estética que se interrelaciona con la ética. Una ética de los derechos humanos en Alarcón, una ética maltusiana en Vallejo. En un caso la no-ficción construye un espacio donde moran voces distintas. En el otro la literatura exhibe repulsivamente la transformación del otro en objeto degradado. Independientemente de la posición que asuman los autores los textos interpelan al lector.

Si en el libro de Cristian Alarcón, cartoneros y madres buscan una salida, Mauro deja el mundo del delito, Sabina se transforma en militante de los derechos humanos. Poco a poco aparecen intentos de restaurar un sueño común. El libro de Alarcón forma parte del intento. Para Vallejo no hay salvación para Colombia, los sicarios son intercambiables y viven para morir. La operación de vaciamiento los transforma en puro cuerpo usado. Si el culto al Frente protege a los ladrones, la peregrinación a la Virgen María Auxiliadora ayuda a los sicarios. La fiesta es el momento cumbre de erotismo pero también de violencia. Alarcón deja hablar a sus protagonistas mientras que los sicarios de Vallejo son compulsivamente hablados. Dos caminos de acercamiento a la realidad del otro, en los que la nominación no es problema menor.

NOTAS

¹ Ya no se trata de los escolarizados ingleses de *El señor de las moscas* de William Golding que poseen un modelo de orden que reproducir al verse arrojados a la isla.

² “Se va tras los cuerpos sufrientes del desecho, ya para traducirlos en las disciplinas explicativas de lo social y cultural (paternalismo epistemológico) ya para proponer una agenda de reducción social (normalización) ya para conjurar y exorcizar con imágenes, lo que se percibe como un desastre (un ejercicio de reducción simbólica)” (Jáuregui y Suares: 369). Como ejemplo de un arte de riesgo nos encontramos con muestras como “Artistas contemporáneos de Suiza” en MAMBA en 2003. En el otro extremo, la exhibición de fotografías de desnutridos en la Universidad Nacional de Tucumán sobre el hambre y la violencia.

³ Para Josefina Ludmer (2002) “Si se reúne una serie de textos narrativos cuyo centro es el delito (y que no pertenecen al género policial), se tendrá posiblemente un corpus de ficciones de exclusión, es decir, ficciones de eliminación de una diferencia y vaciamiento de su espacio, con corte de descendencia. Estas metáforas que quieren borrar espacio y tiempo se leen nitidamente cuando se trabaja con un corpus serial o histórico y no con obras o autores aislados”.

⁴ Cristian Alarcón nació en Chile y vive en Argentina. Licenciado en Ciencias de la Comunicación trabaja como periodista en publicaciones como *Página/12* y *TXT*. Milita en la ONG “Miguel Bru”, estudiante muerto por la policía. Acerca de esta investigación cuenta que nació de la idea de escribir una historia del delito en la Argentina, pero lo que iba a ser un capítulo en el libro, terminó por abarcarlo todo.

⁵ Es interesante señalar los cambios con respecto a la institución tradicional de los ladrones o *chorros* del tango, un mundo normatizado. El grupo de los *pibes chorros* mantiene algunos de esos rasgos. Los llamados *vagos* no respetan código alguno. Ver Sandra Gayol y Gabriel Kessler, *Violencias: Delitos y justicia en la Argentina 2002*, Buenos Aires: Manantial, 2004.

⁶ Es curiosa la forma en que funciona la prostitución de niños en el imaginario literario colombiano. Versiones amenas de este flagelo se encuentran en las narraciones de Gabriel García Márquez de Laura Restrepo.

⁷ Alexis es un vengador como el asesino de *Satanás* de Mario Mendoza.

⁸ Agradezco el diálogo con Alan Rush que me ayudó en la lectura de la obra de Fernando Vallejo.

⁹ Un buen odiador, como Vallejo, quizá hable (o escriba) como un paciente con síndrome de Tourette, pero tiene razón en sus insultos. Girolamo Savonarola, cuando tronaba contra la Iglesia corrupta desde las plazas de Florencia, era un deslenguado que tenía muchas veces razón (por eso lo quemaron). También Fernando González, Laureano Gómez y José María Vargas Vila, para venir a la tradición colombiana, soltaban retahílas venenosas, y al menos el primero también tenía razón, casi siempre. Truena, reparte insultos, parece un afectado de síndrome de Tourette. Pero no, no es un loco, es un razonable que descubre verdades y que se atreve a decirlas. Si está enfermo de algo es de sinceridad, como detectó Juan Cruz. Este país, en esta época horrible, se merece a un tierno traicionado, a un bueno enfurecido, a un experto en odios que le cante la tabla, que le diga sin rodeos la peor versión de lo que pasa. <www.elmalpensante.com/> Héctor Abad Faciolince, “El odiador amable”.

Bibliografía

- Alarcón, Cristian (2003). *Cuando me muera quiero que me toquen cumbia. Vidas de pibes chorros*, Buenos Aires: Norma.
- Gayol, Sandra y Kessler, Gabriel (2004). *Violencias: Delitos y justicia en la Argentina 2002*; Buenos Aires: Manantial.
- Jáuregui, Carlos A. y Suares, Juana (2002). “Profilaxis, traducción y ética: La humanidad “desechable” en *Rodrigo O. No futuro, La vendedora de rosas y La Virgen de los sicarios*”. En *Revista Iberoamericana*, Vol. XVIII, N° 199. Abril-junio.
- Ludmer, Josefina (2002). “Ficciones de exclusión”. En *El puente de las palabras. Homenaje a David Lagmanovich*, Inés Azar editora, Washington: OEA, <<http://www.iacd.oas.org/interamer/azar.htm>>
- Poniatowska, Elena (1971). “Ángeles de la ciudad”. En *Fuerte es el silencio*, México: Era.
- Rotker, Susana (ed.) (2001). *Ciudadanías del miedo*, Universidad de Rutgers/Nueva Sociedad: Colombia.
- Fernando Vallejo (1994). *La Virgen de los Sicarios*, Colombia: Alfaguara.